MASTER NEGATIVE
NO. 93-81672-8

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

BLASCO IBANEZ, VICENTE

TITLE:

EN EL PAIS DEL ARTE (TRES MESES EN ITALIA)

PLACE:

VALENCIA

DATE:

[1916]

Master Negative #

93-81672-8

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

86B612
Q3

En el país del arte. 1916.

Blasco Ibáñez, Vicente, 1867– 1928.

... En el país del arte (tres meses en Italia) 8. ed. Valencia, Prometeo [c1916]

259 p., 1 l. 17½cm.

1. Italy—Descr. & trav.

Library of Congress DG428.B6 20-10130
[2]

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35 REDUCTION RATIO: 9x
IMAGE PLACEMENT: IA IIA IB IIB
DATE FILMED: 8-16-93 INITIALS SS
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

AIIM

Association for Information and Image Management

1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

301/587-8202

Centimeter

Inches

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

86B612 Q3

Columbia University
in the City of New York

LIBRARY

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARY

This book is due on the date indicated below, or at the expiration of a definite period after the date of borrowing, as provided by the rules of the Library or by special arrangement with the Librarian in charge.

DATE BORROWED	DATE DUE	DATE BORROWED	DATE DUE

C28(239)M100

EN EL PAÍS DEL ARTE

OBRAS DEL AUTOR

CUENTOS VALENCIANOS.
LA CONDENADA (cuentos).
EN EL PAÍS DEL ARTE (viajes).
ARROZ Y TARTANA (novela).
FLOR DE MAYO (novela).
LA BARRACA (novela).
SÓNNICA LA CORTESANA (novela).
ENTRE NARANJOS (novela).
CAÑAS Y BARRO (novela).
LA CATEDRAL (novela).
EL INTRUSO (novela).
LA BODEGA (novela).
LA HORDA (novela).
LA MAJA DESNUDA (novela).
ORIENTE (viajes).
SANGRE Y ARENA (novela).
LOS MUERTOS MANDAN (novela).
LUNA BENAMOR (novelas).
LOS ARGONAUTAS (novela).
LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS (novela).
MARE NOSTRUM (novela).
LOS ENEMIGOS DE LA MUJER (novela).

EN PREPARACIÓN

LA DIOSA DE LAS DOS CARAS (novela).
LA VOLUNTAD DE VIVIR (novela).
A LOS PIES DE VENUS (novela).
LA CASA DE TODOS (novela).
LA COLINA ROJA (novela).

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

EN EL PAÍS DEL ARTE

TRES MESES EN ITALIA)

PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, 35.—VALENCIA

21-3875

Es propiedad.—Reservados todos los derechos de reproducción, traducción y adaptación.

Copyright 1919, by V. Blasco Ibáñez.

86 B612
Q3

0.5.7
23

OBRAS TRADUCIDAS DEL AUTOR

Terres maudites.—Traducción de G. Hérelle. París.

Fleur de Mai.—Traducción de G. Hérelle. París.

Boue et Roseaux.—Traducción de Maurice Bixio. París.

Contes Espagnols.—Traducción de G. Menetrier. París.

Dans l'ombre de la cathédrale.—Traducción de G. Hérelle. París.

Terras malditas.—Traducción de Napoleão Toscano. Lisboa.

A Cathedral.—Traducción de Riveiro de Carvalho y Moraes Rosa. Lisboa.

Die Kathedrale.—Traducción de Josy Priems. Zurich.

Flor de Mayo.—Traducción de Josy Priems. Zurich.

Erdfluch.—Traducción de Wilhelm Thal. Berlín.

Schilfund Schlamm.—Traducción de Wilhelm Thal. Berlín.

Der Eindringling.—Traducción de J. Broutá. Berlín.

De Vloek.—Traducción del Dr. A. A. Fokker. Haarlem.

Waar Oranjeboomen Bloeien.—Traducción del doctor A. A. Fokker. Amsterdam.

Chalupa.—Traducción de A. Pikhart. Praga.

Marná Chlouba.—Traducción de A. Pikhart. Praga.

Ah, il pane!...—Traducción de F. Gelormini. Palermo.

Hvad en Mand har at gove.—Traducción de Johanne Allen. Copenhague.

Vinnyi Sklad.—Traducción de M. Watson. Petersburgo

Bodega.—Traducción de K. G. Petersburgo.

Prokliatao Pole.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.

Sobor.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.

Geleznodorognoy Zaiaz.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.

Duoyñoy vistrel.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.

Naloguiza obnagnenaia.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.

Arènes sanglantes.—Traducción de G. Hérelle. París.

La Horde.—Traducción de G. Hérelle. París.

A cortezan de Sagunto.—Traducción de Riveiro de Carvalho y Moraes Rosa. Lisboa.

O Intruso.—Traducción de Carvalho. Lisboa.

Miseraveis.—Traducción de Vasco Valdéz. Lisboa.

L'Intrus.—Traducción de Renée Lafont. París.

A ADEGA.—Traducción de E. Sousa Costa. Lisboa-Rio Janeiro.

SUR LES ORANGERS—. Traducción de G. Menetrier. París.

LES MORTS COMMANDENT.—Traducción de Berta Delaunay. París.

SONNICA.—Traducción de Frances Douglas. Nueva York.

THE BLOOD OF THE ARENA.—Traducción de Frances Douglas. Chicago.

THE SHADOW OF THE CATHEDRAL.—Traducción de Mrs. W. A. Gillespie. Londres.

BLOOD AND SAND.—Traducción de Mrs. W. A. Gillespie. Londres.

OBRAS COMPLETAS DE BLASCO IBÁÑEZ (en ruso). Edición en 16 volúmenes, con un retrato del autor.—Traducción de Taitiana Herzenstein y otros. Moscou.

SANGUE E ARENA.—Traducción de Ida Mango. Nápoles

ORIENTE.—Traducción de Ferreira Martins. Lisboa.

DIE HETARE VON SAGUNT.—Traducción de W. Leydhecker. Berlín.

BLOED EN ZAND.—Traducción de M. Van Raalte. Amsterdam.

LES QUATRE CAVALIERS DE L'APOCALYPSE.—Traducción de G. Hérelle. París.

THE MATADOR.—Edición inglesa Nelson. Londres.

DE VERSCHIJNIG DER VIER RUITERS.—Traducción de M. Van Raalte. Amsterdam

WIJN EN LIEFDE.—Traducción de M. Van Raalte. Amsterdam.

I QUATTRO CAVALIERI DELL' APOCALISSE.—Traducción de Ida Mango. Milán.

THE FOUR HORSEMEN OF THE APOCALYPSE.—Traducción de Charlotte Brewster Jordan (164 ediciones). Nueva York.

THE CABIN.—Traducción del Dr. Francis Haffkine-Snow. Nueva York.

LUNA BENAMOR.—Traducción del Dr. Isaac Goldberg. Boston.

THE DEAD COMMAND.—Traducción de Frances Douglas. Nueva York.

BLOOD AND SAND.—Introduction by Dr. Isaac Goldberg. Nueva York.

THE SHADOW OF THE CATHEDRAL.—Introduction by William Dean Howells. Nueva York.

OUR SEA *(Mare nostrum)*.—Traducción de Charlotte Brewster Jordan. Nueva York.

THE FRUIT OF THE VINE.—Traducción del Dr. Isaac Goldberg. Nueva York.

THE GIRL NUDE.—Traducción de Hayward Keniston. Nueva York.

THE DEAD COMMAND.—Traducción del Dr. Isaac Goldberg. Nueva York.

EN EL PAÍS DEL ARTE

I

Camino de Italia

Á la caída de la tarde salía el vapor francés *Les droits de l'homme* del puerto de Cette.

Tras la montaña, cubierta de huertos y «villas», por cuya falda se extiende la ciudad, ocultábase el sol pálido del invierno, envolviéndola en una nube de dorado polvo. En los extensos muelles, cruzados por puentes venecianos, sonaba la discordante y aguda sinfonía de la agitación comercial, el chirrido de los camiones, el sordo voltear de los panzudos toneles, los gritos de los cargadores, el monótono «*¡oh, oh, isa!*» de las tripulaciones moviéndose sobre las cubiertas de los buques formados en fila ante las casas; y por un malecón, al través del enmarañado bosque de cables y escalas, velas y banderas, veíase desfilar con blanco traje de mecánica y las cabecitas rojas, diminutos y graciosos como soldados salidos de un bazar de juguetes, un batallón que regresaba del campo de maniobras.

En la entrada de los canales, frente al mar libre, mecíase una escuadrilla de torpederos, largos y ceni-

cientos como anguilas dormidas á flor de agua; y más allá, en la infinita extensión del golfo, destacándose sobre el pardo horizonte cargado de nubes, los grupos de lanchas pescadoras, los bergantines con todos sus blancos lienzos desplegados, los vapores empenachados de denso humo, unos hacia las playas de España y otros rompiendo las aguas con rumbo á las costas de donde hace siglos vino la civilización para galos é iberos, sumidos en la más vigorosa y simpática barbarie.

Alejábase el vapor, movido dulcemente por los interminables y voluptuosos estremecimientos del mar, y en torno de él, amortiguados por la distancia, rotos, arrollados y confundidos por el viento del golfo, vibraban los mil ecos que eran como la respiración de la ciudad, cada vez más lejana: redoble de tambores, lamento de cornetas, melancólicos toques de campana y el último esfuerzo de la actividad comercial, que apresura su trabajo ante la noche que llega. En la infinita sábana azul, terso espejo veneciano que retrataba en su fondo las encendidas nubes del crepúsculo, los delfines saltaban y se perseguían como muchachos traviesos, brillando en la densa profundidad sus panzas grises, y sobre las movedizas ondulaciones del agua las gaviotas, con las alas recogidas, entregábanse al sueño.

Cerraba la noche. En el profundo surco que abría el buque, orlando de rebullentes espumas sus férreos costados, brillaban como peces rojos ó verdes los destellos de las linternas de babor y estribor; y arriba, en lo más alto del trinquete, cabeceaba el farol blanco, como saludando á las estrellas que titilaban en el horizonte por encima de la densa barrera de nieblas.

Es el Mediterráneo el mar de los recuerdos. No puede pensarse sin profunda emoción que las mismas aguas que nos mecen son las que un día se abrieron por vez

primera ante el cóncavo vientre de las naves fenicias, que llevaban en su seno, bajo las velas de púrpura, la civilización y la vida al Occidente europeo; las que, rodeando con espumas y peces voladores la esbelta birreme griega, hicieron soñar al navegante poeta con las sirenas, los tritones y la Venus esplendorosa de belleza y seducción, creando el más hermoso de los cultos; las que presenciaron los sangrientos abordajes y el cruzar de férreos espolones entre cartagineses y romanos, y las que, siglos después, fueron testigos de la heroicidad aragonesa, sufriendo el peso de nuestras invencibles galeras, lamiendo, mansas, los férreos escudos de los almogávares que empavesaban sus bordas, y reflejando el trono indestructible de Roger de Lauria, aquel alcázar de popa desde el cual el gran almirante de Aragón, soberbio y tenaz como nuestra raza, juraba que los peces no surcarían el Mediterráneo sin ostentar sobre el lomo, como símbolo de sumisión, las cuatro barras de sangre.

Pensaba en las pasadas grandezas de la «patria chica», en aquel reino de Aragón, plantel de sabios y caudillos, pueblo grandioso que no cabía dentro de su hogar y se desparramó hacia Oriente, enseñoreándose del Mediterráneo, de Italia y de Grecia; en aquellos almogávares fieros que, semejantes á la guardia vieja de Bonaparte, pasearon triunfantes por remotos países, plantando sobre el Etna el pendón aragonés que había sembrado el pavor en la morisma valenciana, ó afilando en Atenas, sobre las caídas columnas del Partenón, aquellas cortas espadas incansables y jamás vencidas que, como emblema de feroz acometividad, anunciando por anticipado el golpe, tenían grabado el desvergonzado mote: *¡Fotli, fotli!*

Y saboreando estos recuerdos gloriosos, miraba la lejana costa moteada de rojos faros, aquel pedazo de

tierra francesa que un día fué nuestro, y en el cual, como único rastro de la preponderancia española, quedan las ganaderías de los bravos toros de la Camargue y esa afición á las corridas, que hace que el pueblo meridional esté en perpetua sedición contra el filantrópico gobierno de la República.

Nos abismamos en la niebla. El buque penetró en la densa barrera de vapores que el vientecillo del golfo no podía barrer, y comenzó la navegación en el caos, á tientas, sonando á cada instante el rugido de la sirena, para avisar la presencia y evitar un choque, distinguiéndose como pálidas y lejanas estrellas las mismas luces de á bordo, y aspirando los pulmones una atmósfera de pegajosa humedad, al mismo tiempo que las ropas y la barba goteaban como si estuvieran recibiendo un chaparrón.

La niebla en el mar es el mayor de los peligros; el que más impresiona. Un choque es el naufragio rápido, fulminante, sin remedio alguno, y el ánimo se encoge al sentir el invisible hervor del mar, del que parecen surgir los densos vapores, mientras que la imaginación cree ver á cada momento, en la blancuzca niebla, el siniestro contorno de buques que se aproximan rápidos y van á deshacer, como frágil cáscara, la tablazón donde se apoyan los inseguros pies.

Al amanecer estábamos frente á Tolón y pasábamos entre las islas Hyères, también de grato recuerdo, donde el gran capitán valenciano don Hugo de Moncada desbarató la escuadra de Francisco I.

Contemplaba la angosta entrada del primer puerto militar de Francia, frente á la cual, envueltas en humo, evolucionaban una docena de poblaciones flotantes erizadas de cañones que forman la escuadra de instrucción de la vecina República. Iba la mirada de una á otra

de las cumbres coronadas por doble cinturón de castillos, que convierten á Tolón en plaza inexpugnable, y pensaba en que aquellas alturas presenciaron el nacimiento á la vida de la gloria de un obscuro oficial de artillería, loco para la ciencia, grande para la Historia, que se llamaba Napoleón Bonaparte.

En uno de aquellos montes estaba la batería llamada de «los hombres sin miedo», donde el joven comandante, flacucho, endeble, con la lacia melena caída á ambos lados del huesudo rostro, sobre cuya palidez lívida se destacaban los fulgurantes ojos, escribía sus planes de asedio ó se paseaba meditabundo, con el frío valor, con la serenidad olímpica de los predestinados, sin limpiarse siquiera el polvo con que le salpicaban las innumerables bombas que caían en apuel punto avanzado.

Y para que el recuerdo fuese más vivo y perdurable, horas después, navegando por el mar azul, luminoso y susurrante como una romanza italiana, entrábamos en el golfo Juan, pasando á la vista de Cannes, la playa donde el desterrado de la isla de Elba desembarcó con unos cuantos compañeros de desgracia después de la primera caída de su Imperio.

Aquel golfo tranquilo, en el que hoy izan sus velas las pacíficas lanchas de pesca, ha presenciado la resurrección más asombrosa de la Historia. El hombre peligroso confinado en el islote de Elba por el Congreso diplomático de Viena reaparecía inesperadamente con un golpe de audacia cuando las grandes potencias aún estaban en sesión permanente. Era la tiranía que regresaba á Francia, pero una tiranía grande, dorada y embellecida por el esplendor de la gloria, hija ilegítima, pero hija al fin, del heroísmo militar del 93, y mil veces más simpática que el despotismo mezquino y santurrón de los Borbones.

El grande hombre volvía solo, se presentaba en la risueña playa sin otras armas que el redingote gris tantas veces agitado por el huracán de las batallas y el pequeño tricornio en torno del cual rugió la metralla de Europa entera. Los antiguos batallones del Grande Ejército, mandados ahora por coroneles realistas, le cierran el paso; pero Bonaparte avanza presentando el pecho á los fusiles, retando á sus antiguos soldados á que maten al que tantas veces les condujo á la victoria, y los fusiles se bajan, las lágrimas ruedan sobre los bigotes grises, la bandera tricolor se despliega, los Borbones huyen, el águila bonapartista vuela victoriosa otra vez de campanario en campanario, el entusiasmo rompe la disciplina, y desde Cannes á París, á través de toda la Francia, corre un éxodo interminable de soldados de todas clases que se agrupan en torno de un nervudo caballejo y de un cuerpo hinchado por la obesidad de la decadencia, rugiendo con furia: «¡Viva el emperador!»

Hay en Cannes más grandeza que en Austerlitz y en Jena. Grandes batallas las ganaron, igual ó mejor que Napoleón, Alejandro, Aníbal y César, pero ninguno de éstos fué desgraciado como Bonaparte, que, cual el héroe mitológico, tuvo fuerza y audacia para levantarse con nuevo vigor apenas tocó el suelo. Por esto el hombre extraordinario que encadenó el mundo con el despotismo de la gloria inspira admiración y profunda simpatía hasta á los corazones más republicanos, por la grandeza y el valor con que supo sobrellevar sus desgracias.

Después de Cannes, desfila á nuestra vista toda la vida moderna, las ciudades donde los tísicos y los viciosos de toda Europa vienen á gastar sus millones: Niza, orlada de jardines; Mónaco, la metrópoli del juego, risueña y seductora, recostada coquetamente sobre una colina de color de rosa, como sonriente *cocotte* que oculta entre blondas las uñas de gata voraz que rasgan las bolsas de los incautos; los Alpes, coronados de brumas y con las laderas cubiertas por el mosaico multicolor de *chalets* franceses y «villas» italianas; San Remo, con sus poéticas playas, donde el difunto emperador de Alemania, Federico Guillermo, lanzaba los esputos de su mortal dolencia; y después, al cerrar la noche, guirnaldas de luces, yates de potentados que van con rumbo á Monte-Carlo, rumor continuo de vida que viene de la costa italiana, como si toda ella fuese una interminable población. Al romper el día, ruido de cañonazos, y ante la proa un puerto gigantesco y una población que extiende la enorme masa de sus edificios de siete pisos sobre tres ó cuatro colinas. En la cima ondula el verde de los jardines, ocultando misteriosamente entre sus frondas el blanco mármol de las «villas» de arquitectura voluptuosa.

Aquello es Génova. Ya estamos en Italia.

II

El puerto de Génova

Ninguna ciudad de Italia ha experimentado como Génova los efectos de la unidad italiana.

Mientras sus antiguas rivales Venecia y Pisa, vive la una la penosa existencia del mezquino comercio del Adriático, y se ve la otra, por transformaciones geológicas, cada vez más lejos del mar, sin gozar siquiera las ventajas de que Liorna sea como en otros tiempos puerto libre, Génova resucita, recobra su antiguo poderío y vuelve á ser el primer puerto de Italia.

Ya no posee la metrópoli de Liguria aquellas flotas militares que alquilaba á los soberanos de Europa y la hacían temible, inclinando con su peso la balanza del éxito en los conflictos continentales; ya no regresan sus marinos cargados de riquezas de aquellas expediciones, más propias de piratas que de soldados, en las cuales, al amparo de la cruz, saqueaban y exterminaban á las poblaciones de Oriente; la navegación honrada y comercial es hoy su vida; en su extenso puerto ondean las banderas de todos los países y sirve de estacion de descanso, lo mismo á los grandes *steamers* que marchan al Nuevo Mundo, como á los veleros y pequeños vapores que, Mediterráneo adelante, van á Grecia ó al mar Negro.

En un puerto como el de Génova, extenso y poblado, es donde se admira la grandeza de la civilización presente, que á muchas imaginaciones perturbadas por el amor á lo antiguo parece prosaica, siendo poética y sublime por sus proporciones grandiosas.

Viniendo del mar solitario y monótono, donde se encuentra la lancha pescadora, igual casi á la embarcación de los primeros navegantes, se experimenta una impresión profunda al entrar, á la confusa luz de un amanecer nebuloso, en un gran puerto en plena actividad.

Amarrados á los muelles, enormes edificios flotantes con la nacionalidad ondeando en la punta de los mástiles; trasatlánticos que son ciudades, y ofrecen á los miles de seres que los pueblan durante un mes, desde el médico y el cura que ayudan á morir, hasta la banda de música que ameniza el tedio de alta mar; vapores ingleses, sucios y tétricos, arrojando á tierra el carbón que forma innumerables montañas y ennegrece la atmósfera; barcos americanos que hacen rodar sobre los muelles gigantescas pelotas de algodón; *bricks* noruegos que vomitan por sus costados, con estruendoso tableteo, las maderas del Norte; cruceros italianos, blancos y deslumbrantes desde el tope á la quilla, ostentando en su proa esa estrella de cinco puntas que es aquí el distintivo oficial y hace soñar á las gentes de sacristía en tremebundas conspiraciones masónicas; por el centro del puerto, en el lago casi infinito de agua verdosa y tranquila, sobre la que parecen arrastrarse las brumas del amanecer, los remolcadores entrecruzándose como enjambre de susurrantes moscas, aleteando con sus hélices para arrastrar las fragatas que entran con el velamen caído, lentas y cabeceantes como ciegos que se dejan guiar por diminutos perrillos; y en el fondo, la ciudad

italiana, de inequívoco carácter, sucia y alegre como un muchacho sonriente que jamás se lava la cara, ostentando hermosas casas de siete pisos con persianas verdes y coquetonas, pero empavesadas las ventanas con harapos recién lavados, que se exhiben impúdicamente y gotean sobre el transeunte la miseria de una gente que aprecia los parásitos como signo indudable de salud.

Es Génova la ciudad de los contrastes, de los grandes palacios y de los míseros callejones. Arriba, en la cumbre de las colinas, jardines frondosos, «villas» marmóreas, verdaderos nidos de amor, que hacen recordar los voluptuosos hotelitos franceses del tiempo de la Regencia; abajo, cerca del puerto, barrios que son verdaderas juderías, con callejones estrechos y casi subterráneos, donde los aleros se tocan y tres personas no pueden marchar en fila por la rápida pendiente del pavimento de guijarros.

Á excepción de media docena de grandes vías que en línea accidentada forman la espina dorsal de la ciudad, las demás calles se titulan *vicos* ó callejones, y los hay que son verdaderas escaleras, por las cuales no se puede pasar sin agarrarse á un mugriento pasamano de hierro.

La más pequeña plazoleta sirve para emplazar un lavadero al aire libre, donde las comadres genovesas, feas, secas, rojizas y angulosas, riñen por entretenerse, gritando en su áspero dialecto, mientras pasean por dentro del agua los guiñapos que poco después, tan sucios como antes de la inmersión, se tienden en las cuerdas atravesadas de una á otra casa, empavesando los *vicos* de mil colores, como si en ellos se verificase una fiesta callejera.

Este afán de hacerlo todo en medio de la calle es lo único que en Génova delata á la Italia. La población, aparte de sus sombrerillos calabreses y sus bigotazos á

lo Humberto, tiene más de inglesa que de italiana. El *farniente* con pobreza tiene pocos admiradores; la gente, como nacida en un puerto de mar, con el camino expedito para todo el mundo, sólo piensa en hacer dinero, y toda esa juventud roja más que morena, y de aspecto sajón más que latino, se marcha á la Argentina ó á los Estados Unidos arrebatada por los grandes transportes de emigrantes, que arrojan en las playas de América la carne italiana para ser consumida por los más penosos oficios.

Bien se conoce que esto es una potencia de primer orden interesada en el contubernio que llaman Triple Alianza. Este país, cuya prosperidad es muy discutible, y donde no hace muchos días el socialista Ferri proclamó en plena Cámara que la mayor parte de las aldeas italianas son chozas de paja peores que los aduares abisinios que Baratieri pretendía conquistar, sostiene á pesar de todo un ejército numerosísimo, tan grande casi como el de Francia, la cual puede permitirse tales lujos, pues atrae y acapara todo el dinero del mundo.

Por todas partes se encuentra aquí al militar; los más grandes edificios son cuarteles, y en las aceras es continuo el arrastre de los sables, el paso de las gorrillas ladeadas sobre los bigotes dinásticos y retorcidos, cuya longitud espanta.

Hay que confesar que, como bien presentado y vistoso, ningún ejército del mundo le echa el pie delante al italiano. Los oficiales parece que acaban de salir de la sastrería; el polvo huye medroso del paño brillante, y ni la más leve mancha afea la marcialidad de los aliados de Alemania.

De frente, no están mal; pero vistos por la espalda, hace sonreir la novedad de sus flamantes guerreras, que no pasan de la cintura más allá de dos dedos, dejando

al descubierto los antípodas del rostro, para que se exhiban tras el ajustado pantalón con todo su garbo y redondez.

Todavía no se ha legislado sobre estética militar, y por esto no puede censurarse que la casa de Saboya, al hacer la unidad italiana y crear un ejército, considerase que lo que da á un soldado carácter más imponente es hacer alarde de las protuberancias del dorso.

Cuestión de gustos. Y esto debe ser considerado aquí como indiscutible, pues lo mismo el soldado de línea que el *bersagliere,* igual el jinete que el artillero, desde Humberto al último corneta, todo el que aquí viste uniforme enseña junto al sable los rollizos hemisferios que finalizan la espalda.

Á las pocas horas de callejear por Génova, estando en los malecones que orlan el puerto, comenzaron á sonar cañonazos.

Eran las naves de Alemania, el yate imperial *Hohenzollern* y el acorazado *Kaiserin Augusta,* que acababan de anclar, esperando la llegada del emperador Guillermo para conducirlo á Nápoles.

Aquellas enormes fábricas de acero, con triples chimeneas que parecen torres y mástiles que sostienen verdaderas fortalezas, saludaban á la plaza con veintitantos cañonazos, y de sus costados sombríos salían entre blancuzco humo llamaradas rígidas y horizontales, como flechas de fuego, repitiendo después el inmenso golfo y las montañosas costas de la Liguria el eco de la detonación.

La Italia de Humberto y de Crispi muéstrase muy satisfecha de la visita de ese soberano poderoso, reproducción exacta de Carlos XII de Suecia, el cual, ya que no puede hacer la guerra, se entrega á las artes con la facilidad y la chapucería de un desequilibrado, y después de pintar cuadros y componer música, se dedica ahora á la confección de un drama, como mañana se entretendrá en fabricar un par de zapatos.

La visita es digna de agradecimiento. Ó hay amistad, ó no la hay. Los compadres de la Triple Alianza deben ayudarse en los momentos difíciles; y ahora que, con motivo de los desastres de Abisinia, están recientes las manifestaciones del pueblo italiano en las que gritó «¡abajo la monarquía!», acude el déspota teutón á patentizar de nuevo á la monarquía italiana su amistad y apoyo.

Ni más ni menos que el albañil acude al ver cómo un edificio se desmorona y arruina.

III

La ciudad de mármol

Génova es la ciudad de mármol.

En ninguna parte de la Italia ni del mundo se ha usado y abusado tanto de esa piedra preciosa y carísima en otros países y tratada aquí con el desprecio de la abundancia, hasta el punto de servir muchas veces para empedrar las carreteras.

Las calles principales de la ciudad liguria son una tortuosa fila de palacios, con las fachadas cubiertas de grandiosas figuras y frondosos escayolados. Los grandes aleros sostenidos por cariátides casi se tocan, filtrándose por el angosto espacio que dejan libre la viva luz del mediodía. Por la noche, á altas horas, cuando el alumbrado público comienza á languidecer, estas calles angostas, con sus paredes de mármol que parecen remontarse hasta las estrellas parpadeantes, hacen pensar al transeunte en las revueltas galerías de una cantera, donde el pico ha trazado caprichosamente perfiles y relieves que, á la luz del sol, son prodigios de arte.

Las antiguas glorias de la nación genovesa, el poderío que le dieron sus marinos y negociantes, se revela en estos grandes palacios que un día albergaron á los patricios ligures, á aquellas familias que por medio de intrigas y conspiraciones se disputaban los cargos de Dux ó de capitán de la República.

Cuarenta y siete palacios, todos espléndidos en su interior y de mármol desde el cimiento á la balaustrada final, se cuentan en las cuatro calles que forman la espina de la ciudad.

Son las antiguas viviendas de los Dorias, Spínola, Palavicino, Balvi, Serra y otros linajes que se crearon en nuestra tierra ó enviaron á ella gloriosos representantes, que figuran con orgullo en la historia patria.

Hoy, estas viviendas patricias están abandonadas. Los descendientes de aquellos poderosos republicanos son palaciegos de la casa de Saboya, viven en Roma, cerca del rey, como militares ó altos funcionarios, y dejan á algún antiguo servidor de la familia el encargo de enseñar á los extranjeros los vastos salones, con los dorados obscurecidos por el tiempo; los muebles majestuosos y sólidos, en los que la polilla hinca el diente; las alfombras pérsicas, sobre las cuales aún parece sonar el metálico choque de las espuelas y el fru-fru de las luengas colas de terciopelo; los vistosos tapices robados en las expediciones marítimas y los numerosos cuadros de Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto, Ticiano, Veronese, Tintoretto, Caracci, Guido Reni, Pinturichio, Procaccini, Rubens, Van Dick y otros mil, adquiridos en aquella época feliz en que la aristocracia consideraba como la más distinguida de las modas el proteger las artes, así como ahora protege en España á los toreros y en el resto del mundo á los *jockeys*.

De todos estos palacios, el más interesante es el de los Dorias, famosa familia de navegantes, caciques del mar, mercenarios de las olas, que alquilaban á los soberanos de Europa sus escuadras de centenares de galeras y que nuestro Carlos V tuvo la habilidad de atraerse, dando un golpe de muerte á Francisco I.

El gigantesco caserón, con sus grandes inscripciones

latinas en la vieja fachada, está á orillas del mar, sobre una meseta que domina una gran extensión del Mediterráneo, como si los que lo construyeron necesitasen ver á todas horas, lo mismo desde la cama que desde la mesa, la vasta llanura azul, asiento de su poderío. Los vientos del golfo, que penetran mugientes por las columnatas de mármol, cubren hoy las baldosas de los patios y los andenes del abandonado jardín de un moho verde que obliga á andar con precaución.

¡Oh prosa de nuestra época! La casa de aquellos patricios, á quienes los más poderosos reyes de Europa llamaban primos y que tenían por huéspedes en sus salones á Carlos V ó á don Juan de Austria, se alquila hoy como cualquier caserón de vecindad. Los pisos bajos, donde se acuartelaban los marinos que lucharon en Lepanto y se custodiaban las armaduras milanesas con las que los Dorias se mostraban sobre el puente de sus naves como estatuas de acero, sirven ahora de falansterio á una porción de ingleses y yanquis que han establecido en ellos sus oficinas y almacenes de licores, hierros y algodón.

Los prosaicos y charolados rótulos que indican la razón social muéstranse insolentes en el patio del palacio, afeando los afiligranados mármoles de las puertas. Los toneles y fardos con inscripciones inglesas ruedan sobre las losas que hace tres siglos se conmovían con el paso de los piratas turcos encadenados, el rudo golpe de las lanzas y los mandobles y el ruidoso estallar de la trompetería, acompañada del griterío del populacho, que aclamaba el triunfo de los Dorias.

Pero como cada época trae consigo nuevos encumbramientos é inesperadas decadencias, los Dorias de hoy, que no tienen naves en el mar que les traigan valiosas presas y viven en Roma la costosa existencia de la alta

sociedad, aceptan gustosos las esterlinas ó los dólares de la gente sajona, y piensan, sin duda, que nunca valió tanto como en el presente el solar de sus antepasados.

Por fortuna, la invasión utilitaria no ha llegado hasta los pisos superiores, y allí se conserva todavía latente en el decorado y hasta en la atmósfera el recuerdo de la gran familia.

En una extensa galería, desde cuya balaustrada de mármol se ven las verdosas estatuas del jardín y el grandioso puerto, con su selva de mástiles y cordajes, se admiran, pintados al fresco por Bonacorsi, uno de los mejores discípulos de Rafael, todos los Dorias más famosos sentados en nubes, como olímpico Senado de proporciones gigantescas, vestidos á la romana con coseletes de escamas y mostrando en toda su soberana desnudez poderosas musculaturas.

Más adentro, atravesando las puertas de maderas preciosas, cuya complicada labor delata al artista árabe, se encuentran los salones de la familia, con sus gigantescas chimeneas, que tienen esculpidas en el mármol media corte celestial; sus camas monumentales cubiertas de sólido terciopelo; sus alfombras morunas; sus sitiales, que aún parecen guardar la huella de los antiguos dueños; y en los ángulos, como gloriosos trofeos, los enormes y afiligranados fanales, puntiagudos como capillas góticas, arrancados de las popas de las galeras tomadas al enemigo.

Fué asombroso el poder marítimo que los Dorias dieron á Génova. Esta ciudad italiana, que en el día no es mas que un gran puerto, fué en su tiempo tan poderosa como Inglaterra. Inventó la letra de cambio; acaparó el oro de todo el mundo; los más grandes banqueros de la cristiandad residían dentro de sus murallas, iguales en derechos é importancia á cualquier marino de la Sere-

nísima República. Los reyes más poderosos no se atrevían á emprender una guerra sin contar antes con el beneplácito del comercio genovés, único en Europa que podía prestar millones; y su marina era tan importante, que constaba de más de mil barcos de guerra con cien mil hombres de combate.

En uno de los salones, frente al viejo sillón en el que se sentaba Carlos V al hospedarse en el palacio, vese reproducida en un gran cuadro la inmensa armada genovesa en orden de combate, formando divisiones, al aire sus velas triangulares, ondeantes sus flámulas, con las bordas erizadas de cañones y bombardas; y bien se reconoce ante tan inmenso alarde la razón de que la Génova del siglo XVI pesase en los destinos de Europa tanto ó más que la Inglaterra del presente.

El recuerdo del gran emperador vive todavía en el palacio de los Dorias. El español que discurre por aquellos salones vetustos, obsesionado por los históricos recuerdos, cree que al levantar un cortinaje va á encontrarse con la frente hermosa, la nariz audaz y la sonrisa de vividor alegre de aquel hombre extraordinario, percibiendo al mismo tiempo el roce sedoso del enorme lebrel, eterno compañero del gran monarca.

Todos los hombres ilustres de aquella época, escépticos por las veleidades de la fortuna, sin fe en el afecto y la fidelidad de los hombres, tenían depositada su confianza y su cariño en un animal. Carlos V tenía su lebrel y Andrés Doria tuvo su gato: un hermoso gato de color canela, rollizo y lustroso, con enormes bigotes y una cabeza grave y reflexiva, digna de un filósofo. Un pincel maestro se encargó de inmortalizarle, y allí está, en el mejor salón del palacio, en un gran lienzo que ocupa lugar preferente, sentado sobre las patas traseras y oyendo con profunda atención á su amo Andrés Doria,

que, con la blanca barba sobre el pecho, envuelto en negra hopalanda y el birrete de terciopelo de borde acanalado hundido hasta las orejas, tiene la demacración, el aspecto doliente del hombre de mar que llega á la vejez después de haber pasado su vida rociado por las olas y combatido por el viento.

Tal vez el gran marino relata á su fiel amigo el concepto que le merecía Francisco I, y el *Micifuf* aprueba con su sonrisa de felino.

Debió ser para Génova un período feliz aquel en que Andrés Doria, seguro de la adhesión de sus conciudadanos, sólo atendió á conquistar el señorío del Mediterráneo.

De libertad no debían andar muy bien los genoveses de entonces, y lo prueba la conspiración de Fieschi en tiempos de Giannettino Doria, el hijo de Andrés. Las grandezas históricas cuestan caras á los pueblos, como costó la gloria de Carlos V á las libertades castellanas y la de Napoleón á la Francia revolucionaria.

Pero, al menos, esas épocas de dictadura gloriosa dejan como recuerdo grandes obras artísticas; y el testimonio viviente del período de los Dorias son los palacios genoveses, con sus derroches de escultura, gigantescas figuras que, hundidas hasta el vientre en pétreos follajes, sostienen con los miembros contraídos las balaustradas de balcones y ventanas.

Y por cierto que son tan numerosas las estatuas en las fachadas de estos antiguos palacios, que si todas se animaran con momentánea vida y echasen á correr, los fondistas de Génova, con ser casi tan innumerables como la prole de Abraham, no tendrían cubiertos bastantes para tanto «convidado de piedra».

IV

Los Saboyas

Hay que reconocer que si la casa de Saboya políticamente es tan mala como todas las familias que sostienen en Europa el régimen monárquico, considerada en sus costumbres privadas inspira mayor simpatía que todas las dinastías juntas.

La unidad italiana, que ha hecho á los Saboyas soberanos de veintiocho millones de seres, no ha borrado sus costumbres modestas de antiguos reyes del Piamonte, monarcas de un país pequeño y pobre, obligados á atemperar sus gustos á la exigua lista civil.

Además, la democracia, como el sol, dora cuanto toca, y la actual dinastía italiana, hija de la revolución, por más que ahora comience á renegar de ella, no puede despojarse fácilmente de los gustos sencillos y la severidad espartana adquiridos en la época en que reñía en los campos de batalla contra esa misma Austria que ahora mira como fiel aliada.

Los Saboyas son la dinastía que viene de abajo, y apoyándose en el pueblo, ha procurado identificarse con éste, imitando su sencillez de costumbres. Si es que en Italia no ha de ser un hecho la República, los reyes que vengan después de Humberto—influenciados por el continuo trato con Alemania y Austria—vivirán aparatosa

y ridículamente, como el César germánico ó cualquier otro monarca de los que aún creen en el derecho divino. Pero hasta el presente, los individuos de la casa de Saboya son simpáticos por su sencillez de costumbres, que amortigua y disimula esa fiebre amorosa, inextinguible, distintivo de la familia.

Hasta en esta tendencia de raza se marca la atracción hacia abajo. Víctor Manuel, aquel Nemrod de las campiñas italianas que huía de los palacios y sólo se hallaba bien en las cabañas de los guardabosques con el emplumado fieltro sobre las cejas y la escopeta en la mano, guardaba para las rollizas campesinas, morenotas y de piernas desnudas, las sonrisas que en vano buscaban las acicaladas damas de la corte. Era en esto semejante á nuestro Carlos V, que se conmovía ante la belleza de las lavanderas alemanas y lanzaba al mundo los frutos de un cruce del cetro imperial con la pala de golpear la ropa.

De nuestro Amadeo todos sabemos que no sentía menos el ardor de la sangre del papá. De Humberto nada se dice, porque tal clase de juicios privados corresponden á la Historia, y ésta sólo adquiere sus derechos después de muerto el individuo; pero visible es su sencillez de costumbres para los que le encuentran todos los días completamente solo por las calles de Milán ó Roma, puesto de chistera y levita, como un honrado burgués, y tronzándose los brazos á fuerza de contestar al saludo de los transeuntes.

Ha tenido una educación militar. Hombre apenas cuando su padre batallaba con los austriacos, pasó su juventud en los campamentos y en los combates, y libre afortunadamente del afeminamiento de los palacios, es un soldado, y tiene la marcialidad, el aspecto franco y la sencillez de porte de un buen camarada de cuartel.

Todo esto pensaba yo una mañana paseando por los salones del palacio real de Génova, un caserón de mármol magníficamente emplazado á la vista del golfo, con una escalinata que desciende al mar y permite embarcarse sin salir á la calle.

Repasando los antecedentes de los Saboyas, me explicaba la modestia, la falta de aparato regio que se nota en esta vivienda, como en todas las demás que la familia de Humberto tiene en las principales capitales de Italia.

En los salones, muchos cuadros de gran valía; pero éstos son aquí tan abundantes, que se encuentran en cualquier parte. El resto del decorado, falso, pretencioso y pobre, como la casa de un advenedizo instalada á toda prisa.

Sillerías doradas, de equívoco gusto, que parecen sacadas de la guardarropía de cualquier teatro; espejos con talla á máquina, que recuerdan las grandes peluquerías; camas mezquinas, rematadas por enormes coronas de aspecto ridículo; pilas de baño angostas, semejantes á las de los establecimientos hidroterápicos.

Ruborícense los monárquicos; tiemble de rabia el principio de la majestad real, que exige lujo y aparato. Cualquier industrial de la republicana Francia, cualquier tocinero millonario de los Estados Unidos, vive con más *comfort* y buen gusto que los reyes de Italia.

Tal vez en esta sencillez monárquica hay su parte de cálculo, y es una muestra de la astucia y sentido práctico de los Saboyas.

Á un pueblo que, en el 48, desde Nápoles á Turín, gritó «¡viva la República!» y que aún ve flotar en el espacio la roja capa de Garibaldi, el caballero sin miedo y sin tacha de la revolución, debe tratársele con un tacto exquisito para que tolere la monarquía con todos

los desaciertos á que la ha arrastrado la soberbia política de Crispi.

Hay que reconocer que esto sabe hacerlo Humberto á la perfección. Se exhibe sin aparato alguno; no ocurre desgracia en toda la península que no acuda personalmente con su esposa á remediarla; regala en suscripciones y colectas benéficas centenares de miles de liras; y este pueblo, que, como buen latino, es impresionable, y tan pronto se muestra sublimemente heroico en la epopeya de Garibaldi como ridículo en el período actual, habla con entusiasmo de la *regina che è molto bella* y del *re che è molto caritativo,* como si esas cantidades que regala la monarquía las sacase de su peculio y no fuesen una exigua parte de lo que se arrebata á la hambrienta Sicilia, á la mísera Romania y á la casi salvaje Cerdeña, para el mantenimiento de un ejército inútil y de una dinastía cuya honradez es indudable, pero sin la cual podía vivir perfectamente Italia.

Si los héroes y los mártires de la independencia italiana hubiesen adivinado el presente, tal vez no se habrían batido con aquel ardor que los igualó á los paladines de la antigüedad.

La Italia monárquica levanta en todas las ciudades grandiosos monumentos á Garibaldi y persigue y encarcela á sus antiguos soldados por ser enemigos de las instituciones.

Esos bronces que reproducen la caballeresca figura del héroe de Marsala causan el efecto de un sarcasmo.

¡Pobre Garibaldi! Soldado incansable de la libertad en ambos hemisferios, en Roma levantó la bandera de independencia sobre las cenizas de cien generaciones republicanas; barrió de austriacos el Piamonte; con mil voluntarios se atrevió á conquistar el reino de las Dos Sicilias, rasgo de audacia el más grandioso que conoce

la Historia; con un puñado de hombres armados con fusiles viejos se lanzó á combatir con la Francia imperial, que amparaba al Papa; todo esto lo hizo por el triunfo de la República, ideal que animaba su vida, y el resultado de tanta abnegación, de tan sublimes sacrificios, fué engrandecer y consolidar una monarquía ingrata, que le tuvo prisionero con grandes honores, pero prisionero al fin, en su retiro de Caprera.

El héroe infeliz fué víctima de la estafa moral más extraordinaria que registra la Historia.

Fundador inconsciente del poderío de los Saboyas, pasó toda la vida combatiendo á los *tedescos* como enemigos de su patria. Y austriacos y alemanes son hoy los más festejados y apreciados por la Italia monárquica.

V

Apoteosis del mármol

En las ciudades que, como Génova, han sido Estados independientes de exiguo territorio, pero de gloriosa historia, la casa del municipio es un centro digno de ser visitado, por los recuerdos que encierra.

Situado el Ayuntamento genovés en la Vía Garibaldi, ocupa el antiguo palacio Tursi, soberbia construcción de mármol, con una escalinata de proporciones grandiosas, que parece fabricada para gigantes.

Desde el portal salen al encuentro del visitante los recuerdos gloriosos inmortalizados por ilustres pinceles, y subiendo la escalera de lo que más que cabildo de una ciudad es notable museo, se contempla el acto de la llegada de don Juan de Austria á Génova después de la jornada de Lepanto, admirándose la fina y austera figura del bastardo de Carlos V, que, con la noble sencillez del héroe, destaca su negro traje sobre el fondo multicolor formado por el pueblo que aclama, la marinería que abre paso, el patriciado que arrastra con solemnidad sus luengas togas, y el dux Palavicino, cubierto por la púrpura de la más alta magistratura y la simbólica mitra de los señores del mar.

En este palacio es donde se encuentran los recuerdos auténticos del más ilustre de los genoveses, de aquel

piloto visionario que, mendigo como Homero, soñando en la realidad y en la quimera, aunando la certeza de la redondez de la tierra con el deseo de reconquistar el Santo Sepulcro, iba de corte en corte ofreciendo un mundo, hasta que dió con sus huesos en la casi moruna Andalucía, donde encontró una reina que le oyera, y los Pinzones, marinos españoles, confiados y audaces, que no vacilaron en seguir al iluminado.

En el despacho del *sindaco* de Génova, estancia regia cubierta de tapices, pinturas al fresco y soberbios bronces, se ostentan, resguardados por artística vitrina, fragmentos del Códice de Colón, admirándose la letra gótica, clara y segura del famoso almirante.

En la misma habitación yace el recuerdo de otro genovés, si no tan útil á la humanidad como el marino, no menos grande en la historia del arte. Sobre un fondo acolchado de raso azul y guardado por cristales como imagen milagrosa que sólo de lejos puede adorarse, está el violín de Paganini, miserable armazón de madera y tripa retorcida, que si vale mucho como recuerdo, nada significa hoy sin la mano sobrehumana que le arrancó prodigiosos sonidos.

Viendo el mudo instrumento reclinado sobre el blando raso como un cadáver glorioso, se recuerda la historia de aquel artista que la supersticiosa sociedad de principios de siglo consideraba como un ser en perpetuo pacto con el diablo, su accidentada existencia, desde que correteaba por los muelles como pilluelo del puerto de Génova, hasta que deleitaba á las principales cortes con su música fantástica, sus aventuras de héroe novelesco y sus peregrinaciones después de muerto, cuando las ciudades se negaban á admitir el cadáver del diabólico músico, obligando á la piedad filial á darle sepultura en un ignorado rincón de la costa de Niza.

Aquel genio que en vida fué hijo mimado de la fortuna, que se vió amado por las más hermosas mujeres del mundo, llevando la loca existencia de un Nabab y arrojando por la ventana las riquezas adquiridas en los conciertos, yace hoy en desconocida tumba, y menos afortunado que su violín, no puede recibir la visita de la admiración.

La triste suerte de Paganini resulta más lamentable siendo hijo de Génova, una ciudad que rivaliza con el antiguo Egipto en punto á preocuparse de la muerte y perpetuar con formas artísticas el paso por la vida.

Llegáis á Génova é inmediatamente os ofrecen enseñaros lo más notable de la ciudad, ó sea el cementerio. No hay aquí persona poseedora de una mediana fortuna que no se preocupe en plena vida de cómo será su panteón.

La soberbia, la petulancia, el deseo de figurar aunque sea en clase de esqueleto, impulsa á los buenos burgueses de Génova á invadir en forma de vocinglero reclamo el imperio de la muerte, que es el de la igualdad y el olvido.

En esta ciudad, que con justicia se llama de mármol, el cementerio es como la apoteosis de esa piedra costosa y dócil, que lo mismo sirve para reproducir el rostro inmortal de un Víctor Hugo, que para adornar con agujereada losa el gabinete más necesario y recóndito de una casa.

Muchas canteras se han agotado para adornar el vasto campo de la muerte donde duermen el sueño eterno los tenderos de Génova, los comerciantes, los navieros, todos los que pasan la vida batallando por el céntimo, privándose tal vez de lo necesario y explotando inicuamente á sus semejantes, para dejar en el testamento algunos centenares de miles de liras destinados á la

glorificación póstuma en forma de labrado mármol y dorados epitafios que, en fuerza de retumbantes é hinchados, en vez de conmover hacen reir.

Toda una población de seres mudos, rígidos, de inmaculada blancura y tan numerosos como el vecindario de Génova, se yerguen entre las flores y follajes del cementerio ó en las desiertas columnatas, cuyo pavimento repite el paso del visitante con pavoroso eco. ¿Cuántos son? ¡Quién puede saberlo! Cien mil, doscientos mil, todo un mundo amontonado por la petulancia de cuatro generaciones. Todos los escultores de Italia han comido de ese cementerio genovés, donde los muertos se consideran deshonrados si no tienen sobre la tierra que les llena la boca algún figurón de mármol. Viudas llorosas y encorvadas bajo el luengo velo de sutil tejido; Saturnos de torvo ceño; ángeles que se sostienen sobre la punta de un pie, como graciosas bailarinas; cruces enormes como vergas de navío; grupos que reproducen á toda la familia; urnas griegas; pirámides egipcias; sarcófagos romanos; ojivas góticas; santos de varias categorías; puertas cerradas, en cuyas gradas se sienta el genio del silencio con el índice sobre los labios, todo en mármol blanco, verde ó negro, de colosales proporciones, como encargado por gente que no repara en dinero y aprecia el arte por el tamaño.

Como museo de escultura de encargo no está mal; pero la idea de la muerte, certeza futura que inspira á un tiempo pavor y consuelo, esa esfinge misteriosa que vemos al término de nuestro camino, y unas veces nos impulsa á gozar como locos y otras á normalizar nuestras acciones con el bien y la virtud, no se encuentra en esta necrópolis por más que se busque.

En punto á cementerios, opto por los de las aldeas, donde el muerto no hace reir con la pedantería del mármol, y el mísero cadáver, como un deudor fiel y honrado en el pago, se confunde con la tierra y le devuelve lo que de ella tomó, sin importarle un ardite que los que pasan por arriba ignoren cómo se llamaba la inmunda gusanera que pudre abajo.

Por eso ese cementerio de Génova, aparte de su mérito artístico, sólo produce una impresión de jocoso desprecio, á pesar de su pretendida grandiosidad.

La risa asoma á los labios al encontrarse frente á frente con el orgullo de estos buenos burgueses de Génova, pobres diablos que porque hicieron dinero en América se creen personajes y hacen el favor de reproducir en colosales monumentos sus fachas de mozos de cordel, para que las generaciones venideras no se calienten la cabeza averiguando qué pinta tenían tan extraordinarios genios.

¡Y qué epitafios! Afortunado cementerio el de Génova, donde no hay enterrado un solo pillo. Epitafio canta: todos los que están en él son egregios, integérrimos negociantes, caballeros de no sé cuántas órdenes, padres de los pobres, que es el eterno título de todos cuantos prestan al setenta por ciento; y como mérito supremo, como ejecutoria de sobrehumano talento, se consigna que el muerto supo hacer mucho dinero.

En algunas de las tumbas está la viuda reproducida por el adulador cincel como una beldad llorosa, envuelta en el velo, casi desmayada sobre la tumba, jurando con las crispadas manos que será fiel al pobre difunto hasta que llegue su hora; y al año, la conmovedora estatua ve cómo llega el animado modelo á cambiar las flores, fresca y sonriente, del brazo de algún bravo joven, que es el segundo marido ó algo peor.

Sobrada farsa es la vida con sus afectos convencionales y sus olvidadizas promesas, para que la soberbia

humana pretenda petrificarla, prolongándola más allá de la tumba.

En toda esta ciudad de reclamos y vociferaciones del amor propio sólo se encuentra un sarcófago sencillo y conmovedor. Una arrogante cabeza juvenil, rapada y barbuda, que surge por entre la blusa de anchos pliegues, y en el zócalo, tras el nombre, ostenta esta concisa inscripción: «Uno de los mil».

¡Ya has dicho bastante, bravo combatiente de la libertad de tu patria! Ser uno de los «Mil», de aquella loca expedición que coronó el éxito, y desembarcando en las playas de Marsala tras la luminosa espada de Garibaldi, derrumbó el trono de los Borbones sicilianos, vale algo más para las generaciones futuras que haber sido millonario y «padre de los pobres», como los infinitos papanatas que desde lo alto de los vecinos monumentos te contemplan con desprecio. Ante tu blusa de garibaldino se descubre la cabeza del visitante y te saludan respetuosos los que momentos antes sonreían ante esos figurones de mármol colocados en teatral actitud, en cuyas frentes vulgares aún parece leerse el precio de los últimos cambios y la preocupación por arrancarle la peseta al vecino.

Á la muerte no se la engaña. Todo el derroche de escultura del cementerio de Génova, todo el lujo escénico de pomposas inscripciones latinas é italianas, se achica y desaparece ante una pequeña tumba que existe en un rincón, socavada en la peña de la inmediata montaña. Dos palabras, un nombre sencillo se ostenta en el frontispicio, y sin embargo, al leerlo, el frío de la emoción sube por la espalda, los ojos se enturbian y se sienten impulsos de doblar la rodilla.

Allí descansa medio siglo de incesante conspiración, de entusiasta batallar por la libertad italiana y la República, lo mismo en la prensa que en la logia y en el campo de batalla. Allí está quien, al eco de su potente voz, despertaba á la joven Italia y hacía que los carbonarios cargasen sus fusiles en la sombra; allí quien, pareciéndole poco la emancipación de su patria, trabajaba por la de todos los pueblos y colaboraba desde Londres con Ledru Rollín y Víctor Hugo para quitarle el sueño á Napoleón III, con Orense y Garrido para destronar á Isabel II; el que á los treinta años tenía la cabeza blanca y el cuerpo viejo, arruinado por las crueldades de las cárceles austriacas; el que con una palabra lanzaba ciegamente á la muerte miles de jóvenes compatriotas; el que fué cerebro, como Garibaldi fué brazo; el que se negó volver á su país después de realizada la unidad, por no transigir con la monarquía; allí descansa sencillamente «José Mazzini».

Y estos epitafios son los que valen.

VI

La Lombardía

Llegamos á Milán un sábado al anochecer.

Durante seis horas, el tren, rápido y sucio como todos los de Italia, atravesó el accidentado terreno de la Liguria, la perforada cadena de montañas que rodea á Génova y la fértil y hermosa Lombardía, esa inmensa llanura siempre verde que ha atraído con su riqueza las invasiones de la gente del Norte, y por cuya posesión han batallado, derramando ríos de sangre, las hordas bárbaras, la caballería de los reyes de Francia, los gloriosos tercios españoles y los batallones de Napoleón.

Ofrece hermoso espectáculo la vega, que se pierde de vista, como un mar verdoso y ondulante, sin la más leve alteración, sin el más pequeño oleaje del terreno; cruzada por mansos ríos y anchos canales, matizada á trechos por frondosos bosques, con los grandes campos orlados de arbustos; sus hermosos caminos, por donde ruedan con perezoso chirrido las carretas de bueyes; sus morenas y sonrientes *contadinas,* con el zagalejo recogido, las piernas desnudas y la cabeza erizada de agujas grandes como cuchillos, que forman sobre el cogote un abanico de acero; sus alegres pueblecillos rebosantes de «carácter», las casas blancas, coquetas, con persianas

verdes, apiñándose contra la vieja iglesia y el castillo señorial arruinado; y en el ambiente puro cargado de luz, de color y de susurrantes insectos, un eterno olor de alfalfa madura, que parece ser el perfume especial de la campiña italiana.

Al Norte, cortados por fajas de vapores y haciendo brillar en lo alto como bloques de plata sus nieves eternas, limitan el horizonte las accidentadas crestas de los Alpes, barrera natural de la libre Suiza, desde cuyas cimas bajan espumeantes los torrentes que después, como mansos ríos, fertilizan y refrescan el suelo lombardo. En el extremo opuesto márcanse las primeras estribaciones de los Apeninos, la gran columna vertebral de la península italiana; y la extensa Lombardía, gozando el benéfico privilegio de hallarse colocada entre ambas cordilleras de gigantescas esponjas que chupan para ella la inextinguible humedad de las grandes alturas, siente circular por sus entrañas ocultos torrentes de nieve derretida, y su superficie cúbrese espontáneamente de eterno verdor, de hermosas praderas que alimentan infinitos rebaños de lustrosos bueyes, cuidados por los pastores piamonteses, casi desnudos, de aspecto salvaje y con el pecho cargado de escapularios.

Tal vez no hay en el mundo una llanura que contenga tantos nombres históricos como la inmensa vega lombarda. Aquí Carignán, con su sangrienta y tenaz «batalla de los gigantes», donde Francisco I abatió la tradicional firmeza de los suizos; aquí Pavía, donde á su vez el mismo rey de Francia tuvo que reconocer que los verdaderos gigantes eran los tercios españoles; y después todo el inmenso catálogo de glorias de las guerras de la República francesa, donde se dió á conocer por primera vez aquel general de veintiséis años llamado Bonaparte que los viejos granaderos de mostachos grises apodaban

cariñosamente *petit caporal;* Lodi, con sus asombrosas novedades tácticas; Arcola, con su glorioso puente, en el que parece verse á todas horas al joven Napoleón irguiendo su pequeño cuerpo con la bandera tricolor en alto, gritando: «¡Adelante!» y corriendo impávido por entre la metralla con la seguridad de los predestinados; Rívoli, con su famoso cambio de frente que inmortalizó á Massena, y Marengo, donde la batalla perdida á las tres de la tarde por el futuro emperador se ganaba á las cinco por el tierno Desaix, que pagó con la vida la victoria.

Hermoso país este, donde cada campo ha sentido el galopar del caballo de algún grande hombre, y hasta las más pequeñas aldeas llevan nombres inmortales en la Historia.

En pocos lugares del mundo es tan visible la fertilidad agrícola. Se comprende que un país tan rico haya excitado la codicia de todos los conquistadores de Europa. Se recuerda inevitablemente la famosa proclama que Bonaparte, desde las crestas de los vecinos Alpes, dirigía á su ejército hambriento y haraposo: «Os falta el pan, el traje y los zapatos. Tomadlo todo con las bayonetas. Á vuestros pies lo tenéis.»

Y se justifica el valor desesperado de aquellos soldados de la República, que, en Rívoli, siendo 20.000, derrotaron á 80.000 austriacos. Peleaban por no volver á los Alpes, las montañas del hambre; por permanecer en esta seductora Lombardía, que siempre lo ha dado todo voluntariamente al conquistador, desde la cama y la comida hasta las frescas mejillas de sus hermosas campesinas.

Hoy, gracias á la unidad italiana, nadie aspira á la posesión de la Lombardía, y es ésta la región más rica y próspera de la península.

Los lombardos son los catalanes de Italia, y Milán la capital moral de la península.

Vive Roma la existencia anodina y falsa que le proporciona la residencia del gobierno; pero Milán se impone á toda la nación como primer centro de la industria y de la labor intelectual.

La capital lombarda, que en población y extensión es superior á nuestro Madrid, levántase casi en el centro de la dilatada campiña, resguardada por un verdadero bosque de chimeneas de vapor. Aquí está casi toda la fabricación de Italia.

Pero más aún que en la industria, Milán ejerce un poderío universal en el mundo del arte.

Las casas de Riccordi y Sonzogno, poderosos caciques de la música, que luchan tirándose millones á la cabeza y creando compositores en competencia, monopolizan todos los teatros de ópera, lo mismo los de Europa y América que los de Australia. El diario republicano *Il Secolo* tira diariamente medio millón de ejemplares y está á la altura del *Times* ó el *New York Herald.* Periódicos de ochenta mil y cien mil ejemplares se publican cinco ó seis; el establecimiento editorial de los hermanos Treves vende á peseta el volumen, en enormes tiradas, las obras más famosas de la literatura contemporánea de todas las naciones; y en la época en que Francia entera escarnecía al gran Emilio Zola y le llamaba *cochon,* Milán publicaba varias ediciones de sus novelas y se discutía apasionadamente en la prensa no la valía de las obras, que fué, indudablemente, desde el primer momento para este público artista, sino el mérito de las diferentes traducciones.

Milán tiene dinero, come bien, oye mucha música y lee á todo pasto... ¿Qué más puede desear un pueblo?

Por esto la metrópoli lombarda parece envuelta en

un ambiente de seducción y simpatía, y atrae á los extranjeros, que, artistas y simples curiosos, forman casi una tercera parte de su población.

Cuando, á la caída de la tarde, el tren ha dejado atrás la histórica Pavía, de tan grato recuerdo para todo español, surge como ciudad fantástica, entre los dorados vapores del crepúsculo, el histórico Milán, con sus esbeltas torres, cuyas vidrieras inflama el sol como placas de fuego; sus robustos palacios, que destacan en el ambiente las caladas y aéreas cresterías del Renacimiento; su revuelto oleaje de tejados rojos, y por encima de ellos la famosa catedral, maravilla del arte gótico, blanca, deslumbrante, erizada de sutiles agujas, como témpano de hielo caído desde los altos Alpes en medio de la capital, coronada por un celaje luminoso y agitando en sus puntiagudos campaniles, ocultos por la bordada piedra, los bronces, que obsesionan con sus graves ecos y que parecen susurrar junto al oído del que llega:

—No te conozco; pero, incrédulo ó devoto, para mí será la primera visita.

Y la catedral nunca se equivoca.

VII

La catedral por fuera

En las primeras horas de la mañana de un domingo contemplé de cerca, en toda su esplendorosa belleza, la catedral de Milán.

Las familias burguesas que, emperejiladas con los trapitos domingueros, iban á oir misa, cruzábanse en el extenso graderío con las bandas de turistas ingleses que, guía en mano y pisando recio con sus borceguíes amarillos, corren todo el mundo en busca de novedades, pasan como relámpagos por diversas naciones, viendo mucho y comprendiendo poco, y con el mismo «*¡oooh!*» de satisfacción admiran la catedral de Milán que la plaza de Toros de Madrid.

Si la Edad Media, período tan calumniado y mal comprendido, no tuviera otros títulos para librarse de la barbarie absoluta que algunos pretenden ver en ella, le bastarían para su gloria los sublimes monumentos que sembró sobre el suelo de Europa. Esas soberbias catedrales, en las que la piedra bordada, afiligranada y sutil canta un himno al arte cristiano, parecen el suspiro petrificado de aquellos pueblos que, ignorantes y piadosos, tenían los ojos de la imaginación puestos en la otra vida y sus almas subían y subían hacia lo des-

conocido, como las caladas agujas que erizan las cubiertas de los templos y que, cual flechas de mármol, rasgan el espacio azul.

Sentir en la extensa plaza del Duomo el silbido de los tranvías eléctricos, los gritos de los vendedores de periódicos que pregonan las últimas coplas sobre el viaje de Crispi al infierno, los rumores infinitos de la agitada vida moderna, y tener ante los ojos la Edad Media bien conservada y hasta rejuvenecida, con sus prodigios de arquitectura aérea y sus delirios esculturales, es un espectáculo de atrayente novedad que sólo puede encontrarse en Milán frente á su famosa catedral.

Figuraos una gran montaña de mármol que varias generaciones han ido vaciando interiormente, dejando en lo alto afiladas y múltiples agujas, perforando sus muros con rasgadas ojivas que llegan desde el techo al suelo y tienen por celosías enrejados de piedra, donde el cincel ha trazado los más complicados arabescos: pues esto es la catedral de Milán.

Esta montaña tiene su flora: una vegetación fantástica de rosas de piedra, de tupidos follajes que nacieron entre las manos del escultor cristiano, y bajo los cuales se albergan dragones de fauces abiertas, espantosas alimañas, simios de lujuriosa mueca, todos los delirios estrambóticos imaginados por el artista mediévico al soñar con los abortos del infierno, eterna preocupación de la época.

Tiene su población muda y eterna: cuatro mil estatuas, producto de diferentes siglos, que parecen guardar el monumento; santos y mártires, guerreros y artistas, cuantos figuran con algún lustre en el santoral ó en la historia de Italia; unos bendiciendo, otros empuñando lanzas, algunos señalando á la tierra y requiriendo la espada, los más mirando al cielo, y todos con prodi-

gioso equilibrio, desafiando á los años y al furor de los elementos, alineados gallardamente en las cornisas, irguiéndose en el agudo vértice de las agujas ó descendiendo audazmente por los contrafuertes del muro, como racimo de hombres que se desploma, amparándose bajo templetes afiligranados y puntiagudos y apoyando los pies en repisas que son cabezas de espantables monstruos.

Para que la maravilla arquitectónica sea más semejante á una montaña, el mármol se ennegrece abajo, en las laderas, y brilla arriba, en las altas agujas, como esos colosos de los Alpes coronados luminosamente por nieves eternas.

¿Quién fué el autor del Duomo? ¿Qué arquitecto soñó ese monumento, que con el curso de los años parece haber hundido el terreno en torno de él, y sin embargo, se remonta vaporoso é ideal como un canto místico?

Nadie puede indicar con certeza su nombre. Cuando nació la catedral, el arte era una vocación irresistible, un amor á la belleza sin afán alguno por la gloria personal. El arquitecto era artista; asociados todos por la comunidad de ideales, aspiraban á la inmortalidad de la obra sin importarles el olvido del autor, y subidos en los groseros y movedizos andamios á prodigiosas alturas, en las que desafiaban la muerte, viendo sobre sus cabezas el cielo azul, tras cuyas nubes su imaginación de soñadores cristianos creía encontrar las legiones de ángeles y la irresistible mirada del Padre Eterno, batallaban con el mármol recién salido de la cantera, acariciábanlo un día y otro con su cincel, é inspirados más por el santo ideal que por la corrección de la forma, enterrada momentáneamente con la ruina del mundo clásico, hacían surgir todo un mundo de figuras incorrectas, pero de una ingenuidad encantadora; y lo mismo

junto á la ojiva audaz que en la calada puerta ó en el robusto muro, como signo de origen dejaban grabados el triángulo ó la escuadra, firma misteriosa de aquella raza que vivía apartada del rudo batallar de su época, trazando en el fondo de los laboriosos talleres que se llamaban «cabañas de arquitectos» los planos de obras tan famosas come las catedrales de Colonia y Milán, y ejerciendo con ciertos ritos y secretos el sacerdocio del arte.

Lo único que se sabe con certeza lo dice la misma catedral en su portada, con esta inscripción: *Il principio dil Duomo de Milano fu nel anno 1386.*

Galeazo Visconti, el duque más famoso de Milán, aquel que mostró empeño en cubrir de obras artísticas el suelo de Lombardía, fué quien puso la primera piedra de esta catedral, único monumento gótico que existe en Italia.

Esta obra, que en realidad es hija de la influencia del Norte, sólo podía nacer en Milán, punto de tránsito para los reyes, los magnates y los prelados de Francia y Alemania, que en los grandes jubileos de la Edad Media marchaban á Roma para solicitar, á cambio de buenas dádivas, el perdón de sus pecados, que no eran pocos.

El arte ojival había nacido, como consecuencia de las cruzadas, en los países del Norte, que dieron gran contingente á aquellas expediciones; é indudablemente el continuo tránsito de franceses y germanos que iban á Roma fué lo que determinó que el templo iniciado por Galeazo tomase la forma de catedral gótica en un país donde el arte de la Edad Media nunca salió del estilo románico.

Asombra con sus obras el siglo XIV, ese período que bien puede llamarse el siglo de oro de la Edad Media.

La poesía, ahogada en sangre y fuego dos siglos antes por la Inquisición papal en las cultas ciudades de la Provenza, renació, produciendo el cantor del infierno, el más grande poeta después de Homero; la alquimia, quemándose las cejas junto al incandescente hornillo en el que había de solidificarse la piedra filosofal, realizó descubrimientos que fueron después la base de la química; la arquitectura, volando audazmente en alas de la fe, se remontó á las mayores alturas, y como hija legítima de una época en la que la guerra era el estado natural y la tregua extraña excepción, copió la ojiva de la puntiaguda tienda del guerrero y el robusto pilar de unidas columnas de los haces de lanzas del campamento.

Siglo de transiciones violentas y de bruscos contrastes, en él se mezclaron las gentes dominadas aún por el despego á las cosas terrenas que produjo el terror milenario, y las que con los ojos en el porvenir presentían el Renacimiento.

Período en el que dominaron los Papas más intransigentes y los monarcas más despreocupados.

Época en que los poetas idealizaban y embellecían en vigorosos tercetos las obscuras monotonías teológicas, mientras por los conventos circulaba *El Evangelio eterno,* libro de origen misterioso que enfurecía á Roma y en el cual se pretendía volver el cristianismo á su primitiva sencillez.

El pueblo sacrificaba su pobreza para crear monumentos como la catedral de Milán, que le aproximaban á un Dios tan pronto remedio de todas sus miserias como justiciero implacable. Y frente á este misticismo universal retoñaba la protesta de los albigenses en la persona del emperador Federico II de Suabia, el último gran monarca de la raza de los Hohenstaufen, que en su poético retiro de Sicilia leía las obras de los filósofos grie-

gos, conservadas y traducidas por los árabes; departía con sus buenos amigos los doctores sarracenos de la Universidad de Córdoba; se burlaba donosamente de las excomuniones del Papa, viendo danzar la compañía de bayaderas enviada por Saladino; contestaba á los anatemas de Roma con manifiestos apelando en plena Edad Media al tribunal de la opinión pública, como si fuese un demócrata de nuestros días; y en secreto dictaba á su secretario Delavigne el famoso libro *De Tribus impostoribus,* en el que se aseguraba que la humanidad era infeliz por culpa de tres impostores: Moisés, Jesús y Mahoma, los cuales, con sus predicaciones, habían creado los odios religiosos, haciendo que los hombres, por cuestiones teológicas, se degollasen en los campos de batalla.

VIII

La catedral por dentro

Atravesé una de las gigantescas portadas de afiligranada labor, empujé la cancela obscura y pulida por el continuo roce; un viento húmedo de subterráneo me acarició el rostro como un beso helado, y me vi dentro de la grandiosa catedral.

Es necesario ser Víctor Hugo para definir la impresión que causa el interior de esos grandes monumentos levantados por la fe de la Edad Media.

Cinco naves separadas por columnas enormes como esos árboles de América dentro de los cuales pueden fabricarse casas enteras; tan grandes, que su base, vista de lejos, parece insignificante, y de cerca no llega la cabeza á la arista superior; y en los capiteles guirnaldas de estatuas cobijadas bajo festones de piedra labrada sosteniendo audaces bóvedas, en las cuales flotan las nubecillas de incienso como jirones de la túnica de algún ángel que revolotease por las tortuosidades arquitectónicas.

En los muros negruzcos, sobre los cuales parecen haber extendido una lóbrega pátina los suspiros y oraciones de cinco siglos de firme creencia, brillan las ojivales vidrieras con sus figuras multicolores, sus mosaicos esplendentes, sus grupos de flores luminosas, como

una primavera mística surgida de los húmedos bloques al calor de los rezos y los cánticos.

Baja la luz al centro del templo, tibia, cernida por las celosías de piedra de la gran linterna, como reflejo de lejanos esplendores de la Divinidad, y en medio de esta atmósfera tenue y dorada, colgando de hilos invisibles, se destaca un gran crucifijo, un Cristo gótico, macilento, horripilante de dolor, que parece moverse con las contorsiones de la agonía y flotar en el ambiente.

Vive con tanta fuerza en el interior de este templo la época interesante en que nació, subsiste con tanto vigor el carácter medioeval, que, olvidándome de que afuera, separada por un simple muro, estaba la vida del siglo con su prosa y su delirante movimiento, no viendo las cuadrillas de ingleses que recorrían las naves mirándolo todo con gemelos de teatro, me creía resucitado en plena Edad Media como plebeyo del ducado de Milán y súbdito de Galeazo; y creía que por momentos los vulgares pantalones iban á trocarse en estrechas calzas de grana; que sobre el pecho ostentaba el escudo de los Visconti con su víbora simbólica, y que el bastón en que me apoyaba iba á trocarse en fuerte mandoble, como los de aquellos buenos caballeros que, armados de punta en blanco y transparentando los rayos de sol, parecían mirarme desde las altas vidrieras.

El hálito de la Divinidad parece soplar bajo estas bóvedas gigantescas. No hay aquí altares churriguerescos ni santos y santas en cada ángulo dorados y rizados, con vestiduras de ópera, rodeados de exvotos y ofrendas que recuerdan que el uno sabe curar el mal de muelas y el otro tiene una mano maestra para el sarampión; el templo entero, con sus naves gigantescas sumidas en misteriosa penumbra, su pavimento que agranda

los sonidos pavorosamente, y sus muros, donde yacen de pie los esqueletos de obispos y magnates tras la labrada losa, esperando la apocalíptica trompeta, es para Dios, para el ser incorpóreo y omnipotente que lo llena todo y aparece más grande cuanto más se huye de su personificación.

Esta ausencia de imágenes, esta decoración sombría, monótona y grandiosa que se levanta en honor del gran espíritu desconocido, es lo que impresiona hasta á los espíritus más irreligiosos; yo ¡por qué negarlo! sentíame conmovido y anonadado en el seno de la gótica catedral, experimentando una impresión casi idéntica á la sufrida un año antes en la gran mezquita de Argel, ante el templo grandioso y desnudo de adornos, en el cual gentes que para Europa pasan por salvajes saben comunicarse con Dios sin necesidad de intérpretes é imágenes milagrosas.

Pasa el hombre por las diversas edades de la vida, y en su memoria quedan grabados, como en la cera fonográfica, recuerdos é impresiones olvidados momentáneamente, pero que resucitan y vibran en momento oportuno.

Hay que tener el valor, la ruda franqueza de los corazones honrados, y por esto confieso sin rubor que cuando en doce ó catorce años no se ha pisado un templo católico, produce honda impresión, que revuelve y saca á flote todos los recuerdos de la niñez, entrar en una iglesia como el Duomo de Milán.

La tierna poesía de los mejores siglos del cristianismo salía á mi encuentro y me abrazaba, envolviéndome en la oriental caricia del incienso. Á cada paso crecían las lejanas columnas, se desarrollaba el pavimento, surgiendo en la penumbra del fondo nuevas pilastras y mayores esculturas; el cuerpo parecía empequeñecerse

y el espíritu despojarse de la terrenal envoltura, subiendo en espiral hasta las afiligranadas bóvedas, y en el ambiente vibraba un coro de voces infantiles, lejano, vagoroso é indeterminado, unas veces como si saliera de debajo de las losas y fuese el tierno lamento de los seres inocentes desterrados en el limbo, y otras como si descendiera de la luminosa linterna y un cordón tortuoso é interminable de querubines rozase con sus alas los vidrios de las ojivas.

Seguía rebelde é incrédulo ante el dogma, porque la ceguera de la fe es una virginidad, y la virginidad, una vez perdida, jamás se recobra; pero sentía, por extraño atavismo, la dulce impresión que los espectáculos del culto causan en los primeros años; me veía niño, tal como me llevaban en la mañana del domingo, enfundado en las ropas de fiesta, á oir la misa más larga; aspiraba el mismo ambiente que calmaba mis fiebres en aquella época en que la razón, apenas nacida, comenzaba á protestar, tímida é instintivamente, contra la absurda obscuridad de las creencias impuestas; resucitaban los recuerdos, agolpándose con irresistible ímpetu, y creía percibir en la espalda la suave caricia de aquella mano que me hacía doblar las rodillas, la mano de la madre, que ¡ay! jamás volveré á sentir; mujer creyente, con la más respetable y candorosa de las ignorancias, y para la cual transijo con la invención del cielo.

Sentí la necesidad de sustraerme á esta obsesión de extraño misticismo y conmovedores recuerdos que empañaba mis ojos, y me lancé escalerilla arriba, hacia el tejado de la catedral.

Por las anchas troneras del gran caracol de piedra penetraban el sol y el aire de las campiñas, y la anterior impresión se desvaneció rápidamente. Es más: me hizo

cierta gracia un atento aviso que el cabildo ha fijado en varios puntos de la subida, rogando al público que se abstenga de hacer sus necesidades mayores ó menores en la escalera y se contenga hasta llegar al tejado, donde hay cómodos retretes.

Correteé más de una hora por aquel inmenso bosque de caladas barandillas, de esbeltas agujas, de redondas torrecillas, en cuyo interior se enroscan las escaleras al aire libre que conducen al extremo de la aguja mayor.

Una porción de reclutas, buenos muchachos, morenos y con cara brutal, iguales á los tan admirablemente descritos por Amicis en *La vida militar,* pululaban por aquellas alturas, buscando, sin duda, con los ojos, en la dilatada campiña lombarda, el pueblecillo donde tienen los padres y la novia. Algunas inglesas sentadas á la sombra de las floridas arcadas, sin reparar en la recogida falda y enseñando las botas de gamuza y las medias negras de sus secas pantorrillas, dibujaban en los álbumes de viaje las estatuas más hermosas de esta segunda catedral levantada para los pájaros y las nubes; y yo, fumando una pipa, paseaba por la caldeada y pendiente cubierta de mármol, recordando lo de abajo y maldiciendo la imaginación, que juega bromas pesadas apenas se siente envuelta en el ambiente misterioso que los años y la historia dan á las obras del pasado.

Cuando bajé á la catedral, bien impregnado de sol y de aire libre, las bóvedas, con su grandeza, su misteriosa penumbra y sus vagorosos cantos, apenas si me produjeron impresión.

Estaba allí con la fría indiferencia del que entra en un lugar conocido.

En el gran púlpito de la derecha predicaba su sermón de Cuaresma un capuchino de mirada audaz y luengas barbas, y me detuve á oirle.

Era un verdadero italiano. Accionaba como un artista lírico, sus palabras tenían una dulzura musical, y cuando terminaba un período se limpiaba la boca con fino pañuelo y lo arrojaba después á un feo monago que tenía á sus espaldas, con una actitud teatral, semejante á la de una tiple cuando acaba su aria.

Pero... «¡adiós poesía!» Si aún quedaba latente algo de la impresión sufrida una hora antes, desapareció instantáneamente.

Aquel fraile era un propagandista. Haciendo gorgoritos y escalas, maldecía la libertad del siglo; con grandes rodeos, por miedo sin duda al fiscal, atacaba al gobierno de la unidad italiana, diciendo que los desastres sufridos recientemente en Abisinia eran castigos del cielo, y hacía apologías de aquella época feliz en que toda Europa se burlaba de Italia dividida en pequeños Estados y el Papa era rey de Roma y tenía en pleno ejercicio la Inquisición para ahorcar liberales.

¿Y esta gente es la que representa la dulzura y tolerancia de Jesús? ¿Son éstos los encargados de mantener el puro espíritu cristiano, que produjo monumentos sublimes como la catedral de Milán?

En nombre de la dignidad del arte, había que expulsar á tales energúmenos, para que con sus vociferaciones no manchasen el ambiente de paz evangélica que existe en el seno de las antiguas catedrales, y que lo mismo excita la fe del buen creyente que impresiona al incrédulo con la obsesión de la belleza artística.

IX

La Galería de los artistas

Hay en la plaza del Duomo, casi frente á la hermosa catedral, un gigantesco arco, tan alto como el primer tejado de la gótica iglesia, que sirve de entrada á un túnel de más de cien metros, en forma de cruz, cubierto por atrevida montera de cristales, y en cuyos pisos bajos están los primeros establecimientos de la ciudad.

Es la Galería Víctor Manuel el punto de reunión de los artistas de Milán, ó sea de una tercera parte de su vecindario. Por un lado mira al Duomo, y saliendo por la parte opuesta se tropieza con el monumento á Leonardo de Vinci, frente al cual el famoso teatro de la Scala levanta su mole pesada y vulgar de coliseo de á principios de siglo.

Bien se justifica aquí el renombre que goza Milán en todos los puntos donde la gente acostumbra á digerir la cena, enterándose, entre *fermatas* y *allegros*, de las charranadas de Vasco de Gama á la infeliz Selika, ó de las advertencias que hace á Elsa el misterioso Lohengrin, empeñado en guardar el incógnito.

Aquí están, comiendo macarrones en los *restaurants* baratos y esperando el momento de que el mundo les haga justicia sembrando de millones el camino de su

vida, todos los reclutas y reservistas del arte, gente infeliz hasta causar lástima que se prepara para entrar en el templo de la gloria, cantando por cinco ó seis pesetas en cualquier teatrillo municipal del Milanesado, sólo porque algún periódico de última fila diga algo de ellos y enviar el suelto á sus familias y amigos, para que se convenzan de los grandes triunfos que alcanzan en el país del arte.

Aquí están también los veteranos, los que, después de hacer las delicias de toda una generación en cualquier punto de Europa, ponen en movimiento sus ahorros, con esa tacañería italiana que sólo puede compararse á la codicia de los judíos; y los que, más imprevisores, tienen que dedicarse en la vejez á penosas ocupaciones para librarse de la miseria, después de haber arrastrado sedas y terciopelos sobre las tablas y recibido las correspondientes ovaciones.

No se puede vivir en Milán sin tropezar á cada instante con el artista veterano, con el neófito ó con el audaz que marcha adelante, fresco como una lechuga, de fracaso en fracaso y de silba en silba.

Vivo en una casa donde tengo por patrona á una vieja devota, fea y casi ciega, lo que no impide que, en Madrid, siendo bailarina del teatro Real, hiciese las delicias de los elegantes en los últimos tiempos de Isabel II. Como recuerdos de gloria quedan en todas las habitaciones y hasta en mi propio cuarto coronas marchitas, chucherías de regalo y magníficos retratos de una mujer hermosa, con faldillas de gasa y pies en punta, cuyas magníficas formas parece mentira que se hayan convertido por efecto del tiempo en ese esqueleto que anda á tientas por los corredores, riñendo en áspero milanés á la criada para que limpie bien las botas del *signore spagnoletto,* y que conserva como un resto del muerto es-

plendor, en sus acartonadas orejas, hermosos pendientes de esmeraldas y brillantes. El portero, especie de gendarme de rojo mostacho, que también ha cantado en sus buenos tiempos y corrido media Europa como corista de punta, me habla con voz subterránea de España, «*oh, bello paese!*», y sobre todo de sus garbanzos, cuyo recuerdo le hincha el vientre con un mugido de satisfacción; en el primer piso hay una agencia teatral, donde desde la mañana hasta la noche prueban canarios de todas clases, y en la *trattoria,* donde, con esa gran variedad de la cocina milanesa, sirven unos días arroz con manteca y chuletas empanadas y otros chuletas empanadas y arroz con manteca, rociado todo con el magnífico espumoso de Canneto, encuentro en las mesas inmediatas á algunos tenores que han cantado en España, siendo «pateados» por el público de las alturas y vapuleados por la prensa, los cuales me miran como si recordasen haberme visto en alguna parte, y acaban creyendo que soy uno de la clase que está esperando contrata.

Se vive aquí como entre bastidores. El vecino del cuarto inmediato hace gorgoritos á cada momento para que esté bien pulido el diamante que guarda en la garganta; la ciudad entera es un concierto gratuito, y apenas os alejáis de las cuatro vías principales, entrando en las estrechas calles milanesas, sin aceras y empedradas de guijarros, suenan en vuestro oído cien pianos discordantes, y tras un balcón ruge Gioconda con el furor de la pasión sin esperanza; arriba, Turido canta al *vino spumeggiante;* un poco más allá ríe Mefistófeles; y cerca del tejado Nelusko invoca al genio de la tempestad. Esto sin contar los violines y clarinetes, violoncelos y trompas distribuídos convenientemente en todos los barrios donde hay habitaciones baratas, para que

con sus ensayos y estudios conviertan la ciudad en una olla de grillos.

Hay aquí dos docenas de artistas cuyos nombres repite á cada momento la prensa del mundo y que viven en el seno de la aristocracia de Milán. Esos son los que han llegado á reunir millones, los que poseen poéticos castillos en las orillas del lago de Como, los que se presentan en estas calles con aparato de príncipes y pueden dar fe de las palabras de Jesús «Son muchos los llamados, pero pocos los escogidos».

Si esos seres privilegiados tuviesen conocimiento del mal que causan inconscientemente, es posible que ocultasen más el fausto y la felicidad de su existencia. Son como los espejuelos de caza que giran deslumbrantes atrayendo á las incautas alondras. No hay muchacha romántica, hija de tranquila familia burguesa, ó joven oficinista, que, al cantar una romanza en una reunión de amigos y recibir el correspondiente aplauso, no sueñen con Milán, con los grandes triunfos escénicos y con la vida fastuosa del artista mimado por la aristocracia. Ninguno piensa en los miles de artistas medianos ó fracasados que cantan dos meses al año por un jornal de bracero, y aun así, muchas veces no les pagan; todos tienen la vista fija en la media docena de tenores que cobran seis mil francos por noche ó en las artistas que llegan á millonarias y se casan con príncipes rusos.

¡Y gente á Milán! Si pudieran escribirse las historias de todas esas víctimas del espejismo artístico, de esa juventud que aquí se consume impotente, condenada á no abrirse paso jamás, no existiría en el mundo relación más conmovedora. Cuando veo pasar por las arcadas de la plaza del Duomo, camino de casa de los maestros, con paso ligero y el *spartito* bajo el brazo, á las rubias y flacuchas inglesitas que quieren ser tiples ligeras; á

las rusas regordetas y peliblancas, futuras sopranos dramáticas, ó á las andaluzas y madrileñas de atrevido mirar y valiente garbo, pienso siempre en que allá lejos, á muchos centenares de leguas, hay tal vez una pobre familia que realiza los mayores sacrificios, que se quita el pan de la boca para abrir el camino á estas visionarias de la gloria, y después de esperar año tras año sumiéndose en la miseria con la más dolorosa de las abnegaciones, el único resultado práctico que alcanzan es que la que podía haber sido una honrada madre en su país acabe en cantante mediocre, injerta en algo peor, que busca contratas haciendo valer los ojos más que la voz, y que en teatros de poca importancia alcanze éxitos admitiendo en su cuarto á los abonados.

Y esto aún es acabar con bastante suerte. Los hombres, privados del arma que posee toda mujer joven para librarse de la miseria, envejecen paseando por la famosa Galería, se remueven en una bohemia dolorosa, y después de tantos estudios y sacrificios, sólo emiten una nota con éxito cuando atrapan á algún incauto cerca de la Scala, y después de llamarle *caro* veinte veces y contarle sus triunfos imaginarios, acaban preguntándole si tiene disponibles diez liras para sacarles de un compromiso.

Es un espectáculo curioso la Galería en esta época en que, terminada la temporada de Carnaval, buscan los artistas que trabajan y están en auge nuevas contratas para el invierno ó las últimas funciones de la primavera.

Se agrupan ante los grandes escaparates de la Galería, con aire de duques que van de incógnito; hablan de sus recientes ovaciones; se tributan mutuamente apasionados elogios, sin perjuicio de que al volver las espaldas digan unos de otros que cantan como perros y que

lo de los aplausos es mentira, pues fueron silbidos; y se enseñan los periódicos artísticos con artículos apologéticos, á pesar de que todos están en el secreto y saben que se pagan á dos liras la línea.

¡Gente feliz, que vive perpetuamente sobre la escena, y en fuerza de saltar de la verdad á la mentira acaba por desorientarse, no conociendo ya en qué se diferencian una de otra! Exhiben con satisfacción infantil los brillantes de los dedos, hablan con estudiada reserva de las altas damas que, locas de amor, querían abandonarlo todo y seguirles en el último punto donde cantaron; añaden ceros de un modo escandaloso al hablar de lo que ganan por temporada, y á continuación son capaces de pelearse con cualquiera por no pagar un café.

Cuando llega el momento de las grandes contratas, esta gente levanta el vuelo con la mayor tranquilidad; firma la escritura para las cinco partes del mundo; lo mismo marcha á España que á los Estados Unidos ó á la Australia, y vuelve meses después con las mismas habilidades de voz é idénticas ridiculeces en las costumbres, sin enterarse en sus incesantes viajes de otras cosas que de las exigencias de los públicos y de las generosidades de los abonados.

Y mientras tanto, los parias, los que nunca llegan, los bohemios de Milán, se consuelan en la Galería hablando de las eminencias que decaen y de los principiantes famosos, á los que niegan todo mérito; afirman con seriedad que los primeros compositores no quieren poner en escena su nueva obra si ellos no se encargan de la parte principal; desprecian contratas en la Scala, sin perjuicio de buscar á cualquier agente ínfimo para saber si hay «algo» en algún teatrillo del Piamonte, y á media noche, con el estómago débil, la voz ronca de

tanto mentir, el fieltro garibaldino sobre el cogote y enfundados en el ruso que casi barre el suelo, regresan á su tugurio, seguros del porvenir, con una candidez y una fuerza de voluntad que conmueven, iluminados en su camino, como los bohemios de Daudet, por el reflejo de las escamas de oro con que siempre se reviste la Quimera.

X

El teatro de la Scala

Es la Scala uno de los teatros más grandes del mundo, y sin disputa el más feo y destartalado de todos los coliseos de renombre.

El *foyer,* mezquino y mal adornado. La sala, de proporciones gigantescas, con los dorados obscurecidos, el techo empapelado como un cuarto de casa de huéspedes, sin otra iluminación que una gran lámpara central, que deja envuelto en vaporosa penumbra el fondo del salón. En el mismo espacio que ocupa un palco en los teatros de España se construyen aquí dos ó tres, con lo que resulta que cada uno de ellos es una especie de altar de almas, una estrecha ventana á la que asoman manojos de cabezas con el cuello rígido, esforzándose por ver y oir.

Hay lujo y no se ve; asisten mujeres hermosísimas y no lucen; hay localidades para la gente adinerada, con tal exceso, que pocas veces se ocupan por completo, y en cambio no se destina sitio para la gran masa de público, y el que paga cinco pesetas pasa la noche de pie en cualquier puerta ó corredor en compañía de acomodadores y municipales.

Estos son los inconvenientes de la famosa Scala; pero bien pueden sobrellevarse en gracia á la notabilísima

ejecución de las obras y á la historia brillante de este coliseo.

Feo como es, con sus escaleras sucias, algunas de las cuales, especialmente la del último piso, recuerdan las de algunos campanarios, causa profunda emoción en el espectador que pisa sus umbrales por vez primera. Aquello es la Meca del arte, el Vaticano de la música, el templo misterioso de los sorprendentes encumbramientos ó de las ruinosas caídas, donde los neófitos sufren las duras pruebas de la iniciación: paraíso sólo accesible á unos pocos, con el que sueñan todos los que en el mundo entero trazan notas sobre el pentagrama ó se rascan la garganta creyendo buenamente que dentro llevan algo.

No tiene ningún teatro un público que pueda compararse con el de la Scala. Los últimos pisos están invadidos por lo que en nuestro caló escénico se llama «tifus», gentes que entran con billetes de favor, y por lo mismo son lo más agitado y descontentadizo de la clase: artistas que esperan contrata; maestros de canto; alumnos que se preparan para un *début* que nunca llega; bailarinas del Conservatorio, flacuchas, endebles, con un cuello de á palmo, que, con gran desesperación de sus mamás, apenas si tragan al día un macarrón ó dos cucharadas de *polenta,* para conservar la ligereza y llegar á ser de las «primeras»: tropa toda ella que se sienta en su banqueta cual un juez en el tribunal; que examina como un reo al que está en las tablas, y aunque muchas veces le aplauda, con esa falsedad galante propia de italianos, dice á gritos, apenas cae el telón, que el aludido canta como un perro.

Bien vale el exhibir como un honor haber sido aplaudido en la Scala de Milán. No hay aquí las silbas estrepitosas ni las chuscas interrupciones de nuestros tea-

tros, donde la ópera tiene muchos puntos de contacto con las corridas de toros: el público milanés calla, ó cuando más, lanza un suave murmullo de protesta mientras el telón está alzado; pero el artista que debuta sin oir un aplauso, á ese no le levanta ni la caridad.

Cuesta mucho entrar en esta fortaleza, dentro de la cual está la reputación artística. Por esto la Scala tiene su leyenda conmovedora é interesante: la historia de los grandes artistas que, pobres y desconocidos, rondaron por su alrededores esperando la hora de entrar triunfantes, alcanzando en una noche de ovación el premio de muchos días de lucha y privaciones.

Hace muchos años, por la plaza de la Scala, durmiendo, según se dice, más de una vez en los bancos que hay en torno del monumento á Leonardo de Vinci, refugiándose bajo las arcadas del teatro en las noches de invierno, iba un joven extranjero, delgado y de rubia barba, modesto, bondadoso, que jamás hablaba mal de nadie y luchaba contra la miseria con un valor de héroe, sin otra fortuna que la pobre capa en que iba envuelto ni otra historia que haber sido en su país corista hambriento y partiquino silbado. Aquel pobre bohemio se llamaba Julián Gayarre. No contaba con otra protección que la del maestro Blasco—un valenciano que hace cuarenta años reside en Milán y es un maestro de canto famoso—, no tenía otro apoyo que su firmísima voluntad de vasco; en los momentos más difíciles se contentaba con prorrumpir en una interjección española y seguir adelante; y así, luchando valerosamente con las dificultades del arte y los tormentos de la miseria, logró un día forzar las puertas del teatro tantas veces contemplado en sus noches de miseria, y desde entonces comenzó su carrera triunfal de ídolo del arte.

Hoy, el recuerdo de Gayarre está aún latente en el

público de la Scala. Los compositores afirman que gracias al tenor español triunfó Wágner en el primer teatro de Italia, pues mientras él no cantó *Lohengrin* el público milanés no quiso admitir esta ópera.

Ahora resulta más fácil la conquista de la Scala. Tal vez los remordimientos por los obstáculos opuestos en otros tiempos á los grandes artistas hacen que se caiga en el extremo opuesto. Á esto se debe, sin duda, la frecuencia de los *débuts* en la Scala y de los fracasos en su escena.

El empresario actual es Eduardo Sonzogno, más respetable como *dilettante* entusiasta que como editor famoso. Comenzó hace años en Milán siendo vendedor de periódicos; hoy tiene millones, es propietario de *Il Secolo,* y arroja á la calle con la mayor tranquilidad dos mil liras diarias, que es lo que pierde como empresario de la Scala.

Artista más que negociante, muestra empeño en resucitar la Italia artística, para que ejerza la supremacía universal y recobre el camino que la hizo perder Wágner. No perdona medio para convertir en genios á sus protegidos Mascagni, Puccini, el barón Franchetti y una porción de maestros jóvenes que se agrupan en torno de este Mecenas salido de la masa popular, que gasta en el arte lo que ganó en los negocios. Siente la atracción de la novedad; cada semana estrena una ópera; no repara en orígenes: el que tiene talento encuentra sitio á su lado, y tal es su afán de descubrir genios, que, como dicen sus enemigos, si un limpiabotas le entregase en la calle una partitura, le abriría los brazos y se lo llevaría á la Scala, creyendo una vez más haber encontrado el nuevo Wágner, que es su preocupación.

El éxito de *Cavalleria rusticana* sirvió para aumentar el entusiasmo de este editor artista. Pero, por des-

gracia, el protector de Mascagni lleva estrenadas varias obras de éste; le excita á que escriba, lo mima, aguanta sus caprichos de joven ilustre, mantiene el boato elegante de que se ha rodeado, y la segunda *Cavalleria* no llega nunca.

En la pasada semana se ha revelado brillantemente un nuevo compositor de la estudiosa legión protegida por Sonzogno: el maestro Giordano, un joven de treinta años, sencillo, afable, de aspecto austero, moreno y con ojos negros y saltones, como buen napolitano. Es de los que han luchado para vencer, viviendo miserablemente del oficio de «acompañar» artistas al piano á razón de á lira la hora; pero hoy, después del estreno de su ópera *Andrés Chenier,* tiene abierto el camino de la gloria.

El triunfo de Giordano ha sido unánime: lo reconocen hasta los periódicos más hostiles á la casa Sonzogno. Llevar á la Scala, teatro aristocrático, una ópera cuya acción transcurre en plena Revolución francesa; intercalar en la partitura la *Marsellesa* por dos ó tres veces y hacerse aplaudir con delirante entusiasmo por el público de palcos y butacas, es la mejor demostración de que en Giordano «hay algo», como dijo su héroe Andrés Chenier golpeándose la frente al pie de la guillotina.

Efectivamente, hay en Giordano una fuerza dramática como hace mucho tiempo no se había revelado en la música italiana. Tan grande es, que al final del primer acto, cuando el futuro convencional Gerard, en plena *soirée* del antiguo régimen, arroja la casaca de lacayo á los pies de su señora la marquesa, jurando no comer más pan de la servidumbre y hacer la guerra á la aristocracia; en el tercero, cuando en pleno tribunal de Salud pública el mismo Gerard increpa á los terroristas y al populacho soez y sanguinario, diciendo que ellos no son el pueblo, pues el pueblo está luchando en

la frontera por la patria y la República, y señala al batallón que marcha por el fondo, al frente los pilluelos descalzos, con el gorro rojo calado, redoblando los grandes tambores, seguidos por los voluntarios haraposos, pero fieros y con las armas brillantes; y al final, cuando Chenier se dirige á la guillotina entonando un himno á la libertad, en cuyo nombre le envían á la muerte, el efecto fué tan inmenso, tal sublimidad había en la música, tan íntimamente aparecía ligada la inspiración del compositor con la grandeza de las situaciones, que esta aristocracia milanesa, fervientemente monárquica, que persigue á los republicanos y elogia que á los diputados De Felice y Barbatto los hayan tenido más de un año incomunicados en una fortaleza, púsose en pie, como galvanizada por una corriente eléctrica, y aplaudió á Giordano hasta que éste se cansó de presentarse en escena. Esto sin contar un coro pastoril, la tierna escena en que una mano ciega ofrece al tribunal de Salud pública el último hijo que le queda para que defienda la República, y los postreros versos escritos á la luz del farolillo de la cárcel que recita Chenier al despuntar el último día de su vida; piezas todas de una melancolía ingenua y natural, que arrancaron en toda la sala un murmullo de emoción.

El éxito de *Andrés Chenier* ha contrastado con el fracaso de *Zanetto,* la última ópera de Mascagni, estrenada una semana antes.

Zanetto es el idilio de Copée titulado *Le Pasant,* que fué un brillante *début* para el poeta francés. Mascagni le ha puesto música y ha alcanzado un fiasco más, para añadirlo á la dolorosa serie de caídas que lleva sufridas después del estampido de éxito de *Cavalleria rusticana.*

En la noche del estreno contemplaba con dolorosa conmiseración la cabeza melenuda y el rostro ancho y

cuidadosamente afeitado del joven maestro, que se agitaba dirigiendo una ópera escrita apresuradamente y al descuido. Verse aclamado por el mundo entero, reconocido como la más grande esperanza del arte y paseado en triunfo por media Europa, es la mayor de las fortunas, la más seductora de las felicidades.

Pero sentirse ahora bajo la fija mirada del mundo artístico que espera algo; haberse acostumbrado á una vida de príncipe que exige grandes éxitos para tener enormes ingresos; ser admirado por las mujeres más hermosas; aspirar con la inexperiencia juvenil á la fama de gomoso ilustre, inventando modas de brazaletes y de calcetines y guantes, cada uno de diverso color; oir que los editores y el público en masa, para seguir admirándole, le piden óperas iguales ó mejores que la primera que escribió, y sentirse agotado, impotente, con un fracaso encima cada vez que intenta abrazar de nuevo á la gloria, es el peor de los tormentos, el más terrible de los castigos.

Aquel á quien silban la primera obra no ha gustado aún las dulzuras del éxito, y se refugia sin esfuerzo en la obscuridad de donde salió; pero el que sube no se resigna á caer, y ha de sufrir á los envidiosos que se vengan del primer éxito.

Tal vez se opere en Mascagni una reacción y vuelva á ser lo que fué, tal vez desaparezca el agotamiento, la dolorosa impotencia que se revela en sus últimas obras; pero por hoy es semejante á esas pálidas y frágiles hermosuras que sólo fueron seductoras en el momento de perder la virginidad, agostándose en seguida, sin llegar á la madurez esplendorosa de la matrona.

XI

Milán histórico y artístico

Después del Duomo, sería el castillo de Milán el más notable monumento histórico de la ciudad si descuidos lamentables no hubiesen convertido el antiguo palacio de los Visconti en una verdadera ruina.

El famoso castillo de Milán fué la obra del absolutismo, el medio de perpetuar la tiranía de una familia sobre el pueblo milanés. Galeazo Visconti II, temiendo las sublevaciones populares contra el poderío de su familia, deseó fabricar un asilo-fuerte desde el cual le fuera posible dominar á la ciudad, y levantó el castillo, diciendo que el principal objeto de éste era dar á Milán un punto fuerte para defenderse de los enemigos exteriores. Conducta falaz y engañosa que han imitado los déspotas de nuestros días, los cuales toman pretexto en los peligros exteriores para dominar mejor á los pueblos.

La riqueza de los opulentos Visconti se mostró en su castillo, nido guerrero, dentro del cual vivían una existencia de placeres y del que salían en los días de revuelta con sus mesnadas de mercenarios cubiertos de hierro á acuchillar al pueblo milanés. Las torres eran de mármol, altísimas, formadas con bloques labrados en forma de punta de diamante y coronadas por terra-

zas con puntiagudas caperuzas de pizarra. Dentro del rectángulo fortificado estaba la *Roquetta,* el palacio ducal, con sus interminables salones en lo alto, y abajo los extensos aposentos para la escudería.

Hoy, de tanta grandeza, sólo quedan los muros exteriores con sus tejados rojizos. Las cuatro torres, arruinadas, con montones de sillares caídos al pie de su base, ostentan grabadas en el exterior, como signo de lo que fueron, las víboras del escudo de los Visconti. Su interior es una serie de patios en los que crece la hierba, con edificios derruídos, en cuyas cuevas y pisos bajos se almacena la paja de la administración militar.

La explosión de un polvorín, cuando el castillo estaba en poder de los austriacos, produjo el aspecto de desolación que presenta la fortaleza. Parece que por allí ha pasado un terremoto.

Y sin embargo, en esa ruina que levanta su gran torre rojiza en la parte más hermosa del Milán moderno es donde mejor se nota el paso de la dominación española en el Milanesado.

Aquello ha sido nuestro durante dos siglos. Y bien sea que el espíritu italiano estuviera más decaído, ó que nosotros gobernásemos mejor, ó que el soldado español inspirase más miedo, lo cierto es que mientras los austriacos, para sostener sus águilas en Milán, necesitaban una guarnición de veinte á treinta mil hombres, á nosotros nos bastaba, para mantener nuestra bandera, uno de aquellos tercios de soldados remendados y pobres, pero más orgullosos y caballeros que el mismo rey, los cuales, con sus bigotes retorcidos y su espada rabitiesa, se encargaban de tener á raya al populacho milanés y de hacer las delicias de las beldades lombardas, contribuyendo con una galantería bien acogida al aumento de la población.

Contemplaba yo en una tarde de hermoso sol—mientras las familias acomodadas pasaban por la plaza del Castello con dirección al inmediato Parque—las ruinas de la famosa fortaleza, desde la cual, en nombre del rey católico, señor del Milanesado, legislaban draconianamente el austero y terrible Leiva, aquel á quien los soldados llamaban con familiar respeto el «señor Antonio», ó el conde de Fuentes, que fué el gobernador español á quien más debe Milán. Paseando por los patios cubiertos de ortigas, viendo las estatuas caídas y los muros derruídos, recordaba á la fortaleza famosa en todos los Estados españoles y aquellos versos ingeniosos de Quevedo:

Más alcaides he tenido
que el castillo de Milán...

Hoy se acabó el castillo y ha acabado también toda dominación extranjera sobre el suelo milanés.

Como testimonio de ello, en el centro de la plaza del Castello, frente á la antigua poterna que aún conserva las ranuras del puente levadizo, se alza sobre gigantesco pedestal la estatua ecuestre de Garibaldi. El Cid italiano, con su desnuda espada que hizo huir á los austriacos, últimos dominadores, parece jurar que nadie vendrá á oprimir de nuevo su emancipado país.

Si en un viaje por Italia tuviera que describirse con detención cuanto se ve de bueno, la crónica resultaría interminable.

Aquí, cerca de la Scala, está el palacio Marino, una de las mejores joyas del Renacimiento, construcción grandiosa, hija del capricho de Tomaso Marino, comerciante genovés del siglo XVI, que, á fuerza de judiadas, se convirtió en el hombre más rico de su época, y á quien el incorruptible Felipe II hizo duque de Terranova á cambio de algunas talegas. En la antigua mansión del

noble mercachifle se admiran esos patios con galerías cubiertas de medallones y estatuas mitológicas que parecen sostenerse milagrosamente sobre las delgadas y sutiles columnas en que se apoyan las bóvedas del piso bajo. Guirnaldas de flores y frutas festonean graciosamente las cornisas, y en los bajos relieves, las ninfas desnudas, de una corpulencia voluptuosa, corren perseguidas por los peludos faunos.

Hoy nadie se acuerda del tal Tomaso Marino, á pesar de su fabulosa fortuna y de su palacio, que parece el sueño petrificado de un sibarita; en cambio, cerca de este monumento de la opulencia se alza una pobre estatua, la de Alejandro Manzoni, el poeta de la fe, el ingenuo novelista que en estilo inimitable narró las desventuras y pesares de dos pobres novios de la campiña milanesa, y no hay extranjero que no salude con veneración la frente augusta del gran escritor, en el cual se confunden los rasgos de un talento inmenso con la abnegación de una honradez conmovedora.

Así como para el bibliófilo existe en Milán un verdadero tesoro, que es la Biblioteca Ambrosiana, en la cual están á miles los libros y manuscritos de los griegos, latinos, hebreos, siriacos, caldeos, persas y armenios, para el artista está el palacio Brera, con su galería de cuadros y su museo de antigüedades.

En el centro del gran patio se alza la estatua de Napoleón I, por el famoso Canova; una obra de originalidad algo chusca, pues el célebre escultor, influído por la manía de su época, que fué la de representar á los héroes ligeros de ropa, á estilo de personajes griegos, esculpió al emperador desnudo, con un manto plegado sobre el brazo, apoyada la mano izquierda en una lanza y contemplando pensativo la imagen de la Victoria que sostiene en la diestra.

La obra es magnífica, un acabado tipo de belleza varonil, y tengo la certeza de que el Napoleón emperador, enano, panzudo y exuberante de manteca, hubiese dado la mejor de sus batallas por poseer el pecho vigoroso de esa estatua, las piernas rectas, de una corrección armoniosa, y el vientre terso y tirante, cuyo extremo inferior miran las inglesitas viajeras fijamente á través de sus lentes de concha, mientras un ligero rubor tiñe sus mejillas y murmuran: «*Oooh shocking!*»

Arriba, en los vastísimos salones del palacio, están Ticiano, los dos Procaccini, Tintoretto, Guido Reni, Salvatore Rossa, Van Dyck, Rembrandt, nuestro Velázquez, con un sinnúmero de pintores italianos menos conocidos que forman las escuelas milanesa, véneta, veronesa, bergamesca, bresciana, mantuana, cremonesa, parmesana, boloñesa, ferraresa y napolitana; y entre tantos centenares de cuadros, unos sombríos, con notables efectos de claroscuro, otros sonrosados y sonrientes como las campiñas italianas, descuella la primera obra de Rafael, *El matrimonio de la Virgen,* cuadro que ha sido reproducido millones de veces y del que no existe ciudad en el mundo que no tenga alguna copia.

Algunos museos ingleses han llegado á ofrecer por él hasta dos millones de pesetas, y esto hace que el tal cuadro esté recluído en el fondo de una pequeña sala, donde se le guarda y vigila como un tesoro.

Mayores respetos ha merecido esta primera obra de Rafael que la famosa *Cena* de Leonardo de Vinci.

Todavía os enseñan en el refectorio del antiguo convento de Santa María de la Gracia esa obra maestra que los copistas y el grabado han reproducido con tanta profusión. Mediante una lira—aquí para contemplar las grandes obras de arte hay que llevar siempre la lira por delante—os enseñan el paredón que embelleció con

su pincel Leonardo de Vinci, aquel genio enciclopédico que fué grande á un tiempo como pintor, escultor, ingeniero y anatómico, y contempláis el original de ese grupo conmovedor tantas veces visto en estampas y cromos con la luminosa cabeza de Jesús en el centro; los apóstoles mirándose unos á otros con la inquietud de la sospecha, creyendo cada uno que el traidor es el vecino; Judas á un extremo, conmovido por el miedo de que se descubra su vileza, y en el fondo la característica puerta con sus dos ventanillas, que dan al lugar del místico banquete cierta semejanza con un vagón de ferrocarril.

El paredón donde pintó Vinci su famoso cuadro es húmedo. El tiempo y el agua que rezuma el muro han descascarillado la pintura, amortiguando las tintas, confundiendo los colores, afeando con blancos lunares las más bellas figuras; y la catástrofe final es inevitable, á pesar de todos los remedios que intenta emplear la admiración artística.

Pero ¡ojalá fuesen únicamente la humedad y el tiempo los que afean la grande obra!

Los frailes de Santa María de la Gracia, santos varones que indudablemente engullían el pienso diario en su refectorio, sin preocuparse de las figuras pintadas en la pared ni conocer siquiera el nombre de su autor, notaron un día que los platos llegaban algo fríos porque los fámulos tenían que dar un rodeo al venir de la cocina, y para hacer más corto el camino, nada les pareció tan natural como abrir una puerta en el centro mismo de la hermosa obra de Leonardo de Vinci.

La puerta se abrió, y hoy, tapada de nuevo, existe una mancha de yeso y argamasa, que sube poco menos que hasta la mitad del cuadro. Es una casualidad que no haya desaparecido la figura de Jesús.

Con esto se dió una coz á una grande obra de arte; pero algún sacrificio había que hacer para que la sagrada piara recibiese el pasto caliente.

Después de esto pueden venir los escritores neos hablándonos de la gran protección que los frailes dispensaron á las artes.

XII

La Cartuja de Pavía

El tranvía de vapor dejó atrás Binasco, con su castillo que parece una granja, donde fué decapitada por celos la infortunada Beatrice di Tenda, y un cuarto de hora después nos apeamos frente á un resto de muralla antigua, perforada por ovalado portalón, desde el cual parte un camino ancho y recto á través de verdes campos y susurrantes arroyos.

Al extremo de este camino, envuelta en los dorados vapores de una mañana de primavera, sonrosada por el baño de sol, alzábase la Cartuja de Pavía, como esas colosales abadías creadas por el fantástico lápiz de Gustavo Doré: blanca, formada por varios grupos de edificios que se amontonan en armónico desorden, y coronada por una serie de aéreas galerías que sostienen la cúpula final.

La mañana era hermosísima. Dilatábase hasta lo infinito la verde llanura; cantaban los grillos en lo alto de las moreras y las ranas en el fondo de las verdosas charcas; las vacas, al ruido de nuestros pasos, separaban sus húmedos hocicos del fértil prado y nos contemplaban con ojazos melancólicos; salía á nuestro encuentro la chiquillería de los campos, descalza, de color de ladrillo, el sombrero encasquetado hasta las orejas, pidiéndonos un *soldo* con sus boquitas graciosas, en las que la vecina nariz deposita innumerables costras; pasaban las gallardas *contadinas* con su abanico de acero en el rodete y las pantorrillas al aire, como figuras escapadas de un cromo, cargadas como bestias, pero sonriendo maliciosamente al grupo de viajeros, y en el ambiente cargado de luz, de colores y de silvestres aromas, parecía vibrar el himno de la paz y del trabajo. De vez en cuando, un grito, el llamamiento de un labriego á otro para que le ayudase en su tarea, y sobre el fondo verde el relámpago de los azadones arañando las entrañas fecundas de la tierra. Y sin embargo, este rincón del mundo, donde los frailes buscaron la tranquilidad y el campesino lombardo vegeta con la más monótona de las existencias, es famoso porque recuerda el choque gigantesco de dos ejércitos que eran los primeros del mundo.

La vista recorre ansiosa la extensión que separa la Cartuja de la vecina ciudad de Pavía. Allí, en aquel amontonamiento de tejados y torrecillas, estaba el «señor Antonio», el inquebrantable Leiva, desafiando con tenacidad el apretado cerco con que pretendía rendirle el rey de Francia al frente del más vistoso y brillante de los ejércitos; y en estos campos, que ahora agitan pausadamente sus verdes cabelleras á impulsos de las tranquilas auras, nuestros famosos tercios, los que hicieron imperecedera la gloria de la infantería española, desbarataron y vencieron con su firmeza inquebrantable á la gendarmería francesa, considerada entonces como la mejor caballería del mundo.

Contemplando el paisaje y pensando en la lucha de gigantes á la que sirvió de escena, nos aproximábamos á la Cartuja. Crecía ésta por momentos y desarrollaba á

nuestros ojos nuevas bellezas, como si lentamente fuese surgiendo del suelo; hasta que por fin nos vimos en el anchuroso patio cerrado por la fachada de la iglesia, el antiguo palacio de los Visconti y las grandiosas dependencias del convento.

La Cartuja de Pavía es el Escorial de los antiguos duques de Milán. Aquí gastaron sus riquezas, aquí trajeron á los principales artistas de Italia. No hay en el exterior un palmo de mármol que no haya acariciado el cincel del artista, y en el interior no queda pared que no esté hermoseada por la pintura al fresco.

Bajos relieves interminables que representan las grandes batallas de los duques de Milán, sus fiestas de familia y sus entierros; medallones de mármol verde en los cuales las perfiladas cabezas parecen de bronce oxidado; enérgicas figuras de piedra cubiertas de malla, con el casco ante los pies, apoyadas en el mandoble y mirando á lo lejos con sus muertos ojos, como si eternamente presintieran la llegada del enemigo, forman la fachada del templo, que, contemplada á cierta distancia, parece un gran bordado blanco con flores verdosas.

Dentro está el más risueño y voluptuoso de los templos, con sus altas bóvedas azules tachonadas de estrellas de plata; sus vidrieras de colores que extienden sobre el mármol del pavimento una inquieta alfombra de tintas que parecen vivir y palpitar; los altares cubiertos de frescos de alegre entonación que suben hasta las cornisas; todas las puertas de mármol afiligranadas, con un mundo de graciosas figurillas encaramándose por entre los arabescos y follajes; el coro, interminable, con sus dos filas de sillones monumentales rematados por agujas y campaniles de madera obscura, como si cada uno de ellos fuese una catedral, y en las portadas de las dos sacristías los medallones de los siete matrimonios que

ciñeron la corona de Milán: á un lado los duques, afeitados y melenudos, con cascos rematados por la simbólica víbora ó con puntiagudos birretes de velludo, y al otro las duquesas, soberbias jamonas de gruesa nariz, redonda sotabarba y cierto aire de cantineras; mujeres que lo mismo presidían un sarao en el castillo de Milán que montaban á caballo en los peligros de la guerra.

En el crucero muchos cuadros del siglo XV, destacándose sobre su negro fondo los hábitos blancos de los cartujos, y frente al coro el sepulcro de Galeazo Visconti, enorme bloque de mármol sobre el cual, junto á la figura de la esposa, yace la estatua del duque, con los picudos zapatos asomando por bajo la toga, la enorme espada descansando sobre el pecho y cayendo sobre la empuñadura la puntiaguda barba, que, para la estética del presente, contrasta de un modo grotesco con el labio superior completamente lampiño.

Hoy, la Cartuja ha sido secularizada al expulsar á los frailes, y los grupos de viajeros circulan por el templo con el sombrero encasquetado, mirándolo todo con curiosidad profana.

Íbamos nosotros por la risueña iglesia contemplando sus bellezas y comentándolas con exclamaciones de entusiasmo, y bien fuese por nuestro idioma ó por cierto instinto que nos llevaba á recrearnos en lo más notable y escogido del monumento, lo cierto es que llamamos la atención de un caballero rubio, nervioso y de ojos inteligentes, al que los porteros y *ciceroni* saludaban como un superior.

Era el señor Carlos Giani, encargado de la conservación de los monumentos históricos de la Lombardía; un verdadero artista y concienzudo anticuario, que ama la Cartuja como si hubiera nacido en ella y practica minuciosas investigaciones por todo el Milanesado para

que el gobierno compre y restituya al monumento las joyas artísticas que las guerras y las revoluciones le arrebataron.

Al saber que éramos españoles, nos habló con entusiasmo de Carlos V y de la jornada de Pavía, y se ofreció á enseñárnosio todo, desde las cuevas hasta la última galería de la bóveda.

Con él subimos á lo más alto de la cúpula, contemplando la llana Lombardía y los Alpes con sus diademas de hielo; bajamos á las cuevas, recorrimos los departamentos ruinosos del antiguo convento, las cocinas, que con sus proporciones colosales hubiesen hecho sonreir á Pantagruel; los claustros interminables con el suelo cubierto de hierba; las celdas, que eran para cada fraile una casa independiente, con su pozo y su pequeña huerta, y los graneros inmensos, dentro de los cuales se almacenaba trigo suficiente para dar de comer á Milán durante medio año.

Bien sabían vivir los padres blancos de la Cartuja de Pavía. Envidiable voto de pobreza el suyo. Á espaldas del convento aún existe un lago, en el que criaban para su mesa el pescado, tan escaso y caro en Lombardía. Eran propietarios de toda la tierra que existe hasta Binasco y hasta Pavía, ó sean diez y ocho millas de fértil huerta, y su cosecha anual de trigo les producía unos cuatro millones de reales. Bien podía decir el prior de la Cartuja, con todos sus votos de pobreza y humildad, que era más rico y poderoso que muchos señores feudales.

Y el señor Giani, cada vez más dominado por el entusiasmo que le inspira su monumento, nos enseñaba en los claustros las puertas afiligranadas, los arcos de piedra roja, con su rara labor y sus bustos y medallones de personajes históricos; todo lo cual ha tenido él que ir desenterrando y lavando, pues los buenos cartujos del

pasado siglo, grandes protectores, como siempre, de las artes, creyeron conveniente, para combatir, sin duda, la suciedad monacal, dar una capa de yeso á todo el convento, cubriendo bajo el blanqueo tanta preciosidad artística.

Entramos en el despacho de nuestro ilustre guía, un retiro de artista, con antiguos muebles, la mesa atestada de grabados históricos, la pared cubierta de antiguos cuadros, retratos de los Visconti más famosos: todo envuelto en un profundo silencio, en una deliciosa penumbra, con ese encanto especial que incita á la meditación y al estudio. Allí, el señor Giani nos puso ante los ojos un enorme álbum, en cuyas hojas hay versos, pensamientos ó firmas escuetas de hombres famosos. Venció nuestros reparos afirmando que allí figuraban todos los países, menos España; y mientras poníamos nuestra firma pelada en nombre del pueblo que hace tres siglos hizo inmortal el nombre de Pavía, el señor Giani, ayudado por una bella *contadina* de catorce años, que andaba con sus pies descalzos por el hermoso salón, con muda ligereza de fantasma, llenaba las copas del verde y magnífico *chartreuse* que se fabrica en la Cartuja y nos ofrecía el agua de la antigua cisterna del convento, que, por lo grata al paladar, bien demostraba su origen frailuno.

Brindamos, no sé cuántas veces, por los héroes de Pavía, por el italiano Pescara y por el español Leiva; hasta le dedicamos un *toast* á Galeazo Visconti (muy señor mío), y con el estómago caliente por el verdoso licor de infernal reflejo, fuimos en busca de las últimas sorpresas del señor Carlos Giani.

En el pequeño museo formado por éste en una antigua sala capitular, saludamos la espada de Galeazo, pedazo de hierro carcomido por el orín; sus doradas espuelas y

una fotografía de su cráneo y del de su esposa, pobres calaveras tan repugnantes con su eterna sonrisa y sus ojos vacíos como la de cualquiera de los villanos de Milán, á los que trataban con desprecio, como pertenecientes á una casta inferior.

Atravesamos un dédalo de húmedos corredores y subimos una escalerilla de roídos peldaños, para entrar por fin en una habitación abovedada, de paredes desnudas, sin más adorno que una gran chimenea y en el centro de la bóveda el escudo de los duques de Milán.

Aquella pobre sala, miserable tugurio indigno de atención para cualquier turista, hacía latir apresuradamente nuestros pechos españoles.

Allí se refugió Francisco I después de la catástrofe de Pavía. Aquélla fué su primera prisión al caer en manos de los españoles. Cuatro paredes desnudas, una reja y la cama de unos frailes fueron lo único que poseyó por la noche el «rey caballero», que un día antes, al frente de un brillante ejército y de los paladines más famosos, se burlaba de las tropas españolas y del flamenco coronado con las diademas de España y de Germania.

Yo me imaginaba la primera noche de aquel rey, acostumbrado á las muelles comodidades del Louvre ó al esplendor de su tienda de campaña, paseando pensativo por el miserable tabuco del convento, mirando por la espesa reja los campos sombríos donde yacía sobre charcos de sangre, encerrada en sus estuches de acero la flor de la caballería francesa, los paladines de los torneos de París, aquella juventud que lo mismo componía madrigales en las fiestas cortesanas que caía lanza en ristre sobre las apretadas filas enemigas.

Al quedar prisionero el rey de Francia, suplicó al austero Leiva que no le llevase á Pavía, pues era un doloroso tormento entrar como vencido en una ciudad que estaba asediando, y el «señor Antonio», comprendiendo como caballero y como soldado tales escrúpulos, lo guardó en la Cartuja, esperando las órdenes de su señor Carlos V.

¡Triste entrada la del rey vencido en el famoso convento! Aún parece que se le ve pasear á la confusa luz del crepúsculo por los desiertos claustros, sin la espada que recibió Pescara de rodillas de manos del vencido, crujiendo á cada paso su deslumbrante armadura milanesa, con la visera levantada, dejando al descubierto el rostro anguloso, pálido, con el sudor y el polvo del combate, el blanco penacho rozando el arco de las puertas y la esbelta y alta figura encogiéndose al atravesar los estrechos corredores.

Cuando el prisionero entró en la iglesia, los monjes blancos cantaban en el coro, y al terminar un salmo, Francisco I les contestó entonando el siguiente.

¡Felices tiempos aquellos! Los reyes, por regla general, eran teólogos, y en sus ratos de fastidio sostenían tesis con tanto aplomo y caudal de sabiduría como un canónigo.

Es verdad que la ciencia no andaba muy bien, y lo prueba el que Francisco I muriese de una enfermedad vergonzosa que hoy cura cualquier estudiante. Pero daba gozo la soltura con que el «rey caballero» ó Enrique VIII de Inglaterra empleaban el latín para requebrar á sus queridas.

XIII

El poeta del socialismo

Que me perdone Turín, la histórica capital del Piamonte; pero declaro que si, torciendo el curso de mi viaje por Italia, estoy en ella, no es por contemplar sus bellezas arquitectónicas, sus calles tiradas á cordel con infinitas arcadas y sus suntuosos palacios de la época en que era capital del reino de Cerdeña, sino por ver simplemente á un hombre, por estrechar una mano que, como la de Cervantes y la de Calderón, lo mismo ha sostenido la espada de soldado que la pluma de escritor.

Cambian las creencias y los afectos; lo que ayer adorábamos lo vemos hoy con indiferencia convertido en ruinas; el cerebro es muchas veces linterna mágica donde los cuadros de perfiles más firmes y colores más vivos se disuelven y borran para dejar sitio á nuevas impresiones; lo único inmutable, lo que subsiste, es el cariño, la admiración á los ídolos literarios, á los que nos hicieron sentir, y en el silencio del gabinete, surgiendo de las páginas del libro, nos obligaron á derramar lágrimas ó sonreir plácidamente con el dulce saboreo de la belleza artística.

Y de esta clase de adoraciones, la inspirada por De Amicis ha sido en mí la más antigua. Antes de conmo-

verme ante la grandiosidad de Zola ó de regocijarme con los prodigios de narración del mágico Daudet, ya había yo leído más de treinta veces, ocultándome en los rincones del colegio y guardando muchas veces el volumen bajo el chaleco, los encantadores cuentos del subteniente italiano, esa *Vida militar* que idealiza el ejército, «la religión de los hombres honrados», como decía nuestro clásico.

Cuantas veces he leído después á De Amicis, al cerrar el libro siempre he experimentado igual anhelo: «Si algún día voy á Italia, te he de conocer, he de estrechar la mano poderosa del que sabe como nadie enternecer el corazón y fortalecer el ánimo con los más nobles sentimientos.»

Y á la mañana siguiente de entrar en Turín cumplí mi deseo. Bastó una simple carta pidiendo una entrevista al gran poeta, que oculta su gloria universal en una vulgar habitación de la plaza del Statuto; y Edmundo de Amicis, el primer escritor italiano, el prosista adorado por todas las madres de Europa y América, la personificación de la Italia intelectual, con esa sencilla naturalidad de los hombres que son realmente grandes y no temen ser vistos de cerca, en vez de esperarme en su casa, vino á la mía.

Pasarán muchos años antes que se amortigüe aquella impresión. Le conocí de lejos. Era el De Amicis tantas veces reproducido en ilustraciones y al frente de sus obras: la más hermosa testa de artista que conozco; la nariz vigorosa y de purísimo dibujo; los ojos grandes, luminosos, reflejando como en dorado espejo el resplandor de un gran cerebro siempre en ebullición; la boca entreabierta bajo el recio bigote, vagando por sus labios una sonrisa de inmensa bondad; la frente espaciosa, algo inclinada atrás, como para recibir mejor la inspi-

ración, coronada por una aureola de ensortijados cabellos; y el cuerpo robusto, casi atlético, erguido, como de hombre valeroso que ha viajado mucho y en su juventud se moldeó dentro de un uniforme.

Era el mismo De Amicis, sí; pero sin un pelo negro, con la cabellera fuerte, pero blanca y brillante como la plata, pues no pasan vanamente cincuenta años ni se produce durante treinta una labor literaria que subsistirá mientras haya lectores en el mundo.

De Amicis habla el español lentamente, con leve dificultad, pero lo habla bien, y recuerda, con la fruición que inspiran los tiempos juveniles, su edad de veintiocho años y su alegría de artista que, en 1872, paseó por España.

Con afectuosidad natural que me producía honda turbación, como si yo fuese un compañero digno de él, un colega de gloria ó un amigo de muchos años, comenzó á hablar de sus creencias socialistas, del fatigoso trabajo que lleva á cabo por la propaganda del gran ideal de la emancipación obrera.

¡Generoso corazón! Yo creo que Edmundo de Amicis, á nacer en otros siglos, figuraría hoy en los altares, como uno de esos santos que pasaron una vida de sacrificios por remediar la miseria humana. El gran poeta no sabe odiar, pero ama como nadie. Los humildes, los olvidados, los que sufren, han sido siempre su fuente de inspiración.

Cuando era militar, el mísero recluta apartado de su familia, el tosco asistente solícito con su amo, todo lo más bajo y despreciado del ejército, fué lo que mereció la caricia de su inspiración y su ternura; después le preocupó la instrucción é idealizó al maestro de escuela, entregado á la más monótona y fatigosa de las funciones, llamando sobre él la atención universal. Hoy vuelve

su vista hacia el obrero, y no maldice con tono épico las injusticias sociales, porque su corazón sólo vibra para el amor y la piedad, pero presta el inmenso servicio de dulcificar, de envolver en el divino resplandor de la poesía las aspiraciones del socialismo, que, hasta ahora ennegrecidas y calumniadas, asustaban á esa masa neutra que discurre siempre por cuenta ajena y cree á ojos cerrados lo que la dicen.

¡Alma admirable! En él, las creencias van íntimamente ligadas con todos los actos de la vida vulgar. Si no pensara en el porvenir de la humanidad, si creyera, como tantos Pangloss «ilustres», que vivimos en el mejor de los mundos posibles, De Amicis gozaría todas las satisfacciones mundanales. Pero el poeta está al lado de los caídos, de los débiles, del obrero, que todo lo produce y de todo vive privado; del niño inocente que apenas abre los ojos se ve ligado á la miseria por apretado nudo que sólo corta la muerte; de la pobre mujer que por la desorganización social encuentra siempre vacías las manos de virtud y duda y llora ante el pan que le tiende el vicio.

De Amicis es de los que se entregan en cuerpo y alma al culto de una idea. El socialismo ha arrebatado un gran artista á la amena literatura. El voto popular le llevó al municipio de Turín, y ocupado en organizar las escuelas, volvió la espalda momentáneamente al culto del arte. El hombre de partido vence siempre al escritor. El gran poeta de renombre universal, á quien la prensa parisién, tan exclusivista y cerrada, coloca al nivel de sus grandes escritores, abandonaba muchas veces las cuartillas para servir como concejal á un bombero ó á un peón de la limpieza pública. Ahora acaba de abandonar el municipio, pero sigue olvidando la novela y dedica su pluma, por completo, á la causa socialista.

Callejeando por Turín hablaba con entusiasmo de la gran conferencia que prepara para la fiesta del 1.º de Mayo, pues él, aunque orador famoso, no es muy dado á la improvisación; y yo, escuchándole, contemplaba el efecto que su presencia causaba en las calles de esta ciudad que le adora; los obreros, que al verle se ponían graves, descubriéndose con cariñoso respeto; las mujeres, que se tocaban con el codo, mostrándose con muda señal al poeta; los buenos burgueses, que detenían el paso y le miraban por la espalda, lamentando, sin duda, en su interior que un cerebro tan grande se empeñe en transformar lo que para ellos está perfectamente arreglado; y De Amicis, sonriente, afectuoso, contestaba á los saludos, sin dejar de hablar con su voz sonora y pastosa de tenor, unas veces de sus ideales y otras de sus viajes, recordando con entusiasmo la belleza de la vega valenciana.

Llegamos á su casa, á su gabinete de estudio. Libros en apretadas filas hasta cerca del techo; la mesa desordenada, revelando al trabajador infatigable; bustos de bronce; fotografías de sus amigos (¡y qué amigos!), unos muertos ya, como Víctor Hugo, Dumas, Augier, y otros vivos, como Zola, Daudet, Verdi y todos los escritores célebres de Italia; y en el fondo de la habitación, descoloridas ya por los años, un grupo de fotografías que son recuerdos de viaje: la mezquita de Córdoba y Santa Sofía de Constantinopla; los grandes edificios de la República Argentina y la plaza de Toros de Valencia; grupos de marroquíes en las inmediaciones de Tánger y parejas de labradoras valencianas.

En el ambiente de aquel salón creía sentir el roce, las palpitaciones de todo el mundo, surgido en aquel mismo lugar al calor de la inspiración poética.

Veía agarrado á la mesa, asomando entre los dos su

rubia cabecita, al tierno protagonista de *Cuore;* ante la cerrada puerta paseaba arma al brazo el rudo recluta que cae herido de traidora pedrada y perdona al agresor; en las ondulaciones del rayo de sol que entraba por un balcón pasaba, reducido por la fantasía, el trasatlántico italiano llevando á través del Océano su cargamento de enredos y ridiculeces; *Salvaventanas,* el chulillo ratero y matón, asomaba tras un armario su cara viciosa, como si buscase allí á la bizca «maestrita de los obreros», para darla el ardiente beso; y en el rumor que llegaba de la vecina plaza creía percibir la melancólica canción de la loca Carmela buscando en vano á su teniente.

Cuando se ha conseguido ascender á las mayores alturas del arte sin soltar la mano de la verdad; cuando la imaginación ha creado seres de carne y hueso y no monigotes de paja movidos por el resorte romántico, los personajes viven en torno del poeta, y es imposible acercarse á éste sin que salgan al encuentro como antiguos conocidos.

Yo contemplaba á De Amicis, siguiendo instintivamente el curso de la conversación y pensando en cosas bien distintas. Mi adoración debía presentar un aspecto estúpido, que seguramente me perdonaba el poeta con su inmensa bondad.

Pensaba en el inmenso poder, en la incontrastable fuerza que posee este hombre para embellecerlo todo. Cantó la vida militar, y la juventud se sintió seducida por la disciplina, á la que dió un ambiente poético, y por el compañerismo de armas, revestido de tierna sublimidad. En la monotonía de la enseñanza encontró dramas que nadie hubiera presentido; hizo del dómine un conmovedor sacerdote, y pintó maestros que vivirán más tiempo que las heroínas del romanticismo. Ahora

lleva al socialismo su varita de hada que dora y embellece cuanto toca, y los que tengan interés en que el mundo continúe eternamente como hasta el día harán bien en temblar.

Los poetas son terribles cuando se ponen al servicio de un ideal revolucionario.

De Amicis no es hombre de acción; piensa, como Bebel, que es una candidez proporcionar ocasión á los gobiernos para que sus soldados prueben el alcance de los fusiles en la carne de los obreros. Lo fía todo á la propaganda; pero es seguro que con sus artículos poéticos, con sus narraciones conmovedoras, con su libro *El socialismo,* que en breve saldrá á luz, hará más adeptos que Marx y Engels con las arideces científicas.

Somos latinos, la imaginación nos domina, y respondemos con preferencia á la caricia del arte, á la vibración del sentimiento.

Más republicanos hicieron Lamartine con su épica pintura de los girondinos y Víctor Hugo con sus apocalípticos apóstrofes á los reyes, que todos los filósofos defensores de la República.

El día que se difundan por el mundo latino esas odas tiernísimas que en forma de artículos traza De Amicis, suavizando las asperezas de la nueva doctrina, soñando en la humanidad del porvenir, poetizando la asociación y mostrando la dulzura que encierra la palabra «compañero», la juventud generosa y entusiasta saldrá de las universidades proclamando el socialismo, como salimos nosotros, obsesionados por los grandes poetas de la Revolución, jurando eterna fe á la República.

¡Continúa tu obra, trabajador glorioso é infatigable!

El admirador desconocido y obscuro, uno más de los muchos que pasan ante ti como simples intérpretes de la adoración que inspiras á los pueblos latinos, se aleja satisfecho y orgulloso, llevando en su memoria un reflejo de tu luminosa mirada y sintiendo todavía sobre su pecho los latidos de ese gran corazón, que es el verdadero órgano de tu pensamiento.

Si no me retienen Roma con sus grandezas históricas, Nápoles con su sonriente belleza, Florencia con su ambiente del Renacimiento y Venecia con su imponente silencio de cadáver envuelto en brillantes vestiduras, aquí volveré para confundirme en la fraternal fiesta del trabajo, y presenciar cómo tú, gran poeta, siembras de flores el camino por donde viene un mundo nuevo que ha de pulverizar al presente.

XIV

La ciudad muerta

Heme ya, por fin, en la verdadera Italia, la tradicional, la típica, la que tantas veces hemos saludado en novelas y libros de viajes: la Italia de las ruinas históricas y los *ciceroni,* de los mendigos y las propinas.

Esa Italia del Norte, que es lo mejor de la península, lo más viril y activo, la verdadera cuna de la unidad nacional, cansa, sin embargo, por su falta de carácter. Es una Francia adulterada. Milán y Turín, aparte de su carácter monumental, parecen, por sus costumbres y el carácter del vecindario, grandes capitales de departamento francés.

Como para ver la vida moderna mejor es ir á contemplarla en el original que en la imitación, y el que viene á Italia busca lo típico, lo genuinamente nacional, de aquí que á las treinta y ocho horas de estar en Turín saliera de la capital del Piamonte, muy satisfecho con la idea de que de un tirón iba á plantarme en el corazón de la península, no parando hasta Pisa.

Pasé segunda vez por Génova, y desde las ventanas del *restaurant* de la estación, mientras almorzábamos los viajeros, vimos el bosque de gallardetes y banderas y la aglomerada masa de gentío en torno del monumen-

to del duque de Galliera, que estaba descubriéndose: estatua colosal con cuya erección corresponde la ciudad liguria al desprendimiento patriótico de aquel prócer, que dejó una fortuna de veinte millones de liras para la conclusión de las obras del puerto.

Otra vez al tren, y ante nuestros ojos comienzan á desarrollarse las espléndidas bellezas de la costa mediterránea: los montes verdosos, matizados por el blanco y el rosa de las voluptuosas «villas»; los pueblecillos con sus esbeltos campanarios y rojizos tejados, sosteniéndose audazmente en los agudos picos, casi pendientes de las ásperas laderas; el mar peinando sus franjas de espuma en los dentados bordes de la costa, brillando á cada palpitación su superficie verdosa y plateada; y de vez en cuando, sobre la tostada arena de la playa, los villorrios de pescadores con las barcas en seco, y en torno de ellas un enjambre de puntos negros, de laboriosas hormigas que tiran de cuerdas al compás del melancólico *¡ohé!...* se meten en el agua y no descansan; todo para matar apenas el hambre.

Á las tres horas de marcha llegamos á Spezzia, el gran puerto militar de Italia, una extensa y profunda bahía cerrada por altos montes coronados de baterías, teniendo en su centro los acorazados en reparación, monstruos negruzcos con más aspecto de castillos flotantes que de barcos, sin otro distintivo náutico que las chimeneas robustas como torres y un simple mástil de banderas, cuya cofa es una fortaleza.

Perdemos de vista á Spezzia, y poco después al mar, pasando entre bosques de pinos y olivos á algunos kilómetros de Carrara, un pueblo pequeño y de fama universal, que apenas si se distingue al pie de los grandes montes, que parecen nevados con las grandes manchas blancas de las canteras de mármol.

En todas las estaciones inmediatas, los trenes de mercancías cargan enormes bloques de la costosa piedra, y los ríos de la comarca ofrecen un espectáculo original con su fondo pedregoso, blanco, como si fuese leche cuajada. Los torrentes de la montaña, en su rápido descenso, arrastran los fragmentos de las canteras, y los ríos toscanos corren sobre cantos rodados que son de mármol.

Tal vez sea un efecto de la imaginación; pero al acercarse el tren á Pisa parece que se sienta la proximidad de la *cittá morta e caduta,* de que hablaba el Dante.

La campiña es hermosa; los olivares mueven á impulsos del lejano viento del mar sus hojas plateadas; los pinos, de apretadas copas, se agitan con fuerte rumor, como si se empujaran unos á otros protestando por falta de sitio; de vez en cuando, lagunas que apenas si se distinguen, cubiertas por espesos juncales; y en sus orillas, canoas agrietadas y deshechas por el sol ó hundidas en el fango; pero todo con pocas casas y sin un ser animado que romba la monotonía del panorama, como si el país estuviera abandonado ó acabase de pasar por él una epidemia.

Atravesamos el Arno, que por su anchura y el color de sus aguas parece un brazo de mar; vemos rápidamente, como un fantasma blanco que pasa tambaleándose por enfrente de la ventanilla, la famosa torre inclinada, y ponemos por fin el pie en la célebre ex república de Pisa.

Decididamente es una ciudad muerta. En la orilla izquierda del Arno, la afluencia de forasteros y la prosperidad relativa que la unidad política proporciona á Italia han creado una ciudad nueva, con grandes hoteles y calles rectas y anchas, de carácter moderno; pero una vez se pasa el puente del *Mezzo* se entra en plena Edad Media.

Las calles, sin aceras y pavimentadas con grandes baldosas como un salón, apenas si resuenan con los pasos de alguno que otro transeunte. Á ambos lados, sombríos pórticos, en los cuales parece que va á brillar el puñal florentino de las emboscadas. En las paredes, empleados como vulgares materiales de construcción, hermosos capiteles romanos, estriadas columnas, bloques de piedra roja con bajos relieves, en los que se ven las galeras pisanas con todas sus velas desplegadas; en las esquinas, medio borradas por el siroco y las lluvias, pinturas bizantinas, imágenes de grandes ojos, ropas escurridas y nimbos dorados, ante los cuales se descubrían en otro tiempo los fieros corsarios de Pisa, y que hoy apedrean los muchachos; y todas las casas estrechas y altas, con condiciones para la defensa, construídas con arreglo al mandato del antiguo Consejo de la República, que, para hacer más reducido y más fuerte el circuito amurallado, exigía á los vecinos que ocupasen poco terreno.

Los antiguos palacios del patriciado de Pisa están hoy convertidos en hoteles, para sacar algún provecho. Yo tengo por habitación una cámara tan grande, que en España la convertirían en una casa, y su pavimento de mármol, su techo mitológico pintado al fresco y sus paredes flordelisadas tienen un *cachet* tan vivo del pasado siglo, qne hay momentos en que me extraña que el camarero—un bigotudo obsequioso que sabe hasta seis palabras de español y á cada momento me llama *señogito*—no se presente con casacón y peluca.

Desde el balcón de mármol veo correr á mis pies el verde Arno, desierto siempre, por no turbar, sin duda, la calma de esta ciudad. Si á ésta le restan aún algunos latidos de vida, es por la guarnición numerosa y por su célebre Universidad, que tiene unos seiscientos estudiantes.

¡Poder del tiempo! Esta ciudad tranquila cual una tumba, que ha figurado en la Historia como temible potencia por espacio de siglos, preocupó á la poderosa Venecia é irritó á la audaz Génova.

Cuando se reunía el Consejo de los Ancianos y en las estrechas calles sonaba el cuerno de guerra llamando á los marinos y los hombres de armas, cuatrocientas naves de guerra descendían por el hoy tranquilo Arno, ondeando en sus mástiles la bandera de la República, con la leona dando el pecho á sus dos cachorros, y temblaban los sarracenos en la costa de África y se apercibían á la defensa todas las islas donde ondeaba el estandarte verde del Profeta.

Desde el siglo IX fué Pisa el pueblo más temido por los infieles. Sus marinos eran audaces piratas; nada había seguro donde ellos desembarcaban. Se batían mejor que los venecianos, y Génova necesitaba su alianza para las empresas de gran compromiso.

Asombra la audacia y la tenacidad con que esta pequeña República buscó y batió siempre á los sarracenos. Puede decirse que gracias á ella los guerreros musulmanes no se hicieron dueños de toda la Italia.

En el año 1000 los arroja de la Calabria; tres años después los aplasta en Civita-Vecchia, y en 1022 los derrota en Cerdeña y se apodera de toda la isla, gobernando tan extenso dominio por medio de un Consejo de patricios pisanos. Conquista las islas de Lípari, de Córcega y de Elba, hace tributario á Palermo, va audazmente al principal nido de la piratería enemiga, á Túnez, é incendia en la misma entrada del puerto las naves enemigas y saquea la ciudad. Sirviendo á las Cruzadas, prestando sus escuadras á los ejércitos cristianos, se hace dueña de los principales puertos de la Siria, y en 1114, antes de que naciera nuestro don Jaime el Conquistador,

prepara ella sola una flota de trescientos cuarenta navíos, para arrancar á los sarracenos las islas Baleares.

Lo hubiera logrado, pues empresas mayores llevaban realizadas sus marinos; pero la gloria de la pequeña República había despertado la envidia y los celos de todas las ciudades de Italia, y especialmente de Génova, su aliada muchas veces, pero en el fondo su implacable rival.

La *Consuetudine marittima,* pacto de mutuas transacciones entre ambas repúblicas, tratado que ha servido de base al moderno derecho marítimo y comercial, quedó rota, y las naves genovesas y pisanas, que habían marchado juntas á la empresa del Santo Sepulcro, se buscaron en el mar, sosteniendo una guerra que, con ligeras treguas, duró ochenta y cuatro años. Por último, á fines del siglo XIII, cerca de la isla Meloria, frente á Liorna, se dió el combate decisivo, triunfando la armada genovesa por la traición del conde Ugolino Gherardesca, aquel que, en castigo, fué encerrado en una torre con sus hijos y condenado á perecer de hambre, horrible agonía que describió con toda su imponente grandiosidad la inspiración del Dante.

Después de este Trafalgar, Pisa, que todo lo confiaba á la guerra marítima, comenzó á sentir los efectos de una rápida decadencia. Como principal puerto de la Toscana, aún gozó alguna importancia en tiempos de los Médicis, con su orden de caballeros de San Esteban, que, á imitación de los de Malta, salían al mar para batir la piratería turca de Constantinopla. Pero el Mediterráneo, como si también sintiera celos por las glorias de la valerosa ciudad, ha ido alejándose con una rapidez alarmante, y hoy la distancia desde Pisa á la desembocadura del Arno es doble que en tiempos de la famosa República.

Pero si Pisa es ahora un fantasma que subsiste de los recuerdos del pasado, le resta el consuelo de ver que todo el mundo viene á ella para contemplar lo que queda de su antiguo poderío.

Para justificar su fama presente le basta con la plaza de la Catedral, reproducida infinitamente por el dibujo y la fotografía, y que todos hemos contemplado muchísimas veces sin venir á Pisa. El viajero que llega no tiene otro deseo que ver de cerca esa famosa torre, con su audaz inclinación que asusta.

Terminaba la tarde cuando salí del hotel, después de dejar mi pobre maleta, más llena de papeles y libros que de ropa.

En las riberas del Arno, junto al puente del *Mezzo,* punto central de la ciudad, pululaba la gente del domingo. Me alejé del río, internándome en el barrio de San Esteban, el más antiguo de la ciudad: pura Edad Media. Resonaban mis pasos como en un cementerio. En media docena de calles sólo encontré dos viejas que volvían de la iglesia. Sonaban por encima de los tejados, en un cielo impregnado de la lluvia de oro del crepúsculo, melancólicos toques de campana. Atravesé la plaza de los Caballeros, contemplando la estatua en mármol de Cosme I, el gran Médicis, armado de punta en blanco, con la espada al cinto y oprimiendo fieramente bajo sus pies la testa de un delfín, lo que no impide que los chiquillos con sus pedradas ó los motines con sus tiros le hayan dejado chato y sin dos dedos en la diestra, que extiende con ademán soberano. Sentía al pasar por las desiertas vías un ligero crujido de persianas, columbrando á través de las sutiles hojas narices sonrosadas, rizos rubios, ojazos azules de expresión curiosa, grandes aros de oro que agracian y completan estas cabezas italianas, hermosas como las Madonas, y por fin, entré de

golpe en la plaza de la Catedral, ó más bien, en la vasta pradera donde la República pisana alzó sus imponentes monumentos de mármol.

Figuraos un extenso prado siempre verde, que tiene por límite la muralla de la ciudad, y en la cual, lanzados al azar, como un niño planta sus juguetes, están el *campanile pendente,* el *Duomo* y el *Battistero.* Esto es la famosa plaza.

Se aproximaba la noche. Los últimos reflejos de la puesta del sol doraban los muros de mármol, las esbeltas galerías del célebre *campanile,* que, envuelto en un nimbo de luz fantástica, parecía que realmente estaba cayendo en una pieza.

En toda la extensa plaza no había mas que una banda de pilluelos descalzos y gordinflones, que se revolcaban en el musgo como perrillos revoltosos, y al ver á un extranjero corrieron á él para pedirle un *soldo,* ó cuando menos un cigarro.

Sobre las gradas de mármol de la catedral, amontonados como por un escobazo de la miseria, estaban unos cuantos ciegos y tullidos, los primeros italianos que he visto pedir francamente limosna y no propina.

Entré en la catedral á tiempo para que me echaran los sacristanes, que iban á cerrar. Los canónigos salían del coro mascullando sus últimos rezos; unos verdaderos canónigos de ciudad pobre, en que no hay mandas piadosas ni penitentes ricas, huesosos, con enormes narices, la muceta mugrienta, el bonete moteado de caspa, la sotana con cazcarrias y el aire voraz de aquel licenciado Cabra que retrató Quevedo.

Cuando salí, la plaza estaba solitaria, envuelta ya en la penumbra del anochecer, y á los pocos pasos recibí tal impresión, que por un momento llegué á dudar si estaba despierto y en Italia, ó si me hallaba durmiendo

en mi casa y todo lo visto hasta entonces no era mas que una pesadilla.

Á alguna distancia, por una senda abierta en el musgo de la plaza, como fantasmas que apenas tocasen con los pies el suelo, avanzaba una comitiva de encapuchados envueltos en negras hopalandas y con la faz cubierta, iguales á los que figuran en las procesiones de Viernes Santo.

Llevaban al frente un Cristo monumental, lívido y chorreando sangre, cubierto por fúnebre doselete; detrás, en dos filas, hachones de tétrica llama, que esparcían en el ambiente un olor funeral, y cerrando la marcha, un ataúd cubierto por un paño con no sé cuántas calaveras bordadas.

Todo este aparato de leyenda fantástica ó de auto de fe, á aquella hora de apariciones y misterios, era, sencillamente, el entierro de un pobre diablo desconocido, pues aquí se acostumbra á verificar la conducción del cadáver con tales ceremonias terroríficas, y cualquier muerto se juzgaría deshonrado si no lo llevasen á la última morada entre encapuchados y hachones.

Pensé en el horripilante chillido y el susto mortal de cualquier mujer española al ver, de pronto, la inesperada y terrorífica comitiva. La seguí con la vista, viendo cómo se perdía tras la puerta de la muralla, óvalo en el que se marcaba aún el débil resplandor del crepúsculo, y me alejé recordando á don Félix de Montemar, el «estudiante endiablado» de Espronceda, que, callejeando de noche por Salamanca, tropieza con su propio entierro.

En esta ciudad muerta no hay diversiones nocturnas. Y como, á pesar de su aspecto fantástico, ya no gesticulan las estatuas en los obscuros callejones medioevales, ni las brujas revolotean en torno de los campanarios,

ni sisean los duendes tras los guardacantones, ni sale el diablo con capa roja, pluma de gallo en el sombrero y pezuñas de cabra, á comprar almas mediante escritura, graciosos entretenimientos que se han perdido ¡ay! con la impiedad de la época, tuve que entrar en el hotel y meterme en la cama á las nueve.

XV

Los recuerdos de Pisa

Grande era mi impaciencia por contemplar nuevamente la hermosa catedral, vista rápidamente á la luz del crepúsculo; pero al dirigirme á ella en las primeras horas de la mañana siguiente, hube de detenerme en la plaza de los Caballeros, frente á la mutilada estatua de Cosme de Médicis.

Allí está el palacio de los caballeros de San Esteban, un caserón que hoy sirve de Escuela Normal y ostenta en su fachada los bustos de los siete duques soberanos de Toscana que fueron Granmaestres de la Orden. Al lado está la iglesia de San Esteban, edificio que nada ofrece de notable, pero cuya nave principal tiene una interesante atracción por lo original de sus adornos.

Cuanto arrebataron á los turcos los caballeros de San Esteban, navegando por el Mediterráneo en aquellas veloces galeras que eran terror de la piratería musulmana, está allí sirviendo de ornato al templo cristiano. Las banderas turcas, unas rojas, con inscripciones arábigas y medias lunas bordadas en oro; otras multicolores, como deslumbrante mosaico, se ostentan á centenares, festoneando las cornisas ó tendidas sobre el muro, como trofeos arrancados de las naves enemigas por aquellos

caballeros mitad frailes mitad marinos que, con la cruz al pecho y el hacha en la mano, saltaban sobre las cubiertas resbaladizas por los arroyos de sangre. Allí están los estandartes de la Orden rasgados por la metralla de las bombardas, sucios y ennegrecidos por el humo de los combates y el oleaje de la tempestad; los espolones de las naves de San Esteban, como minuciosos bajos relieves, adornan los muros; timbales morunos, áncoras enmohecidas, mandobles llenos de orín, forman en las pilastras artísticos grupos; y toda la iglesia, como iluminación gloriosa, ostenta á guisa de lámparas las farolas que las galeras de los caballeros llevaban en el alcázar de popa, hermosas obras de ignorados tallistas, en las que la madera ennegrecida parece sutil filigrana.

Contemplando tantos trofeos se comprende que Pisa, en los siglos XVI y XVII, en plena decadencia, cuando, perdida su libertad, no era mas que un feudo de los señores de Toscana, todavía preocupase á la marinería turca.

Cerca de la iglesia, en la misma plaza de los Caballeros, se ven todavía los restos de la torre del Hambre, la mazmorra infernal donde el conde Ugolino, desnudo, enflaquecido, con la fiebre del hambre enloqueciéndole el cerebro, destrozando su estómago y enturbiando sus ojos, contemplaba á sus hijos doblados sobre sus rodillas, agitándose con el estertor de la más terrible de las agonías. Estos pisanos eran de costumbres feroces. Aún se conserva en cierta parte del vecindario la mirada audaz y el aspecto resuelto de verdaderos piratas. Acostumbrados en otros tiempos á matar y robar en el Mediterráneo como única profesión, y sabiendo que los turcos no les daban cuartel, el corsario sarraceno, al quedar cautivo y ser llevado á Pisa, pensaba que al lado de los piratas de la cruz eran unos niños de teta los de la media

luna. No hay mas que ver el castigo infernal é inaudito que dieron á su antiguo ídolo el conde Ugolino y á sus hijos, pobres muchachos inocentes, para adivinar cómo tratarían á sus esclavos.

Llegué por fin á la plaza de la Catedral, y á pesar de que no la veía por vez primera, la impresión de asombro, de artístico éxtasis, fué igual que en la tarde anterior.

Bien gastaban su dinero los piratas pisanos. Llegaban de sus expediciones de Palermo ó del Oriente cargados de oro, y con la esplendidez propia de marinos, de hombres que miran la muerte todos los días cara á cara y desprecian las riquezas, sabiendo que no han de llevarlas á la tumba, empleaban todo su botín en esos grandiosos edificios que aun hoy—libres de la vecindad de arboledas y jardines, que es lo que empequeñece y afea á muchos de nuestros modernos monumentos—descuellan majestuosos en la dilatada pradera.

Medio Carrara fué arrastrado hasta aquí para que la marinería pisana tuviese un imponente templo de mármol donde dar gracias á Dios cada vez que podía meter la uña á los ahorros de moros y cristianos, y todos los artistas y arquitectos más notables de Italia, desde el siglo X al XIII, pasaron por esta ciudad y fueron gratificados espléndidamente por sus obras.

Estos vencedores de bizantinos y sarracenos tomaron sus gustos artísticos, que se revelan en los monumentos de Pisa. La cúpula del baptisterio es un verdadero casco sarraceno, y la catedral, en sus naves laterales, cuyas arcadas son de un mármol á fajas azules y blancas, recuerda la mezquita de Córdoba.

El resto de la catedral es bizantino. En el fondo del coro, un Jesús gigantesco de estrecha barba y ojos asiáticos, como el de las pinturas de Bizancio, se destaca

sobre un fondo dorado. En las puertas, los santos bizantinos, los ángeles de pecho estrecho y escurrida vestidura, revolotean en un ambiente de oro. El capitel de cada columna es distinto y supone un año de trabajo, pululando entre su hojarasca todo un mundo. Hay puerta que en sus tableros ostenta toda la Biblia, desde la creación paradisíaca hasta la llegada del Mesías, en figurillas de dibujo incorrecto, pero tan graciosas y espontáneas que parecen vivir; y el más precioso de los metales brilla en los artesonados del techo, en los rebordes de los arcos, chorrea por todas partes, como arrojado á puñados por los corsarios.

El exterior es más sencillo. Las paredes son de fajas de mármol azules y blancas, y la fachada principal, con sus cuatro galerías de esbeltas columnas y su remate triangular, tiene un aspecto de templo griego.

Enfrente está la rotonda del baptisterio, con su exterior cubierto por gótico encaje rematado por estatuas y su interior desnudo, sin otros adornos que la piscina central y el púlpito, obra portentosa del gran Nicolás Pisano, tazón de mármol con bajos relieves que resultan portentosos para aquella época, sostenido por siete columnas que son otros tantos atletas apoyando sus pies en melenudos leones.

Y vamos á la torre inclinada, el monumento que más fama proporciona á Pisa. El guardián me hizo esperar más de una hora. En el pasado año le dió á la gente por suicidarse arrojándose de lo alto de la torre. Hasta se cuenta que dos extranjeros, dos aburridos no exentos de originalidad, hicieron el viaje á Italia para suicidarse de este modo. Hay ciertas razones para matarse aquí que no dejan de tener fuerza para la gente correcta. Arrojándose por la parte más inclinada, no se corre el peligro de rozar el muro, ni de rasgarse la ropa en los

salientes de las esculturas, y aunque á uno lo recojan hecho una tortilla, se salva la corrección del traje.

Pero estas razones nada valen en la prefectura, y desde la racha de suicidios se ha ordenado que no se permita la ascensión mas que en grupos de tres ó más personas.

Mientras, armándome de paciencia, esperaba que se le ocurriera subir á cualquier matrimonio inglés ó alemán de los muchos que guía en mano ó quitasol bajo el brazo van por Pisa, contemplaba el *campanile,* con toda su alarmante inclinación.

Las fotografías y grabados no dan idea exacta del raro espectáculo que presenta esta torre. Está cayendo materialmente; su inclinación se halla en el punto crítico; un poco más de desvío, una ligera sacudida del terreno que conmoviera sus cimientos, y el gigantesco cilindro de mármol con sus siete galerías de aéreas columnas y su diadema maciza, de la que penden cinco gruesas campanas, se acostaría sobre el musgo de la pradera como un coloso borracho cansado de sostenerse en un pie siglos y más siglos. Si se la mira fijamente, tal es su aspecto, que hasta parece que se mueve y se inclina como una caña á impulsos del siroco, que sopla siempre en Pisa con gran fuerza.

Salta á primera vista lo estúpido de esa generalizada tradición que supone la torre de Pisa construída con intencionada inclinación por su arquitecto Bonanus en el siglo XII. La arquitectura, ni antes ni ahora, juega tan audazmente con el centro de gravedad. Es el terreno el que ha cedido, y la prueba está en que la base de la torre se halla enterrada, y para entrar en ella hay que descender á un foso que la circuye. El suelo de Pisa es muy movedizo, tal vez por obra de esa transformación continua que le hace avanzar en el mar. No hay en toda

Pisa un edificio que realmente se sostenga á plomo. El caudaloso Arno, que cruza el centro de la ciudad, reblandece con sus filtraciones este suelo, que se contrajo al sentir el peso de la torre, aunque tuvo la amabilidad de contenerse en el mismo punto que el esbelto monumento comenzaba su caída.

La torre es hueca. Por el espesor de sus muros, que son de cuatro metros y medio, asciende la escalera en suave espiral, que abarca todo el diámetro de la torre; y el interior es un tubo de piedra de siete metros de ancho, por cuya alta abertura se ve el espacio azul. Dentro de este pozo es donde mejor se nota la inclinación de la torre. El suelo es un plano inclinado. Os colocáis en la parte alta apoyando la espalda en la pared, y no podéis tocar con los talones el muro, pues inmediatamente pierde el cuerpo su gravedad y caéis al suelo. En cambio, si os apoyáis de igual modo en la parte baja, todo el cuerpo descansa sobre la espalda y parece que estáis sentados en una mecedora.

Llegaron por fin los ansiados auxiliares, los dos que faltaban para que el cancerbero franquease la entrada. Eran un matrimonio joven de ricos argentinos, que hacen por Italia su viaje de bodas, y á los cuales no hablé ni una palabra en español, con la santa intención de que siguieran sin empacho llamándose «vidita» y otras ternezas más fuertes ante mi seriedad de extranjero incapaz de entender el castellano.

La escalera de la torre es de las más cómodas que puedan encontrarse, y á pesar de esto acaba por marear y producir vahidos. Parece que se está dentro de un buque en un día de marea cuando el plano en que descansan los pies cambia á cada instante de horizontalidad. Conforme se sube, tan pronto la pared se inclina, cual si fuera á aplastarnos, como se aleja, huyendo del

roce, y arriba, apoyándoos en la barandilla circular, creéis tener las manos sobre la borda de un vapor que lo mismo se inclina, sosteniendo el peso del cuerpo, como se alza, repeliéndolo hacia atrás.

Después de contemplar los montes pisanos envueltos en niebla y las tierras bajas que se confunden con el mar, descendí á tierra firme, y alejándome de «vidita» y «cariño mío», que se entraron en la catedral cogidos del brazo—con la certeza de que nadie los entendía—á continuar su dúo ante los santos bizantinos, me dirigí al cementerio monumental, al famoso Campo Santo.

Cuando murió en Oriente Federico Barbarroja y fracasó su cruzada, las naves pisanas que habían auxiliado la expedición regresaron con cincuenta cargamentos de tierra del Calvario. Tal vez si se acordaron de hacer este lastre, fué porque el infiel Saladino los arrojó á cimitarra limpia, y no tuvieron materia más valiosa en que meter las uñas. Pero nada quita lo ladrón á lo devoto, y el arzobispo de Pisa Ubaldo de Lanfranchi recibió con entusiasmo el regalo, y con la tierra bendita hizo el famoso Campo Santo, en el que sólo están enterrados prelados, próceres y artistas ilustres, siendo más los cuadros y las estatuas que los cadáveres.

Este cementerio resulta el verdadero museo de Pisa. La fachada es de mármol, como todo el interior; las arcadas ofrecen el mismo estilo que la catedral, y el monumento se compone de cuatro galerías, iluminadas por más de sesenta ventanales góticos que se abren sobre un patio cuadrado cubierto de musgo y florecillas silvestres. Una fila de estatuas, de sarcófagos medioevales procedentes de diversos templos, ornan los cuatro claustros, y los muros interiores están cubiertos hasta el negro artesonado por frescos de los pintores de la escuela florentina del siglo XV. El sol, la humedad de las paredes y el aire pegajoso del mar han deteriorado estos frescos, que en ciertos puntos sólo son ya indefinibles pegotes de color; pero en otros aún se ven las escenas bíblicas con una graciosa libertad de indumentaria: Jesús vestido de noble florentino; los apóstoles con calzas de grana, sobrevesta y birrete con pluma; la Virgen con vestido de cola y escarcela al talle; San José con botas y espuelas; los santos patriarcas con coronas de marqués, sentados en tronos sostenidos por nubes, entre revoloteo de ángeles que parecen loros con cabeza humana; pero todo con un dibujo correctísimo, sonrosado, sonriente, alegre y bello como aquel gorjeo que lanzó el mundo latino al despertar por segunda vez y que se llama Renacimiento. Allí está *El triunfo de la muerte,* con sus espantosos demonios que revuelven los cadáveres y les sacan de la boca, para llevarlas al infierno, las almas en forma de niños panzudos y gordinflones; *El Juicio final,* en que reyes y obispos, cortesanas y señoras, se agitan desnudos en las cuevas del infierno, sintiendo sobre sus carnes las enredadas marañas de verdes serpientes, mientras en el extremo opuesto los ángeles conducen á la mansión celeste á los pobres y los humildes; allí, en una palabra, todas las libertades que se tomaba el artista de pasados siglos, interpretando asuntos religiosos, para reflejar el espíritu de su época ó la protesta del desheredado contra el poderoso.

Si en ciudades como las de Italia se hubieran de describir cuantas bellezas se contemplan, de cada población se formaría un libro.

En Pisa, los recuerdos históricos surgen á cada paso. En el Museo Cívico, cerca de las espadas que los caballeros de San Esteban esgrimieron en Lepanto, se ve el sable de Cialdini, el bravo general de la independencia

italiana, destructor de los Borbones sicilianos é irreconciliable enemigo de la tiranía pontificia.

En un palacio junto al Arno vivió aquel inglés extraño y sublime que se llamaba Lord Byron. Aquí lloró la muerte de su fraternal amigo el poeta Shélley, y después quemó su cadáver en un bosque cercano, trasladando las cenizas á Roma para enterrarlas en un vaso antiguo al pie de la pirámide de Cestius.

Pero todos los recuerdos históricos palidecen y se extinguen al pensar que, hace tres siglos, un hombre vestido de negro, con blanca barba, enmarañada cabellera, ojos de profundo mirar y frente espaciosa surcada por una arruga de eterna preocupación, paseaba por las riberas del Arno ó por la pradera de la catedral. Cuando no explicaba matemáticas en la Universidad de Pisa, llamada palacio de la *Sapienza,* pasaba las horas en la catedral, siguiendo el movimiento de la lámpara bizantina que pende de la larga cuerda frente al altar, ó desde lo alto de la torre inclinada se entretenía en arrojar diversos objetos por el hueco interior.

Aquelles juegos misteriosos estaban relacionados con «algo» sobre el péndulo, las leyes de la gravedad y el movimiento de la tierra, y la Santa Inquisición de Florencia, alarmada por tales patrañas, afiló sus garras en la sombra.

El austero profesor de la *Sapienza* de Pisa se llamaba Galileo.

XVI

La Ciudad Eterna

Hace unas cuantas horas que estoy en Roma, y aún dudo que esta tierra que piso sea la de la Ciudad Eterna.

Con entusiasmo habrán podido venir aquí en el curso de los siglos millones de peregrinos deseosos de contemplar entre los esplendores de una pompa oriental la faz del más alto representante de Jesús en la tierra; pero yo no cedo á los creyentes que su anhelo fuese más grande que el que yo sentía por llegar á esta ciudad, que, sin más vida que la oficial agitación del Quirinal y el Vaticano, sin más industria que la explotación del viajero, envuelta en su manto de ruinas y fulgurando sobre su frente veintisiete siglos de historia, atrae todavía la atención del mundo y conserva en su seno, como último latido de aquella soberanía de la Roma clásica, un misterioso poder que no se apoya en la fuerza de las armas, sino en la ceguera de la fe, y hace doblar la cabeza á naciones enteras.

Yacen caídos en el desierto asiático los restos de la gigantesca Babilonia. Atenas, madre de las artes y la civilización, vive como cadáver galvanizado, sin otra importancia que la de capital de un exiguo reino. El pastor beduíno planta su aduar en las ruinas de Car-

tago y su hoguera nocturna calcina los cimientos de aquellas columnas que un día oyeron la sentencia de muerte de la República romana. El Egipto es una factoría inglesa, un rebaño de esclavos. Sobre las ruinas del Imperio bizantino dormita el sultán rodeado de una corte de odaliscas y de verdugos. Y mientras todas las metrópolis del pasado yacen inánimes ó el viento de los siglos ha arrebatado hasta el último átomo de su grandeza, Roma continúa milagrosamente en pie, vieja, exangüe, pero sonriendo con su boca senil al ver que aún se sostiene, brillante y joven, la obra de la civilización latina. Ya no tiene legiones que sujeten al ibero, venzan al galo, encadenen al germano y exterminen al cartaginés; ya no pasan las armadas turbas por bajo los arcos triunfales, llevando al frente la gloriosa águila y los despojos de los pueblos vencidos. Su poderío es espiritual y no guerrero. Esclaviza las almas sin encadenar los cuerpos. Domina á los creyentes por el esplendor del Pontificado y á los incrédulos con la divina atracción de la belleza artística, y lo mismo el cura pobre desde el apartado villorrio, que el artista desde su estudio; igual la mujer nerviosa á quien la devoción convierte en visionaria, que el escritor que aspira en los libros ese perfume de hoja seca que parece emanar de las grandezas del pasado, todos los que en el mundo creen ó sienten, sin distinción de nacionalidad y de ideales, todos, en ciertos momentos, cerrando los ojos, contemplan á la luz de la fantasía una ciudad grandiosa, especie de tierra de promisión, que desean visitar antes que la muerte les sorprenda, y sobre un cielo color de sangre distinguen la enorme masa del Coliseo, con sus rotos ventanales y arruinados muros, ó ven remontarse entre doradas neblinas la audaz cúpula de San Pedro, en torno de la cual parece revolotear el espíritu

de Miguel Ángel, ese Moisés del arte, que, hiriendo con su mano la dura piedra, hizo brotar las cegadas fuentes de la belleza.

No hay emoción comparable á la que produce la proximidad de Roma. Se siente en el ambiente cierto espíritu de grandeza; parece que los músculos se endurecen con la acerada tensión del gladiador; que el cerebro se exalta adquiriendo mayor fuerza; que se goza una nueva Naturaleza aspirando este polvo en el que un día se confundieron las cenizas de Bruto y Cocles, de los Gracos y Mario. Por estas llanuras incultas y encharcadas, donde hoy pacen los rebaños de búfalos y pasan veloces como gauchos los pastores sobre sus feos caballejos, paseaban en otros tiempos á la sombra de rumorosos pinos Horacio y Ovidio, Virgilio y Tíbulo, recitando sus versos inmortales. Aquí ensayaba entre dientes Cicerón sus incontestables arengas; aquí se fortalecían los Scipiones, mientras llegaba el momento de causar espanto con la enseña del Senado romano en España y África. Sobre ese mar que se aleja del puerto de Ostia, cansado de sufrir una servidumbre gloriosa, extendían sus cuadradas velas aquellas trirremes cargadas de soldados, de los que decía Napoleón que jamás tendrán en el mundo quien los iguale, pues lo mismo se batían en tierra que alcanzaban victorias sobre las olas; y en toda la dilatada campiña, en las ruinas cubiertas de hiedra, en las aldeas hoy míseras que llevan nombres famosos, parece palpitar el espíritu de aquel pueblo de legisladores y artistas, de guerreros y oradores, tan grande, tan poderoso, tan universal, que bien se comprende el orgullo de San Pablo cuando en la hora del suplicio decía altivamente á sus verdugos: «Ciudadano romano soy.»

Nadie como Roma puede ostentar el título de inmor-

tal. Su poderío político, cariado, pulverizado internamente por la bacanal del Imperio, cayó al galope de las hordas bárbaras; pero, semejante á esos santos que después de muertos hacen milagros, aun tras su ruina viene durante quince siglos preocupando al mundo.

Este suelo está formado de escombros. Semejante á las capas geológicas de la tierra, hay aquí varias civilizaciones enterradas y superpuestas unas sobre otras. Es la tumba de un gran pueblo, y los gérmenes de vigor y de gloria que lo empapan han salido innumerables veces á la superficie.

Fué la cuna de la más célebre de las repúblicas, y por esto en la Edad Media, cuando los reyes eran omnipotentes y los pueblos rebaños sin esperanza de libertad, surgió aquí un Cencio que supo morir como los antiguos héroes republicanos; un Arnaldo de Brescia, ardiente apóstol del pueblo, y un Nicolás Rienzi que cayó bajo el puñal de los frailes, envuelto en la púrpura del último tribuno.

Fué emporio del arte, engrandeció con carácter monumental la majestad graciosa de la estética ateniense; y por esto, tras la pintura medioeval, dorada y vagorosa, tras la escultura abocetada y grosera de los siglos medios, surgió aquí Miguel Ángel, resucitando la belleza clásica, las formas armoniosas del mundo antiguo.

Dominó el mundo. Sus emperadores, con una simple señal, ponían en conmoción la tierra desde el Ganges á las columnas de Hércules; aquí fué una realidad durante siglos la soñada monarquía universal, y por esto surgió, como formado con las cenizas de los antiguos Césares, un Gregorio VII audaz, duro y belicoso, que quiso convertir la tiara pontificia en diadema de Imperio terráqueo, y subsiste hoy el Papado, que, si no es señor del suelo de las naciones, posee el poderío sobre las almas

y legisla despóticamente, sin apelación, para muchos millones de seres extendidos por todo el globo, teniendo como ejército las negras legiones que por él batallan lo mismo en las naciones europeas que en el interior de América ó en las islas de la Oceanía, y envían las numerosas peregrinaciones que, á semejanza de los antiguos ejércitos, pasan entusiasmadas bajo las arcadas de San Pedro, depositando el valioso botín arrancado al fanatismo.

¡Oh ciudad inmortal! Naciste para señora del mundo. Cambiaste de forma con el incesante vaivén de la Historia. Después de muertos tus cónsules, tus legionarios y tus tribunos, fuiste siempre vencida, pasaron sobre el duro embaldosado de tus antiguas vías militares los vencedores godos, los lansquenetes alemanes, la brillante caballería francesa, los invencibles tercios españoles; asaltaron tus muros Alarico, los Otones, Barbarroja, don Hugo de Moncada y el duque de Alba; tus templos fueron incendiados, tus palacios entrados á saco, tus mujeres rodaron medio destrozadas entre los brazos de la soldadesca ebria; pero ese poder espiritual, impalpable, que te hace famosa y te proporciona el vivir á costa del mundo entero, ese lo has conservado aun en medio de tus mayores desgracias y subsistirá mientras una parte de la humanidad repartida por todo el globo acuda al son de las campanas á oir los himnos que en lengua muerta se entonan á tu gloria.

Entré en Roma con el deseo de verlo todo inmediatamente, con ansia de penetrar de un golpe en el espíritu de la gran ciudad, con verdadera hambre en los ojos, como si mis horas estuviesen contadas y temiera no ver realizados mis ensueños. Quedaba para después la visita minuciosa, la contemplación detallada; ahora, el desflore de lo desconocido, la impresión rápida, fulminante,

á la que suceden inmediatamente otra y otra; la ciudad entera vista como á la luz de un relámpago.

Monté en un coche descubierto, y fué aquello una carrera loca á través de la ciudad y de la histórica campiña, sucediéndose ante mis ojos los monumentos, los recuerdos históricos, como si fuesen cuadros de una linterna mágica. Aquello duró muchas horas. Trotaba el caballo sobre las azules losas de las vías romanas y cantaba el cochero las bravías canciones romanescas alternadas con morunos relinchos.

Pasamos ante la mole rojiza y áspera del castillo de San Angelo; vi el Panteón con sus tintas sombrías; el Foro surgiendo de las profundas excavaciones, con sus portaladas incólumes y sus rotas columnatas; el palacio de los Césares entre jardines en lo alto de una colina; el Coliseo con su grandiosidad aplastante; los innumerables arcos de triunfo; las columnas conmemorativas, audaces torres donde serpentean los relieves con toda una epopeya de victorias, y después tres horas de loca carrera por la vía Apia, con Roma á la espalda, que se envolvía en los últimos esplendores de la tarde, brillando como placas de oro sus cúpulas de cristal. Á ambos lados del camino ruinas informes cubiertas por el manto verde de las plantas trepadoras, monumentos fúnebres, en cuyo frente aún se ven las rapadas cabezas de los patricios y el peinado griego de las matronas.

Á la caída de la tarde estaba cerca del Vaticano, en el barrio que aquí llaman la ciudad Leonina, calles habitadas por vendedores de estampas, rosarios y recuerdos de Roma: son gente muy católica que nunca va á misa y jura por la *Madonna,* pero vota siempre al candidato católico, porque hay que ser agradecidos, y ellos, como dicen guiñando el ojo, comen de la *sacra bottega,* nombre que dan al palacio del Papa.

Pasé no sé cuánto tiempo en la plaza de San Pedro contemplando las esbeltas columnatas, su fachada monumental, que hace perder el concepto de las proporciones, y cuya inmensidad sólo se conoce cuando se está al pie de ella.

No está mal alojado el «pobre prisionero» del Vaticano. En el terreno que ocupa podría construirse una ciudad; y jamás rey alguno, ni los antiguos Césares, tuvieron vivienda igual.

Esa grandiosidad es la que conmueve y exalta á los que llegan aquí buscando una mirada del padre de los fieles.

Recluído en el fondo de la monumental maravilla, está ese anciano vestido de blanco que parece pobre é inerme, pero que guarda en sus manos todavía un poder que puede hacer inestable é intranquila la libertad europea.

No tiene más signos exteriores de autoridad y poderío que unos cuantos gañanes suizos vestidos de arlequines, que, con relucientes rémingtons nunca disparados, montan la guardia á la puerta del palacio. Pero que se le ocurra á ese anciano blanco perturbar al mundo, como sus antecesores, en nombre de los intereses de la religión, y se conmoverá Irlanda, se agitará Hungría con la campaña antisemítica, irán á las manos en Bélgica liberales y católicos y las montañas del Maestrazgo y de Navarra se cubrirán de boinas, convirtiéndose el dinero de San Pedro en trabucos.

XVII

El Foro romano

En parte alguna de la Ciudad Eterna se siente la grandeza de la Roma antigua como en las ruinas del Foro.

Aquel pueblo-rey que aspiraba á la unidad universal, confiando primero al Senado de la República y después á los Césares el poder mayor que se ha conocido en la tierra, tenía la tendencia de la centralización. Por esto, al adornar su ciudad con las más imponentes bellezas arquitectónicas, no las esparció por ella, sino las aglomeró en un solo punto, y éste forzosamente había de ser el Foro; el campo que se extiende al pie del Capitolio; el lugar donde nació el pueblo romano por la asociación de una banda de aventureros; el sitio donde se reunía á deliberar y votar las leyes aquella plebe siempre en perpetua revuelta, que jamás se vió libre de la explotación del patriciado.

No llega á doscientos metros la extensión de ese suelo que fué el principal escenario de la gloria romana, y sin embargo, nunca ciudad alguna moderna presentará un aspecto de suntuosidad artística como el que ofrecía este punto central de la antigua Roma.

Allí estaban todas las grandes construcciones dedi-

cadas al culto, á la justicia y al poder político del pueblo. Cerrado el Foro por tres colinas, escalonábanse los palacios como bloques de labrado mármol rematados por techumbres de las más diversas formas; y en el fondo, en la parte llana, por encima de las brillantes columnatas, de los frontones triangulares, de los colosos de bronce y de granito, de los vasos de bronce dedicados á la divinidad, en los que humeaban siempre los perfumes orientales, alzaba el Coliseo su mole circular y los arcos de triunfo lucían sus laureados medallones, sus bóvedas floreadas, sus primorosos relieves, sus bustos en los que aún se revela la hermosura varonil de aquella raza fuerte y serena, educada en el campo de Marte.

Hoy, de tal cúmulo de bellezas, de tan sublime alarde de arquitectura, sólo quedan desastrosas ruinas. Parece que un terremoto haya pasado por allí, que las furias de la Naturaleza se hayan ensañado en la gloria de aquel pueblo; y es la mano del hombre, el instinto de destrucción de las invasiones bárbaras, y más aún la rapacidad de los poderosos ignorantes, lo que ha arruinado unas obras que, por su construcción, parecían eternas.

En la Edad Media, el Foro era la cantera gratuita donde acudían los poderosos patricios y los cardenales omnipotentes para construir sus palacios. Las labradas columnas, rotas y picadas, servían para bloques de muro, y las estatuas se empleaban como guardacantones. Había que destruir el recuerdo de los gentiles. Las obras de arte, para la ceguera de la época, no eran mas que torpes ídolos. Por otra parte, no faltaban clérigos listos que, deseosos de crearse una posición y ser jefes en algún sitio, convertían en iglesias los templos romanos que aún se mantenían con alguna robustez, no ce-

jando en la tarea de destruir y borrar todos los recuerdos del antiguo culto.

Hoy, en el Foro, existen cinco iglesias cerradas, ruinosas, en cuyo interior no queda nada absolutamente del pasado. Fuera, las columnas de granito rojo y mármol azul yérguense solitarias, desnudas, rotas, como mástiles de grandes navíos enterrados. Bóvedas de graciosa redondez sostiénense milagrosamente sobre derruídos paredones. La hierba serpentea por entre las blancas losas de la explanada donde se celebraban los comicios; y los bajos relieves marmóreos, oxidados por las lluvias y el viento, como si fuesen de bronce, muestran sus animales simbólicos y las escenas más famosas de aquel pueblo siempre en perpetua pugna á causa del doloroso desnivel entre las fabulosas riquezas de unas cuantas familias del patriciado y la miseria de la plebe.

Lo único que queda firme é inalterable, como el corazón de aquella raza guerrera, es la vía militar, el empedrado de bloques azules que cruza el Foro, saliendo de Roma, é iba á perderse en otros tiempos en los últimos confines del mundo conocido. ¡Admirable pueblo, que nació para difundir su civilización por medio de la guerra y tenía previsto todo lo necesario para sostener su dominación! Sobre la superficie del mundo de entonces, como un árbol azul de infinitas ramas, cuyo tronco descansaba en el Foro romano, estaba la red de caminos militares, por los cuales llegaban á todas partes las águilas vencedoras. Á las legiones que partían del Foro entre las aclamaciones de la multitud les bastaba, en sus primeras jornadas, una simple desviación para ir á pelear con los partos en el Asia, con los germanos junto al Rhin ó con aquellos famosos cántabros y astures que, emboscados en las montañas españolas, cubiertos de pieles como fieras, morían antes que entregarse á los invasores.

Hermoso espectáculo el que ofrecía el Foro en los últimos tiempos de la República. En el fondo el Capitolio, destacando sobre el espacio azul sus templos blanquísimos, sus fuertes murallas, la sombría roca Tarpeya, las jaulas donde rugían los lobos como recuerdo de los primeros fundadores ó graznaban los gansos que salvaron de la invasión gala el último baluarte romano. Abajo, la cárcel Mamertina, con sus lóbregas mazmorras, donde descendía el preso político al extremo de una cuerda, esperando la hora de ser estrangulado por los esbirros y arrojado su cadáver á la Cloaca Máxima; el templo de la Concordia, donde el Senado verificaba sus augustas sesiones; el Tabulario, donde se guardaban en grandes tablas de bronce y rollos de papiro las leyes de la República, las bases de un derecho que todavía subsiste después de tantos siglos; la Escuela Xanta, donde se congregaban los notarios y copistas, funcionarios indispensables para aquel pueblo de litigantes, donde hasta el último ciudadano era un jurisconsulto; el templo de Saturno, con su columnata de granito rojo, guardando en el interior el tesoro de la República, las fabulosas riquezas arrancadas á los pueblos bárbaros; el templo de Cástor y Pólux, recordando en su portada el triunfo decisivo de los romanos sobre los latinos; el de Venus, con sus muros de mármol veteado y transparente, que le daban el aspecto de una gran concha de nácar; el de Faustina y Antonino, sobre una meseta, á la que se subía por una gradería azul; los arcos de triunfo; las esbeltas columnas con sus aladas estatuas de oro sostenidas apenas sobre un pie como si fuesen á emprender el eterno vuelo hacia el Olimpo; y á las puertas de los monumentos, toldos de vistosos colores, aras de

bronce cubiertas por coronas de flores, trípodes flamantes esparciendo intensos perfumes. La austera matrona subía seguida de sus esclavas la escalinata de los templos; el esclavo, con los pies pintados de blanco, cabizbajo y sumiso, pensaba en la lejana patria; pasaba el legionario mostrando por la abierta coraza sus músculos de hierro y su epidermis curtida; los patricios, envueltos en blanco lino, pasaban por las galerías del templo de la Concordia, y abajo, en el Comicio, en torno de la tribuna de las arengas, se agitaba la plebe levantisca, pronta á apelar á las armas, pidiendo el reparto de las tierras ó una nueva distribución de trigo.

Se comprende que el romano fuese héroe por alcanzar el honor de ser recibido en triunfo en este Foro famoso.

Por aquí pasaban á su regreso los invencibles ejércitos. Las vestales, como blancos y púdicos fantasmas, envueltas en sus inmensos velos, agrupábanse tras las balaustradas de mármol de los templos. Las damas romanas, sentadas en sillas de marfil y abanicadas por esclavas etíopes, mostraban por ambos extremos de la dorada túnica el cuello de voluptuosa robustez con el seno de pronunciadas y firmes curvas, y los pies, en los cuales diamantes y zafiros parecían nacer entre los blancos dedos. Abajo, á ambos lados de la empedrada vía, se agitaba la plebe, contenida apenas por los servidores de los ediles. Los niños, desnudos, correteaban alzando en alto tiernas ramas de laurel; los veteranos, enjutos, curtidos, con el rostro surcado de cicatrices, se apoyaban trémulos de emoción en el brazo de las doncellas, que ocultaban bajo el velo la corona de roble con que habían de adornar el casco del soldado, cuyo recuerdo alegraba sus horas de soledad. El retórico paseaba ensimismado por entre la muchedumbre, preparando la

arenga. De repente, se oía el mugido de las trompas de guerra. ¡Ya llegaba el victorioso ejército admitido á los honores del triunfo! Gritaba la muchedumbre; un bosque de laurel agitábase sobre las cabezas, caían flores y coronas desde los templos, y entre el perfume de los trípodes y el estrépito de la trompetería pasaba la romana enseña, la loba con el hocico en alto sobre la invencible inscripción S. P. Q. R.; los lictores, con sus haces de varas terminados en refulgentes hachas, y entre ellos el héroe, el cónsul, sereno y solemne como un semidiós, firme cual una estatua sobre el caballo membrudo y sudoroso que relincha y caracolea cubierto de espuma, la redonda testa cercada por la guirnalda de laurel, la rizada barba descansando sobre la coraza de oro que defiende el amplio pecho, al aire la recia musculatura de brazos y piernas, el cetro de marfil en la mano y la corta espada chocando con las áureas escamas que cubren sus muslos. Y siguiendo la bizarra figura del caudillo popular, las legiones sudorosas caminando veloces tras sus estandartes, la espada al aire y embrazado el escudo, sonando con argentino campanilleo el frote de sus férreas lorigas; soldados endurecidos por la guerra en todos los climas, con las piernas desnudas y las mejillas encallecidas por el roce de las carrilleras del casco. Y cerrando la marcha, los despojos de la victoria que entusiasman al populacho romano, los prisioneros encadenados: unas veces, germanos de roja barba y blancas carnes, con cascos alados y gruesos pantalones sobre los que se cruzan las correas del calzado; otras, galos de inflamados ojos y largos mostachos que defienden sus cabezas con cráneos rematados por largos cuernos; asiáticos de amarillenta tez; colosos africanos que brillan al sol como ébano; iberos cubiertos de pieles, fuertes en la desgracia, y tan indomables, que al oir las

aclamaciones victoriosas tiran de sus ligaduras y parece que van á escupir á los romanos; y como final, revueltos con los carros que conducen el botín, pasan los elefantes de inquieta trompa, los pintarrajeados tigres, el melenudo león, el pesado oso de los Pirineos, las bestias jamás vistas por el pueblo-rey y que despiertan en él mayor entusiasmo que las riquezas saqueadas.

¡Oh Foro romano! ¡Cuántos recuerdos despiertas! ¡Cómo exaltas la imaginación!...

Del antiguo Comicio no quedan mas que algunas losas, restos de un pavimiento sobre el que pasó todo el pueblo romano. Y sin embargo, cuando el viajero se sienta en una de sus gradas, á la caída de la tarde, le parece sentir en torno el rugido de aquella plebe, mar tempestuoso que batía con su oleaje la tribuna de los oradores. Parece que aún se ve á los Gracos enardeciendo á la muchedumbre con la profecía de una completa reforma social y abandonados después ante la espada enemiga por los mismos que los aclamaban. Parece que aún se sienta el rugido de rabia, la declaración de guerra á muerte de aquel pueblo ensoberbecido al contemplar los grandes vasos enviados por los fieros defensores de Numancia llenos hasta los bordes de anillos de ciudadanía pertenecientes á los miles de romanos pasados á cuchillo por los indomables españoles.

Del templo de la Concordia sólo quedan en pie unas cuantas columnas que parecen palmeras desmochadas; pero cuando cierra la noche se cree ver allí al Senado reunido en aquella velada decisiva para la suerte de la República: los senadores, inmóviles en sus sillas de mármol, cubriéndose la faz con el blanco manto, como si les repugnara la presencia de un hombre de mirada audaz y actitud provocativa, de quien todos huyen, y frente á él una noble figura que se alza con el ímpetu

del valor cívico y una voz grave y sonora exclamando con la más elocuente de las extrañezas: «*Quosque tandem, Catilina?...*»

Hermoso lugar, donde cada piedra encierra un recuerdo y cada edificio una historia. Este Foro romano es la matriz donde se formó la civilización: todos los pueblos modernos tienen algo que salió de aquí.

Y lo que el mundo entero mira con profundo respeto, los romanos, en los siglos de decadencia, se encargaron de saquearlo. Á no ser por Rafael y Miguel Ángel, que protestaron en nombre del arte ante tal vandalismo é hicieron que el Papa ordenase una excavación para aislar el Foro, ya no quedaría de él ni una sola piedra.

Había una familia romana, la de los Barberinis, de la que salieron cardenales á porrillo y hasta Papas, que tenía una mano maestra para construirse palacios destruyendo los monumentos de la antigüedad y robando el mármol.

Por esto quedó en Roma como refrán la frase de los artistas indignados por el saqueo: «Lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barberinis.»

XVIII

El Coliseo

Cuando la República romana cayó para siempre, quebrantada por las luchas de Mario y Sila y la dictadura de César, el Imperio envileció á la plebe para asegurarse su adhesión, halagándola con lo que hablaba á sus sentimientos más groseros: *pan* y *espectáculos*.

Necesitaba el cesarismo un lugar donde el populacho, enardecido por sangrientas fiestas, le aclamase, y emperadores tan clementes y píos como Tito y Vespasiano construyeron el Coliseo, un circo gigantesco de cuatro pisos, en el que cabían desahogadamente 87.000 espectadores.

Hoy, del anfiteatro sólo queda una parte en pie, y el resto está en ruinas, como si sobre él hubiese caído el hacha de un coloso, hendiéndolo por mitad.

Ha sido también aquí la mano del hombre la que ha destruído más que los años. En tiempos de Carlomagno, el Coliseo se mostraba intacto, como obra sólida é imperecedera, dispuesta á vivir tantos siglos como las Pirámides de Egipto; pero los varones romanos lo modificaron, haciéndolo servir de fortaleza que pudiera contrarrestar la Mole Adriana, baluarte de los Papas; y cuando comenzó en la Roma pontificia la época de las

grandes construcciones, el famoso anfiteatro fué cantera inagotable de granito rojo en la que todos metieron mano.

El papa Pablo II, echando abajo arcadas, derribando galerías y destrozando columnas y estatuas, sacó los materiales necesarios para la construcción del palacio de Venecia. El cardenal Riario levantó la Cancillería con piedra de igual origen. Pablo III empleó idéntico procedimiento para erigir el palacio Farnesio, y no les faltaron imitadores á estos sagrados personajes que, sin duda, llamaban bárbaros á los guerreros del Norte porque al invadir Roma se contentaron con meter los caballos en los templos.

La imparcialidad obliga, sin embargo, á reconocer que la tiara no siempre ha sido ceñida por vándalos. Influídos por la cultura de la época, algunos pontífices se han encargado de remediar las barrabasadas cometidas por sus antecesores. Benedicto XIV, para impedir que el hermoso monumento fuese saqueado nuevamente, lo consagró á la Pasión de Cristo, estableciendo allí un Calvario en memoria de la sangre derramada sobre la arena por los mártires cristianos, y Pío VII y León XII hicieron cuantiosos gastos para el refuerzo y restauración del quebrantado edificio.

Basta contemplar hoy el Coliseo, desmantelado, roto, con un lamentable aspecto de ruina, para comprender la hermosura, el imponente golpe de vista que ofrecería en los tiempos del Imperio. Ochenta arcos daban ingreso al interior, y de éstos cuatro estaban reservados: dos al emperador y los altos funcionarios, y otros dos á los gladiadores con sus brillantes cortejos. Las robustas arcadas del primer piso estaban sostenidas por columnas dóricas, las del segundo por jónicas, las del tercero eran de orden corintio, y el cuarto piso, en vez de arcadas,

tenía abiertas en el grueso muro grandes ventanas rectangulares, de las que aún quedan algunas.

Los alrededores eran lo más monumental que ha producido la arquitectura. Las vías empedradas con ese granito azul en el que no hacen mella los siglos; frente á las entradas principales la *Meta sudante,* fuente enorme en cuya taza lavaban los gladiadores sus heridas ó templaban con la fresca agua la enrojecida piel, limpiando con rascadores de marfil el sudor de sus músculos; la estatua del Sol, coloso de bronce, cuya diadema de rayos llegaba casi á la máxima altura del Coliseo, brillando sobre su pedestal de mármol como una mole de oro; el palacio de los Césares en la inmediata colina, inmenso, aplastante, con sus innumerables cuerpos de edificio, sus escalinatas de mármol que descendían á los jardines y sus terrazas sombreadas por velos de púrpura sobre áureas lanzas. Idolos y estatuas por todas partes: sobre la crestería de la vivienda imperial, en cada hueco de las galerías del circo, en los bordes de las vías que desembocan en el Coliseo, en lo más alto de los arcos de triunfo que á lo lejos rompen la monotonía del horizonte. Y en torno del anfiteatro, enardecido por el sol y por el olor de sangre que emana aquel suelo, grita y se agita el populacho romano. Pasan los esclavos encorvados bajo el peso de la panzuda ánfora adornada con verdes penachos, pregonando el vino de Falerno; se abre paso á los degradados senadores, apopléticos, calvos, con la nariz roja y granujienta, rodeados de su corte de libertos parásitos; aclama la muchedumbre impúdica á las meretrices recostadas en el fondo de sus dorados carros, desnudas y sonrientes como deidades mitológicas, sin otro adorno sobre las rosadas carnes que el oro y las perlas y asfixiando á todos con sus perfumes; entra en el circo la envilecida juventud

patricia, los descendientes de los Gracos y Scipiones, que tiemblan bajo el peso de una coraza y van pintados y afeitados como cortesanas, coronados de flores, cubiertos de joyas y apoyándose negligentemente en el hombro de los niños asiáticos, bellos Ganimedes, cómplices mutilados de infames monstruosidades.

Lánzase la multitud por las profundas arcadas, ansiosa de presenciar los sangrientos juegos. Ya llegan los gladiadores más famosos, rodeados por sus admiradores y siervos, aclamados por el populacho como reyes, y contestando apenas con un gesto de hastío á las sonrisas insinuantes de las codiciadas beldades. Son los héroes de la Roma imperial. Los honores del triunfo que la antigua República dispensaba á sus grandes conquistadores, los gozan ahora estos juglares de la muerte. Para ellos levanta Vespasiano este circo y lo inaugura con cien días de fiesta, en los que mueren cinco mil bestias feroces y tiñe la arena la sangre de trescientos hombres. Tiberio los sienta á su mesa, Calígula los trata como camaradas en sus orgías y Nerón aspira á la gloria de ser como uno de ellos.

Extiéndese por el inmenso graderío la revuelta multitud. Aquel es el sitio del pueblo; todo romano entra allí, á excepción del esclavo. Como viviente mosaico se agita el encarnado gorro del liberto junto al casco del pretoriano, el manto rojo de la matrona entre la blanca túnica de la doncella y el remendado sayo del judío. Arriba, en el mismo borde del edificio, se afana sudorosa la marinería del emperador, tirando de cuerdas y garruchas para extender la inmensa vela de púrpura que da sombra á la arena. Humean los vasos de alabastro con perfumadas espirales en la balaustrada marmórea que rodea y aisla el sangriento redondel, y cada vez que suena á lo lejos, como si saliera de las entrañas de

la tierra, el rugido del león ó el espeluznante maullido del tigre, el populacho palmotea y ríe, poseído de infantil entusiasmo.

Abajo, en torno de la liza, en el lugar envidiado, donde mejor se ve el borboteo de la sangre y el horripilante gesto de la agonía, están las tribunas de los privilegiados. Allí las vestales, como fantasmas blancos, que sólo se animan y pierden su rígida inmovilidad para extender fuera del manto el hermoso brazo pidiendo la muerte del vencido; allí los senadores, cansados todavía de la última discusión sobre los honores que merece el caballo imperial ó lo que el César debe comer al día siguiente.

Suenan las trompas de plata, rompe la multitud en aclamaciones, y coronado de oro y laurel, como un dios, arrastrando el rojo manto, entra el emperador, indiferente al público agasajo, flojo y aplastado por la molicie, pintado y adornado cual una ramera, indefinible como un hermafrodita, vagando sus turbios ojos por el cortejo de placeres que le rodea: bellezas de todos los países que dejan al descubierto por sus abiertas túnicas las desnudeces nacaradas, á las que mira con hastío, y fuertes jayanes de recia musculatura y fealdad de sátiro, á los que sonríe como una virgen con repugnante pudor.

Y el populacho sigue aclamando al César semidiós que paga la fiesta, hasta que se sienta en el *Pulvinare,* el alto trono de mármol, y á una señal suya salen los gladiadores, y el circo en masa prorrumpe en un alarido de entusiasmo.

Los hombres los contemplan con envidia, las mujeres con codicia, y todos admiran la gentileza de los cuerpos semidesnudos, su recia musculatura, las armas que ostentan según su particular maestría: unos con el morrión de acero calado hasta los hombros, el pecho descubierto y en la diestra el ancho cuchillo; otros empuñando el afilado tridente y sin otra defensa que la red, con la que derriban y arrastran al contrario.

Ya puestos en fila frente á la tribuna imperial, saludan con fúnebre arrogancia al emperador antes de morir, y comienza el combate. Los hombres que no se odian, que momentos antes bebían fraternalmente como buenos compañeros, se buscan ahora y se evitan como mortales enemigos. Se contemplan, y calculan el choque antes del trance final. El de la red busca ocasión oportuna para derribar á su enemigo, que se aproxima cautelosamente para tenerle al alcance de su espada. La muchedumbre se impacienta y grita, hasta que por fin parte la red por el aire con agudo silbido, sin envolver al gladiador armado, y éste persigue á su contrario, que, al verse sin defensa, corre veloz por la arena sintiendo la muerte á sus espaldas. Ya lo alcanzó el de la espada; lo derriba, pone el pie sobre su pecho y un destello de la antigua amistad le hace consultar á la muchedumbre con la mirada, queriendo perdonar al caído.

Brama de coraje la multitud. Ha venido á divertirse, á ver correr la sangre, y ochenta mil brazos se extienden rígidos, con el puño cerrado y el pulgar hacia bajo. ¡Á muerte! ¡á muerte! Y el cuchillo se hunde en el pecho del caído, la sangre tiñe la arena, y el palpitante cadáver es arrastrado por los esclavos hasta el *Spoliarium,* donde se amontona la destrozada carne humana.

Y así continúa la fiesta del pueblo romano: viendo cómo caen unos con el pecho abierto por el cuchillo ó patalean otros sobre la arena atravesados por las agudas puntas del tridente. Las mujeres aspiran con fruición el hedor de la sangre, mientras los degradados patricios que rodean el *Pulvinare* se familiarizan con la

muerte y se preparan para abrirse las venas al menor asomo del enojo imperial.

Retíranse los gladiadores, rugen las fieras en sus cubiles, hambrientas y enardecidas por los vapores de sangre que llegan hasta ellas, y salen á la arena los rosarios de prisioneros, de fieros bárbaros, á quienes se da por toda defensa un débil dardo para batallar con las fieras.

Ríe la infame muchedumbre al ver sus extraños trajes. Saltan las bestias á la arena saliendo por las profundas rampas, ondeante la cola, abiertas las fauces, atronando el espacio con sus rugidos, y por mucho tiempo sólo se ve en el fatal circuito masas de carne y de pelos rojos que ruedan sobre la arena, miembros que se levantan para descargar un golpe con la fuerza de la desesperación y caen partidos, sangre que serpentea, músculos que se desgajan; y en los intervalos del silencio de la muchedumbre, estertores de agonía, crujidos de huesos triturados, poderoso chocar de dientes.

Aún queda lo mejor, lo que agita con oleaje de risa el vientre de los senadores y el pecho de las matronas: la muerte de algunos seres extraños cazados noches antes en las antiguas canteras de Roma; gente misteriosa que adora á un judío desconocido sacrificado allá en su patria como si fuese un ladrón, que viven en franternal comunidad, se ocultan en las entrañas de la tierra para entonar sus cánticos y pretenden que todos los seres son iguales ante Dios.

Y entre la rechifla de la canalla y los palos de los esclavos, salen á la arena los enemigos del orden social, los anarquistas de la época, los víctimas del ciego furor del vulgo: ancianos de blanca y luminosa barba; tiernos catecúmenos víctimas de monstruosos insultos antes de ser llevados á la muerte; doncellas pálidas de mirada

soñadora, paseadas desnudas por los lupanares de Roma, sin perder su pureza moral de vírgenes; matronas arrogantes que abandonaron la corrupción romana, deslumbradas por el fuego de la nueva fe; antiguos soldados que ven en la religión naciente el remedio de la tiranía cesárea y de las grandes desigualdades sociales.

No; no esperéis que se defiendan. Esos no os divertirán como los bárbaros con la desesperación de la vida que se resiste. Puestos de rodillas, en apretado grupo, extienden los brazos á lo alto y suenan en suave coro lo mismos cantos que vagan misteriosos por el interior de las catacumbas. El león sacude la melena y retrocede un paso, como asombrado por la quietud del nuevo cebo; la pantera ronda recelosa, guiñando sus ojos de esmeralda, como adormecida por el dulce canto y deslumbrada por el nimbo de oro que el mortecino sol de la tarde, filtrándose por un extremo del toldo, esparce sobre las cabezas del grupo cristiano; hasta que por fin triunfa el bestial instinto; las afiladas garras abaten á los que oran, y cada víctima, al sentir que la vida se escapa por los desgarrones de la carne, cree ver con los ojos turbios de sangre que se abre el cielo y una interminable cadena de ángeles sale á su encuentro.

—¡Que os salve vuestro Dios!—grita entre carcajadas la turba soez, ebria de sangre.

No; su Dios no puede salvarles. Nadie le salvó á Él cuando agonizaba en el Gólgota, víctima de otra muchedumbre envilecida por la tiranía. Pero queda algo que les vengará: ese misterioso poder que hace triunfar toda idea perseguida, que convierte las utopías en realidades y sobre el cadáver del mártir edifica lo mismo el porvenir religioso que el porvenir revolucionario.

¡Ay de los pueblos que ahogan en sangre los ideales!

Roma, embriagada por los rojos arroyos del Coliseo

y el femenil perfume de sus Césares, nunca creyó que un día los sucesores del mártir cristiano derribarían sus bellos ídolos, sus grandes obras de arte, con el ciego martillo del fanatismo. Jamás pudo imaginar que los nietos del pobre bárbaro que servía de diversión devorado por las fieras llegarían á sus puertas entre incendios y cadáveres, como vencedora invasión, aplastando con sus veloces caballos los últimos restos del poderío romano.

XIX

Rafael y Miguel Ángel

Es el Vaticano el palacio más grande de cuantos existen en el mundo. Miles de habitaciones, centenares de escaleras, diez grandes patios y unos jardines inmensos, donde hay bosques y parterres, anchas avenidas, en las que corren carruajes, y colinas accidentadas, á cuyas misteriosas frondas no llega el rumor de la ciudad, ocupan una extensión de terreno en la que cogería desahogadamente una capital de provincia.

Desde el siglo XIV, todos los Papas han dedicado sus inmensas riquezas y los grandes recursos de este país del arte á embellecer la vivienda del ser que representa en la tierra al Dios de los pobres y los desgraciados, que tuvo una piedra por almohada y por palacio la luminosa bóveda del cielo.

Todos los Papas más famosos contribuyeron con una grande obra á completar este conjunto de bellos edificios que equivale á una verdadera ciudad. Sixto IV creó la famosa capilla Sixtina y la biblioteca; Alejandro VI, ó sea nuestro compatriota Rodrigo de Borgia, mandó levantar las *loggias,* embellecidas por Rafael, y terminó la galería amurallada que une el Vaticano con el castillo de San Angelo, sirviendo tantas veces á los Pontífices

de vía de escape; Julio II ordenó al arquitecto Bramante la construcción del *cortile* de San Dámaso; Pablo III terminó la sala Regia, la capilla Paulina y el salón Ducal; Gregorio XIII levantó la imponente torre del Viento y la galería de las cartas geográficas; y así todos los sucesores, con mayor ó menor importancia, algo han hecho por que su nombre quede unido á la gloria de esta maravilla arquitectónica.

Se entra en el Vaticano por entre los suizos que montan la guardia, mocetones de brava apostura—con casco los domingos y boina de terciopelo los demás días—, que ocultan el bombacho uniforme de rayada seda bajo un capote ancho y suelto con cierto corte de sotana. Son los «héroes» de Mentana; aquellos que con santa resignación corrían ante las bayonetas de Garibaldi, pero que, auxiliados por las tropas de Napoleón III, tuvieron la modestia de atribuirse la victoria. La santa alabarda pasa de padres á hijos, y para el pastorete suizo criado en la escasez y miseria de las montañas, es una verdadera felicidad venir á Roma, donde engorda como un canónigo, vestido de seda, sin más ocupación que limpiar un fusil nunca disparado y dormitar en los cuerpos de guardia ó en las frescas galerías, con la esperanza final de meterse de cabeza en el cielo como guerrero virgen de la Iglesia.

Apenas el visitante se ve dentro de la inmensa ciudad de mármol, subiendo amplias escalinatas, recorriendo silenciosas galerías y viendo Roma á través de los encristalados ventanales, su primer y más vehemente deseo es hallarse en presencia de los dos genios que aún parecen llenar con su grandioso espíritu el Vaticano y son los que animan el muerto palacio, los que hacen desfilar por sus estancias un interminable rosario de viajeros ilustrados.

Allí están, con todo su esplendor, Rafael y Miguel Ángel; allí reviven con toda su fuerza los colosos del arte que hicieron palidecer el esplendor de la antigüedad, y todavía no han encontrado quien les supere. Pensando en ellos, se considera al Vaticano como el primero de los museos, y se olvida que sobre aquellas bóvedas están los salones donde pasea un anciano vestido de blanco, á quien muchos saludan en posición cuadrúpeda, besándole el pie; ser privilegiado y de innegable capacidad, «hombre más intelectual que de sentimiento», como dice Zola en su última novela, el cual se agita estérilmente por compaginar el pasado con el porvenir, y para atraer la atención de las masas obreras, que en todas partes vuelven la espalda á la Iglesia, trata la cuestión social tímida y oblicuamente, como un diplomático, temiendo disgustar á unos por agradar á otros.

Mientras exista el mundo, hasta los niños de la escuela sabrán que vivieron unos pontífices del arte que se llamaban Rafael y Miguel Ángel, cuya infalibilidad está en sus obras. En cambio, ¿quién se acuerda hoy de Pío VII y VIII, de León XII ó de Gregorio XVI, Papas que ciñeron la tiara en este mismo siglo?

En las famosas *loggias* del Vaticano, serie de saloncillos iluminados por los redondos ventanales que ocupan todo un lienzo de pared, es donde brilla con todo su esplendor el arte prodigioso de Rafael.

Muchos años han acariciado con su negra mano los hermosos frescos. La soldadesca de Carlos V durmió é hizo cocer sus ranchos en esas estancias maravillosas, ahumando los brillantes colores con el vaho de sus marmitas; y sin embargo, todavía está allí Rafael, el de las frescas y rosadas epidermis, bajo las cuales corre la sangre y late la vida; el de las figuras arrogantes y her-

mosas, que son la quinta esencia de la belleza humana; el de los grupos armoniosos, el que sabía interpretar la vida con dulzura é ingenuidad sobrenaturales.

Allí está, ocupando todo un muro, *El incendio del barrio de Santo Spirito,* con el grupo conmovedor formado por el hijo que saca en hombros por entre las llamas á su padre enfermo; las mujeres que corren casi desnudas; los hombres que, en cueros, sorprendidos en lo mejor de su sueño, se descuelgan por las flamígeras ventanas; el niño que, con el fardo de vestidos bajo el brazo, contempla estupefacto la catástrofe; toda una multitud, cuyo terror se expresa con tanta naturalidad, con arte tan verdadero, que el cuadro parece cobrar vida, y hasta se cree oir el crepitar de los edificios incendiados. Y tras esta obra famosa se muestran otras y otras cubriendo los muros de las *loggias,* convirtiendo éstas en canastillos donde rebosan los colores y los perfumes de la primavera del arte. Unos cuadros terminados directamente por Rafael; otros acabados exactamente por los discípulos, después de la temprana muerte del maestro, con arreglo á sus cartones originales; escenas de coronación en las que los Papas se yerguen altivos y dominadores, teniendo los reyes á sus pies; alegorías de las artes; batallas ganadas por los caudillos favoritos del Pontificado; las grandes disputas teológicas entre los príncipes de la Iglesia; brillantes fantasías del Renacimiento, en las que se mezcla el Olimpo pagano, desnudo y sonriente, con la austeridad del santoral cristiano; el célebre cuadro del Parnaso, donde, coronados de laurel y con la frente luminosa, aparecen en torno de Apolo todos los grandes poetas de la Grecia juntos con los de la época del autor; la *Escuela de Atenas,* donde los inmortales filósofos reproducen de tal modo sus ideas en su carácter y actitudes, que se les

reconoce al momento; y escenas místicas, en las que aparece la Virgen entre luminosos esplendores, siempre con idéntica cara, la de la Fornarina, aquella romana cuyo retrato semidesnudo aún puede verse, hecho por Julio Romano, el discípulo favorito de Rafael: moza de tahona, fuerte y vigorosa, con la mirada dura, el rostro ovalado, escasa de pecho, amplia de músculos, de bíceps desarrollados, como mujer acostumbrada á cargarse los sacos de harina; amazona incansable, que con sus caricias de leona exprimió la poca vida de aquel tísico sublime, hermoso como una doncella.

Después de las *loggias,* la capilla Sixtina. Tras Rafael, Miguel Ángel; y el ánimo experimenta el mismo brusco cambio que se sufre en un concierto, cuando á continuación de las melodías dulces y serenas de Bellini truena la tempestuosa inspiración de Wágner.

Asusta la grandeza de aquel genio florentino, feo hasta la sublimidad, barbudo como los profetas bíblicos que surgieron bajo su cincel, y con una frente que, en su continuo oleaje de fruncimientos, arrastraba todo un mundo de nuevas ideas.

No encontró nada que se le resistiera. Sansón del arte, abría á puñetazos las puertas de todos los conocimientos que deseaba dominar. Para él no hubo aprendizajes ni iniciaciones. Un día, el gran Médicis, paseando por sus risueños jardines de Florencia, se detuvo, mudo de asombro, ante un pilluelo de diez años, de mirada insolente, que esculpía un fauno con el desenfado y la ligereza de un maestro. Era Miguel Ángel, el mismo que años después, obligado á ser arquitecto, levantaba la basílica de San Pedro. Se le ocurrió ser poeta, y dirigía á su amada ideal, á Victoria Colonna, la esposa de Pescara, el vencedor de Pavía, sonetos apasionados en los que revivía Petrarca. Quiso, de re-

pente, ser pintor, para confundir á sus enemigos, y sin preparación alguna en los misterios del colorido, se encargó del decorado de la capilla Sixtina, trazando ese *Juicio final* que infunde en el ánimo el espanto de un tremebundo *Miserere*. De joven le sedujo la anatomía; á cambio de pequeñas estatuas compraba cadáveres á los sepultureros de Florencia, y en su desmantelado estudio, á la luz de una vela de sebo que les introducía en el ombligo, pasaba las noches inclinado sobre los fríos cuerpos, despedazándolos para profundizar con la mirada de águila la trabazón de los músculos, la rigidez de los tendones, todo ese engranaje interno que tan briosamente se revela bajo la pulida superficie del mármol en el grupo de la *Soledad,* que es lo mejor del Vaticano, ó en el *Moisés* famoso, al que el artista golpeaba con su mazo, preguntándole con extrañeza: «¿Por qué no hablas?»

Rudo hasta ser terrible, sumiéndose cada vez más en un aislamiento misantrópico, altivo para los poderosos y despreciativo ante sus enemigos, sólo fué dulce y afectuoso para Rafael. La gloria indiscutible de éste, sus grandes triunfos, reconocidos por todos, no despertaban su envidia. Tenía conciencia de la situación y la aceptaba. Los dos eran el matrimonio del arte. El de Urbino, la hembra llena de gracia y poesía, á quien todos aman seducidos por su encanto; él era el macho, nacido para luchar, para crearse enemigos asustados ante su fuerza, para acometer lo grande, lo nuevo.

Sus contrarios, buscándole un fracaso, hicieron que el escultor, el arquitecto, el anatómico, se encargase de pintar la capilla Sixtina. Aquella fué la época más gloriosa y sombría de Miguel Ángel. Obsesionado por la grandeza apocalíptica del Juicio final, que quería trasladar al muro de la capilla, buscaba la inspiración en la

muerte. Por las tardes, con el Dante bajo el brazo, vagaba por la vía Apia, se tendía al pie de los mausoleos romanos, aspiraba el ambiente impregnado de polvo de las tumbas, y á la fantástica luz del crepúsculo leía y releía á su compatriota el vate florentino, impregnándose del horror que respiran los sombríos tercetos al describir los condenados aullando en los pavorosos círculos del infierno.

Aislado del mundo, desconfiando de su genio y de la grandeza de su obra, el artista se sentía atraído por la muerte. Un día, saltando las ruinas, se rompió una pierna, y se metió en su casa con el propósito de dejarse morir. Los médicos y sus admiradores tuvieron que entrar por un balcón, y faltó poco para que los recibiera á arcabuzazos.

Veintidós meses empleó en pintar el techo y el fondo de la capilla Sixtina, y durante este tiempo guardó la llave en su bolsillo, no permitiendo que nadie entrase á contemplar el curso de su obra. En una ocasión, el Papa forzó la puerta, y quedó extasiado viendo cómo Miguel Ángel, arriba, sobre los andamios de la bóveda, pintaba su famosa Sibila y toda la legión de profetas que anunciaron el nacimiento de Jesús.

El malhumorado artista, al notar el espionaje, agarró un tablón, y sin decir palabra lo arrojó sobre el curioso, con tal acierto, que rozó la pontificia testa, y por poco la parte en dos. Pero el Papa, que también gastaba mal genio y era hombre vigoroso, se encaramó por el andamio para ver de cerca la obra. Miguel Ángel, bufando de coraje al verse desobedecido, pretendió taparle los ojos con sus manos, y el resultado fué que artista y Pontífice se agarraron á cachete limpio en aquellas alturas, y después de un rompimiento y una paralización de los trabajos, que duró algunas semanas, quedaron tan amigos.

Las figuras de la bóveda son hermosísimas, pero el *Juicio final* es lo que atrae, produciendo indescriptible obsesión. El horror del Dante está allí, sobre el muro, en forma corpórea, produciendo escalofríos con su tétrica sublimidad. Jesús, iracundo, como implacable juez; la Virgen, llorosa y poseída de pavor, apoyándose en sus rodillas; el Precursor Juan, que con la diestra lanza horrible maldición sobre los réprobos y con la izquierda invita á los elegidos á que entren en el cielo; un grupo de ángeles en lo alto que sostienen los instrumentos de la Pasión; siete arcángeles que sustentan con la espalda el voluminoso libro del Juicio y soplan furiosamente en luengas trompas, despertando á los muertos, que rompen sus sepulturas; en torno del celeste trono, los patriarcas y los profetas, los apóstoles y los confesores, los mártires y las vírgenes, mostrando los instrumentos de su tortura: San Andrés, con la cruz á la espalda; San Bartolomé, desollado, llevando terciada sobre el brazo toda su piel; San Lorenzo, chamuscado; Santa Catalina, con la rueda; San Sebastián, erizado de flechas, y abajo, las tumbas que estallan y los muertos amarillentos que surgen, ayudándose mutuamente á sacudir el manto de tierra; los elegidos, que ascienden en interminable cadena hacia el paraíso; los condenados, que caen como torrente de músculos, enredados en la maraña de verdosas serpientes, empujados con fieros golpes por los espíritus infernales; la sombría laguna Estigia, con la barca de Caronte atracada á la orilla desembarcando la procesión dolorosa de almas desterradas para siempre, y el feroz barquero, con la barba alborotada, los ojos inflamados y el remo en alto, que golpea y da de patadas á los que se resisten á desembarcar, tal como los describió el Dante:

Batte col remo qualunque s'adagia

Hay tanta verdad, tanta vida en el pavoroso cuadro, que hasta parece que Caronte va á descargar su remo sobre el observador, y se siente involuntario impulso de retirarse para que no caiga encima el racimo de cuerpos, de piernas vigorosas, de brazos musculosos, de pechos atléticos, que ruedan de lo alto para sumirse en el abismo infernal. Jamás el cuerpo humano ha encontrado mayor glorificación que en la capilla Sixtina. Allí están á centenares las figuras desnudas, mostrando una riqueza prodigiosa de musculatura, cada una en diversa actitud, y sin embargo, todas en posición natural, sin el más leve esfuerzo.

Miguel Ángel pintó las figuras desnudas porque el desnudo era el gusto del Renacimiento, y además porque, como acertadamente decía el autor, las almas no tienen sastre que las vista.

Jesús y la Virgen, santos y santas, bienaventurados y réprobos, aparecían en el cuadro primeramente mostrando los distintivos del sexo.

Quejáronse los cardenales, y especialmente el maestro de ceremonias Biagio de Cesana, alegando lo indecente que resultaba tal pintura en una capilla; y Pablo III, en vista de la negativa del autor, hizo que uno de sus discípulos trazase algunos velos que serpentean por el cuadro, cubriendo las partes pudendas que resultan más visibles.

Pero Miguel Ángel se vengó. Hay en el *Juicio final,* al extremo derecho, un condenado de gran nariz, melena blanca y aire episcopal, que llama la atención por sus dos orejas de asno y una serpiente que, saliendo de las llamas, se enrosca á su cuerpo y le despedaza el pecho. Es el retrato de Biagio de Cesana, el maestro de ceremonias que protestó contra la desnudez de las figuras.

El prelado, asustado de verse en el infierno, acudió

al Papa, rogándole con lágrimas y suspiros que ordenase al *signore Michele Angelo* borrara su caricatura del terrible cuadro. Pero Pablo III, el cuñado de Julia Farnesio, que era hombre de buen humor, le contestó con gravedad:

—Caro hijo mío: si el pintor te hubiese puesto en el purgatorio podría sacarte, pues hasta allí llega mi poder; pero estás en el infierno y es imposible. *Nulla est redemptio.*

Y allí está todavía el desventurado Biagio de Cesana, con sus orejas de burro y el serpentón enroscado, maldiciendo, sin duda, la hora en que se le ocurrió vestir á la corte celestial.

XX

San Pedro

Cuando se entra por primera vez en la plaza de San Pedro y se contempla de una sola ojeada el templo más grandioso de la cristiandad, siéntese tal impresión que parece que toda la montaña de piedra cae con ímpetu aplastante sobre el ánimo del observador.

No conmueve dulcemente, como los templos góticos de vaporosa é ideal arquitectura, pero espanta con su grandeza indescriptible.

La gran plaza, con sus dos columnatas gigantescas, sus fontanas monumentales, su obelisco audaz que sube y sube como si fuese á rasgar las nubes, y la fachada, que no puede abarcarse de un solo golpe y ha de ser contemplada por partes, hacen pensar inmediatamente en el inmenso poder que gozaron los Papas, en los cuantiosos recursos que les proporcionaba la fe, para realizar una maravilla tan asombrosa.

Aquellos Papas del siglo XVI que vivían con pompa oriental, entre poetas y artistas compañeros suyos en las anacreónticas fiestas, todavía tuvieron doscientos cincuenta millones de pesetas para gastarlos en la construcción de un templo tan gigantesco que asombrase á los fieles.

Julio II, el Pontífice artista, quería que su recuerdo

fúnebre se encerrase en las entrañas de un monumento tan grandioso y perdurable como las Pirámides, y gracias á él surgió la actual basílica de San Pedro, sobre una iglesia donde, en anteriores siglos, Carlomagno recibía de manos del Papa la diadema imperial y los Césares de la Galia y la Germania venían á ser ungidos con humillantes ceremonias que aumentaban el poder del Pontificado.

Bien apretaron la mano para sacar dinero á los pueblos los iniciadores de este templo gigantesco. Echáronse á la plaza las indulgencias como papel abundante que se vende con descuento; iban los dominicos de pueblo en pueblo, con aparato de juglares, vendiendo á gritos el perdón de los pecados con arreglo á tarifa. En Alemania, el padre Tetzel plantaba la tienda en cualquier plaza, absolviéndolo todo para enviar dinero á Roma; y tan grande fué el escándalo, que le bastó á un agustino obscuro llamado Martín Lutero protestar contra tan indigno comercio, para ver inmediatamente á su lado todas las naciones del Norte.

El maravilloso templo se hizo con el dinero de los fieles; pero á cambio de tal maravilla el Papado perdió media Europa.

La basílica de San Pedro es la obra de varias generaciones. Durante su construcción se cambió de plan y de arquitecto un sinnúmero de veces, siendo uno de sus más asombrosos méritos la regularidad y armonía de las líneas generales, á pesar de tantas variaciones.

Bramante fué su verdadero autor, pero tras él intervinieron en la construcción, con mayor ó menor éxito, Juliano y Antonio de Sangallo, Fra Giocondo, Rafael y Baltasar Peruzzi, hasta que, por fin, muerto Rafael, se llamó á Miguel Ángel, el cual no aceptó el encargo sino después de haber rehusado muchas veces. Obra suya

fué que la iglesia se concluyera conforme al plan de Bramante y el diseño de la gigantesca cúpula, que con justicia se llama el «triunfo de la belleza arquitectónica».

Como hormiga apenas perceptible asciende el visitante por la inmensa escalinata, atraviesa las arcadas, por debajo de las cuales pasarían muchas de nuestras iglesias, y entra en el templo.

Tardan los ojos en descubrir la grandeza de la basílica. Están tan bien calculadas las dimensiones, son tan proporcionadas las líneas, es tan exacta la relación entre la extensión y la altura, que el que al entrar se detiene en la puerta cree que tiene ante sus ojos una catedral como todas y que es exageración apasionada cuanto se ha dicho sobre su grandeza.

Sólo cuando se nota que los ángeles de mármol que sostienen las pilas de agua bendita, y que, vistos desde la puerta, parecen de tamaño natural, crecen y crecen conforme se aproxima el observador, hasta convertirse en colosos de mármol; cuando se anda y se anda para ir del lado de una arcada al opuesto; cuando se ve que cada pilastra, que al primer golpe de vista parece esbelta, ocupa el terreno de una casa, y la mirada sube y sube á lo largo de las columnas antes de llegar á la bóveda, se comprende la famosa basílica de San Pedro y es inevitable la exclamación: «¡Cuán grande!...»

Grande: esa es la palabra; grande y hermosa, pero nada más. Las almas sencillas que se impresionan con la suntuosidad del culto, ese interminable desfile que ha dejado coja la estatua de San Pedro á fuerza de besarle el pie—y eso que es de bronce—, podrán conmoverse y llorar de emoción ante las cien lámparas de oro que arden en torno del sepulcro del primer Papa, ante la suntuosidad estrepitosa y aplastante de la basílica; pero el observador artista sentirá mejor el indefinible perfu-

me del cristianismo, su vaguedad mística, en la suave penumbra de las catedrales góticas ó en el humilde silencio de una iglesia de aldea.

Esto es un templo pagano. Se ve en él el esplendor del poder temporal, el carácter de los constructores, que, antes que guardadores de las llaves del cielo, eran reyes de la tierra y querían deslumbrar al mundo, sobrepujando en fausto á todos los soberanos. Se ve también al sonriente Renacimiento huyendo de los sombríos ensueños de la Edad Media; á Miguel Ángel y Rafael, que merecían ser conciudadanos de Pericles, pero retardando veinte siglos su nacimiento, hicieron revivir la belleza del mundo antiguo.

Dentro de San Pedro se saluda á Julio II y León X, alegres Anacreontes que esparcen el rumor y la brillantez de un festín en la crónica del Papado, y á Miguel Ángel, el genio irreverente que, olvidando las conveniencias, para pensar únicamente en la Naturaleza y el arte, pintaba en cueros vivos á Jesús, á la Virgen y á toda la corte celestial.

La luz penetra á torrentes por los ventanales en la colosal basílica, como si fuese un templo griego. Ríe el mármol mostrando su deslumbrante blancura; chispea el oro de los altares en las estrías de las columnas, en los floreados capiteles y en la artesonada bóveda; tiembla el estuco reflejando en su tersa superficie los irisados colores de la luz; fulgura el bronce en serpenteadas espirales; brilla el mosaico con sus colores que parecen tener vida, y sobre el rico pavimento de pórfido, el sol que penetra por las ventanas extiende palpitantes y dorados tapices. En las naves alzan sus labradas moles los mausoleos de los Papas, con fieros leones que dormitan sobre bloques de mármol, guerreros romanos que guardan el eterno sueño de los Pontífices con la espada

bajo el brazo, ángeles que casi desaparecen entre sus abiertas alas, y figuras desnudas mostrando con entera libertad la belleza humana, como si en vez de cobijarse bajo las bóvedas del primer templo de la austera cristiandad se irguieran entre las columnatas del Partenón.

Cerca del altar mayor está la tumba de Pablo III, aquel Farnesio que demolía las grandes obras de la antigua Roma para edificar un palacio á su familia.

El Papa, con entrecejo de león y barba de Moisés, descuella sentado sobre el gigantesco monumento, que es obra de Guillermo de la Porta. Su vista está fija en una mujer hermosísima tendida á sus pies, la cual, según el artista, representa á la Justicia, aunque los contemporáneos se empeñasen tenazmente en ver en ella á Julia Farnesio, cuñada del Pontífice, famosa por ser la primera beldad de Roma.

Y lo era, puede afirmarse sin miedo, si no fué adulador el cincel del artista. Los devotos que en el siglo XVI iban en peregrinación á la iglesia de San Pedro debieron pasar buenos ratos contemplando aquella beldad de mármol que levanta hacia el Papa su hermosa cabeza, mientras descansa sobre la base del monumento su cuerpo adorable, el pecho recto y firme, los brazos torneados en voluptuosa flexión, el vientre de suave y dulce curva y las piernas de una esbeltez armoniosa. La tal doña Julia era todo un bocado de Papa, y sin duda, para evitar que hasta el último monaguillo soñase en ceñir tiara, atraído por el deseo de tener tales cuñadas, los sucesores de Pablo III hicieron cubrir la estatua hasta las rodillas con una lámina de metal blanqueado que afecta la forma de una camisa. El remedio ha sido peor, pues los pliegues marcan y transparentan los encantos interiores, y bien sabido es que mejor induce al

pecado la hermosura que se trasluce á través de velos, que la que muestra una completa desnudez. Es el paso que existe entre lo artístico y lo pornográfico.

Después de apreciar la grandiosidad y el bello conjunto de este templo, lo más notable es ascender por una suave escalera en rampa á lo alto de la cúpula, montaña de plomo que tiene cien metros de altura por doscientos de circunferencia.

Desde el interior de la esfera que sirve de base á la cruz del remate se contempla toda Roma como un torrente de rojos tejados, marmóreas cresterías y esbeltas torres que parece correr encajonado y serpenteante entre colinas. Los bosques de pinos se extienden como sombrío oleaje sobre las ondulaciones del terreno; las masas de ruinas recuerdan la gran ciudad muerta. En el fondo se ven acueductos rotos, torres desmoronadas, pirámides sepulcrales y el fangoso Tíber, que se aleja hacia el mar contrayendo tortuosamente su lomo rojizo.

En torno de la gran cúpula, sobre el tejado de la iglesia, existe un verdadero pueblo, con sus casas, sus tiendecitas, sus paseos y sus fuentes. Allí viven los innumerables empleados y operarios de la iglesia, gentes que heredan el cargo de padres á hijos y pasan meses sin bajar á la ciudad, la cual les designa de antiguo con el nombre de *sampetrinos*.

Avanzando por el lomo de la gran maravilla se llega á la frontera de la iglesia, á la galería final, adornada con doce estatuas de los apóstoles. Son éstas tan altas, tan enormes, que vistas de cerca inspiran terror, y más parecen bloques enormes tallados fantásticamente por la Naturaleza, que obras del arte humano. Y sin embargo, tal es la altura del edificio, que vistas de abajo, desde la plaza, parecen de tamaño natural, esculpidas con gran delicadeza y minuciosidad.

Estas esculturas asombrosas inspiraron la frase más profunda y más sincera que han dicho los Papas.

Un día, Benedicto XIV, el Papa virtuoso y grande de espíritu, recibió un ejemplar de la tragedia *Zaida*, que le enviaba Voltaire, el temible incrédulo.

Admirábanse cardenales y familiares de esta atención del gran escéptico, y Benedicto, sonriendo con tristeza, dijo entre el general asombro:

—Ved aquí en qué nos parecemos á esas estatuas que coronan la fachada de San Pedro. Vistos de lejos parecemos bellos y magníficos, y si nos miran de cerca infundimos horror.

XXI

Bellezas del Vaticano

Para darse cuenta exacta del inmenso poder que gozaba el Pontificado, basta visitar sus museos.

Cuanto de notable han producido las artes en las más famosas naciones está allí, regalado por la fe ó adquirido por los inmensos tesoros de que disponían los antiguos Papas.

En vastísimos salones, con los techos adornados por artistas del Renacimiento y el suelo pavimentado de ese minucioso mosaico que reproduce las escenas de la vida con el mismo relieve de la pintura, se exhibe la historia del arte, con una riqueza y profusión que no puede encontrarse en parte alguna.

Allí el museo etrusco, con sus relieves que reproducen las escenas mitológicas ó los aparatosos sacrificios á los dioses; las ánforas rojas, con figuras negras de correcto dibujo: guerreros que se combaten fieramente con la lanza en alto y el escudo ante el pecho, ó esbeltas doncellas con la túnica de rectos pliegues y el cántaro erguido sobre la cabeza. Allí el museo egipcio, con sus féretros de chillones colores, donde pulula todo un mundo fantástico de dioses con cabeza de gato y animadas flores de loto; sus momias cruelmente fajadas; los ídolos

de basalto, que parecen ranas sentadas; las esfinges, con el sereno rostro encuadrado por la sagrada toca; los Faraones, en cuya frente culebrea la víbora real, y las jeroglíficas inscripciones, en las que la moderna ciencia histórica va desentrañando los secretos de un pueblo misterioso. Y allí, por fin, el museo cristiano, formado por el arte ingenuo y sencillo que se desarrollaba en el interior de las catacumbas, entre persecuciones y martirios; las láminas de marfil que copian con grosera pero animada escultura los tormentos de los que morían por la fe; las tablillas en que aparecen los primeros obispos presidiendo las místicas asambleas de fieles, que entonan un himno al Crucificado, sintiendo tal vez á sus espaldas los pasos de los esbirros cesáreos; y las inscripciones sepulcrales de aquel pueblo de trogloditas animado por el más puro ideal, en las cuales, como dice un autor, no hay gramática, pero sí una ternura que conmueve.

El museo más notable de cuantos encierra el Vaticano es el de escultura.

Todas las obras de arte que se han encontrado durante ocho siglos en las excavaciones del Coliseo, el Foro, el Panteón, las Termas y la Vía Apia, están allí con los innumerables mármoles descubiertos en las ruinas de toda Italia.

Miguel Ángel, que más aún que por su genio asombra por su actividad, fué el primer organizador de este museo. Parece imposible que la vida de un hombre haya bastado para realizar tantos prodigios. Dirigiendo la construcción de San Pedro, pintando la capilla Sixtina, esculpiendo sus inmortales estatuas, todavía encontraba tiempo para burlarse del afán destructor de los siglos, y estudiando amorosamente las grandes obras de la antigüedad que surgían de las entrañas de los campos y los

cimientos de las ruinas, remediaba sus desperfectos, completaba los miembros rotos, redondeaba las cabezas rajadas, volvía á unir los grupos separados, y realizaba su obra de resurrección con tanto arte, penetrando de tal modo la inspiración de los antiguos escultores, que es casi imposible distinguir la parte primitiva de la restaurada. Fidias y Praxiteles debieron sonreir bajo el polvo de los siglos al ver cómo el artista rudo y malhumorado olvidaba sus propias obras para resucitar la gloria de la Grecia con el desinterés del genio.

Toda la parte moderna del Vaticano está ocupada por este museo. El visitante se pierde en los vastísimos salones, acaba por desorientarse y confundirse atravesando extensas galerías, graciosas rotondas, imponentes escalinatas, patios donde murmuran las fuentes cubriendo de musgo las cariátides y las flores descuellan en los verdes macizos; terrazas á través de cuyas balaustradas agita su secular follaje la arboleda de los jardines del Vaticano; y siempre, á lo largo de los muros, en el fondo de las hornacinas, sobre las ménsulas que reproducen la sonrisa del sátiro, en el centro de las redondas cámaras, mármol y más mármol pulido por los siglos, con un ligero tinte de ámbar, acariciado por mil cinceles para tomar la forma del busto que inmortaliza al filósofo, al guerrero ó al César, para copiar la hermosura de las divinidades mitológicas ó para expresar en animado grupo las encantadoras leyendas del pasado, himno corpóreo de innumerables estrofas que parece cantar sin palabras la divina belleza del cuerpo humano.

Allí están todos los filósofos de la Grecia, desde el atildado Alcibíades al bohemio Diógenes; allí Pericles y Temístocles, con la barbada faz asomando bajo la visera puntiaguda del alto casco griego; los héroes y los

conquistadores de la República romana levantando la redonda testa, la aguileña nariz y el fiero entrecejo sobre los pliegues de la toga viril; los Césares deificados mostrando en sus embotadas facciones el estrago de los vicios; los senadores imperiales, hinchados, apopléticos, con cerviz de toro y triple sotabarba, como si aún estuvieran digiriendo las grasientas lampreas cebadas con carne de esclavo; los antiguos histriones cubiertos con la horripilante carátula del teatro primitivo; Homero apoyando en sus rodillas la gruesa lira formada por una concha y dos cuernos, con los ojos sin luz fijos en el infinito; Sófocles, con su cara vigorosa, junto al demacrado Virgilio; Eurípides y Píndaro, con Horacio; Anacreonte coronado de pámpanos, con la lira á los pies, contemplando amorosamente el apretado racimo de uvas; Aspasia, con su sereno perfil de diosa, rozándose con Cleopatra, cuyas facciones parecen contraerse con los últimos espasmos de la voluptuosidad, y Esquilo, ceñudo, tétrico, devorando todavía el dolor de no ser comprendido por su pueblo y contemplando el paso del tiempo, al que dedicó sus tragedias, seguro de que le haría justicia.

Ante ese océano de mármol que extiende sus luminosas ondas por el interior del Vaticano, se piensa con asombro en el infinito tesoro de inspiración y de trabajo contenido en la avalancha de arte que parece aplastar al visitante. Se piensa en los bloques informes de mármol griego extraídos hace treinta siglos de las canteras del Phentélico, en las masas que la esclavitud romana arrancaba de los montes de Carrara; se siente asombro al considerar las luminosas inspiraciones, las batallas con la Naturaleza, siempre rebelde á dejarse arrebatar sus secretos de naturalidad y gracia, los acertados golpes de cincel que representa este gigantesco cúmulo de

obras; y desfila ante la imaginación la falange de artistas que al soplo del genio animaron la piedra, infundiéndola las palpitaciones de la vida: al frente, el legendario Pigmalión, enamorado de sus creaciones; en el centro, como gigante que forma la cúspide, el sombrío Miguel Ángel, y cerrando la marcha, Canova, el Praxiteles de este siglo, aquel á quien Napoleón trataba como un igual, por el estrecho parentesco que existe entre los hijos de la Fortuna y los hijos de la Gloria.

En el museo del Vaticano están esas obras famosas vistas mil veces en infinitas reproducciones. El grupo de Laocoonte, el mayor prodigio de escultura, según Miguel Ángel, que no podía contemplarlo sin estremecimientos de entusiasmo, y ante el cual es inevitable la emoción viendo el gesto doloroso de aquel hombre membrudo que en vano se contrae con sus hijos por librarse de los apretados anillos de las serpientes enviadas por Apolo para que les devoren. Cerca de este grupo, que parece la cristalización del dolor humano, las obras no menos famosas de la antigüedad. Los gladiadores Damoxenos y Creugas con los puños en alto, amagando el golpe decisivo del pugilato, mostrando á través de la piel la tensión de sus vigorosos músculos; Perseo, hermoso como una diosa, mostrando la cabeza de Medusa; el Apolo del *Belvedere,* estupenda idealización de la belleza varonil; y el Mercurio, también llamado del *Belvedere,* en cuyo rostro de olímpica corrección han visto muchos la portentosa belleza del afeminado Antinoo.

La escultura es la que delata la corrupción del mundo clásico. Griegos y romanos, en fuerza de admirar la carne desnuda, de adorar el cuerpo humano en todo su esplendor, acabaron por olvidar el sexo, trastornando

lamentablemente las pasiones. La soberbia hermosura varonil, con su ardiente perfume de vigor, con el encanto de los músculos armónicamente entrecruzados, hinchando la piel como un estallido de fuerza, les seducía más que las redondeces de la grasa femenil, las curvas de suaves hoyuelos, las graciosas líneas, las firmes protuberancias que constituyen la belleza de la mujer.

Acabaron por creer, cual en nuestro siglo el original Schopenhauer, que el hombre es el verdadero tipo de belleza y la mujer una imitación imperfecta. Y como el arte es siempre fiel intérprete de la moral de la época, en la estatuaria griega y romana, á través de su infinita belleza, se ve lucir el impuro fuego de Sodoma.

Es verdad que jamás el cuerpo viril ha llegado á tal grado de belleza como en aquellos tiempos, en que los juegos públicos, las danzas, la educación infantil y la carencia de opresores ropajes contribuían á hacer de cada hombre un acabado tipo de salud y robustez. Se contempla en el museo del Vaticano con verdadera fruición una hermosa bacante, en la que el mármol resplandece con las más seductoras formas, y sólo cuando el espectador se fija en el sitio donde la moral planta la hoja de mármol y consulta el catálogo sabe que aquella beldad es Antinoo, el favorito del emperador Adriano, en cuyo honor levantaba ciudades, coliseos y obeliscos. Se admira una musa de belleza correcta y seductora, que apoya en la lira el firme pecho, los mórbidos brazos y el rostro de femenil belleza, mostrando su dorso de carnes firmes y armoniosas líneas, y se descubre con asombro que representa á Apolo y es el retrato de uno de aquellos mancebos griegos que luchaban como leones en defensa de la patria, y después, coronados de flores, se entregaban á la más execrable de las aberraciones.

Pasemos de largo ante aquellos siglos de arte y mixtificación amorosa. Á través de esas grandes obras de la antigüedad, que vivirán eternamente como idealización de la carne, se ve al sublime Píndaro pulsando su lira amorosa en honor de jóvenes discípulos, y al gran Julio César, invencible en los combates, imponente en el Foro, ser por la noche marido de todas las mujeres de Roma y mujer de todos los maridos.

El museo Vaticano de escultura asombra y aturde con su grandiosidad. Y sin embargo, aún se experimentan nuevos entusiasmos en el museo de los tapices, verdaderas maravillas tejidas en Flandes con arreglo á los cartones pintados por Rafael, que ahora están en el museo británico de Londres.

En todos los departamentos notables del Vaticano, así en los museos como en la capilla Sixtina ó en las *loggias* de Rafael, si existe algún desperfecto, ya es sabido que procede de la época en que el ejército de Carlos V, á las órdenes del condestable de Borbón, entró por asalto en Roma.

Era original la religiosidad de aquellos bravos españoles y alemanes que formaban el ejército del muy católico rey de España y emperador de Alemania. Entraron en la capital de la cristiandad y no dejaron monja intacta, iglesia por robar ni sacristán con la cabeza sana. El Papa tuvo que refugiarse en el castillo de San Angelo, y desde allí vió cómo los que en su país por el más leve juramento tenían que andar huyendo de la Inquisición pasaban ante la fortaleza montados en burros y revestidos grotescamente con los trajes de ceremonia de los cardenales y el Pontífice.

Bien es verdad que años después entró en Roma el fiero duque de Alba en son de conquista y fué más considerado.

Como buen católico, al llegar ante el Papa se arrodilló y le besó la mano; pero después, como mejor soldado, lo metió en dura cárcel, y allí le tuvo mientras no dispuso otra cosa su señor el rey de España.

¡Y aquellos eran los felices tiempos de la gran religiosidad española!

XXII

Recuerdos de Roma

De todos los monumentos de la Roma antigua, el que mejor conserva su primitiva belleza es el Panteón, construído por Agripa, yerno de Augusto.

No se ha librado de ser, como los otros monumentos de la antigüedad, saqueado por los Pontífices de la Edad Media, pero éstos se contentaron con arrebatarle las planchas de metal, que eran su mejor adorno, y dejaron la piedra en pie, respetando esa bóveda audaz que aún asombra á la moderna arquitectura subsistiendo á través de veinte siglos.

Dentro de ese monumento—á pesar de las capillas con que lo adornó la devoción al convertirlo de Panteón pagano en templo de Santa María Rotonda—se siente la antigüedad; parece verse aún tras las columnas el flotante velo blanco de la doncella romana, ó que el piso de mosaico truena bajo el peso del fuerte coturno.

Diez y seis columnas enormes como torres, de mármol verde y rojo, sostienen el pórtico, con su frontón triangular, donde casi están borrados los antiguos relieves. Tras ellas alza el monumento su mole circular y robusta, rematada por la prodigiosa bóveda, y en el centro se abre un ojo de ocho metros, á través del cual se ve el cielo y baja la luz al interior del templo.

En el Panteón, más aún que la grandeza del edificio impresiona el objeto para que fué construído.

Hay que reconocer que el pueblo romano fué el más tolerante, el más transigente en punto á creencias religiosas. Sólo persiguió un culto, el de los cristianos; pero fué porque en la nueva secta veía algo de político, y no se equivocaba. El cristianismo primitivo, tan diferente y contrario al catolicismo del día, era una aspiración revolucionaria, un movimiento democrático que, reconociendo á todos los hombres como iguales, proclamando la abolición de la esclavitud y exaltando á los débiles y humildes al nivel de los fuertes y los poderosos, quebrantaba la tiranía de los Césares.

Pero aparte de esta persecución, más política que religiosa, resulta indudable que Roma jamás impuso su culto á los pueblos vencidos; antes bien, les tomaba sus dioses para llevarlos á la gran metrópoli y exponerlos allí á la pública adoración.

Para esto fué el Panteón de Agripa. Cuantas deidades se veneraban en los infinitos pueblos sometidos al poder de Roma, lo mismo los artísticos dioses de la Grecia que los sanguinarios ídolos de Asia, saturados de hollín humano, ó las feroces divinidades del Norte, que sonreían entre el chocar de las espadas y los alaridos de muerte, fueron trasladados al Panteón, prosternándose ante ellos los mismos legionarios que habían vencido y esclavizado á sus antiguos devotos.

Hermoso espectáculo debía presentar el Panteón en los tiempos del poderoso Augusto. El pórtico recubierto de grandes láminas de bronce y labrados mármoles; sobre enormes pedestales que aún subsisten hoy, las colosales estatuas de Augusto y Agripa; la bóveda estaba chapada exteriormente de escamas de bronce que arrebató la codicia de los emperadores de Bizancio, y en el

interior, entre columnas corintias, las innumerables deidades, ardiendo ante sus mármoles sagrados las lámparas de oro, rodeadas de guirnaldas de flores, acariciadas por los perfumes de los humeantes vasos de alabastro sobre dorados trípodes y contemplando con su rigidez hierática la muchedumbre prosternada á sus pies.

Hoy sólo queda el esqueleto del antiguo templo. Los mármoles preciosos, los estucos que le revestían internamente han desaparecido. Los florones de oro de su bóveda han sido arrebatados, y sólo resta la triste y polvorienta decoración de una iglesia secularizada. En una capilla está el cenotafio de Rafael: un busto que recuerda aquella cabeza dulce y femenil, dentro de la cual bullían las más sublimes inspiraciones, y un epitafio latino del famoso cardenal Bembo, en el que se dice que la Naturaleza acabó con el artista, envidiosa ante sus triunfos.

En otra capilla está el sepulcro de Víctor Manuel. El primer rey de Italia yace enterrado en el monumento del primer César de Roma. El grandioso féretro de bronce empotrado en la pared ostenta el nombre de *Rey caballero,* sin otro título que el de *Padre de la patria,* y centenares de coronas de flores, de bronce, de plata y hasta de oro, unas con masónicas estrellas, otras con atributos del trabajo, cubren el suelo de la capilla, como testimonio de admiración póstuma de todas las ciudades de la Italia unida y de las numerosas colonias italianas que existen en América. Los veteranos de las grandes batallas de la independencia, con sus blancos mostachos y el pecho cubierto de cruces, dan guardia á la sepultura, y en un gran libro puesto á disposición del público firman á miles los visitantes, como homenaje á aquel rey demócrata que, tras inmensos sacrificios, consiguió unificar la desmembrada península.

Hay que reconocer que este pueblo romano es agradecido. Respeta y defiende á la casa de Saboya, porque aún está latente su gratitud por haber realizado la unidad patria; pero aparte de este afecto momentáneo por una dinastía, es en el fondo eminentemente republicano.

Y es forzoso que lo sea. En Roma se respira la República. En el polvo de este suelo están las cenizas de aquellos ciudadanos prontos siempre á sacrificarse por el pueblo romano. En pleno siglo X, cuando el despotismo férreo de los guerreros coronados tenía al mundo en tinieblas, surgía aquí el barón Crescencio resucitando la República romana y acababa sus días como un héroe, arrojándose desde lo alto de la Mole Adriana sobre las lanzas del ejército de Otón II, venido de Alemania para salvar al Papa, matando la libertad del pueblo romano. Después, tras el místico fervor republicano de Arnaldo de Brescia, surge Nicolás Rienzi, el simpático tabernero convertido en tribuno y gran capitán, que resulta una de las figuras más interesantes de la Edad Media.

Todavía, cerca del templo de Vesta, se alzan los restos del palacio que ocupaba el tribuno romano; construcción sostenida por chatas y robustas columnas, sobre las cuales corren los complicados relieves bizantinos.

Aquella República, resucitando la cultura romana en plena Edad Media, perfumó con un ambiente de arte y poesía toda su época. El pueblo volvió á reunirse en el Capitolio, abandonado en los siglos anteriores como colina yerma. El joven tabernero, revolucionario artista, cuando no combatía á los nobles y al Papa, trabajaba por resucitar la civilización latina que iluminó el mundo, y la primer fiesta de la República fué coronar en la

cúspide del monte capitolino á Petrarca, el fraternal amigo de Rienzi y primer poeta de la época.

Por desgracia, el puñal de un fraile acabó traidoramente con el último tribuno, y la hermosa República romana de la Edad Media se desvaneció como fuego fatuo.

Pero aún queda otra República de Roma, de la que se observan conmovedores recuerdos. Aún pueden verse en la puerta de San Pancracio las paredes ametralladas, las bombas incrustadas en ribazos, que recuerdan la República de 1848, con su famosa defensa; aquella revolución en la que dió á conocer su nombre á Europa un joven general recién llegado de América que se llamaba José Garibaldi.

El horror de la lucha fiera y tenaz, de la pavorosa hecatombe, está todavía grabado en los alrededores de la puerta de San Pancracio. Parece que no haya terminado aún la noche suprema en la que los republicanos romanos y el puñado de revolucionarios extranjeros que seguían ciegamente á Garibaldi, teniendo enfrente el poderoso ejército de Francia, execrados de toda Europa por haber destronado á Pío IX y sin esperanza alguna de auxilio, se batían cuerpo á cuerpo, con la más sublime desesperación, dispuestos á no sobrevivir ni uno solo á la caída de la República. Aún parece que se ve la enjuta figura de Garibaldi, con la rubia melena en desorden, los dorados ojos chispeando bajo el entrecejo de león, la roja camisa manchada de sangre y el sable doblado por los golpes de una lucha cuerpo á cuerpo, presentándose á sus compañeros de triunvirato para decirles con voz ronca de desesperación que la defensa era ya imposible.

Mucho sufrió el Cid italiano, el caballero de la Revolución sin miedo y sin tacha. En América crujieron sus

miembros en tormentos inquisitoriales; vió morir entre sus brazos á la amada Anita, y tuvo que abandonar en una choza su cuerpo palpitante, empujado por dos y únicos compañeros, que oían el galope próximo de los perseguidores austriacos. Después de ser general y dictador en Roma, tuvo que trabajar como un bracero y sufrir hambre en América; fué calumniado por sus enemigos y engañado por sus protectores; luchó á muerte por la República y sólo consiguió librar su patria de extranjeros en provecho de un rey; pero á cambio de tales dolores y fatigas, goza hoy una glorificación jamás alcanzada por ningún hombre.

No hay en toda Italia una población que no tenga la estatua de Garibaldi.

Roma ha apurado la suntuosidad y la grandeza escultórica para honrar al guerrero del pueblo.

El Janículo es la más alta de las siete colinas en que se apoya Roma. Al pie de esa eminencia está la encina á cuya sombra escribía Torcuato Tasso su epopeya, y el convento de San Onofre, donde murió. En la cumbre se ha levantado la estatua ecuestre de Garibaldi; pero tan colosal, que se la ve á más de una hora de distancia.

Se llega hasta ella por una ancha avenida orlada con los bustos de los más gloriosos oficiales de Garibaldi; procesión de héroes, de cabezas vigorosas, cubiertas unas por el kepis y otras por el emplumado chambergo. Y sobre un pedestal que parece un palacio, adornado con magníficos grupos de bronce, en los cuales se ve la hueste garibaldina cargando á la bayoneta, yérguese el caudillo, oprimiendo entre sus piernas de acero el caballo de guerra, humilde como siempre en su porte, con el redondo birrete húngaro sobre los flotantes bucles y el poncho americano cubriendo su famosa camisa purpúrea.

Allí está recibiendo la adoración del mundo liberal, contemplando á sus pies, á poca distancia, la cúpula de San Pedro, la aglomeración de palacios del Vaticano; y el Papa, cada vez que pasa ante las ventanas de sus salones, forzosamente ha de ver, destacándose sobre el azul del cielo, aquel centauro de bronce, en cuyo pedestal brilla con letras de oro el grito de Garibaldi, que fué la sentencia del poder temporal:

Roma o morte!

XXIII

La ciudad cantante

Nápoles es la verdadera Italia, esa Italia que hemos visto todos en cromos y panoramas, en operetas y novelas, con su alegría envidiable, su vida al aire libre, su ambiente «poético» y su afición á divertir al que llega, sin perjuicio de tender inmediatamente la mano solicitando la propina.

Con medio millón de habitantes y ocupando más terreno que ninguna ciudad de Italia, es realmente la población peor repartida y de más original aspecto que pueda encontrarse. Hay barriadas enteras ocupadas por unos cuantos palacios, donde residen los privilegiados que de toda Europa vienen aquí en busca de la belleza del golfo, de un sol siempre ardiente y de un clima africano; y junto á las señoriales mansiones hay aglomeraciones de infectos tabucos, redes de tortuosas callejuelas, donde pulula una población sucia, casi haraposa, pero alegre, que sólo piensa en dormir, y con dos sueldos de macarrones comprados y comidos en medio del arroyo y una romanza como postre marcha mejor que un reloj.

Hay mucho de español en este pueblo napolitano, ante cuyas originales costumbres queda embobada la

gente del Norte. No en balde ha dominado aquí España durante dos siglos. Aún quedan hoy, como recuerdo de su paso, las estatuas y obras del benéfico Carlos III, y que la calle principal de Nápoles, la arteria adonde afluye toda la corriente de vida de la ciudad, se titule vía de Toledo.

Para pueblos como éste, que se divierte y no piensa, que por su amor instintivo á la tradición sigue supersticioso y sucio como lo eran sus abuelos, el progreso y los cambios políticos de la patria son remedios que obran muy lentamente. La unidad italiana, que tan poderosamente ha hecho sentir sus efectos políticos en la península, algo ha influído aquí, pero puede decirse que aún está al principio de su tarea. Ya no existe la población nómada de *lazzaroni* que dormía en las calles y se multiplicaba, sin que los hijos conocieran otra casa paterna que las aceras. Ya no ocurre, cuando el mozo napolitano de los barrios bajos entra en el cuartel, que se le vaya el pellejo al arrancarle á pellizcos los pantalones, adheridos á la costrosa carne por un contacto no interrumpido de diez años. Pero aún es el mismo pueblo bohemio y bullanguero que en vez de hablar canta, que se emborracha del modo más alegre y á todo el que le da un sueldo le llama «excelencia» ó «ilustrísimo», que duerme la siesta en los paseos y come en la calle, que sufrió con paciencia todas las invasiones y tiranías, siendo siervo eterno de franceses, españoles ó austriacos, cómplice de las liviandades de la reina Juana ó del despotismo imbécil y brutal de los últimos Borbones napolitanos; y en cambio, para demostrar que lo que le falta no es el valor, anda á cuchilladas todas las noches por las cuestiones más insignificantes, haciendo que al día siguiente chorreen sangre las gacetillas de los periódicos.

Todo aquel que les ha dejado cantar y comer sus macarrones en medio de la vía ha sido su dueño sin protesta. Una vez se metió á revolucionario este pueblo, pretendiendo librarse de la dominación española. El infeliz Masianello, hombre digno de mejor suerte, cometió la imprudencia de tomar en serio á sus compatriotas. En quince días, la turba sediciosa, de simple pescador lo convirtió en general, duque y rey, y cuando lo tuvo bien alto lo dejó caer, viendo con la mayor indiferencia cómo lo asesinaban. Con pueblos así, desdichado el que se compromete. Vale más escribirles canciones que darles la libertad. Mientras Garibaldi batallaba en Sicilia, ninguno de estos fieros campeones de taberna osó ayudarle; pero cuando entró en Nápoles vencedor, el populacho, que días antes era absolutista y juraba por San Jenaro y los Borbones, se arrojó ebrio de entusiasmo sobre los adoquines, queriendo que les pasara sobre el vientre el caballo del héroe de Marsala; y por la noche, en las inmediaciones del alojamiento del general, apenas hablaba en alto un transeunte, exclamaban con angustia miles de voces: «Silencio, silencio, que duerme nuestro padre.»

Famoso pueblo éste, donde se miente por costumbre, se exige por todo el séxtuplo de su valor, se regatea días enteros, se alborota instintivamente y se dora la miseria con la alegría más injustificada. Daudet encontraría aquí su Tartarín con nuevos aspectos. El sol siempre ardiente, los risueños colores del golfo, la esplendidez de una Naturaleza eternamente primaveral, se introducen en el cerebro y en las venas desde que se abren los ojos. Esta es la patria del *dolce far niente*. Trabajar inmóvil en un lugar cerrado, ¡jamás; antes la muerte! Por esto el buen napolitano, si nace activo ó laborioso se dedica á cochero de punto, á *cicerone* ó á correr ca-

lles enteras con la lengua fuera á la zaga de un carruaje, esperando que le arrojen un sueldo.

Este pueblo de buenos mozos, morenos, como si la carne fuese tierra cocida, con el cabello negro, casi azulado, y ojazos saltones que acompañan las palabras con locos giros, es la Andalucía de Italia. Hablan abusando de las zedas y gangueando de un modo ininteligible. Sus chascarrillos y chuscadas dan que reir en toda la península, y como el trabajo es la mayor de las calamidades, se lo reparten y rehuyen del modo más equitativo.

Se entrega la maleta en la estación á cualquier pilluelo, que apenas si lleva sobre la rojiza carne algo más que un taparrabos, y el viajero entra en Nápoles como Stanley en el interior del África, seguido por un rosario de portadores que se pasan de hombro en hombro el equipaje cada minuto, repartiéndose entre todos lo que en otra parte no basta para uno. Pasáis calles y calles seguido por algún zagalón descalzo y desarrapado que os mira atentamente con sus ojos saltones; y cuando os abrocháis, presintiendo que el objeto de sus ansias son los bolsillos del chaleco, se abalanza ávidamente sobre la humeante colilla recién arrojada, que es lo que venía rondando con tanta tenacidad. Se aproxima un caballero de mejor aspecto que el vuestro; y cuando la mano toca el sombrero para contestar á su reverente saludo, os quedáis frío oyendo hablar de *bambinas* que están sin pan, del honor de la familia que se halla en peligro; y el honor se salva con un sueldo, acogido con un sinnúmero de genuflexiones y de ademanes teatrales para contener una lágrima de agradecimiento que se escapa y nunca sale.

Pueblo de alegres farsantes, que guarda la lengua para las estupendas mentiras y habla con la mayor facilidad valiéndose de ojos y manos. De aquí son los más famosos cómicos; y la cantera vale tanto como las figuras artísticas que se extraen de ella.

Cada cochero es un mímico de gran fuerza, y hay que conocer su lenguaje para no ser robado en este país donde se escriben las tarifas para que nadie las cumpla. Apenas ve al extranjero, al *signore franchese* que pasa por la acera de enfrente, comienza á hacer crujir su látigo sin moverse del pescante. Un guiño es la pregunta por el precio de la carrera, y él contesta levantando la mano con dos dedos tiesos que equivale á dos liras. Guiño de protesta, y entonces ya no se levanta mas que un dedo. Nueva negativa, que el parroquiano acompaña pasando un índice por mitad del otro, con ademán de cortárselo, lo que significa un ofrecimiento de media lira. El cochero mira al cielo, como escandalizado por la proposición; se mesa el cabello como en el último acto de una tragedia, y por fin, cuando os alejáis, azota el caballo y como ruidosa tromba cruza la calle, salta á la acera y os ayuda á subir, cepillándoos de paso la espalda con cariñosas palmadas y asegurando que él no puede menos de servir á un señor *tanto gentille*. Apenas os tiene en su *carrozza,* el sobrio mímico de momentos antes se convierte en el más gracioso é insoportable de los charlatanes, como si le hirvieran en la boca las palabras almacenadas durante las largas siestas en el pescante bajo los ardores del sol. Os pide un cigarro, se inclina al interior, dando la espalda al caballo que trota con entera libertad, pregunta de qué nación sois, llama *bello paese* lo mismo á Siberia que á España, pues para él es igualmente hermoso todo país que envía á Nápoles viajeros que den media lira; quiere saber qué tal son vuestras compatriotas y qué os parecen las napolitanas con su amplitud de carnes y sus cabezas soberbias de

un moreno ambarino, y si le dejarais, ¡oh! si le dejarais, quién sabe si por cinco liras acabaría por entregaros la llave de su casa. Á todo esto, mientras habla no cesa de cruzar guiños y manoteos con los otros cocheros que pasan, con los desocupados que guarnecen las esquinas de la larga calle de Toledo; y un tropel de chicuelos ágiles como monas saltan al estribo, ofreciendo á gritos periódicos y cerillas; bandas de pilluelos corren tras los coches siempre pidiendo; de cada casa salen canciones; en las aceras, á cada cuatro pasos, se tropieza con un músico ambulante; todos hablan á pleno pulmón; las calles son una Babel, y aún estando acostumbrados al bullicio de las ciudades españolas, creéis estar en un manicomio suelto, entre gritos, guiños y manoteos.

Pero si aparece un cura llevando el Viático bajo un dorado quitasol precedido por unos cuantos hachones, el bullicio que continúa al frente y á la espalda cesa á su paso, los cocheros se descubren, y aunque tengáis verdadera prisa no conseguiréis que el parlanchín que cuando arrea el caballo se permite esto y aquello con Cristo y la *Madonna* salga de su paso y deje de formar cortejo de honor á la cola de la sagrada comitiva.

Aún vive en cada napolitano el antiguo *lazzarone,* con sus ridículas supersticiones. No creen mucho en Dios, pero nadie les hará dudar que la sangre de San Jenaro se licua todos los años el día de su fiesta, y les falta poco para ir como sus abuelos en los momentos de hambre á arrodillarse ante el *santo benedetto,* pidiéndole que haga el milagro de darles un escudo, é insultándolo después al ver que el santo no gusta de milagros de esta clase.

Nápoles es de día un avispero que se agita con ruidoso zumbido. Por la noche, cuando la luna puebla de inquietos peces de plata las aguas del tranquilo golfo y las islas y los promontorios se destacan con brumosos

perfiles sobre la inmensidad azul, la ciudad es una eterna serenata.

Aquí todos cantan. La mejor prueba está en las esquinas, ocupadas por vendedores de partituras, unas impresas y las más manuscritas, que, sostenidas por hilos, tapizan las paredes. Las gordinflonas comadres que con la cesta llena de verduras regatean en los tortuosos callejones, las criaditas relamidas, las chavalas de cara bravía y percal ondulante y los bravos mozos de fieltro microscópico caído sobre una oreja y enorme corbata roja, se abalanzan sobre este pasto musical rotulado con un *Tu m' ami,* ó *Tu no m' ami più,* ó *Dormi, mia bella;* en fin, cosas de amar ó de arrullar el sueño de la amada, que se cantan por la noche digiriendo los macarrones á la puerta de la casa ó en la taberna, donde la filarmonía acaba siempre á palos.

Aquí, hasta la venta ambulante es musical; y el *macarronaro,* el *mellonaro,* el *ostricaro,* el *sorbettaro,* el *castagnaro* y cuantos andrajosos acabados en *aro* pregonan por las calles su mercancía, lo hacen con verdaderas romanzas, algunas de ellas tan originales y hermosas, que ya las quisieran para *leit-motif* muchas de las óperas de la última extracción.

No hay ciudad que ofrezca el aspecto de Nápoles por la noche. La muchedumbre se aglomera y empuja en las aceras de la calle de Toledo en torno de las bandas de cantores y músicos que entonan serenatas apasionadas que hacen soñar en una blanca casita de la costa rodeada de nopales, ante la cual, sarcástico por los celos, canta el trovador descalzo, de roja barretina, con la mano puesta en el cuchillo, esperando la llegada del rival, ó esas romanzas marinescas en las que guitarras y mandolinas evocan el rumor de las mansas aguas del golfo. De cada *osteria* ó *trattoria* sale una voz femenil

gorjeando la última canción de moda. Entra la gente á borbotones en los *Bancos del lotto* á apuntar el ambo ó el terno seco que, con arreglo á lo que dispone *El Enano* ú otro libro de cabalística, acaba de inspirarles un tropezón en la calle, el encuentro de un amigo ó cualquier incidente notable. Al extremo de los lóbregos callejones flamean los faros del puerto y las rojas linternas de los buques; en las esquinas, cerca de las lámparas de luz eléctrica, muéstranse los retablos de vírgenes y santos á la mortecina luz de farolillos y cirios, y debajo de ellos suenan tenues siseos de sirenas de larga cola que guiñan sus ojos en la penumbra con lúbrico ofrecimiento. Pasan los curas en grupo hasta media noche, rollizos, morenotes y campechanos, con su candil felpudo en la cabeza y la tagarnina en la boca, y en las puertas de los grandes cafés, sobre altos tablados, hay orquestas de más de veinte músicos que ejecutan fragmentos de *La Bohemia,* de Puccini, ópera reciente admirada por este pueblo de artistas.

Poco negocio harán aquí los empresarios de espectáculos. No hay teatros que puedan ofrecer lo que se encuentra gratuitamente en estas calles de Nápoles, donde por la noche hasta los guardacantones parece que cantan.

Insensiblemente pasan las horas caminando de un corro á otro, abandonando una orquesta para oir á un tenor callejero; y cuando por fin el cansancio obliga á regresar al hotel, al atravesar las grandes plazas se ve por encima de los tejados, sobre el cielo luminoso, un ancho y puntiagudo borrón negro en cuya cima flota una nube de color de rosa.

Aquello es el Vesubio.

XXIV

El golfo de Nápoles

«Ver el golfo de Nápoles y después morir», dicen estos andaluces de Italia, entornando los ojos con expresión de arrobamiento, para ensalzar la belleza de su patria. Aunque la afirmación peque de exagerada, como todas las que aquí se hacen, hay que reconocer que en pocos países puede gozarse un panorama tan espléndido.

El gran Humboldt, después de recorrer el mundo como viajero científico, afirmaba que en todo el globo sólo existen tres ciudades que merecen serlo por su situación topográfica: Lisboa, Nápoles y Constantinopla.

La vista del golfo desde el promontorio de Posilipo, teniendo cerca el mar y abarcando de un solo golpe toda la extensa bahía, con sus islas de Capri, Prócida é Ischia en el fondo, deja en la retina una impresión tal de color, luz y belleza, que ha de transcurrir mucho tiempo antes que se esfume y disuelva el panorama azul con reflejos de oro.

Trotan los caballos por las calles inmediatas al puerto, viéndose por las encrucijadas el bosque de mástiles empavesados con trapos de todos los colores, y un fuerte olor de marisco, un vocerío que parece el producto de mil riñas á la vez, anuncia la llegada al barrio de Santa

Lucía. Aquel es el distrito de los napolitanos de bronce; allí las tabernillas donde todas las noches ha de entrar la policía para echarles el guante á los belicosos adeptos de la asociación de la *camorra;* las comadres de cara mofletuda y labios gruesos, cuya piel parece badana charolada, con el peinado aceitoso y el percal á media pierna, enseñándose las uñas y agotando el diccionario del barrio por la más leve cuestión; los pescadores, sin más ropa que zaragüelles y camisa, mostrando en el velludo pecho un mazo de escapularios y sobre la melena ensortijada la parda barretina; los carritos de verdura; los hornillos portátiles donde hierven los macarrones; los cómicos ambulantes afeitados como curas, que forman coro, y adornados por una chistera ridícula, un junquillo y una gran corbata, recitan monólogos acompañados *sotto voce* por acordeones y guitarras; los *ostricaros,* que sobre el parapeto que da al mar extienden sus pintarrajeados puestos, pregonando las ostras enormes, sabrosas, llenas de carne, á treinta céntimos docena, y vendiendo al mismo tiempo, como boticarios de los pobres, hierbas para curar toda clase de enfermedades; las casas blancas, ruinosas, de techo plano, á guisa de viviendas morunas, con balcones de podrida madera, donde cosen, comen, duermen ó abrazan al novio las mozas de Santa Lucía, vacas bravas, guapetonas y sucias, con una lengua de escorpión; y todo cuanto alberga el barrio entona canciones, regatea á gritos, aúlla instintivamente, desde la muchachuela que prolonga el hocico y saluda con zumba al *signor franchese,* hasta la chiquillería desnuda que salta milagrosamente por entre los caballos ó se cuelga á la zaga pidiendo por la *Madonna* y San Jenaro que la *eccellenza* largue un sueldo. Toda esta miseria, este basurero animado por ruidosos gusanos que se extiende entre la colina de Nápoles y el

mar, resulta simpático y hasta hermoso dorado por un sol ardiente y teniendo como fondo la ondulante y azul sábana del golfo con su anfiteatro de montañas y el Vesubio humeante.

Después, siguiendo siempre la ribera, se pasa por la Mergelina, el barrio de la gente de mar, y la imaginación cree ver á Lamartine, con su entusiasmo de los veinte años, vistiendo el capotillo y el gorro de pescador, comiendo *polenta* confundido con los viejos marinos, en cuya cara arrugada se une la barbilla á la nariz; y cada muchacha que pasa descalza, con el refajo listado y la camiseta blanca, brillándole los negros ojos bajo la banasta de pescado que aplasta su corona de cabellos, recuerda á Graciella, la niña apasionada que muere dulcemente, como luz que se extingue, al ver que se aleja para siempre el tierno poeta.

En verdad que este panorama es la mejor decoración que puede encontrar un artista para escenas de amor. Acaricia el mar dulcemente, sin espumas y sin ruido, las doradas peñas de Posilipo; bajan hasta el borde del agua por las rápidas pendientes los bosques de esbeltos pinos, los jardines con sus macizos de flores y sus surtidores de verdes penachos; las ondulaciones del golfo repelen la caricia del sol con un chisporroteo de oro; se tiñen de suave rosa las «villas» y kioscos que tienen sus cimientos en el mar y el tejado al borde del camino; enfrente, á muchas leguas de distancia, esparcidas por la parte baja del cabo Massa, que cierra el golfo, blanquean, circundadas por dorado nimbo, las poblaciones ribereñas; hay en el ambiente cargado de luz y de perfumes «rumor de besos y batir de alas»; se siente el tibio estremecimiento de amor en las venas; se experimenta la necesidad de juntar la boca á otra boca y se sueña con la felicidad de vivir en una de estas blancas casitas ro-

deadas de nopales al lado de la mujer amada, viendo siempre de lejos la ruidosa Nápoles, sin más fortuna que una barca ni más traje que los zaragüelles y un gorro rojo, sacando la comida del fondo de este golfo al compás de las soñolientas barcarolas, que encantan indudablemente á los peces y hacen que voluntariamente se cuelen en la red.

Pero ya estamos en Posilipo y termina la dulce poesía. La parte baja de Nápoles desaparece tras la isla del Huevo, en cuya cumbre se yergue un castillejo, como recuerdo de la dominación española.

En fila, avanzando sus blancas terrazas sobre el mar, están los famosos *restaurants* de Posilipo. Allí se sorben las ostras á docenas y se devora la famosa sopa á la marinera, formada con pan tostado y peces y mariscos de varias clases. Y mientras la vista, algo turbia por el fuerte vino de Sorrento, sigue la marcha de las barquichuelas, insignificantes mosquitos que resbalan sobre la superficie del golfo, tersa y azul como un espejo veneciano con marco de montañas, desfilan ante la mesa del *restaurant* los innumerables artistas callejeros de Nápoles: cómicos ambulantes con fracs rojos y enormes cuellos, que relatan con voz de falsete y gesticulaciones de mono las desventuras de don Peppino; muchachas de Santa Lucía que entonan melancólicas romanzas de amor, fijando en el horizonte la vaga mirada de sus ojos dorados; mozas de Castellemare, hermosas y sucias como una Venus encontrada en un establo, agitándose con el creciente delirio de la tarantela, trazando en el suelo con los desnudos y ágiles pies complicados arabescos, agitando sobre la cabeza la pandereta que acompaña con secos golpes la loca danza, mientras saltan en sus orejas los grandes aros dorados; y flotando en la atmósfera, que vibra por el exceso de luz y el rumor

de los insectos, una ruidosa confusión de guitarras y mandolinas, de violines y pianos, que sale de todas las casas y hace correr sobre el mar un estremecimiento musical.

De nuevo galopan los caballos por las cuestas de Posilipo, cubiertas de frondosos jardines, y en lo más alto, por entre los esbeltos pinos, se contempla el panorama de Nápoles. En primer término, los bosques de Posilipo; en segundo lugar, el golfo acariciando con ondulante abrazo á la ciudad blanca y rosada que se extiende en gigantesco semicírculo, ascendiendo por las colinas como si las olas la empujasen; y cerrando el cuadro, la garra izquierda del golfo, el cabo Massa, matizado por las manchas blancas de los caseríos, y ese sombrío monte cuya cima humeante tan pronto lanza su densa respiración recta y amplia en su extremo, cual un pino formado de vapores, como se envuelve en las interminables curvas de un turbante de niebla.

Volviendo la espalda á Nápoles se ve la segunda parte del famoso golfo, el de Pozzuoli, que avanza espumoso, siempre alborotado, entre Posilipo y el cabo Miseno.

Bajan al galope los caballos por las pedregosas pendientes del promontorio, y al llegar á la playa atravesamos varias aldeas de pescadores, donde la gente, casi desnuda, mostrando la roja carne curtida por el sol y el viento, trabaja en las redes, mientras feroces perros salen con amenazante rugido al encuentro del viajero. Al pasar frente á las blanqueadas casitas, por las abiertas ventanas se adivina la miseria y la despreocupación en que viven estas pobres gentes. Por cocina un fogón de ladrillos donde hierve la marmita de *polenta;* para comedor... y «descomedor» la playa entera, donde las mujeres, ocultando la cara entre las rodillas y

echando á lo alto el mugriento refajo, muestran con la mayor tranquilidad sus más recónditas costras; y el interior de la casa convertido en alcoba, donde están juntas y en fila las camas de los padres, de los hijos y de los huéspedes que aquí tiene toda familia para sobrellevar mejor el peso de la miseria. Y estos imbéciles, como único adorno, junto á la estampa del santo patrón tienen en sus tugurios los retratos de los reyes de Italia y de los emperadores de Alemania, como si la Triple Alianza, con sus exagerados tributos para el sostenimiento de los ejércitos, fuese á darles el pedazo de pan que á todas horas reclama su estómago.

Por fortuna, la hermosura del paisaje, el mágico poder del sol, que da al más repugnante andrajo el esplendor de la púrpura, amortiguan la fatal impresión que causa tanta miseria.

En estas colinas cubiertas de pinos, en el centro de una viña, estaba la tumba de Virgilio, el vigoroso cantor de la caída de los troyanos. En aquel peñasco que parece flotar sobre un anillo de espumas era donde el poeta componía sus armoniosos versos. Encontraba la inspiración en el arrullo de las aguas que siglos antes habían mecido la barca de un heleno ciego y de frente olímpica, padre de la poesía, que guiaba desde la tumba los pasos de Virgilio, como éste, siglos después, llevó de la mano al Dante.

La vista siente una dilatación infinita ante el desierto golfo de Pozzuoli, y cada pueblo, cada ruina, evoca un recuerdo. En esta sonriente ribera venía á veranear el patriciado romano. Aquí estaban las quintas de los senadores enriquecidos á fuerza de sobornos; los mágicos palacios de los que regresaban de gobernar provincias cargados de riquezas; las maravillas de mármol que alzaban los emperadores para residir en verano,

cuando sus augustos pellejos necesitaban remojarse en los dominios de Neptuno.

Aquí está Cumas, la más antigua ciudad de Italia, fundada por los griegos de la Eubea, donde la famosa sibila Cumana, desde el fondo de su templo, cuyas ruinas aún existen, adivinaba el porvenir. Aquí el mar Muerto, donde la escuadra de los romanos tenía su principal estación, saliendo las panzudas trirremes al encuentro de las naves cartaginesas; aquí la famosa gruta de Pozzuoli, túnel de más de setecientos metros, construído por los romanos; los lagos de Fusaro y de Licola, obra el primero de la locura de los Césares, que, no contentos con destrozar hombres, querían violentar á la Naturaleza; las ruinas de los templos de Diana y de Neptuno; la «villa» de Julio César, en la que fué asesinada Agripina, la madre de Nerón, por orden del hijo, que quiso contemplar abierto el vientre donde había sido concebido; y en la parte baja de Pozzuoli, lejos de la catedral donde está sepultado el famoso músico Pergolese, se encuentra el templo de Serápide, mostrando en sus enhiestas columnas los juegos y caprichos que el mar se ha permitido con él.

Colocado sobre un terreno sujeto á los fenómenos volcánicos, este templo se ha levantado sobre el mar ó se ha sumergido en diversos períodos.

Hoy el mar se ha alejado más de un centenar de metros, pero el suelo del templo está aún cubierto de arena y el mármol de las columnas perforado por los moluscos hasta donde llegó el nivel de las aguas. Aún están en pie las cuatro entradas del templo, con sus tritones y caballos marinos de mármol, y el ara ante la cual los comerciantes egipcios, autores del templo, terminaban todos sus negocios.

En lo más alto de Pozzuoli, como eterna amenaza

que un día puede repetir la tragedia de Pompeya, está la célebre *Solfatara,* un circo de más de media hora de extensión, formado por las convulsiones de la Naturaleza; un cráter apagado aparentemente, con su extenso fondo lleno de matorrales, pero que por varias gargantas despide bocanadas insufribles de vapor sulfuroso. Al andar por el gigantesco anfiteatro, la tierra quema los pies, se siente el vaho ardoroso del infierno que llamea bajo la capa de tierra; se oye el mugir de los subterráneos torrentes sulfurosos, y si se arroja con fuerza una piedra contra el suelo, el golpe retumba como un cañonazo, repetido por la inmensa caverna que existe debajo, tras la costra de diez metros de espesor que cubre el antiguo volcán.

La *Solfatara* es un respiradero que el Vesubio tiene en esta parte del golfo, una de sus muchas válvulas de seguridad. Pero el viajero no puede menos de sentir cierta inquietud al hallarse frente á las negras gargantas por donde se escapa el ardiente resuello de un peligro desconocido, y admira la tranquila indiferencia de estos pueblecitos blancos, que, asomados al golfo, se contemplan sonrientes en el azul cristal, sin acordarse de que el infierno ruge á sus espaldas.

XXV

La ciudad resucitada

I

Cuando el empleado del gobierno, después de recoger el billete de entrada, que cuesta dos liras, dejó franca la barrera giratoria de hierro, sentí á lo largo de la espalda el estremecimiento de la emoción.

Iba á realizarse uno de los ensueños de mi vida; iba á verme de repente en plena antigüedad; á discurrir por calles que aún guardan las huellas de los que las hollaron hace diez y ocho siglos; á sentarme en bancos de mármol rozados mil veces por la purpúrea túnica de la matrona, la toga del patricio y el velo de la vestal; á recorrer las casas sonrientes y bellas de un pueblo artista y seductoramente corrompido; á forjarme la ilusión, en pleno siglo XIX, de que soy un ciudadano de aquella ciudad voluptuosa que se contemplaba de día en el terso espejo del golfo de Nápoles, que tenía de noche por antorcha el rojo flamear del vecino Vesubio, y oculta en las entrañas de la tierra durante diez y seis siglos, surge nuevamente como libro animado en el que se descifran todos los misterios de la antigüedad.

Ante mí tenía un camino tortuoso orlado de pinos y áloes, que se enroscaba por las sinuosidades de una colina de lava cubierta de viñas. Por allí se llega á Pompeya, la ciudad resucitada. Y con las piernas temblorosas por la emoción, me lancé adelante, casi corriendo, por entre grupos de familias inglesas y alemanas, correctas, enguantadas, elegantes, como si fuesen á una recepción.

Corría, deseoso de llegar, como si temiera morir antes de ver en forma real aquellas maravillas tantas veces contempladas en los libros. Y mientras seguía jadeante las revueltas del hermoso camino, bañado por un sol primaveral que se filtraba entre el ramaje, trazando arabescos de oro y de sombra sobre el suelo polvoriento, toda la historia de la ciudad desplegábase rápidamente en mi memoria. Primero, su fundación en el siglo VI, antes de la era vulgar, por un pueblo mixto en el que abundaban más los griegos que los italianos; su sumisión á Roma al terminar la guerra Mársica; y después, la Pompeya famosa por su hermosura y sus delicias, con sus palacios voluptuosos, adonde se retiraban los patricios romanos cuando les fatigaba la agitación revolucionaria del Foro; su cuantioso comercio, la opulencia de sus habitantes y el refinamiento de sus delicias, que la convertían en la principal ciudad de la Campania. Aquí vivía el historiador Salustio en artística casa, rodeado de hermosas mujeres, y aquí también Cicerón, en los ocios del verano, lejos de la tribuna que devoraba su fuerza intelectual, escribió el célebre tratado *De Officiis*.

Luego, como aviso de la definitiva catástrofe, venía el terremoto del año 63, que conmovió toda la Campania y arruinó á gran parte de Pompeya. Pero la ciudad, enloquecida por su belleza, hasta desconocer el peligro, volvía á levantarse mágicamente sobre los escombros,

y diez y seis años después, cuando aún no estaban terminadas algunas reconstrucciones, el 23 de Noviembre del 79, sobrevenía la catástrofe suprema, la lluvia de fuego y de cenizas, que extendía una mortaja gigantesca sobre la capital de la alegría. Á continuación diez y seis siglos de tumba, de obscuridad y de silencio. El nombre de Pompeya consignado únicamente en dos cartas de Plinio el Joven, que espeluznan, transmitiendo el horror del que ha presenciado el cataclismo. El lugar de su tumba era desconocido completamente por los hombres, hasta que, reinando en Nápoles el que después fué en España Carlos III, unos labriegos, excavando sus campos, tropiezan con los rotos tejados de la ciudad, extraen obras de arte, objetos de la vida íntima, antigüedades que revelan las costumbres en la primera mitad del siglo de Augusto, y el monarca siciliano ordena la excavación por cuenta del Estado, para descubrir por completo el tesoro histórico.

Desde entonces que con algunas intermitencias se excava con gran cuidado la extensa colina de lava, y está ya al descubierto la mayor parte de la ciudad.

Es imposible describir lo que se siente al llegar á la puerta de la Marina y ver su camino de entrada empedrado con grandes pedazos de roca azul, la bóveda que como un túnel perfora en pendiente la gruesa muralla, y en lo alto las primeras casas, por cuyas puertas parece que de un momento á otro van á asomar los primitivos habitantes.

Junto al portal, aún está excavada en los bloques de la muralla la hornacina que servía de garita al centinela romano, y más allá, entre las primeras casas, la aduana, con el ventanillo donde el empleado del Imperio cobraba los derechos de entrada y las cuevas donde se almacenaban las mercancías.

¡Cómo describir toda esa ciudad, que surge de repente más nueva é interesante aún de lo que uno se imagina al leer los relatos de anteriores viajeros! ¡Cómo contener la imaginación tantas veces exaltada por las informes ruinas del Foro romano que cuestan trabajo reconstruir, si aquí en Pompeya la vida, paralizada durante siglos, late aún como en los tiempos de Augusto y resucita completamente el mundo antiguo!

Es imposible ver en Pompeya unas ruinas. Es aún la ciudad del primer siglo días antes de la erupción, en la que entran por arte mágico los hijos de la edad moderna.

Yo veía en el fondo de la pétrea garita al legionario apoyado en su lanza, con las piernas desnudas y sobre el pecho la coraza de bronce. Ante la puerta de la Marina se agolpaba el gentío del vecino puerto; los marineros griegos con el gorro frigio, amplios y arrugados calzones y el manto abrochado sobre un hombro, vigilando las recuas de esclavos abrumados bajo el peso de los fardos recién desembarcados de la trirreme venida de Samos ó de Atenas. Los egipcios, cetrinos, majestuosos, con túnicas multicolores, la rizada barba postiza descansando sobre el pecho y en los ojos la expresión misteriosa de las esfinges. Las esclavas griegas volviendo de la fuente con la pintada ánfora sobre la cabeza, recta, sin moverse con las oscilaciones de la flexible y esbelta cintura. Los patricios regresando de sus «villas» de la campiña, casi tendidos en sus dorados carros, que suben con estrépito por la enlosada pendiente del portal. Los gladiadores, musculosos, de miembros enormes y cabeza pequeña, que, rodeados por sus admiradores, vuelven de emborracharse en las tabernas de las afueras, cogidos del brazo fraternalmente, sin acordarse de que al día siguiente han de despedazarse en el circo. La vestal que pasa como un fantasma, ligera, aérea, envuelta

en sus velos blancos; los sacerdotes de Isis, de aspecto feroz, guardando tras el arrugado entrecejo las trampas secretas y terribles del culto egipcio; los ancianos de luenga barba que, coronados de flores, liban la copa sagrada y degüellan el toro ante el ara de las divinidades olímpicas; el poeta latino con la redonda cabeza al descubierto, ocultando bajo el manto las tablillas donde grabó sus versos, paseando por la orilla del mar, y que entre dientes repite yámbicos y hemistiquios, acompañado por el choque de sus coturnos sobre las losas azuladas; las matronas, que, terminado su paseo por los bosquecillos al pie del Vesubio, caminan con su sólido paso de buenas mozas, pensando en el tedio que les espera dentro del marital gineceo; y las rameras pintarrajeadas, sin más vestido que el *gitón* griego, por cuya abertura asoma la esbelta pierna desnuda con la sandalia roja, ostentando frescos ramos en el pecho, entre dos hemisferios de alabastro que titilan á cada movimiento, inflamando á los adoradores de Príapo, en cuyos ojos chispea el fuego lúbrico de los sátiros peludos.

Sí; todo esto se ve á las puertas de Pompeya. Los bloques de piedra azulada que cubren el suelo y forman la robusta muralla vieron esto mismo durante siglos. Aún está en su superficie la huella de los calzados, las inscripciones que grabó el estilete, y de ellos emana ese poder misterioso que excita la imaginación y hace que se contemple con extraña clarividencia el pasado en todo su esplendor.

Cuando se entra en la ciudad, cuando se pierde uno en su red de calles, la exclamación de asombro es continua: se cree caminar envuelto en el romano manto, con toda la majestad de un ciudadano latino ó la ligereza de un marino griego.

No se tome como exageración el afirmar que no hay

ciudad moderna que sea tan cómoda y tan hermosa como lo era Pompeya. Las calles todas rectas, ni tan estrechas que impidiesen la ventilación y el tránsito, ni tan anchas que molestasen los ardores del sol del mediodía. El suelo de todas ellas empedrado con grandes losas azules, sobre las cuales resbalaba el agua sin formar barro ni charcos; en todas partes aceras de más de dos palmos de altas, que defendían al transeunte del roce de los veloces carros, y en cada encrucijada, de un lado á otro de la calle, tres bloques en fila, por los cuales atravesaban los pompeyanos sin mojarse los pies.

¿Y las casas?... La casa de cada ciudadano era un paraíso hermoseado por el arte, dentro del cual todo estaba previsto. En pie están la mayoría de ellas, y el visitante siente deseos de ser millonario para reconstruir una de tales viviendas y acabar sus días en ella, bebiendo el vino en copas de oro, entre las melodías de las desnudas flautistas griegas, como un ciudadano de los tiempos de Augusto.

Al pasear por estas calles, que repiten el eco de los pasos como las avenidas de un cementerio, no se siente, sin embargo, la soledad. Todo un mundo fantástico, pero animado y brillante, pulula en el interior de estas casas con las paredes hermoseadas por los frescos y los pavimentos de mosaico, donde en otro tiempo se posaban los desnudos pies de las hermosas pompeyanas, y ahora ¡ay! corretean verdes y panzudas lagartijas, eternas señoras de las ruinas.

El umbral en cada casa revela su destino. Las de los ciudadanos tenían las puertas de dos hojas con el umbral liso. Los establecimientos, que eran casi la mitad de Pompeya, tenían las puertas corredizas, y el umbral conserva todavía la ranura sobre la que resbalaban las maderas.

Era un pueblo alegre. En cada calle había dos ó tres tabernas ó casas de bebidas calientes, que equivalen á nuestros modernos cafés. Aún se conservan los mostradores de mármol, con los orificios para las ánforas, el pupitre del dueño donde se cambiaba la moneda, y en las paredes pinturas alusivas, con soldados y aventureros que, copa en mano y tambaleantes, cantan la gloria del vino de Sezze, según las inscripciones latinas. Se ven todavía las tiendas de los barberos, las zapaterías, los hornos con sus muelas para fabricar harina, los dos teatros, el circo, las posadas, y en algunas esquinas están aún los pasquines pintados con bermellón anunciando la comedia que va á darse en el teatro ú ofreciendo habitaciones para alquilar.

Esta ciudad maravillosa, en la que quedó petrificada la vida para que la contemplasen las generaciones venideras, no puede describirse de un golpe.

Hay aquí trabajo para rato. Y lo que más apura no es la dificultad de la descripción, ni lo penoso que resulta trasladar las imágenes, de una realidad asombrosa, al lenguaje, siempre pálido y descolorido, sino la gimnasia de palabras que hay que hacer, las tortuosidades y cabriolas de estilo que hay que emplear para que no se alarme el honrado lector ni se ruborice la lectora ante las costumbres y adornos de este pueblo despreocupado é inmoral de un modo asombroso.

Para poder pasar adelante, allanando el camino de las sucesivas descripciones, me veo obligado á recordar un cuento cuya acción pasa en los Estados Unidos, eterno escenario de las cosas raras.

Se celebraba un mitin en favor de la emancipación de la mujer, y todas las oradoras decían pestes de los hombres, hasta que una, más agradecida, salió en su defensa.

—En resumen—exclamó—: ¿qué es lo que distingue al hombre de la mujer? Sólo una pequeña diferencia.

Y una *miss* jovencita, rubia y de mirada candorosa, púsose en pie, gritando con entusiasmo:

—¡Viva la pequeña diferencia!

Pues esta «diferencia» es la que se encuentra en Pompeya por todas partes, pero «pequeña» no, sino enorme, monstruosa, con tan esplendorosa grandeza, que se sienten impulsos de echar á correr.

Sobre las puertas de casi todas las viviendas se ostenta aún el robusto falo como si fuese el escudo de la ciudad, y en los salones pompeyanos mostrábase como principal adorno el sátiro de bronce con el cirio sexual tan enorme y rígido, que casi le llegaba á los ojos, y del cual el padre de familia colgaba tranquilamente su capa.

XXVI

La ciudad resucitada

II

Para que el lector pueda formarse un concepto aproximado de cómo eran las hermosas viviendas de los patricios pompeyanos, pido permiso á la Imaginación, que tan fecunda se mostró con Bulwer Lytton, el autor de *Jone ó los últimos días de Pompeya,* y con su venia, vamos á recorrer la ciudad tal como era en los tiempos de Augusto.

No es hora aún de entrar en los templos, de pasear por el Foro, ni de asistir á las representaciones de los dos teatros, el cómico y el trágico. Conocemos ya las tabernas, y no me atrevo por ahora á conduciros al famoso callejón de los lupanares. Creo, pues, que lo más acertado será entrar en la casa de un patricio, en la del historiador Salustio, en la de Vesonio Primo, en la de Cecilio Giocondo, ó en cualquiera otra de las viviendas aristocráticas que aún se mantienen en pie, pues todas ellas ofrecen idéntico aspecto en su interior.

La palabra *Salve* se encontraba escrita en el umbral de la primera puerta, llamada del *área,* y en el corre-

dor comprendido entre ésta y la puerta del atrio veíase sobre la pared, pintado en mosaico, un enorme y feísimo perro negro, erizado, colmillos afuera, como si intentase arrojarse sobre el visitante, con la inscripción CAVE CANEM (cuidado con el perro), lo que revela á estos alegres pompeyanos como unos guasones de primera fuerza.

Ya estamos en el atrio, patio cuadrado, con el techo sostenido por hermosas columnas de mármol y el centro descubierto, para que las lluvias, resbalando por el tejado ó *compluvium,* caigan en el *impluvium,* fresca cisterna que se encuentra en toda casa pompeyana.

El pavimento del atrio es de menudo mosaico, con arabescos de colores vivos y complicados como los de las alfombras orientales; y en torno de él, sin otra comunicación exterior que las grandes puertas que dan luz y ventilación, están las estancias ó *covículos* del dueño de la casa, adornadas con pinturas, mosaicos y obras de escultura. En una de ellas duerme el patricio sobre el lecho de mampostería cubierto por colchonetas de seda, y su mirada de hombre ahito vaga por los frescos de las paredes, que reproducen las más seductoras escenas mitológicas: Baco destapando las bellezas de Ariadna; los sátiros persiguiendo á las ninfas; Diana bañando su púdica hermosura en la tranquila fuente. En otra estancia está la biblioteca, con sus rollos de papiro en los que se consignan las crónicas de Roma, ó que guardan en su enroscada superficie los cantos inmortales de los poetas latinos. El más grande de los *covículos* es el comedor de invierno, próximo á la cocina, con su gran ventana por donde los esclavos entran los platos calientes.

En el fondo del atrio está el *tablino,* el salón de las visitas, decorado con columnas y grupos de mármol,

en los cuales el falo desempeña el principal papel; y los rostros, en vez de reflejar la serenidad olímpica de las estatuas griegas, aparecen conmovidos por los espasmos de la lujuria.

Allí nos espera el dueño, envuelto en su manto de blanco lino, y nos hace sentar en sillas de tijera con purpúreos almohadones, sin fijarse en las miradas escandalizadas que nosotros, como bárbaros extranjeros, posamos en la lámpara en forma de falo, en los veladores que sostienen los faunos con su desarrollado sexo, en todos los adornos, que reproducen con más ó menos monstruosidad el acto del carnal ayuntamiento, inmoralidades en las que jamás se fija un buen pompeyano, habituado desde niño á verlas.

Hablamos de lo que hace Augusto, el divino César; de los últimos epigramas sobre su sistema de acariciar á Livia; de cuanto se murmura en el Foro romano sobre la corrupción de los patricios y la bestialidad creciente del populacho; y al fin, como tú ¡oh lector! y yo tenemos cara de personas decentes, incapaces de abusar de la hospitalidad ni gustar la fruta del cercado ajeno, el pompeyano, en un arranque de confianza, quiere mostrarnos toda su casa, enseñarnos el gineceo, donde vegetan las mujeres como orientales odaliscas y sólo tienen entrada los parientes más allegados.

Atravesamos el corredor inmediato al *tablino,* donde día y noche está el esclavo de centinela, con la cabeza rapada y los pies pintados de blanco, y henos ya en el *sisto,* la parte más hermosa de la casa, un fresco patio donde se cultivan flores y los tazones de fino pórfido cantan á todas horas bajo los chorros de agua que gordinflones Cupidos de mármol dejan escapar por... por donde les valdría una zurra si mamá Venus estuviera presente.

Todo el peristilo está adornado con estucos y pinturas de vivos colores. Rosarios de amorcillos mantecosos corren ó vuelan por zócalos y cornisas, persiguiéndose con graciosas cabriolas. El eterno sátiro peludo y hediondo, abriendo sus lanudas patas de cabra, amenaza con un cabezudo dardo á la beldad sonrosada, que huye abandonando la gasa que cubría sus gracias; el blanco cisne en cuyas entrañas late el prolífico fuego de Júpiter acaricia con su pico las níveas formas de Leda; el toro sagrado corre en el muro llevando sobre el lomo á la seductora Europa, que, atolondrada por el ímpetu de la carrera, se abandona, mostrando los más misteriosos encantos del sexo; y en medio de este museo de artística pornografía, cosen ó cantan las mujeres de la casa con el picudo peinado á la romana cubierto con polvos de oro, envueltas en blancas túnicas que transparentan armoniosas redondeces, frescas entonaciones de rosa, voluptuosas penumbras de los duros pliegues de la carne.

Pero no permanecemos mucho tiempo en el gineceo. El buen pompeyano es receloso, conoce su ciudad y no gusta de que sus mujeres sean vistas. Lo revelan las mismas pinturas del gineceo, pues en todas las casas aparece como pintura preferente la escena en que Diana, sorprendida en el baño por el curioso Acteón, yérguese ofendida y lo convierte en ciervo. Pero la chavalería pompeyana no se arredraba ante el terrorífico cuadro; la impresionaba poco la leñosa y complicada cornamenta que la diosa regaló al indiscreto joven griego, y es indudable que más de una vez entrarían cautelosamente en los gineceos, aunque sólo fuera por parodiar á Diana, haciendo que el dueño de la casa se sintiese Acteón de cejas arriba.

Tras esta visita al departamento de las mujeres, pasamos á las demás piezas de la casa. El baño, con su

piscina de mármol transparente; el *larario,* donde se mostraban los dioses lares, los protectores de la vivienda, bañados por la luz de las lámparas de bronce y plata que afectaban las formas más indecentes; la cocina, el granero, la despensa y la bodega, pieza esta última de gran importancia en un pueblo alegre que hacía traer de toda Italia ó de Grecia las porosas ánforas con los vinos más famosos.

Ya estamos en la calle. Pasamos por las amplias columnatas del Foro, donde nos asaltan los vendedores de amuletos, que siempre ven su negocio asegurado por la superstición de este pueblo. No había pompeyano que no ostentase sobre el pecho apretados manojos de misteriosos dijes, á los que atribuía un poder sobrenatural: figurillas con un falo tres veces mayor que ellas; sexos femeniles de grotesca forma; cabezas de sátiro, cuernos de coral y patitas de cabra.

En el teatro cubierto donde se representan las comedias, hierve la muchedumbre con el afán de ver las espantosas máscaras de los actores y presenciar sus licenciosas escenas, donde una musa libidinosa se muestra con brutal desnudez. En el teatro trágico, grande y descubierto como un circo de gladiadores, los esclavos tienden el pesado toldo; preludia la orquesta y el coro se prepara á explicar con un canto reposado y sencillo las desventuras que van á verse sobre la escena; la audacia de Prometeo, representante de los anhelos humanos, robando á los dioses el sacro fuego é insultándolos valerosamente cuando se ve en el infortunio.

¿Pero á qué entrar en ellos? Sigamos adelante. Vamos al templo de Isis, al lugar donde impera esa raza de comerciantes que vienen del fondo de África; gente misteriosa que se desliza al andar, como si temiera el ruido de sus pasos, y turba al pompeyano con la mirada

de sus ojillos dorados que flamean misteriosamente sobre su faz cetrina.

En la puerta hay una imagen que apoya el índice en la punta de la nariz reclamando silencio; y la gente entra reverente y cabizbaja bajo la mirada fija de los sacerdotes, que exhiben la esférica cabeza completamente afeitada y el cuerpo cubierto por una dalmática de vivos colores.

Las robustas columnas rematadas por la simbólica flor del loto sostienen las grandes láminas de piedra de la techumbre, y en el centro, sobre obscuro graderío que ningún profano puede hollar, cubierta por severo templete, está la Isis de mármol negro que mira fijamente con sus muertos ojos.

Cerca de la imagen, y colgando del muro ó de las columnas, se ven, como en los demás templos, manojos de ofrendas que recuerdan otros tantos milagros: manos y pies, pechos y ojos, todo de cera ó de metal, puestos allí por los enfermos que sanó la diosa. Ni más ni menos que hoy Santa Lucía da vista á los ciegos, ó la Virgen de Lourdes hace innecesarios médicos y boticas.

Los devotos, uno á uno, llegan al pie del altar, entregando antes á los sacerdotes las ricas ofrendas: bolsas de dinero para sacrificios, tiernas ovejas, blancos toros, que han quedado á la parte de afuera. Preguntan á la diosa con voz emocionada sobre el porvenir. Isis conserva muchas veces su imponente inmovilidad, pero otras, ¡oh prodigio! se mueven sus brazos, brillan sus ojos y se inclina su cabeza, mientras la muchedumbre, anonadada por el milagro, se prosterna dando alaridos y besa la túnica de los impasibles sacerdotes.

Por desgracia, la catástrofe que enterró á Pompeya no dió tiempo para dejar las cosas en regla, y al excavarse los restos del templo de Isis se han visto las arti-

culaciones de la estatua, y aún puede subirse hoy por la escalerilla secreta que conduce al hueco pedestal de la estatua donde se agazapaban los ayudantes del templo para tirar de la cuerda de los milagros.

Nihil novum sub sole.

Los sacristanes que en nuestros tiempos hacen sudar sangre á los Cristos ó que los santos den golpes en los vidrios de sus altares estarán tan satisfechos de su habilidad, y no saben ¡infelices! que hace diez y ocho siglos unos tíos de color de zapato viejo les daban quince y raya en el arte de ganarse el pan explotando la eterna imbecilidad humana.

XXVII

La ciudad resucitada

III

Después que el guía de Pompeya os enseña un sinnúmero de establecimientos de la ciudad resucitada, en los cuales sólo faltan dueños y parroquianos para que la ilusión de vida sea completa; después que contempláis las bellezas de la casa «del poeta trágico», de la de «las vestales», de la «pared negra», de los «epigramas griegos», y que paseáis por la arena del anfiteatro, entráis en una callejuela, en cuya esquina las señoras extranjeras que guía en mano visitan las ruinas se detienen confusas y con rubor más ó menos auténtico.

Este callejón es la famosa vía del Lupanar, donde está la principal casa de lenocinio de Pompeya, tan asombrosamente conservada, que parece que las cenizas volcánicas en vez de destruirla la protegieron amorosamente, para que las generaciones venideras pudieran apreciar hasta dónde llegaba la corrupción romana.

Entramos en el lupanar, precedidos por el guía, unos cuantos alemanes y tres curitas italianos, á los cuales se les coloreaba la nariz de palpitantes alillas, como si per-

cibiesen aún el excitante perfume que dejaron las hetairas al rozar los muros con sus túnicas impregnadas de afrodisíacos olores.

En el centro de la casa, un amplio salón, en cuyo fondo aparece pintado el dios tutelar del establecimiento, Príapo, llevando bajo los brazos, á guisa de cuernos de la abundancia, dos enormes emblemas de su culto. En los demás paños de pared quedan, con brillantes colores, escenas al desnudo que clavan en el suelo de sorpresa á todo visitante, por despreocupado que sea; todo el muestrario, en fin, de cuantos géneros y habilidades se despachaban en la casa.

¡Vaya una gentecilla la de Pompeya! Los que claman contra la corrupción jamás vista de este siglo podían dar un vistazo á las costumbres de hace diez y ocho siglos que se revelan aquí milagrosamente. Cuantas brutalidades se leen hoy con horror en las gacetas de tribunales, las estupideces y aberraciones de placer cuyo relato vuelca el estómago, eran moneda corriente entre la juventud pompeyana, los marinos griegos ó los soldados romanos que hace siglos visitaban estas casas de placer.

Pasemos de largo ante los frescos, como pasaban los tres curas... después de haberlos contemplado con ojos entornados durante diez minutos.

En el fondo del salón de espera está el pupitre de mármol tras el cual la *proxenetes,* dueña de la casa, cobraba á los parroquianos, y en torno de aquél ábrense las puertas de seis *covículos.* Aún se ven los lechos de mampostería sobre los cuales tendían las cortesanas la famosa esterilla del oficio, que fué el lecho más apreciado por la imperial Mesalina.

Todavía se ven en las paredes de esos antros de la brutalidad carnal las inscripciones grabadas por los parroquianos, sus obscenos dibujos. Los que carecían de

dinero trazaban su nombre en la pared, ofreciendo pagar, so pena de que Príapo, en caso de olvido, les castigase con la impotencia. Después volvían á borrar su nombre ó no volvían, pues indudablemente la historia de los «micos» se pierde, como diría un orador, en la «noche procelosa de los tiempos». Otros convertían la pared en testimonio eterno de su fuerza, y grabando un falo en el yeso, cada vez que consumaban un sacrificio en honor de Príapo adornaban el dibujo con una rayita, contemplando después con satisfacción y cansancio este jeroglífico de cuentas erizado de púas como un puerco espín.

Pero lo más curioso de dicha calle es la casa del boticario, situada al lado del lupanar. Dos enormes serpentones pintados de verde y enroscados sobre un fondo rojo llenan aun hoy la pared, como inequívoco emblema del gremio de los emplastos. Á pesar de esta muestra, la juventud de Pompeya y la gente del puerto, cuando de noche iban á la mancebía con paso no muy seguro y la mirada turbia, se equivocaban siempre de puerta, y el buen boticario tenía que saltar de la cama á cada instante para oir que le preguntaban por las muchachas, cuando él se creía llamado para despachar recetas.

Tanto apuraron su paciencia, que, al fin, sobre los serpentones, grabó una concisa inscripción latina, que, traducida en romance, dice así:

Gente ociosa y trasnochadora, pasa de largo. Lo que buscas está en la otra puerta. Aquí se viene después por el remedio.

Nadie negará que el tal boticario era hombre de experiencia.

No tienen las Termas de Pompeya el decorado pornográfico que se encuentra en las viviendas particulares, y sin embargo, en sus salones envueltos en dulce

penumbra, en las grandes piscinas de mármol que baña el sol suavemente filtrándose por la bóveda, y en los muros cubiertos de alegres mosaicos, se nota la voluptuosidad de aquel pueblo que profesaba entusiástico culto á la carne desnuda. Allí se reunían las beldades pompeyanas, de las cuales las más virtuosas se contentaban con abandonarse, al salir del baño, á las manipulaciones de los esclavos eunucos encargados de secarlas. Allí leían los poetas sus últimas obras y se hacían públicas las más ignoradas noticias de la ciudad, convirtiendo los salones de descanso en animadas gacetillas.

La belleza de las Termas sólo puede compararse á la de la casa de Diomenes, el edificio pompeyano que mejor se conserva y que al ser descubierto reveló toda la horripilante grandiosidad de la catástrofe final.

El atrio ostenta catorce columnas de mármol transparente como nácar, y desde él se desciende á las habitaciones de los siervos y al baño de la familia, que ofrece en pequeño todas las comodidades de una terma pública.

Por el corredor del centro se llega á la gran sala, en cuyo centro está el jardín con hermosas estatuas y tazones de alabastro transparente, donde susurran los caños de agua; y en torno de este pequeño paraíso están las estancias del lecho, las habitaciones de las mujeres, todo pintado, embellecido, seductor, como era característico en la vivienda de un opulento pompeyano.

Debajo del jardín está la bodega, y allí, al practicarse las excavaciones, salió á luz el momento final, la agonía suprema de los habitantes de la casa, que, inadvertidos ó sobradamente confiados, no escaparon á tiempo de la invasión de la lava. Diez y ocho cadáveres se encontraron en una de las salidas de la bodega, entre ellos el de un joven y un niño—hermanos tal vez—, que

al sentir la proximidad de la muerte se unieron en estrecho abrazo. Allí fueron hallados panes, quesos, huevos, frutas; todo lo que existe en el Museo de Nápoles como recuerdo de la mesa de los pompeyanos. En el museo de las ruinas figuran los cadáveres cubiertos por una capa de yeso, para evitar su pulverización, pero revelando aún en las posiciones de sus miembros el estertor de la agonía. Allí está la madre delatando en su abultado vientre un nuevo ser anulado por la catástrofe antes de ver la luz; los pobres niños con piernas y brazos en lo alto, como si pretendieran repeler la mortaja de cenizas que caía sobre ellos; los esclavos, rígidos, sin expresión, como si acogieran con indiferencia una muerte que les libraba de penas; una adolescente de tiernas y graciosas formas descansando sobre el vientre con el rostro entre los cruzados brazos, como si hasta en el momento supremo pensase librar de la lava sus bellos ojos, y Diomenes, el dueño de la casa, que fué encontrado en el huerto con una llave de plata en la mano, muerto indudablemente cuando, seguido de un esclavo cargado de moneda y objetos preciosos, iba en busca de una puerta de escape para salvarse él y su familia.

Pero de todas las tragedias que se desarrollaron en el seno de la gran catástrofe y que la lava ha revelado, después de ocultarlas tantos siglos, la más conmovedora es la del centinela que guardaba la puerta por donde se sale á la vía de los sepulcros.

Al practicarse las excavaciones por este lado de la ciudad se encontró dentro de la garita de piedra al legionario romano, firme en su puesto, apoyado en la lanza, con el escudo á los pies y la visera del casco sobre los ojos.

En el sitio donde se hallaba tenía enfrente el Vesubio. Veía escaparse el infierno por aquella cumbre circundada de truenos y relámpagos; bajar por las laderas y aproximarse serpenteando los ríos de lava; huir la gente, que pasaba ante él loca de terror; caer del cielo lóbrego una lluvia de cenizas, que primero le cubría los pies, después las rodillas, luego el pecho y poco á poco enterraba la ciudad. Pero la consigna le mandaba permanecer en su puesto guardando la puerta; no podía moverse mientras no vinieran á relevarle; y allí murió, sin que se rebelara el instinto de conservación, olvidado de sus jefes, con la tranquilidad del que cumple su deber, para surgir siglos después entre la removida tierra, siempre de pie y sereno, como buen legionario romano.

Se comprende que soldados así conquistasen el mundo.

XXVIII

La montaña de fuego

I

Fuera de Pompeya me esperaba el guía con los dos caballejos que nos habían servido en la excursión por la orilla izquierda del golfo.

Eran las dos de la tarde; la mejor hora para subir al Vesubio y ver desde sus alturas la puesta del sol tras las verdes aguas de Nápoles.

Puede ascenderse al volcán cómodamente en el ferrocarril funicular. Pero pierde la ascensión toda su poesía metiéndose en un vagón y recorriendo en línea recta durante unos pocos minutos lo que á caballo cuesta más de tres horas por tortuosos senderos no exentos de peligro, pero con admirables puntos de vista.

Atravesamos al trote las calles de Torre Annunziata, ciudad famosa, no por su proximidad al volcán, sino por sus fábricas de macarrones, que son las primeras de Italia, y al pasar ante los obscuros soportales veíase á la chiquillería y las muchachas de vistoso refajo tender sobre largas cañas las rubias madejas de pasta tierna que han de hacer las delicias de los *restaurants,* escu-

rriéndose de los tenedores para enredarse en las barbas de los parroquianos.

Hermosa es la campiña que rodea y aprisiona al yermo y sombrío Vesubio. La feracidad del suelo y la hipocresía del volcán, que durante años enteros respira como un niño para atraer á las futuras víctimas, hacen que la agricultura napolitana busque estos campos, en cuyas entrañas late un perpetuo verano. Rumorosos bosques de pinos orlan los grandes trozos de regadío; las viñas agitan sus penachos de rojizos y quemados pámpanos al extremo de los vástagos en que se enrosca la cepa, y grupos de blancas casitas, como si no cupieran en la hermosa vega, suben por la falda del volcán, cual tropel de chiquillos que, viendo dormido al gigante, se empinan audazmente para tirarle de las orejas.

Cuando entramos en Bosco Reale me admiraba del atrevimiento de estos campesinos que, por un descuido tradicional transmitido de padres á hijos, viven en la misma garganta del lobo. Por encima de los tejados se ve la imponente masa del volcán con sus laderas pulidas y brillantes por las erupciones. Basta una simple indigestión del Vesubio, que tenga un golpe de tos y espute un poco de su roja saliva, para que inmediatamente todo el pueblecillo quede anegado bajo una lluvia de fuego.

Ya ha sido arrasado varias veces Bosco Reale; pero sus habitantes, apenas sienten los primeros carraspeos del coloso vetusto é irascible en cuyo regazo duermen, apenas les avisan el peligro la vaca que muge en el establo y rompe las ligaduras, el caballo que huye relinchando hacia el mar ó el ratón que abandona el agujero, cogen su fortuna de andrajos y trastos viejos y huyen, para volver poco después á reconstruir las ruinas de sus viviendas sobre un suelo de ceniza caliente: y tal día hará un año.

Pueblo admirable, que vive únicamente para demostrar cómo la miseria desafía al peligro y para robar al viajero. Mientras los caballos descansaban un cuarto de hora en un mesón del pueblecillo, la ventera, una vieja bruja, sacaba la botella de vino del Vesubio, é iba en busca de su hija para que le sirviera, adivinando, sin duda, que á la sombra de una bandera simpática la mercancía es más apreciada.

¡Ladrones famosos, al lado de los cuales son niños de teta aquellos venteros descritos por Cervantes! Roban acariciando, humildes, sin dejar de sonreir. Os piden dos liras por un trago de vino volcánico, amargo como la cerveza, tan cargado de alcohol, que momentos después os hace cabecear sobre el caballo; y cuando protestáis del escandaloso saqueo, la hija de la casa, con su cara de brillante bronce, la frente festoneada por flecos y caracoles cargados de bandolina y el musculoso cuello cubierto por enroscados corales, os mira con sus ojazos de lava ardiente y os deja clavados diciéndoos que un caballero no debe regatear como los pobres, tanto más cuanto que se ve al momento que es una persona distinguidísima.

¡Ah, graciosos granujas! ¡Y con qué arte sacáis el dinero á todo el que llega, colmándolo de humillantes elogios, comparándolo con el Apolo del Belvedere, aunque sea un inglés panzudo, patizambo y de color de vino! Recordaba lo que dijo Musset de toda esta gente que vive á la sombra del Vesubio y lo que se lee en los *Recuerdos de Italia,* de Castelar, quien se queja de los bandidos que pululan en torno del volcán; pero no creía que llegasen á tanto. Aquí hay que venir con la cartera abierta para esparcir liras á todos los vientos, ó con una vara de fresno para tener á raya á este tropel de «vesubianos» sin otra industria que saquear al viajero.

Antes de llegar á la cumbre se pasa por los infinitos círculos de un nuevo infierno dantesco, donde, como almas en pena, quedan cautivas las liras, por bien que se las guarde.

Se llega á la Casa Blanca, un ventorro que es la vivienda humana más próxima al cráter, punto de parada de los excursionistas para que descansen los caballos. Os defendéis valerosamente de la dueña, que amenaza vuestro bolsillo con la consabida botella de vino del Vesubio, y cuando vais en busca del caballo, os lo traen dos zagalones, que parecen haber brotado del suelo con el único fin de sacaros nueva propina.

Y se la dais á pesar de todo. No podéis menos de celebrar la gracia de esta gentecilla, que se parte por el espinazo á fuerza de reverencias, os desea muchas felicidades, y á ciegas hace votos para que cuando el viajero vuelva á su tierra encuentre bien á la mujer y los hijos, sin saber si es un soltero ó un capellán que va de incógnito. Mientras uno sostiene las riendas, el otro os ayuda á montar, y aun en esto encuentran motivos de adulación, pues si sois flacos como una espina, alaban vuestra esbeltez, las grandes conquistas que indudablemente habréis hecho; y si sois gruesos, dicen que el señor debe comer muy bien y que á la legua se conoce que se nutre con excelentes macarrones.

¡Á correr! ¡á correr! Lejos de las venteras que saqueen con elogios y miradas incandescentes y de vagos que, cuando no pueden prestaros otro servicio, os cepillan los pantalones con una mano y os presentan la otra pidiendo la *buona mancia.*

El feo caballejo, relinchando como si le excitase el olor de la lava, tirando algún que otro mordisco al jamelgo del guía que marcha á su lado, galopa por entre los últimos viñedos, aprisionados en los obscuros ribazos

de piedra pómez. Deja atrás los pinos, cada vez más retorcidos y raquíticos, y llegamos, por fin, á la verdadera región volcánica, á los inmensos declives de lava pulverizada, en los que todo es camino y donde el caballo se hunde muchas veces en una arena negra que, al ser aplastada, cruje como sal, punzante como un puñado de agujas, y tan sutil, que se introduce por las costuras en los zapatos del jinete, haciéndole sufrir cuando echa pie á tierra.

No he visto jamás un espectáculo como el que ofrecen las laderas del volcán. Conforme sube el viajero se ve envuelto en ese profundo silencio de las grandes alturas, que en el Vesubio resulta más sombrío é imponente. Por allí ha pasado la muerte en forma de oleadas de fuego, devorando hasta los invisibles gérmenes que pueblan el aire con vibraciones de vida. Echando atrás la cabeza, como si fuera á mirarse al cielo, se ve la remota cumbre con el inquieto penacho de humo, que á la luz del sol tiene la blanca pureza de un copo de algodón, y desde allí hacia abajo se extiende el oleaje de la lava petrificada, con colores más ó menos obscuros, según la fecha de la erupción; derrumbamientos de calcáreos torrentes; cascadas rojas congeladas por el tiempo; colinas que son confusos amontonamientos de negros pedernales, como si los cíclopes hubiesen vaciado allí, en espuertas, los férreos residuos de sus gigantescas fraguas.

Y mientras los caballos galopan por las sábanas de negra arena, y se ven á lo lejos, empequeñecidos por la distancia, como figurillas de una caja de juguetes, algunas parejas de viajeros que descienden del volcán, el guía, un mocetón de rubio bigote, me entretiene con su charla, me cuenta sus aventuras de la época en que sirvió á la patria en un batallón de *bersaglieri,* y me señala allá lejos, con la punta del látigo, el sitio donde su hermano mayor, que también era guía, murió aplastado, hecho una verdadera tortilla, bajo un pedrusco de algunos quintales que expelió el Vesubio un día de erupción.

Esta montaña sombría y tranquila, en cuyas entrañas hierve el infierno, guarda una crónica horripilante de trágicas desgracias.

Mientras subíamos penosamente por unas pendientes que suenan á hueco, como si la costra fuese á romperse en mil pedazos, vomitando una ola de fuego, no podía alejar de mi memoria el recuerdo del pobre Silva, un joven brasileño que murió allá arriba, en el cráter que en este momento humea dulcemente, como si la ancha boca de la muerte fuese una pobre hoguera de pastores.

Le conocí en París, algunos meses después de proclamada la República en el Brasil. Tenía el pobre Silva casi mi edad y una mujer y dos hijos como yo los tengo ahora. Era un buen muchacho, instruído, enérgico, de gran fe republicana y sin otro defecto que ostentar, como buen brasileño, con cierto gozo infantil, las manos cuajadas de brillantes y sobre el estómago una escandalosa maroma de oro.

Había pasado de los veinte á los treinta años escribiendo contra el imperio del Brasil, pronunciando discursos de propaganda republicana, conspirando en unión de los militares antimonárquicos, huyendo unas veces é ingresando en la cárcel otras por defender sus ideas revolucionarias.

Y cuando la República triunfó, Silva, artista más que político, despreció las actas de diputado, los altos cargos diplomáticos, y sólo pidió á sus correligionarios una pensión para recorrer Europa, estudiando especialmente la España y la Italia, pueblos que le atraían con el encanto de su historia.

Salió de París sin despedirse, sin que yo le viera. Iba á Italia y pensaba regresar pronto á la metrópoli francesa. Sentí la ausencia de aquel compañero, de aquel hermano de ideas, con el cual tantas veces—paladeando la cerveza de las *brasseries* del Barrio Latino y entre el humo de las pipas—habíamos destronado en un periquete á todos los reyes de Europa, constituyendo con la mayor facilidad la gran República Federalista Universal. Y un mes después—me estremezco todavía al recordarlo—encontré en la prensa parisién la noticia de que el republicano brasileño, al subir al Vesubio, bien fuese por error del guía ó por audacia propia, había llegado á un sitio donde, abriéndose el suelo, lo había devorado entre torrentes de fuego y de humo.

¡Sarcasmos del Destino! ¡Dedicar la vida entera á la realización de un ideal, sufrir por él castigos y persecuciones, y cuando el éxito acababa de coronar sus esfuerzos, cuando veía ante su pasada pobreza un amplio y risueño panorama de dichas, venir á Europa, empujado por la fatalidad, para morir achicharrado en abismos insondables y misteriosos!

Y mientras mis ojos parpadeaban, repeliendo algo que pugnaba por salir, creía escuchar, como si resbalara milagrosamente por la inmensidad del Océano, el alarido de horror, el llanto desesperado de la joven esposa, abrazando convulsa á los dos hijitos, allá en las hermosas riberas del Brasil.

XXIX

La montaña de fuego

II

Después de hora y media de marcha por las areniscas laderas del volcán, llegamos á la región de las lavas petrificadas, donde vive en formas eternas el horror de las erupciones, el espantoso rebullir de los torrentes de fuego.

Corrían los caballos por entre las gigantescas olas de piedra que encorvan sus crestas como si fuesen á desplomarse sobre el viajero. En los angostos y serpenteantes senderos rodaban bajo las herraduras los esponjosos pedruscos, cayendo por derrumbaderos cuya profundidad espanta, y ni un arbusto, ni un pájaro, ni un insecto animaban la parda y silenciosa monotonía de aquellos lugares malditos.

La imaginación, ante las convulsiones del terreno, ante aquel mar de lava por cuyas ondulaciones caminábamos, empequeñecidos é insignificantes, evocaba y veía con toda su espantosa grandeza el momento de las erupciones. Allá arriba el cráter, como gigantesca antorcha, disolviendo la obscuridad de la noche, tronando

como Jehová en la cumbre del Sinaí, entre nubes inflamadas y mortíferos vapores, lanzando sobre el llano enormes masas que aplastan con su peso é incendian con su contacto; y descendiendo sorda y traidoramente, con interminable ondulación de anillos, los rojos ríos de lava, que se ciñen y asfixian á los pueblos del llano, nuevos Laocoontes que en vano pugnan por librarse de las serpientes de fuego.

En épocas de tranquilidad, cuando el volcán duerme con suave ronquido, respirando tenues nubecillas, y el frío viento del golfo convierte en frágil y esponjosa piedra los ígneos torrentes, este desolado paisaje, con sus enormes bloques, sus accidentadas sinuosidades y el obscuro color que contrasta con el azul del cielo y la pureza del aire, hace pensar en los sombríos peñascales por donde el bardo más prodigioso de la Edad Media iba en busca de los siete círculos del infierno.

Como en las fantásticas láminas de Doré, se cree ver á lo lejos, caminando sobre las negras crestas, empequeñecidos por la distancia, pero destacándose sobre el límpido cielo, al maestro Virgilio con su manto blanco, coronado de laurel y flotando sobre su frente el luminoso nimbo de la gloria, y detrás el amplio ropón rojo del Dante, por cuya puntiaguda caperuza asoman la afilada nariz y la frente austera surcada por arrugas que trazaron con dura mano las desgracias de la patria y la ingratitud de los hombres.

Se siente en el desolado paisaje el espanto que infunden los tercetos dantescos; el ánimo se sobrecoge; se cree que tras cada revuelta de la lava va á surgir el perro de las siete cabezas avisando al viajero con sus infernales aullidos que pronto encontrará grabada en la roca la desesperada inscripción:

Per me si va fra la cittá dolente...

Y como contraste rápido y fulminante, basta tirar de las riendas al caballo y volver la vista al paisaje que se tiene á la espalda para prorrumpir en un grito de asombro.

¡Cómo describir tanta belleza! El golfo, el inmenso golfo, extendiendo hasta el mar libre su esplendoroso y ondulante manto. Al pie de la montaña, Torre del Greco, Torre Annunziata, Castellemare, pintorescas aglomeraciones de blancas casas, con puertecitos que abarcan en sus curvas garras de piedra las goletas de cabotaje, las tartanas de puntiaguda vela. Á la izquierda, Nápoles tendida junto á las olas, entonando perezosa romanza mientras la brisa hace ondear su zagalejo de mil colores y brillan al sol sus complicados collares de vidrio; los cabos Miseno y Massa, que cortan el horizonte con masas de rosa manchadas de sombra; el golfo, que brilla como un espejo, moteado por las embarcaciones que se deslizan como mosquitos; el sol, que, aproximándose á las aguas, hace juguetear una faja interminable de peces de fuego; la isla de Capri, que cierra el golfo, llevando sobre su lomo blancas aldeas, frondosos bosques, sonrosados castillos, mientras guarda en sus entrañas la portentosa Gruta Azul; y en último término, allá donde el mar libre va esfumando su azul hasta confundirlo con el espacio, flotan como cetáceos dormidos Prócida é Ischia, percibiendo el rebullir en sus entrañas de las convulsiones del terremoto.

Cuanto sintió la musa popular del *Funiculí funiculá* al cantar las bellezas que se contemplan desde las alturas del Vesubio, lo sentía yo en aquel momento. Y ebrios de luz y de colores, como si toda la esplendorosa belleza del golfo nos invadiera el cerebro, el guía y yo, con rara coincidencia, conmovimos la augusta soledad del volcán, sus sombríos ecos, cantando á todo pulmón esa

trova original y bella como el gorjeo del pájaro errante, en la que la bohemia napolitana adora á su patria:

Oh! bella Napoli,
sogno beato,
dove si trova
tutto il creato...

Y allí permanecimos más de media hora, enclavados por la interminable emoción que nos causaba el panorama; y hasta los pobres caballejos avanzaban la roma nariz con codicia y relinchaban dulcemente, como si se filtrase en sus venas la suave voluptuosidad del paisaje.

Pero terminaba la tarde y había que aprovechar el tiempo. Continuó el galope audaz por sendas y revueltas donde un mal paso basta para que caballo y jinete rueden por abismos y la carne se destroce y desmenuce entre las aristas de la endurecida lava, que corta como navaja de afeitar; y á las tres horas y media de penosa ascensión, siempre tendidos sobre el cuello del jamelgo, que en vez de correr trepa cual una cabra, llegamos al cráter del volcán.

Figuraos un anfiteatro colosal excavado en la cumbre de una montaña, con las paredes lisas y brillantes como un embudo y un fondo que se oculta tras la densa capa de vapores que ascienden en espiral inmensa, y esto es el cráter. El calor es insufrible, el rostro se congestiona, el sudor rezuma por todas partes, se siente la asfixia cada vez que se intenta asomar la cabeza al cráter, y allá en el tenebroso fondo de la misteriosa olla se distingue el fulgor de la hirviente lava, acompañado por el espeluznante rugido que viene de las entrañas de la tierra. Las suelas de los zapatos se caldean, quemando los pies; hay que estar en continuo movimiento para que las plantas no se escalden; se siente que la tierra

ronca bajo vuestros pasos, como si de un momento á otro fuera á empujaros con terrible cólera, y... ¡por qué no decirlo! se experimenta tanto miedo como el soldado valiente que al entrar al asalto sabe que el terreno está minado por el enemigo y puede estallar de un momento á otro.

Allí murió el pobre Silva. El guía me enseñaba un desmoronamiento horrible del cráter, el desprendimiento del terreno que le arrastró, sepultándolo en el fondo. Se calcula que tiene sobre su cuerpo más de cinco mil toneladas de tierra. ¡Pobre amigo mío! Duerme como un Faraón enterrado en las pirámides.

Confieso que, una vez satisfecha la curiosidad, no atrae gran cosa la cumbre del Vesubio. Se suda allí como en Agosto; se respira con angustia; se contempla con envidia una cordillera cercana, cuyas cumbres brillan como plata, cubiertas de nieves eternas, y se acaba por no poder resistir el ardor de las suelas, próximas á inflamarse.

Encendí un cigarro con solo hundir su punta entre dos piedras; me asomé por última vez al infernal embudo, aspirando una bocanada de su hálito de azufre, y comenzamos á descender, para detenernos diez minutos más abajo en las fuentes de la lava.

Aquí volvió á hacer su aparición la pillería vesubiana. Cuando estábamos en lo más intrincado de aquel dédalo de masas de lava, encontramos un grupo de hombres andrajosos con enormes palos. Eran los guías de la montaña, los portadores de las parihuelas que emplean las señoras para ir á las fuentes de la lava, los que dan la mano á los hombres en los malos pasos.

Había que echar pie á tierra, y por más que para evitar propinas despedí á aquella gente, asegurando que tenía piernas de acero, una media docena de ellos me

siguieron con socarrona sonrisa que significaba la seguridad de que pronto necesitaría de ellos.

No se equivocaban. Era media hora de marcha por donde jamás ha existido camino; bajadas que son saltos por declives casi verticales, en los que la punzante arena os muerde hasta las rodillas; subidas por el oleaje de lava petrificada, sin poder apoyar las manos, so pena que se quede la piel sobre la caldeada superficie; abismos á cada paso que os hacen sentir el vértigo; pedruscos por cuyas grietas brilla el fuego interior como los inflamados ojos de un ser infernal que os espía para echaros la zarpa, y que se rompen inesperadamente, roídos y frágiles por la combustión interna; y las finas botas, hechas para andar por cómodo pavimento de las ciudades, se rajan á cada paso, mientras la suela va dejando una estela de menudas tiras, cepilladas por las aceradas lenguas de la lava.

Resistí mientras pude; pero al fin tuve que entregarme, como todos los viajeros, en manos de mi socarrona escolta. Dos de ellos me agarraron por los brazos, otro con hombros y cabeza me empujaba por los riñones y... ¡arriba va el fardo! De este modo, llevado casi en volandas, llegué al confuso amontonamiento de ardiente piedra en cuya cumbre surgen las fuentes de lava. ¡Cristo! Allí sí que se estaba mal. Bastaba escupir para que chillase la piedra como aceite frito; todas las grietas exhalaban un humo tenue pero asfixiante; los que me rodeaban y el lejano paisaje parecían temblar vistos al través del ondulante vapor que llenaba el espacio. Era imposible colocar los pies cinco segundos en el mismo sitio. El fuego interno marcaba sus fajas incandescentes por entre los pedruscos, á tan poca profundidad, que podía tocarse con el bastón; y á pocos pasos corrían lentamente, con dificultad, las fuentes de lava, barro inflamado de un hermoso color de sangre, que volteaba dentro del cauce, rodando unas ondas por encima de las otras.

Aquello es la eterna sangría del Vesubio, lo que le salva de esas apoplejías de fuego que de vez en cuando conmueven el territorio de Nápoles. Por allí se escapa mansamente la fiebre de destrucción, enfriándose antes de llegar al llano.

El espectáculo era hermoso; lástima que el calor del aire y lo ardiente del suelo produjesen una asfixia insufrible. Pero esta pillería vesubiana todo lo tiene previsto, y de repente vi aparecer tras un peñón, como vomitado por la lava, un vejete de blanca barba con una cestita de botellas. Llenó un vaso de vino, mientras que todos sus cofrades de explotación incitaban al señor á que bebiese por la salud de la señora y de los niños—el toque decisivo—, afirmando que en todo el mundo no encontraría sitio más famoso para echar un trago.

Conmovido por el recuerdo de la familia en tal lugar, donde una ligera inclinación, una leve caída, basta para que la inflamada corriente convierta en pocos segundos un cuerpo humano en pulido esqueleto, me dejé seducir y bebí con la delicia del que le ofrecen algo fresco dentro de un horno.

Y por un trago de vino malo tuve que pagar tres pesetas. Después, al pasar lo peor del camino, ó sea al descender como un cuerpo inanimado por los ardientes precipicios, los conductores, aprovechando la ocasión del peligro, me indicaban lo que debía darles por sus servicios, recordando lo que les entregan los ingleses y alemanes que suben al Vesubio. Á creerles yo, se quedan hasta con mi camisa.

Callé, esperando llegar donde estaba el caballo; monté seguido por el cómplice guía, que no abría la

siguieron con socarrona sonrisa que significaba la seguridad de que pronto necesitaría de ellos.

No se equivocaban. Era media hora de marcha por donde jamás ha existido camino; bajadas que son saltos por declives casi verticales, en los que la punzante arena os muerde hasta las rodillas; subidas por el oleaje de lava petrificada, sin poder apoyar las manos, so pena que se quede la piel sobre la caldeada superficie; abismos á cada paso que os hacen sentir el vértigo; pedruscos por cuyas grietas brilla el fuego interior como los inflamados ojos de un ser infernal que os espía para echaros la zarpa, y que se rompen inesperadamente, roídos y frágiles por la combustión interna; y las finas botas, hechas para andar por cómodo pavimento de las ciudades, se rajan á cada paso, mientras la suela va dejando una estela de menudas tiras, cepilladas por las aceradas lenguas de la lava.

Resistí mientras pude; pero al fin tuve que entregarme, como todos los viajeros, en manos de mi socarrona escolta. Dos de ellos me agarraron por los brazos, otro con hombros y cabeza me empujaba por los riñones y... ¡arriba va el fardo! De este modo, llevado casi en volandas, llegué al confuso amontonamiento de ardiente piedra en cuya cumbre surgen las fuentes de lava. ¡Cristo! Allí sí que se estaba mal. Bastaba escupir para que chillase la piedra como aceite frito; todas las grietas exhalaban un humo tenue pero asfixiante; los que me rodeaban y el lejano paisaje parecían temblar vistos al través del ondulante vapor que llenaba el espacio. Era imposible colocar los pies cinco segundos en el mismo sitio. El fuego interno marcaba sus fajas incandescentes por entre los pedruscos, á tan poca profundidad, que podía tocarse con el bastón; y á pocos pasos corrían lentamente, con dificultad, las fuentes de lava, barro inflamado de un hermoso color de sangre, que volteaba dentro del cauce, rodando unas ondas por encima de las otras.

Aquello es la eterna sangría del Vesubio, lo que le salva de esas apoplejías de fuego que de vez en cuando conmueven el territorio de Nápoles. Por allí se escapa mansamente la fiebre de destrucción, enfriándose antes de llegar al llano.

El espectáculo era hermoso; lástima que el calor del aire y lo ardiente del suelo produjesen una asfixia insufrible. Pero esta pillería vesubiana todo lo tiene previsto, y de repente vi aparecer tras un peñón, como vomitado por la lava, un vejete de blanca barba con una cestita de botellas. Llenó un vaso de vino, mientras que todos sus cofrades de explotación incitaban al señor á que bebiese por la salud de la señora y de los niños—el toque decisivo—, afirmando que en todo el mundo no encontraría sitio más famoso para echar un trago.

Conmovido por el recuerdo de la familia en tal lugar, donde una ligera inclinación, una leve caída, basta para que la inflamada corriente convierta en pocos segundos un cuerpo humano en pulido esqueleto, me dejé seducir y bebí con la delicia del que le ofrecen algo fresco dentro de un horno.

Y por un trago de vino malo tuve que pagar tres pesetas. Después, al pasar lo peor del camino, ó sea al descender como un cuerpo inanimado por los ardientes precipicios, los conductores, aprovechando la ocasión del peligro, me indicaban lo que debía darles por sus servicios, recordando lo que les entregan los ingleses y alemanes que suben al Vesubio. Á creerles yo, se quedan hasta con mi camisa.

Callé, esperando llegar donde estaba el caballo; monté seguido por el cómplice guía, que no abría la

boca, pues todos se ayudan en la tarea de explotar al viajero, y con general protesta arrojé cinco liras á toda la cuadrilla. ¡Qué de exclamaciones, de llamamientos á la caballerosidad del *signore,* de palabras de cortesía, mientras me miraban con sus locos ojos de napolitanos, como si quisieran aprovechar la soledad de las alturas para infundirme miedo! Pero me fatigué de discutir en pésimo italiano; enardecido, saqué todo el registro español y hasta el valenciano, con su interminable catálogo de sapos y culebras, y cuando me cansé de hacer el Don Quijote con aquel caballejo ladrón, que, como buen napolitano, se estaba quieto, esperando sin duda que soltase más dinero, le apliqué unos cuantos talonazos y salí disparado entre las maldiciones de aquella gente, que toma por ingleses á todos cuantos suben la montaña.

Terminaba la tarde. El sol, como una hostia de fuego, se hundía en el límite del golfo entre nubecillas de rosa y violeta. Nápoles y la costa se envolvían en suave velo de oro, y á la caricia de la misteriosa luz del crepúsculo parecían surgir del fondo de las aguas extensos bancos de coral.

Nos lanzábamos á la ventura, casi en línea recta, en busca de aquella costa que iba sumiéndose en la penumbra del crepúsculo, mientras aún tenía la cumbre del volcán un suave tinte anaranjado.

Bajamos en poco más de una hora lo que nos costó tres y media de subir. Cerró la noche estando aún en la montaña, y recordaré siempre como una marcha fantástica aquella cabalgada á la misteriosa luz de las estrellas, por caminos que eran derrumbaderos, donde los caballos deslizábanse patiabiertos como ranas, con las piernas delanteras hundidas en la lava arenisca que bajaba rodando en compañía nuestra, mientras que, para guardar el equilibrio, había que echarse atrás, descansando casi la espalda sobre las sudorosas ancas de la bestia.

Á las diez de la noche llegaba á Nápoles, para volver al día siguiente á Roma, guardando como recuerdo de la penosa expedición paisajes risueños y sombríos en la memoria, en el cuerpo una gran fatiga y en la maleta unas botas quemadas.

XXX

Francisco de Asís

Á las pocas horas de estar en Asís agradecía al ilustre pintor Pepe Benlliure su deseo de hacerme visitar esta población, donde él, saludado por los vecinos importantes con la consideración que merece un grande artista y acogido por los pequeños con el afectuoso respeto que inspira el bienhechor, goza tantos honores como si fuera el señor de la ciudad.

Venir aquí es plantarse de un gigantesco salto en plena Edad Media.

En la extensa llanura de la Umbría se esparce con ondulaciones infinitas el oleaje esmeralda de una fértil vegetación. Los bosques de olivos destacan sus masas de un ligero tinte violeta sobre el verde obscuro de los prados; susurran los esbeltos cipreses al borde de los riachuelos que se retuercen como anguilas de brillante estaño á través de las frondosidades; ruedan por el azul espacio montañas de blanquecino vapor, que, al rozar el alto Subasio, dejan jirones de niebla en los repliegues y salientes de los picachos; y separadas por algunas leguas de distancia, teniendo en medio el hermoso valle impregnado de melancólica poesía, asentadas en las alturas, con el talle oprimido por el viejo cinturón de de-

rruídas murallas y la testa coronada por audaces torres que se desmoronan, están Asís y Perugia, las dos rivales de la Edad Media, que aún conservan vivo y latente el carácter de aquella época, como si los siglos no hubiesen transcurrido.

Asis, con sus calles de pavimento silencioso ornado de hierba, donde son más los palacios antiguos que las casas modernas, y su población, en la que curas y frailes casi superan en número á los laicos, recuerda á Toledo y á otras muchas ciudades españolas, libros de hermosa pero apolillada encuadernación, que aún subsisten para ayuda de la Historia.

Esta es la patria de Propercio, el triste poeta latino cuyo numen sólo encontraba esparcimiento en las elegías; aquí nació el libretista Metastasio, en una pobre casa donde indudablemente sufrieron hambre y miseria varias generaciones de villanos, hasta producir aquel abate elegante que escribía los versos para las óperas de Mozart; y aquí surgió uno de los hombres más extraordinarios de la Edad Media, Francisco, el hijo del negociante Pedro de Bernardone y su mujer la Pica, un poeta como los otros, pero que, dedicando su inspiración á los humildes, á los que sufren, se hizo inmortal, alcanzó el título de santo en vida y dió á Asis eterna fama.

La historia del arte no encontrará en todo el mundo un monumento tan interesante para estudiar la pintura de la Edad Media como el convento de San Francisco en Asís, con sus dos grandes iglesias superpuestas.

Era media tarde cuando, atravesando la solitaria pradera donde el convento hunde su mole, entrábamos en la iglesia inferior, recibiendo en pleno rostro, al abrir la vieja cancela, una fría caricia cargada del oriental perfume del incienso y de las misteriosas armonías del órgano.

Hermosa iglesia la de Asís. Cuando en España aún balbuceaba el arte de la Edad Media y la pintura era casi desconocida, surgía aquí, en pleno siglo XIII, este templo envuelto en el ambiente poético, en la soñadora penumbra que tuvo el cristianismo en la más pura de sus épocas.

Las bóvedas bajas, los arcos achatados y robustos, las pilastras gruesas como torres, hacen recordar los templos subterráneos del antiguo Egipto. La luz se filtra, tenue y misteriosa, á través de los ventanales profundos como túneles, tomando todos los colores de las complicadas vidrieras que, por extraña casualidad, subsisten intactas después de tantos siglos, y á su vago resplandor se ve desde el zócalo hasta el centro de las bóvedas una interminable procesión de brillantes figuras con nimbos de oro; grupos de dibujo incorrecto pero de ingenua expresión, en los cuales el pincel de los artistas mediévicos retrató los principales actos de la vida de San Francisco.

Aquello constituye la más completa historia del arte, y cuando el observador ha contemplado ya el sepulcro de la reina de Chipre y las tumbas sencillas de los primeros compañeros de San Francisco, se examinan con deleite los frescos, que son como capítulos del gran génesis de la pintura.

Allí están, obscurecidas y agrietadas por el tiempo, las obras de los predecesores del Cimabue, el verdadero padre de la pintura italiana; artistas que soñaban concepciones teológicas y sorprendían los secretos del color cuando en el resto del mundo la humanidad sólo se cuidaba de rebanar cabezas en nombre de Jesús ó de Mahoma, de los derechos del Papa ó de la soberbia del emperador. Allí la inspiración de las primeras generaciones de la escuela toscana, que sentía en su paleta el mismo ardor místico que vibraba en los sermones del gran solitario de la Umbría. En los cuatro triángulos de la bóveda central está lo más notable del monumento, los frescos del Giotto, en los que se glorifica de una manera alegórica la pobreza, la castidad y la obediencia del santo, terminando con la glorificación de la seráfica Orden.

Algo hay en estas pinturas que denuncia al poeta de grandiosa imaginación, oculto tras el pintor que se adelantó á su época. Más que el colorido y el dibujo, asombra el simbolismo de los cuatro frescos, misterioso y grande como el de la *Divina Comedia*. Y es que el Dante, gran amigo del Giotto, le ayudó á concebir la artística glorificación del gran demócrata de la Edad Media.

El poeta inmortal ayudó al pintor, dándole la idea de los cuatro frescos. El Giotto, en agradecimiento, trazó en el cuadro de la castidad la austera figura del Dante, y allí está el cantor del infierno arrodillado á los pies de San Francisco, cubierto con su gran ropón, cuya puntiaguda caperuza cuelga hasta sus talones.

Asombra la influencia que el asceta poético ejerció sobre su época y los dos ó tres siglos siguientes.

Realmente, San Francisco, estudiado con detenimiento, obsesiona el cerebro más libre de preocupaciones, y únicamente se encuentra en Jesús una figura digna de parangón.

Un racionalista, el notable historiógrafo francés Paul Sabatier, ha pasado más de medio año en Asís registrando archivos, estudiando los lugares en que transcurrió la vida del asceta, para escribir un libro en el que brilla con toda su grandeza de hombre esa figura, á la que obscurecen ridículos milagros relatados en otros libros.

Los que lograron penetrar en la vida del santo, des-

pojándole de la santidad y retratándole como hombre, son los que mejor dan á conocer tan interesante figura.

Un día, el hijo del rico mercader Pedro de Bernardone, que había pasado su adolescencia en los placeres y se había batido como valeroso soldado en la guerra contra Perugia, se siente inflamado por el fuego de la caridad, sufre remordimientos al ver que mientras nada en placeres y abundancia, otros, que son sus semejantes, perecen de miseria; y en medio de la plaza de Asís se despoja de su sayo de púrpura, rasga sus finas ropas interiores y queda desnudo ante la escandalizada muchedumbre, prometiendo á Dios que no volverá á vestirse mientras existan pobres á quienes falte abrigo para sus ateridas carnes. ¡Qué principio tan hermoso! Después, descalzo, sin otro traje que un tosco sayal, semejante al de los campesinos, que el obispo le obliga á vestir por decencia, va á todas partes donde puede socorrer el humano dolor, donde hay que abogar en defensa de débiles y desamparados.

Unos bandidos infestan la comarca. Francisco va en su busca; y el que poco antes era hombre de espada sufre con la más sublime resignación que, á cambio de sus consejos, le abofeteen y le arrojen en un precipicio. Se presenta ante los fieros barones que, cubiertos de hierro, saquean los indefensos lugarejos, y les habla en nombre de Dios, que está siempre al lado del pobre y del débil. En torno de su cabaña, en el valle de la Porciúncula, se levantan nuevos sombrajos, bajo los cuales vienen á vivir hombres que, entusiasmados por el asceta, abandonan familia y riquezas, sintiendo la necesidad de crear en una época de barbarie y tiranía una milicia que, sin más armas que la persuasión y la pasividad, proteja á los desgraciados y los oprimidos; y por las tardes, cuando á la melancólica luz del sol moribundo

los campesinos de la Umbría cargan sus carretas y se preparan á emprender la marcha al son de las zampoñas, ven llegar á unos fantasmas extenuados por la maceración, cadáveres ambulantes que llevan un saco pardo por mortaja y que les ayudan en sus trabajos sin admitir retribución alguna, pidiendo únicamente que mientras ellos encorvan sobre la mies el busto descarnado, en cuya seca piel se hunden las púas del cilicio, les dejen hablar de Dios en lenguaje poético que va al alma y tiene todas las dulces inflexiones del ruiseñor que gorjea en los bosques de las vecinas montañas.

Francisco, que no es sacerdote ni posee otra ciencia que la de componer hermosos versos, consigue permiso para predicar en la catedral de Asís. El sol que se filtra por los altos ventanales rodea de un nimbo de luz la cabeza enjuta, cuya piel tiene la blanca transparencia del nácar, y en la cual brilla como madeja de oro una barba rubia y poco poblada. La muchedumbre siente el ardor de aquella palabra de fuego que glorifica la pobreza y el amor á los semejantes. Las almas suben y suben, siguiendo la elevación de los descarnados brazos que salen por entre las burdas mangas del sayal; y la hija de una familia patricia, Clara, que con sus ojos azules y su cabellera blonda es adorada por toda la juventud de Asís, siente nacer en su pecho la adoración que inspiran á las mujeres los héroes y los mártires. Aquella misma noche va en busca del asceta, como doncella audaz que sale al encuentro de su amante. Las estrellas parpadean sobre el vallecito de la Porciúncula, como si oyeran el coloquio de los dos místicos que hablan de Dios sin sentir la voz de la carne excitada por la voluptuosidad nocturna. Él, erguido, señalando con la enjuta mano la inmensidad donde reside el porvenir de las almas; ella,

á sus plantas, conmovida, suspirante, envolviéndole en una húmeda mirada de adoración; y algunos días después, en la noche del Domingo de Ramos, cuando las campanas suenan en la obscuridad y los plebeyos del valle se agitan en su jergón soñando con brujas y sortilegios, los compañeros de Francisco bajan á la Porciúncula con encendidos blandones, como procesión de fantasmas que conmueve la nocturna calma con sordos rezos, y la joven recibe el velo y es admitida en la gloriosa legión de los defensores de la miseria.

El matrimonio místico queda completo. Abajo, Santa Clara, rodeada de jóvenes que siguen su ejemplo; arriba, en las lóbregas cuevas de la cima del Subasio, San Francisco, en santa inmovilidad, como un faquir indio, pasando semanas enteras sin comer y sacudiendo su inercia únicamente para acudir en socorro de los desgraciados.

Toda la mística poesía de la Edad Media se encuentra en este sublime visionario. Cuando sale de su húmeda cueva, contempla el árbol cargado de gorjeos y trinos que se inclina sobre el abismo, y con la manía del soliloquio que sufren los solitarios, predica á las avecillas de la montaña que saltan en derredor de su inofensiva persona, alaba su errante felicidad, que no les hace preocuparse, como los hombres, de la comida y el vestido y les da la pureza del que para vivir no necesita explotar y sacrificar á su semejante. Baja al llano á ver á su discípula, casi ciego por los ardores del verano, apoyado en grosero bastón, á tientas por horrorosos derrumbaderos, y en el angosto huertecillo del convento, ante las silenciosas monjas y la dulce Clara, que le contempla con admiración y se aproxima á él como si quisiera aspirar un perfume de santidad, recita su última poesía, el *Canto al Sol,* y mientras él ensalza al luminar divino,

los ardorosos rayos queman una vez más sus párpados enrojecidos y purulentos.

¡Alma grande y generosa, atormentada á todas horas por la visión de la desigualdad social, de la miseria voluntaria en que gimen la mayor parte de los humanos! Nació en la época en que se intentaba resolver el más arduo de los problemas por medio de la caridad y de la religión, y fué santo pretendiendo convencer á los poderosos con el ejemplo del sacrificio. Á existir en estos tiempos en que la humanidad, segura de la ineficacia de la religión, sólo confía de la ciencia, San Francisco hubiera sido revolucionario, y ¡quién sabe si habría buscado la regeneración en un universal bautismo de fuego!

—No toméis jamás ni oro ni plata—decía á los suyos—; no tengáis moneda en vuestro bolsillo; no aceptéis bienes terrenales ni admitáis dignidades ni jerarquías; no poseáis zapatos ni dos túnicas, pues al hombre bueno lo que más le honra es su desnudez.

Apenas murió lo santificaron, le levantaron templos; pero sus sucesores se dieron buena prisa en aceptar mitras y capelos cardenalicios de manos del Papado, á quien asustaban las teorías democráticas de Francisco; y en el pasado siglo la Orden llegó á tener en el mundo 9.000 conventos, 150.000 miembros y un número incontable de millones.

Lo que más conmueve en estas santas figuras que se sacrificaron combatiendo la desigualdad humana, es lo inútil de su obra.

¡Oh pobres mártires explotados por los sucesores y falsificados por el crédulo vulgo! Sufre Francisco la mayor parte de las miserias por crear una milicia que combata en favor de los pobres, y sólo consigue dejar sobre su tumba una fábrica de obispos y cardenales. Muere Jesús en el Gólgota por la fraternidad universal

por la igualdad de los humanos, y en nombre suyo devoran miles de seres las hogueras de la Inquisición, los pueblos rebeldes al Pontífice son pasados á cuchillo, y se titulan herederos del Dios de la humildad los que viven entre lanzas y bayonetas, los que son llevados en andas con pompa oriental por el interior del más soberbio de los palacios y presentan al beso de los fieles la punta de una babucha.

XXXI

La ciudad de las flores

De Roma á Florencia, los viajeros que van en el tren directo admiran á mediodía la belleza del lago Trasimeno: una vasta extensión de agua verde encajonada entre montañas de color rosa, por cuyas laderas suben escuadrones de pinos.

El Trasimeno ofrece un sonriente aspecto con sus aguas muertas, tersas y relucientes, por las que resbalan las barcazas de redondo toldo, y sus riberas bajas ó riscosos promontorios, con castillejos medioevales que parecen arrancados de la ilustración de una novela romántica.

Á pesar del voluptuoso aspecto de este paisaje de abanico, en el que el azul y rosa son las principales tintas, la imaginación, excitada por los recuerdos que evoca el nombre del lago, retrocede rudamente, saltando por encima de veintidós siglos, y ve la inmensa charca tal como sería en los tiempos de la segunda guerra púnica, cuando estaba indecisa la balanza entre Roma y Cartago y la suerte parecía favorecer á aquel guerrero africano que con su balbuciente voz de niño juró odio eterno á los romanos.

En las riberas de ese lago, por donde hoy pasean los

invernantes ingleses ó alemanes venidos en busca del calor meridional, corrió la sangre á torrentes hasta enrojecer las tranquilas aguas, y miles de hombres se exterminaron con el furor salvaje de aquellas batallas en las que la espada lo era todo y la lucha cuerpo á cuerpo decidía la victoria. Aquí, bramando de coraje los elefantes de Aníbal, con la trompa trémula de furor y las redondas patas salpicadas de piltrafas sanguinolentas, deshicieron con su galope las legiones de Roma, aplastando armaduras, haciendo estallar con horrendo crujido los pechos de los que caían, hasta formar sobre el suelo un repugnante amasijo de músculos deshilachados, pedazos de hierro y coagulada sangre; aquí, el ejército cartaginés, en el que iban gentes de todos los países menos cartagineses, abatía al poder romano merced al genio de aquel Napoleón de la edad antigua que realizaba por primera vez el asombroso paso de los Alpes. Los honderos baleares, desnudos, semisalvajes, sin más adorno que un sombrero de cortezas y un andrajo de cuero sobre los riñones, desbarataban á pedradas el primer ejército del mundo; los valientes iberos, con largas espadas y escudos de piel de toro, desbandaban á la invencible caballería romana; rodaban por el suelo las enseñas del soberbio Senado, las águilas de oro, las lobas de verdoso bronce; los fugitivos sembraban con su relato el terror en la gran ciudad, y las patricias arrastrábanse gimoteando sobre las losas del templo de Marte, pidiendo en vano un milagro al dios y esperando de un momento á otro la llegada de los feroces vencedores.

Esas riberas del Trasimeno, con sus verdes praderas salpicadas de flores, están impregnadas de sangre por aquella guerra en que se resolvían los destinos del mundo. *¡Ó Roma ó Cartago!* Y el porvenir, que es un interminable sarcasmo, dejó que media humanidad se

degollase, para resolver después tranquilamente el problema, suprimiendo hasta las ruinas de Cartago y dejando que la vencedora Roma cayese á su vez bajo las tajantes hachas de unas hordas vomitadas por la obscuridad del Norte, á las que los romanos llamaban bárbaras, como título de supremo desprecio.

Pero alejémonos del trágico Trasimeno como se aleja el tren corriendo por los fértiles valles de la Toscana.

Nos aproximamos á Florencia, la Atenas de Italia, cuna del Renacimiento, asombrosa incubadora de genios, que en el transcurso de un siglo produjo un sinnúmero de hombres cada uno de los cuales bastaba por sí solo para hacer inmortal una época.

El Arno, ese río que Dante veía en su destierro con los ojos de la ilusión, se desliza serpenteante entre las montañas. Desfilan con vertiginosa rapidez los sonrientes panoramas donde los poetas de la escuela florentina encontraban inspiración; brillan sobre un fondo verde las «villas» de afiligranada arquitectura con la nitidez del mármol, que aún parece reflejar al gran Médicis y su corte de sabios y artistas discutiendo la cultura griega que comenzaba á renacer, y en las sonrosadas colinas susurran frondosos bosquecillos iguales á los que cobijaban la alegre partida de damas y donceles ante los cuales Juan Bocaccio, para hacer olvidar la peste, recitaba los regocijados cuentos del *Decamerón,* contrayendo con socarrona sonrisa su perfil de fauno malicioso.

Hermosa entrada la de Florencia. La estación parece una catedral con arcadas ojivales y vidrieras de colores. Se atraviesan los salones de espera, y el viajero se ve asaltado por una porción de señoras sombrilla al puño, sombrero de última moda y un lindo canastillo al brazo, que, sonriendo del modo más gracioso, le adornan las solapas y hasta la abertura de los bolsillos con flores

y *bouquets* de todas clases y colores. Son las famosas floristas de Florencia, elegantes como duquesas. Imposible resistirlas. Apenas se intenta devolverlas sus flores, huyen como tropel de mariposas, y á los pocos pasos vuelven á revolotear ante vosotros, siempre sonrientes, sin pedir nada, con miradas tales que halagan el amor propio, hasta que, por fin, al pie del ómnibus, aceptan con un saludo de cortesía y agradecimiento la pieza de cuatro sueldos que les dais casi avergonzados, temiendo que tan lindas bocas os acusen de tacaño.

Esta es la industria de centenares de jóvenes que, en fuerza de sonrisas, sobar solapas y huir á la menor protesta, ganan el plato de macarrones regalando flores, que aquí carecen de valor. Y la huesosa *miss* de pelo cano ó la mantecosa alemana de sonoro paso se ruborizan al bajar del tren, asombradas del desparpajo y la alegre franqueza con que estas mariposas florentinas asaltan y manosean al tieso marido, cuyas orejas enrojecen por momentos.

Á los pocos minutos de rodar por las calles de Florencia se siente en el espíritu la emoción artística esperada tantas veces al hojear la historia de esta ciudad, que rivaliza en glorias con Roma.

La Edad Media y el Renacimiento subsisten en ella. En las afueras hay calles modernas, anchos bulevares con palacios hechos por contrata que parecen cajas de bombones, y hasta la estatua de Víctor Manuel, esa eterna figura de cocinero panzudo con traje de general que en Italia se encuentra en todas las aldeas. Pero la ciudad, en su parte antigua, es casi igual que aquella en que güelfos y gibelinos se cascaban las liendres por si el Papa era más guapo que el emperador, ó viceversa.

En cada calle se encuentran palacios de la antigua nobleza florentina: gigantescos dados de tostada piedra

flanqueados por esbeltas torrecillas y perforados por triple fila de ventanas ovales partidas por aérea columna. Dentro están el lujo y la molicie: los vastos salones de techo dorado y pavimento de mármol verde, con las paredes cubiertas de frescos y los rincones atestados de obras de arte, en las que el cincel de Cellini ó Donatello resucitó la belleza del paganismo con interminable cortejo de ninfas y sátiros, nereidas y tritones. Fuera está la hostilidad ceñuda, la gravedad amenazante: la fachada convertida en fortaleza, la puerta robusta como la de un castillo, los ventanales altos para que no lleguen á ellos las escalas de los asaltantes, las torres con saeteras para asomar la negra boca de arcabuces, y el alero con vomitorios para arrojar sobre la amotinada turba la inflamada resina ó el plomo hirviendo. Aún se ve sobre los muros de los palacios la fila de labradas argollas que sostenían las antorchas en las noches de fiesta y de baile; pero también se distinguen en las fachadas los agujeros y desmoronamientos de los asaltos. Sobre esos libros de piedra que aún han de subsistir muchos siglos se lee toda la historia de la revoltosa nobleza florentina, dividida en dos bandos, que en Santa María del Fiori interrumpía la misa mayor y volcaba el cáliz para dar de puñaladas á los hermanos Médicis ó asistía á los bailes llevando la armadura bajo la toga de seda, para en lo más animado de la fiesta tirar de las espadas y bautizar con sangre la conspiración.

Esta es la ciudad más hermosa del mundo y la que más crímenes guarda ocultos en sus palacios, portentosas obras de arte. De todos sus hijos ilustres, el más legítimo es Maquiavelo, que, semejante á su ciudad, ocultaba tras la seductora sonrisa del diplomático los más atroces pensamientos.

Nunca existió una Florencia única. Desde los prime-

ros siglos de la Edad Media aparece partida en dos, y e continuo subir y bajar de la balanza, el encumbramiento de una parte con la ruina de la otra, constituyen toda su historia. Primero una interminable serie de condes, marqueses y duques que se disputan el señorío de la ciudad, haciendo que el populacho imbécil se rompa la cabeza por defender sus intereses particulares. Después la condesa Matilde, que sentía tal adoración por la santidad del Pontífice que dormía en su propio cuarto, regala la Toscana al Papado; y como este país era un feudo del Imperio, empieza la cuestión entre los dos poderes, que dura la friolera de tres siglos, con el consiguiente acompañamiento de degollinas en masa, racimos de hombres en las horcas y excomuniones horrendas, que si ahora hacen reir, en aquellos tiempos quitaban el apetito al más valiente. Por fin, cuando los gibelinos triunfan, se aburren hallándose en santa paz, y por pasar el tiempo divídense en «blancos» y «negros» y se ponen verdes á fuerza de propinarse palizas en las calles de Florencia ó en las llanuras toscanas.

Es casi un milagro que Florencia haya podido, no subsistir, sino ser el emporio de la cultura italiana á través de sangrientas aventuras y vengativas revoluciones que duran siglos y más siglos. Si triunfaban los güelfos, su primera ocupación era arrasar los palacios de los vencidos, talar sus jardines, degollar á todos los que hallaban á mano; y después, cuando los gibelinos que estaban en la emigración conseguían á su vez el triunfo, por no ser menos, repetían la misma operación. La ciudad hallábase en revuelta perpetua, y los que lograban librarse de la horca ó de una de las famosas puñaladas florentinas tenían que emigrar un sinnúmero de veces, y pensaban que morir en la cama era raro privilegio, reservado únicamente á frailes y obispos.

Cuando el poder pasó á manos del pueblo, en el siglo XIV, proclamándose la República florentina, renació la tranquilidad. Pero entonces, lentamente, comenzó á formarse un nuevo peligro con el fabuloso enriquecimiento de la familia de los Médicis, unos comerciantes astutos que se propusieron ser reyes explotando á los pueblos como habían explotado á sus clientes. Primero el gonfalonero Silvestre combatiendo por la causa del pueblo; después Juan, que halagaba al populacho con sus riquezas, hasta hacerse titular el primero de los ciudadanos; á continuación Cosme, al que llamaron «padre de la patria», un hipócrita hasta la sublimidad, que, haciéndose el humilde, consiguió gobernar la República durante treinta años como rey absoluto, sin protesta alguna; y por fin, Lorenzo el Magnífico, que, rodeándose de los primeros sabios y artistas del mundo, cegó á un pueblo amante de la belleza con los rayos esplendorosos del arte, mientras él afirmaba el porvenir de la familia, convirtiendo en soberanía hereditaria una simple magistratura republicana.

Cuando el pueblo se convenció de que llevaba cadenas que eran de oro pero le hacían esclavo, ya era tarde. Levántase sobre los Médicis el puñal de la conjuración de Pazzi; corre la sangre, pero queda la semilla de la ambiciosa familia. Surge Savonarola, alma republicana, empleando el Evangelio como arma de revolución; pero su triunfo es efímero, y el tribunicio fraile muere en la hoguera. Siena es la última ciudad de la Toscana que sirve de baluarte á la República; pero la escoria aventurera de todo el mundo acude á engrosar el ejército de los Médicis, y Siena cae exánime sobre el abollado escudo, borrando con su sangre el hermoso lema escrito en oro sobre fondo azul: *Libertas*.

Lo que más asombra es que en un período tan inter-

minable de guerras y revoluciones, de exterminio y desolación, cuando los florentinos forzosamente habían de pensar desde la mañana á la noche en el medio de guardar incólume la cabeza, esta ciudad haya podido producir los hombres más célebres del mundo.

De este suelo siempre en convulsión como la cresta de un volcán salieron el Cimabue y el Giotto, padres de la pintura, que producían cuadros famosos cuando en el resto del mundo no se conocía el dibujo; arquitectos como Orcagna y Brunelleschi; escultores y cinceladores como Nicolás Pisano, Benvenuto Cellini y Donatello; un novelista, que fué Bocaccio; un historiador famoso, Guicciardini; un marino que hizo inmortal su nombre, Américo Vespucio, y un Mefistófeles de la diplomacia, Maquiavelo, que, escribiendo su libro *El Príncipe,* se permitió con su época la más sangrienta de las ironías.

Y como imágenes prodigiosas que cierran esta brillante procesión de grandes hombres, quedan aún Dante, Miguel Ángel, Leonardo de Vinci y Galileo, cuatro florentinos que nacieron en estos callejones de la ciudad antigua, que corretearían por ellos de muchachos como unos pilletes, sin que nadie adivinara que años adelante, para saludar dignamente sus nombres inmortales, habría que quitarse el cráneo en vez del sombrero.

XXXII

La plaza de la Señoría

Salí del teatro Pagliano de oir *La Boheme* de Puccini, obsesionado por los tiernos acentos del poeta Rodolfo cuando ve morir entre sus brazos á la dulce Mimí, y al llegar al vestíbulo me sorprendió el cárdeno resplandor de un relámpago.

Una tempestad descargaba su cólera sobre Florencia dormida. Antes de que la menuda lluvia se convirtiese en aguacero, me lancé en dirección al hotel por la intrincada red de calles estrechas, iluminadas, más que por el macilento gas, por el azulado fulgor que instantáneamente invadía el lóbrego espacio con acompañamiento de pavoroso tableteo.

Era aquella noche la primera que pasaba en Florencia, y al correr por una ciudad desconocida y solitaria, azotado por la lluvia, cegado por los relámpagos, atendiendo más á guarecerme de los anchos aleros que á la configuración de las calles, forzosamente había de dar un resultado: perderme.

Vi de pronto un ancho espacio obscuro, en el que brillaban con opaco fulgor de estrellas perdidas media docena de reverberos; adiviné en la húmeda bruma algo gigantesco que subía y subía, cerrando el fondo de la

plaza, hasta que de pronto se incendió el cielo con violácea llamarada, y al instantáneo fulgor, como si fuera un panorama de linterna mágica, vi la famosa plaza de la Señoría, lo más hermoso de Florencia.

Hermosa es *La Boheme* de Puccini, pero aquella famosa plaza, vista á la luz fantástica de una tempestad, constituía un espectáculo inesperado, digno de pagarse más caro que la mejor de las óperas.

Me olvidé del agua que me azotaba la nuca, de los aleros que chorreaban, de las gárgolas que escupían por sus bocazas de piedra la sucia agua de los tejados. Tronaba con tanto estrépito como si la ciudad viniera al suelo ó allá arriba anduviesen todavía á golpes güelfos y gibelinos; la luz de los relámpagos era tan fuerte y deslumbrante, que semejaba salir, más que del cielo, de entre las grandes losas de la plaza como infernales bocanadas de azufre; cada exhalación parecía arrebatar el aire á los pulmones, y á pesar de esto creía interminables los breves momentos de obscuridad, deseando que luciese continuamente el fantástico resplandor que hacía surgir de la densa sombra las más portentosas bellezas.

No existe una ciudad que en tan pequeño espacio ostente tantos monumentos. Esta plaza de la Señoría es más bien pequeña que grande, y sin embargo tiene más de veinte grupos escultóricos en bronce y mármol, pero de esos que la fama ha hecho populares y reproducidos en yeso adornan estudios de artistas y salones elegantes.

Junto á la *loggia* de Orcagna, la fuente colosal de Hércules, que se alza en el mismo lugar donde Savonarola fué quemado. Un poco más allá, Cosme de Médicis erguido sobre su caballo de bronce, como un dios del Valhala cantado por Wágner que la tempestad hubiese vomitado entre dos truenos en medio de la plaza. En el fondo, el palacio de la Señoría, soberbia construcción

del siglo XIII, que respira la sombría fiereza de los republicanos florentinos: cuadrada mole con triple fila de redondas ventanas, rematada por un cuerpo saliente coronado de almenas y ostentando como cimera una torre de setenta metros, tan audaz, tan esbelta, que parece un cuchillo de piedra partiendo el cielo.

Allí estuve no sé cuánto tiempo, como si cada exhalación fuese un martillazo que me clavaba en el suelo, refugiado bajo las arcadas de Orcagna, en la amable compañía de todos aquellos gigantes blancos ó verdes que la luz del relámpago hacía surgir de la obscuridad: atletas de hinchados músculos arrebatando sobre sus hombros á las desnudas Sabinas; el gallardo Perseo, alfange en mano, mostrando en alto la espantable cabeza de Medusa; Hércules acogotando al granuja de Caco y aplastando al Centauro bajo su poderosa maza; y mientras tanto, rodaba el trueno por el espacio, como si allá arriba pasease el Dante recitando sus sonoros tercetos al Padre Eterno.

Sentía colarse la lluvia por entre cuero y carne, pero la compañía era tan grata, que no podía dejarla. En aquella obscuridad, oyendo las broncas campanadas de Santa María del Fiori, que sonaban la media noche, refugiado en una *loggia* donde los magistrados de la República convocaban al pueblo en los momentos supremos, llegué á creerme uno de aquellos florentinos de recamada dalmática, calzas de grana y erguida pluma en el birrete, que, daga en mano, esperaban en la sombra el momento de libertar la patria con un certero golpe. Los transeuntes que encapuchados pasaban veloces en busca del doméstico techo me parecían el divino poeta volviendo con recato de misteriosa conspiración contra los gibelinos, ó Miguel Ángel, joven, regresando á su tugurio después de una velada de estudio en el cementerio

sobre los abiertos cadáveres; y hasta la gran fuente desaparecía, y la luz de los relámpagos era la primer llamarada de la hoguera sobre la cual Savonarola, atado al poste, miraba con ojos de dulce reproche á la indiferente multitud que días antes le aclamaba como ídolo.

¡Ah! No es fácil que se pierda en mi memoria la primera noche de estancia en Florencia. Hice en ella muy buenas relaciones para olvidarla. Me vi sumido en el pasado y hasta sentí en la obscuridad el roce de las ropas talares de los grandes artistas del Renacimiento.

Al día siguiente corrí á la plaza de la Señoría para ver á la luz del sol á los que habían sido en la noche anterior espectros de la tempestad. Allí estaba la famosa *loggia* que unos llaman de las Lanzas y otros de Orcagna, con sus dos leones en la escalinata, á los que sólo falta rugir para que el milagro realizado por la escultura griega sea completo; y á corta distancia, el *Ayax moribundo* y la *Germana vencida,* famosas obras del arte antiguo, restauradas por Miguel Ángel; *El rapto de las Sabinas* de Juan de Bolonia; el *Perseo* de Cellini, con su pedestal de asombrosos relieves, que son la gloria del endemoniado Benvenuto, tan hábil para el arte como para enjaretar mentiras y fanfarronadas en sus estupendas Memorias; y la *Judit* de Donatello, escultura alegórica que recuerda la caída del duque de Atenas, uno de los tiranos de la ciudad.

Entré en el palacio de la Señoría, recorriendo sus vastos salones, en los que un Médicis borró los recuerdos de la vencida República para que el Vasari perpetuase en colosales frescos las glorias de la familia.

Allí está el salón donde se reunía el Consejo de los Doscientos, con sus tapices dibujados por el Bronzino y sus puertas de minuciosa labor esculpidas por Donatello; la Cámara de los Ochenta, donde antiguamente

existía el famoso reloj que marcaba el curso de los astros, y finalmente el salón del Gran Consejo, que recuerda el mejor período de la República; la vasta cámara llamada de los Quinientos, que Savonarola hizo construir para la extensa representación popular, en aquella época en que el revolucionario dominico, aprovechando la simplicidad de Pedro de Médicis, heredero de Lorenzo el Magnífico, pretendió resucitar la perdida libertad.

Extraña é incomprensible figura la de este fraile famoso. En el convento de San Marcos, donde reposan las cenizas de Fra Angélico, el artista que consiguió dar forma y color á los ensueños místicos, he visto la celda de Savonarola y su retrato, abultado perfil de orador fogoso y vehemente, que asoma por la abertura de su capucha.

Era una contradicción viviente. Creía á ojos cerrados en los milagros de la leyenda cristiana; estuvo á punto de someterse á la bárbara prueba del «Juicio de Dios», pasando, Sacramento en mano, por entre las llamas de una enorme hoguera, con la seguridad de que le respetarían las llamas al verle en tan buena compañía, y al mismo tiempo desentrañaba como un tribuno el espíritu revolucionario del Evangelio; era, sin saberlo, un precursor de la Reforma, y predicaba la doctrina democrática con gran escándalo de los Papas, que estaban en su más brillante época de soberbia, opulencia y despilfarro.

Su palabra debía ser de fuego, ya que operó el asombroso milagro de trastornar en pocos días la imaginación de todo un pueblo. Su ideal era la pobreza convertida en sistema; un socialismo á la inversa, que en vez de elevar á los desheredados para que gocen todas las venturas del mundo, pretendía abatir á los dichosos, midiendo á todo el mundo con el rasero de la miseria.

Sobre la carne un áspero hábito; la procesión y el himno por todo recreo; guerra eterna á las riquezas y á la belleza, que corrompen el alma; y los pueblos libres y pobres sin otro señor que el de los cielos. Ese era su ideal.

Una bellísima aspiración, si no existiese eso que se llama arte y es producto de la adoración de muchas generaciones ante la belleza.

La Florencia de los cuentos verdes, de las escandalosas aventuras, de las regocijadas orgías, de las amorosas serenatas, se dejó arrastrar por la ardiente palabra del tribuno. La República mística, con su absoluta igualdad ante la miseria, fué aclamada por las bellas florentinas, que ya no se dieron más colorete y cambiaron los descotados trajes del siglo XV por burdos sayales. La alegre juventud, ocupada antes en tañer el *mandolino* y tirar á la espada, ocultó sus calzas de mil colores y el tonelete de brocado bajo el hábito de penitente; y confundiéndose lastimosamente el arte con el lujo, á la voz del dominico que predicaba el exterminio de las riquezas, Florencia entera arrojó á las llamas, en medio de la plaza de la Señoría, los cincelados cofrecillos, las joyas de asombrosa labor y las estatuas cuya clásica desnudez ruborizaba á aquel pueblo impresionable, que, como el diablo de nuestro refrán, «harto de comer carne se metía á fraile».

¡Eterna execración para los que llevaron á Savonarola á la hoguera! Pero si tardan un poco más en quemarle, el exaltado dominico convierte Florencia en nueva Tebaida, no dejando en ella una obra de arte.

Por esto, ante la complicada figura de Savonarola, hay que decir, recordando un famoso apóstrofe: «Republicano, te admiro; como artista, te aborrezco.»

XXXIII

La Atenas italiana

Inútil es decir que el principal aliciente de Italia son sus museos, en los que se amontonan con una profusión aplastante todas las grandes obras, no sólo de los maestros italianos, sino de los más famosos artistas del mundo.

Italia, hasta en sus épocas de mayor decadencia, cuando era el eterno feudo de todas las naciones, gozaba fama y respeto por sus tesoros artísticos, por sus asombrosas galerías.

He visto el Museo Vaticano, el Capitolino, la Galería Real de Nápoles: palacios interminables que guardan las más gloriosas manifestaciones del genio; creía que después de estos museos, que cuestan todo un día para ser vistos casi á paso de carga, ya no quedaba nada en Italia que pudiera compararse con ellos, y acabo de salir con asombro de la *Galleria degli Ufizi,* después de haber pasado siete horas de pie mirando cuadros y dibujos con rapidez, yendo de una á otra sala y viendo siempre en lontananza nuevas puertas y extensos corredores, que convierten este monumento del arte en uno de aquellos palacios de *Las mil noches y una noche* á los que jamás se encontraba término.

¡Cómo describir todo lo visto en la portentosa Galería! Á las pocas horas de estar en ella, la cabeza arde; danzan dentro del cráneo, en vertiginosa confusión, Fra Angélico con Rubens, Rafael con Tenniers, Tintoretto con Velázquez, Ticiano con Murillo, y ¡qué sé yo cuántos más artistas! pues no ha existido en el mundo un gran maestro que no tenga aquí su correspondiente obra.

Parece imposible que un pueblo que no fué conquistador ni tuvo ocasión de robar á las naciones con las armas en la mano haya podido reunir tal cúmulo de obras célebres. Los Médicis sabían gastar bien su colosal fortuna, y el patriciado florentino consideraba como muestra de la más refinada elegancia proteger á las artes.

Por esto en la Galería de Florencia puede estudiarse la historia de la pintura de todo el mundo con sólo visitarla diariamente cinco ó seis horas durante tres ó cuatro meses. La excesiva profusión de la belleza llega á aturdir, á causar vértigo, entenebreciendo la vista; y cuando, tras una peregrinación á través de salones que unas veces abren sus ventanales sobre el Arno y otras sobre patios de columnas, se llega, por fin, al salón de honor, la admiración y el entusiasmo se han agotado ya. Los ojos, ebrios de color y de dibujo, no saben distinguir lo notable de lo eminente, y os sentáis cansados ante la *Venus* de Cleomene, llamada de Médicis, el valiente grupo de *Los luchadores,* el gracioso *Fauno* de Praxiteles y el *San Jerónimo* de Ribera, la *Sibila Samia* de Rubens, la *Adoración* del Perugino, la *María de la Rovera* de Van Dyck, el *Juan de Monfort* del Veronés, la *Eva* de Miguel Ángel, la *Venus* de Rafael y la *Bacante* de Ticiano, joyas preciadas de este interminable almacén de prodigios.

Para que sea mayor el mérito de este museo, posee

dos especialidades que le hacen famoso. Una colección de retratos de pintores célebres, pintados por ellos mismos, y la bagatela de dos mil ochocientos dibujos, bocetos y diseños firmados con los nombres más famosos. Allí están, en agrietado cartón ó papel amarillento por los siglos, lo mismo el ligero apunte de Alberto Dúrero que el boceto del bucólico Wateau. Desde el siglo XIV al XVIII, no hay artista de mérito del que no se guarde en Florencia el correspondiente dibujo. En pliegos de áspero papel negruzco están los bocetos de las musculosas estatuas y los planos de monumentos que ideaba Miguel Ángel. Murillo, Ribera y Velázquez tienen en las vitrinas su brillante representación, y el observador siente ante la interminable serie de dibujos la extraña curiosidad que inspiraría el ovario donde se formó Shakespeare ó Napoleón. Aquellas figuras apenas diseñadas, trazadas con descuido, se convirtieron poco después en obras famosas; son el feto de los grandiosos frescos de la Capilla Sixtina ó de cuadros cuyo precio es incalculable.

Otro monumento célebre de Florencia es la catedral (Santa María del Fiori), con su construcción semejante á la de Pisa, en medio de una plaza y formando tres edificios separados: el templo, la torre y el baptisterio.

Cuando en el siglo XIII el Consejo de la Señoría ordenó su construcción, hizo constar en el decreto, en nombre del pueblo florentino, que la obra había de tener «aquella alta y suntuosa magnificencia que inventar no pueda, ni mayor ni más hermosa, la industria y el poder de los hombres», y casi logró sus deseos.

Como hermosura esplendorosa que hable á los ojos, no existe nada que supere al templo florentino, construído de mármol de colores desde la base al tejado, con su elegante torre cubierta de láminas brillantes, verdes,

blancas y rojas, que se eleva en el espacio azul con la gallardía de un surtidor de agua luminosa.

Con decir que todos los artistas célebres de Florencia —catálogo interminable—han puesto sus manos en la tal iglesia, está dicho todo. La puerta del baptisterio, con sus relieves del Ghiberti, que representan diversas escenas de la vida de San Juan, es tan hermosa, que Miguel Angel, con la franqueza de los artistas que se hallan por encima de rivalidades y envidias, aseguraba que merecía ser la puerta del Paraíso.

En una de las naves, incrustados en el muro, están los sepulcros del Giotto y Brunelleschi, y esparcidos por el templo hay á docenas, lo mismo en escultura que en pintura, obras de Donatello, Ghiberti, Lucas de la Robbia, Nicolás Aretino, y de ese Miguel Ángel que dejó algo en todos los edificios públicos de Florencia, y con el cual, á fuerza de encontrarlo á cada paso, acaba por familiarizarse el viajero, hablándole de tú como á un amigo.

San Lorenzo es el Escorial de Florencia. Los Médicis quisieron perpetuar la gloria de la familia con una tumba suntuosa que recordase su poderío y sus riquezas, y encargaron la construcción de la capilla de los Príncipes á Miguel Ángel, el cual sólo tuvo tiempo para levantar lo que se llama *Sacrestia Nuova.*

Asusta la riqueza de esta capilla de los Príncipes. El pavimento, los muros, la bóveda circular, todo es de mármol verde, de pórfido, de bronce, con incrustaciones de lapislázuli. Basta decir que se calcula su coste en la friolera de veintidós millones de pesetas.

Los últimos Médicis, los descendientes del mercader Cosme, que ya se habían ceñido la corona de príncipes soberanos, yérguense soberbios dentro de sus armaduras doradas, cetro en mano y con el floreado manto

hasta los pies, sobre las labradas urnas de piedra preciosa que guardan sus restos.

Y sin embargo, la deslumbrante riqueza de la capilla, que parece aplastar con su soberbia, no impide que el visitante vaya inmediatamente en busca de la Sacristía Nueva, local sin más adorno que una sencilla decoración romana.

Allí está lo hermoso de lo hermoso, lo grande entre lo grande; las obras más famosas de ese genio florentino, arquitecto, pintor, escultor y poeta, del cual no se sabe cómo tuvo espacio y calma para realizar tantos portentos. Miguel Ángel, que á pesar de su mal carácter estaba siempre en buenas relaciones con León X—sin duda porque éste sabía sufrir sus genialidades—, quiso excederse al labrar las tumbas de los parientes del Papa, y realizó dos prodigios en los dos mausoleos que ocupan la Sacristía.

Á un lado, Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, vestido de romano, sentado en una silla y con una expresión tal de ensimismamiento, que la estatua es conocida en el mundo del arte con el título de *El Pensativo.* Á sus pies el *Crepúsculo* y la *Aurora,* y frente á este monumento el de Julián de Médicis, duque de Nemours, hermano de León X, que tiene en la base las figuras simbólicas del *Día* y la *Noche.*

Imposible llegar á más altura en el arte de reproducir la vida sobre el mármol. Son figuras animadas, se espera que sus pechos robustos se dilaten con un suspiro, y hasta se cree ver cómo circula la sangre por las gruesas venas que hinchan el mármol con vigoroso relieve.

La *Noche* es la más asombrosa de las simbólicas figuras. Una mujer desnuda, de belleza solemne y sombría, que duerme realmente, pues parece que por su entre-

abierta boca se escapa la acompasada respiración de un sueño tranquilo.

El poeta Strozzi, que fué gran amigo del artista, le dedicó un soneto rogando al autor que llamase á la mujer dormida, con la seguridad de que había de despertar como un ser viviente.

Pero Miguel Ángel, que en sus ratos perdidos se sentía poeta, y á pesar de su continuo roce con Papas y príncipes era republicano y lamentaba la perdida libertad de Florencia, en vez de despertar á su estatua, contestó á Strozzi con otro soneto:

Mentre che 'l danno e la vergogna dura,
non veder, non sentir n' e gran ventura...

Y terminaba aconsejando á Strozzi que no pensase en despertar á la *Noche,* pues vale más dormir el sueño de la muerte que vivir para ver el engaño triunfante y la libertad perdida.

XXXIV

La reina de las lagunas

Di el último adiós á la hermosa Florencia; á la pequeña y sombría casa donde pasó la juventud el Dante; al mezquino estudio en el que Miguel Ángel trazaba de adolescente sus concepciones de genio prematuro; al palacio del Podestá, con sus negros salones, en los que parecen vagar los espectros de la terrible política florentina, y su alta torre, donde tañía siniestramente la campana de justicia, anunciando la agonía de los condenados á muerte, y en el primer tren de la mañana salí para Venecia.

Humeaba la locomotora por entre las risueñas colinas coronadas de cipreses y pinos. Las madreselvas y los rosales agitaban sus penachos multicolores á ambos lados de la vía, y por la infinita llanura, hundiéndose en las cañadas ó remontando las suaves ondulaciones, como un oleaje de obscura verdura que choca contra los bosques de olivos, extendíanse los famosos viñedos que producen el Chianti y otros vinos toscanos, gratos en el paladar, ardientes en el estómago, y que saturan la sangre con el perfume de las flores.

¡Ferrara! El viejo castillo de los príncipes de Este alza en una cumbre cubierta de pinos su corona de rojizas torres, con las almenas desmoronadas como una

encía vieja, y en la imaginación surge inmediatamente el recuerdo de nuestra compatriota Lucrecia Borgia, aquella endiablada pelirroja de ojos verdes, hermosa como una tentación, y cuya alma jamás tuvo juventud.

Aquí existió el único oasis de felicidad tranquila que tuvo en su existencia aquella interesante mujer, ennegrecida y calumniada por la musa romántica. Fué un ser débil, eterno instrumento de su familia, que, á nacer en otro ambiente, tal vez hubiese sido virtuosa y benévola. Pero sufrió el fatalismo de tener por padre á un Papa y por hermanos á los granujas más grandes de la cristiandad, asimilándose todas las pasiones y corrupciones de la época, con esa asombrosa facilidad de adaptación que tiene la mujer, lo mismo para el bien que para el mal.

El tren sigue su marcha. Queda atrás Bolonia, con su famosa universidad, sus palacios de la vieja aristocracia y sus fábricas de salchichones y *mortadellas*. Nos apartamos de la famosa Rávena y su basílica bizantina, que guarda en los muros, sobre un fondo de mosaico dorado, las lacias figuras de Justiniano con su consejo de legistas, y Teodora rodeada de aquella corte de místicas rameras que se interesaban en las disputas teológicas. Pasamos por Padua, envuelta en un ambiente de santidad y milagros, guardando aún en su antiguo castillo los horripilantes instrumentos de tortura inventados por Angelo, el sombrío tirano paduense.

Se aproxima el Adriático. El Véneto extiende sus tierras bajas con tal lujo de fertilidad, que recuerda la vega valenciana.

Los campos están plantados de hortalizas; las mujeres, puestas en cuclillas, rebuscan entre las hojas de los fresales; una red de pequeñas acequias se extiende por todas partes, y á cada momento se ve una barraca con

el techo de paja obscura, á la que sólo le falta la cruz en lo alto y coplas y relinchos en la puerta para que la ilusión sea completa.

Va notándose en el campo la proximidad á Venecia. Las sales marítimas obran poderosamente sobre la tierra; la vegetación decrece; surgen en el cultivo verdosas marismas erizadas de juncos, entre los cuales canturrean las ranas su eterno estribillo, hasta que, por fin, llegamos á Mestre, la última estación de tierra firme en la misma orilla de la laguna y sin más unión con Venecia que un puente colosal.

Desde allí, como un cuadro azul que tiene por marco el escaso pedazo de tierra firme, las paredes de la estación y la techumbre de hierro, se ve en el fondo la ciudad famosa, la reina de las lagunas, surgiendo del mar como las poblaciones fantásticas creadas por los genios en las leyendas orientales con sólo lanzar su aliento sobre las aguas.

¡Qué espectáculo! Las ventanillas de los vagones parecen retablos de almas, obstruídas por manojos de cabezas que estiran el cuello con el afán de la ansiedad y el entusiasmo. Parecen eternos los pocos instantes que el tren se detiene en Mestre; se siente intranquilidad, deseo vehemente de llegar cuanto antes, como si el puente fuese á hundirse de un momento á otro ó la fantástica ciudad pudiera disolverse en el azulado fondo como un ensueño.

Un ensueño: esta es la palabra. Llega á dudarse de la realidad al ver cómo se destaca sobre la verdosa sábana Venecia, dorada por el sol, envuelta en una ligera bruma que hace temblar sus contornos, rodeada de islas que son jardines, viendo siempre en lontananza un cinturón de buques que se aproximan, recortando sobre el vibrante éter las cinco cúpulas de oro de San Marcos,

el esbelto *campanile* con sus ventanales de mármol, las cien torres de sus iglesias, que son museos, la afiligranada crestería de la mansión de los Dogas y sus innumerables palacios, en los cuales la piedra labrada, bordada, hasta formar un tejido sutil, resalta sobre los muros pintados de ese rojo obscuro llamado rojo veneciano. Todo es hermoso, saturado de luz, reverberante, con irisados reflejos, retratándose con inquieto espejismo en la laguna, como una galera inmensa cubierta de mármoles y oro que se mece sobre las muertas aguas.

Á lo lejos se ven pasar las negras góndolas como insectos que resbalan por debajo de los puentes. El mediodía es saludado con alegre parloteo de armoniosas campanas, como si las altas torres fuesen nidos de pájaros canoros, y las barcas de pesca vuelan en los confines de la laguna, tendidas al viento sus velas cuadradas, iguales á nuestras cometas de Pascua, con grotescos figurones y caprichosos dibujos cargados de almazarrón.

Entramos en el puente—una lengua artificial que une á Venecia con la costa y tiene la friolera de cuatro mil metros de largo—, construído todo él de mármol de Istria y sostenido por doscientos veintidós arcos. Como está tendido sobre aguas muertas, en las que la tempestad apenas si produce un ligero oleaje, su altura es de pocos metros, y desde el interior del tren parece que éste marche á través del mar.

Dura algunos minutos el paso por el gigantesco viaducto, y al ver sus replazas circulares y los puntos donde blanquea la piedra indicando reparaciones posteriores á su primitiva construcción, no se puede menos de recordar la moderna epopeya en la que Venecia dió por última vez señales de existencia, demostrando que no se había extinguido el valor de los antiguos conquistadores de Oriente.

En Venecia vive latente y glorioso el recuerdo de Dándolo, Pisani, Morosini, de todos los Dogas é ilustres capitanes de mar y tierra que pasearon victoriosos por Grecia y Bizancio el alado león de San Marcos; pero en este puente de construcción moderna está Daniel Manin, el ardiente revolucionario de origen judío, con toda la conmovedora epopeya de la República veneciana del 48.

Asombra el valor de este pueblo de marinos y el temple de alma de su tribuno Manin, que á las mismas puertas de Austria osaron levantar la bandera de la independencia italiana, expulsando á los dominadores. Después del triunfo momentáneo, la caída heroica, la agonía tenaz, en la que no faltó ni una amargura ni una fase de heroísmo. Manin, hombre de letras, empuñando la espada y expulsando á golpes del palacio Ducal al populacho débil que, acobardado por la miseria del asedio, pedía la rendición; el viaducto cortado, erizado de baterías qne contestaban á los austriacos, los cuales, desde la costa, enviaban una lluvia de hierro sobre la ciudad; un numeroso ejército, una gran armada estrechando el bloqueo, no permitiendo que entrase ni un solo grano de trigo aquí donde todo debe recibirse del exterior; los venecianos reducidos, no á comer caballos, porque en Venecia no los hay, pero sí á devorar las ratas de sus malecones y los infectos pececillos de los fangosos canales; el hambre y la peste matando más que las bombas austriacas; y á pesar de todo, la bandera de la República Véneta enhiesta sobre la cúpula de San Marcos durante seis meses. Por fin, abandonados de todos, terminó la trágica resistencia, y un día supo París que había dentro de sus muros un emigrado llamado Daniel Manin, tribuno de su país, ex dictador y dueño absoluto de la ciudad que contiene más riquezas artísticas, el cual, para ganar ahora tres ó cuatro fran-

cos enseñando el italiano, andaba al día leguas enteras aguantando lluvias y nieves dentro de una levita raída.

¡Dulce Manin, alma sencilla y heroica, patriota desinteresado, que desmentía con sus actos el instinto rapaz de la raza israelita! Tenía en los momentos de prueba el valor impetuoso de los Macabeos; era grande y virtuoso en la desgracia como un héroe de Plutarco, y Venecia ha cumplido su deber erigiéndole hermosa estatua en una de sus plazas y encerrando sus restos, los de su mujer y su hija, que murieron durante la emigración, en un mausoleo que se levanta en la *Piazzetta dei Leoncini* adosado á la iglesia de San Marcos.

Se entra en la estación de Venecia y se desciende del tren con cierta emoción, como si las paredes fuesen telones de teatro que al descorrerse van á mostrar un mágico golpe de vista. ¿Qué habrá más allá de esa puerta obstruída por faquines, mozos de hoteles y demás turba que acude al encuentro de los viajeros?

Pregunto por el Hotel del Cavalleto y sale de entre el gentío un marinerito de zarzuela, blanco y azul, con faja roja y sombrero de paja con largas cintas, que se carga mi maleta. ¡Bien va esto! Y apenas salgo de la estación, tengo que detenerme al borde de una escalinata de mármol, en la que bate con dulce chapoteo un agua verde, límpida, que parece á la luz del sol poblada por bandas de inquietos peces de oro.

Estamos en el Gran Canal, y toda una población flotante de góndolas se mece esperando á los viajeros. Son los ómnibus, los coches de punto, que aguardan al que llega para conducirlo á su casa. Las góndolas curvas, que con sólo el centro tocan el agua, avanzan sobre la acera sus férreos arpones con púas de peine. Por las ventanillas de los negros camarotes se ven en el interior los cojines de raso, los cordones de seda. Las barcas de

los hoteles, que parecen navíos, lucen al sol los relieves dorados y los grandes fanales de sus casetas. Pasan volando como flechas las barcazas de la limpieza pública, las de los vendedores ambulantes cargadas de coles y lechugas, de leña ó de carne, y en la acera pululan los gondoleros vestidos con todas las variedades que la sastrería de opereta ha podido encontrar para los coros de marineros: gorros rojos, camisetas listadas, sombreros de charol ó de paja, y fajas, lo mismo ceñidas fuertemente que sueltas y flotantes, con franjas de plata.

El silencio, ese silencio famoso en Venecia, es lo primero que extraña el oído habituado al estrépito de ruedas de las grandes ciudades. Por los puentes de mármol que cruzan la entrada de los acuáticos callejones pasa de vez en cuando un transeunte. Las dos hermosas filas de palacios del Gran Canal parecen dormir con las ventanas cerradas. El grito monótono de «*ohé! zia!*» que lanzan los gondoleros al doblar una esquina es lo único que rasga la majestuosa calma.

El dueño del *Cavalleto* debe ser víctima de la *jettatura*. Para nada le vale el cuerno de coral que lleva sobre la panza, pendiente de la cadena del reloj. Yo soy el único huésped que hoy le llega, y arrellanándome en la gran cámara, como un Doga á bordo del *Bucentauro*, emprende la marcha la hermosa góndola, reflejando sus dorados sobre las aguas y encontrando en los tortuosos callejones, debajo de cada puente, una barcaza cargada de alegres diablos que, disfrazados con cintajos y oropeles, al son de guitarras y violines, cantan, bailan y gesticulan como locos, dando la bienvenida al viajero, sin olvidarse de tenderle el saco al extremo de un palo para que eche un par de sueldos.

Es el rabo del Carnaval veneciano que aún colea.

XXXV

El pueblo veneciano

No hay en la Historia ejemplo de una caída tan dolorosa como la de Venecia. Si no fuese por su belleza, por el encanto que ofrece su vida anfibia, esta ciudad estaría tan muerta como Pisa, y sus antiguos palacios, convertidos en madrigueras de ratas y murciélagos, sólo resonarían con los pasos de algún artista curioso.

Todo se ha extinguido: el poderío de la ciudad y las famosas familias que componían aquel patriciado veneciano, con el cual príncipes y reyes, faltos de dinero ó de barcos, no tenían escrúpulo en emparentar.

Así como la ciudad perdió sus posesiones de Candía, Chipre y Morea, fueron muriendo sin sucesión los personajes que desde el fondo de sus palacios, con las cuevas henchidas de oro y una verdadera flota comercial en todo el Mediterráneo, se disputaban cubrirse con la cornuda mitra de oro y el manto de brocado de los Dogas. De aquel interminable catálogo de Dándolos, Foscaris, Candianos, Contarinis, Falieros, Tiépolos, Gradénigos, Mocenigos, Bembos y Cornaros, invencibles marinos ó sabios diplomáticos, hoy sólo queda un Morosini como representante de la muerta gloria de Venecia, el cual se aburre dignamente en el fondo de su hermoso

palacio, como un gran señor tan sobrado de pergaminos como falto de dinero, sin otro consuelo que contemplar los retratos de seis abuelos que fueron Dogas y se casaron con el mar en señal de perpetuo señorío.

Los Foscaris, otra rama famosa de la nobleza veneciana, se extinguieron hace poco tiempo en las personas de dos octogenarias señoras, sordas y medio ciegas, que vivían casi sin muebles y sin pan en los vastos salones de sus antepasados cubiertos de preciosidades artísticas que no se atrevían á tocar, dominadas por el respeto al glorioso pasado.

Hoy, este palacio, con sus ventanales bordados y las balaustradas en que el mármol se retuerce con sutiles filamentos, cual impalpables suspiros de la piedra, lo mismo que otras viviendas del patriciado veneciano, son propiedad de antiguos leñadores de los Estados Unidos ó de fabricantes de algodón de Londres, que desean tener aquí una casa para pasar quince días en el invierno y tenderse, á los postres, borrachos de cerveza y Jerez, en los divanes que un Dándolo ó un Morosini trajo de las conquistas de Oriente.

Hay que pasar muchas horas en San Marcos, en el palacio Ducal ó en el archivo del Estado, para darse exacta cuenta del poder y la grandiosidad de aquella República.

Un éxodo de familias fugitivas ante la horrenda invasión de Atila se refugia en las lagunas adriáticas á principios del siglo V, y surge dos siglos después la República veneciana con su primer Doga, que fué Pablo Lucio Anafesto.

La nueva nacionalidad ve ante sus ojos el verde Adriático, que es el camino de Oriente, y se propone hacerlo suyo hasta que llegue el día en que el Doga pueda arrojar su anillo nupcial á las olas como esposas

dóciles y sumisas. Istria y Dalmacia, toda la ribera oriental del Adriático, cae en poder de los venecianos, que, cubiertos de hierro sobre las proas de sus galeras pintadas de rojo, aspiran á la conquista del antiguo mundo, como si fuesen los herederos de Roma. El suelo ingrato y salitroso de las lagunas no produce nada y apenas si les concede espacio suficiente para sus viviendas. El pan para ellos está en el mar, y tras la nave de guerra, que atemoriza y conquista, llega la galera comercial, que sirve de intermediaria con el resto de Europa, y se apodera del oro de todas las naciones á cambio de la seda, de las especias y perfumes que produce el Oriente.

La loca aventura de las Cruzadas cimenta su poderío. Los venecianos son los arrieros encargados de acarrear hacia la Tierra Santa el fervor del exterminio religioso que á la voz de los Papas surge en todos los pueblos, y saben cobrarse por partida doble sus servicios, quedándose como señores absolutos de los puertos de Palestina conquistados por el valor de los cruzados.

La República tiene un Cid, que se llama Enrique Dandolo, el cual se apodera de Constantinopla y clava para muchos siglos la bandera de San Marcos en Negroponto, Candía y la mayor parte del archipiélago griego. Los celos de su rival Génova, la Venecia del Mediterráneo, producen las sangrientas guerras de Jaffa y de Chioggia; pero repuesta de tales desastres, se engrandece audazmente en tierra firme, haciéndose dueña de la Marca Trevisana y de los Estados de Padua y Brescia. ¡Qué época de grandiosidad! Venecia aparece en la Historia tan hábil y poderosa como la Inglaterra moderna. Sus naves dominan el mar; el oro de todo el mundo afluye al palacio Ducal; los venecianos se dedican en absoluto al comercio, comprendiendo que el dinero de

los mercaderes es el arma más invencible, y dejan el cuidado de defender la República á un ejército voluntario espléndidamente retribuído, en el que figuran los más audaces aventureros del mundo.

Su poderío, la fuerza incontrastable de su marina, la astucia de su famosa diplomacia, se sienten en todas partes. Antes que un rey comunicase su pensamiento á sus cortesanos, ya era conocido éste en los tenebrosos conciliábulos del palacio de los Dogas. El Consejo de la Serenísima República arreglaba á su voluntad la política europea. Se hacía ceder el reino de Chipre, de Catalina Cornaro; ordenaba la Liga contra Carlos VIII de Francia, vencedor en Nápoles, y preocupaba tanto al mundo con su peligrosa política, que se formaba la Liga de Cambray, sin más objeto que arruinar y borrar de Europa aquel soberbio pueblo de negociantes.

Pero una revolución en la geografía lograba lo que no pudieron alcanzar por tierra el emperador de Alemania, el rey de España y el de Francia.

España descubre la América, Portugal encuentra el camino de Oriente por el cabo de Buena Esperanza, y es la península ibérica la que da el golpe mortal á la Inglaterra de la Edad Media.

Las riquezas orientales emprenden otros rumbos; las naves abandonan los antiguos mares; surgen nuevos puertos atrayendo la riqueza y la actividad humanas; y la agonía de Venecia dura dos siglos, perdiendo lentamente todas sus conquistas del fondo del Mediterráneo. El león de San Marcos, tísico, calvo y sin fuerzas ya para rugir, duerme á la sombra de los antiguos palacios, en los que se extinguen las gloriosas generaciones, hasta que, por fin, las tropas de la República francesa entran en la histórica ciudad sin disparar un tiro, y el joven general Bonaparte hace bajar de su trono á Ludovico

Manin, el último de los Dogas, que, cubierto con el histórico manto y la cornuda mitra de oro, aferrado á la tradición y sin fuerzas para moverse, causaba en la moderna Europa el efecto de un fantasma.

Este pueblo, que durante siglos fué una aglomeración soberbia de millonarios, jamás se dejó dominar por la prosa del negocio, hasta el punto de volver la espalda al arte. El ambiente de belleza, de soñador idealismo que parece envolver á la reina de las lagunas influía sobre los mercaderes, que, al saquear los pueblos conquistados, tenían buen cuidado de traer á Venecia las obras de arte.

Bien es verdad que atropellaban los más hermosos recuerdos históricos, pero era á impulsos de las necesidades de la guerra.

Sobre la conciencia de la antigua Venecia pesa la ruina del Partenón. Cuando el doga Morosini sitiaba á Atenas, un certero cañonazo inflamó el polvorín que los turcos habían establecido en el Partenón, y volaron por el aire los mármoles cincelados por Fidias y Praxiteles, los cuales, sin esta dolorosa catástrofe, todavía estarían en pie, con la asombrosa solidez de las obras antiguas. Pero Venecia tiene méritos suficientes para que la Historia olvide este crimen artístico. Le basta la famosa escuela veneciana, con sus obras seductoras, que son la idealización de la belleza carnal. Aquí nació Ticiano, que pintó como nadie la espléndida belleza femenil; aquí el Tintoretto, con sus sombrías escenas religiosas; el Veronés, artista mundano, cuyo pincel es una lira que entona himno interminable á la belleza de la carne; y en pleno siglo XVIII, cuando la peluca blanca sofocaba el pensamiento, el corazón de los artistas no latía bajo las doradas casacas y el mundo se hundía en el más ridículo de los amaneramientos, surgió aquí un

Tiépolo, que constituye con sólo su personalidad todo un renacimiento, anticipándose un siglo á la pintura moderna.

¡Ciudad gloriosa que en el interior de sus palacios y en sus plazas hace que la piedra adopte formas cuya belleza rivaliza con el encanto que parece cernerse sobre las lagunas! ¡Metrópoli que tuvo arquitectos capaces de producir esas maravillosas mansiones que el arte moderno jamás se cansará de reproducir, y que hizo pintar sus iglesias, desde el zócalo hasta la cúpula, por la brillante procesión de artistas que llenan un siglo y se titulan con orgullo escuela veneciana!

Hasta la gente es aquí mejor que en el resto de Italia. Los gondoleros, esbeltos, de tez rojiza y hermosos bigotes rubios, parecen tener conciencia de su glorioso pasado y no quieren mancharlo con servil oficiosidad. Muestran la afable y grave cortesía de nuestros antiguos hidalgos; son francos é incapaces de abusar del que llega, y en toda su persona, gallarda y seria, hay tanto de español como en su sonoro dialecto, compuesto de tantas palabras castellanas como italianas.

¿Y las mujeres? Es un consuelo llegar á Venecia después de un largo viaje por el resto de Italia.

Iba á entrar en la plaza de San Marcos, cuando en un puente me encontré con una mujer. Era la primera que veía en Venecia, y experimenté la mayor sorpresa ante su peinado en puntiagudo topo, con sortijillas sobre la frente; el pañuelo de crespón terciado sobre el busto, con los flecos casi arrastrando; la falda negra ondeante, con el paso menudo y gracioso de unos pies pequeños cuidadosamente calzados y el brazo en movimiento, con marcialidad femenil puramente española.

Por un momento creí estar en Madrid, en plena calle de Toledo ó á la puerta de la Fábrica de Tabacos. Era

Manin, el último de los Dogas, que, cubierto con el histórico manto y la cornuda mitra de oro, aferrado á la tradición y sin fuerzas para moverse, causaba en la moderna Europa el efecto de un fantasma.

Este pueblo, que durante siglos fué una aglomeración soberbia de millonarios, jamás se dejó dominar por la prosa del negocio, hasta el punto de volver la espalda al arte. El ambiente de belleza, de soñador idealismo que parece envolver á la reina de las lagunas influía sobre los mercaderes, que, al saquear los pueblos conquistados, tenían buen cuidado de traer á Venecia las obras de arte.

Bien es verdad que atropellaban los más hermosos recuerdos históricos, pero era á impulsos de las necesidades de la guerra.

Sobre la conciencia de la antigua Venecia pesa la ruina del Partenón. Cuando el doga Morosini sitiaba á Atenas, un certero cañonazo inflamó el polvorín que los turcos habían establecido en el Partenón, y volaron por el aire los mármoles cincelados por Fidias y Praxiteles, los cuales, sin esta dolorosa catástrofe, todavía estarían en pie, con la asombrosa solidez de las obras antiguas. Pero Venecia tiene méritos suficientes para que la Historia olvide este crimen artístico. Le basta la famosa escuela veneciana, con sus obras seductoras, que son la idealización de la belleza carnal. Aquí nació Ticiano, que pintó como nadie la espléndida belleza femenil; aquí el Tintoretto, con sus sombrías escenas religiosas; el Veronés, artista mundano, cuyo pincel es una lira que entona himno interminable á la belleza de la carne; y en pleno siglo XVIII, cuando la peluca blanca sofocaba el pensamiento, el corazón de los artistas no latía bajo las doradas casacas y el mundo se hundía en el más ridículo de los amaneramientos, surgió aquí un

Tiépolo, que constituye con sólo su personalidad todo un renacimiento, anticipándose un siglo á la pintura moderna.

¡Ciudad gloriosa que en el interior de sus palacios y en sus plazas hace que la piedra adopte formas cuya belleza rivaliza con el encanto que parece cernerse sobre las lagunas! ¡Metrópoli que tuvo arquitectos capaces de producir esas maravillosas mansiones que el arte moderno jamás se cansará de reproducir, y que hizo pintar sus iglesias, desde el zócalo hasta la cúpula, por la brillante procesión de artistas que llenan un siglo y se titulan con orgullo escuela veneciana!

Hasta la gente es aquí mejor que en el resto de Italia. Los gondoleros, esbeltos, de tez rojiza y hermosos bigotes rubios, parecen tener conciencia de su glorioso pasado y no quieren mancharlo con servil oficiosidad. Muestran la afable y grave cortesía de nuestros antiguos hidalgos; son francos é incapaces de abusar del que llega, y en toda su persona, gallarda y seria, hay tanto de español como en su sonoro dialecto, compuesto de tantas palabras castellanas como italianas.

¿Y las mujeres? Es un consuelo llegar á Venecia después de un largo viaje por el resto de Italia.

Iba á entrar en la plaza de San Marcos, cuando en un puente me encontré con una mujer. Era la primera que veía en Venecia, y experimenté la mayor sorpresa ante su peinado en puntiagudo topo, con sortijillas sobre la frente; el pañuelo de crespón terciado sobre el busto, con los flecos casi arrastrando; la falda negra ondeante, con el paso menudo y gracioso de unos pies pequeños cuidadosamente calzados y el brazo en movimiento, con marcialidad femenil puramente española.

Por un momento creí estar en Madrid, en plena calle de Toledo ó á la puerta de la Fábrica de Tabacos. Era

propiamente, por su tipo y su garbo, una «maestra de taller»; y tal vez lo fuese, pues aquí está la principal elaboración de tabacos de Italia, y casi todas las venecianas del pueblo son cigarreras. En el primer momento de sorpresa la creí una española, pero á los pocos pasos ya había visto docenas de airosos pañolones negros, de peinados de chula y lindos piececitos de airoso pisar.

Las venecianas son de poca estatura, regordetas y gallardas, con grandes ojos negros y una palidez de arroz moreno agraciada con lunares. Ellas mismas aseguran que se asemejan mucho á las españolas, y lo dicen con orgullo, satisfechas del parecido. Hacen oir en medio de la calle, con entera libertad, sus vocecitas de niñas; son bravías; responden con una gracia puramente madrileña á los requiebros; se burlan chuscamente de los viajeros austriacos con sus chapeos emplumados y de las pantorrillas al aire de los ingleses; y á pesar de esta desenvoltura, Venecia es, indudablemente, la ciudad italiana en que existe menos corrupción.

Entré en la plaza de San Marcos, y antes que los famosos monumentos que cierran su fondo, atrajeron mi atención los famosos palomos de San Marcos.

Están á miles, con su negro plumaje y el movible cuello cercado de reflejos metálicos, saltando como enjambre de pulgas sobre el pavimento de mármol, aleteando de un extremo á otro de la plaza, remontándose para descansar en los relieves de los palacios ó volando en apretado escuadrón sobre el primero que llegue y les ofrece migas de pan ó un puñado de maíz.

Pocos tienen más plena conciencia de su libertad y sus derechos. Saben que son los señores de Venecia, que nadie se atreverá á romper el respeto tradicional causándoles el menor daño, y corretean seguros por entre los pies de los transeuntes, se agarran á los bolsillos y

hunden en ellos su cabeza para escudriñar si hay algo comible, se posan tranquilamente sobre el hombro de las señoras, acariciándolas el hermoso rostro con mimoso halago de libertino, ó se os plantan sobre el sombrero, tiesos y con las alas abiertas, lo que os da la apariencia de uno de aquellos paladines de la Edad Media que llevaban los yelmos coronados por fantásticas aves.

Las tradiciones venecianas aseguran que al doga Enrique Dándolo le prestaron grandes servicios los palomos en el asedio de Candía, y de entonces, como muestra de agradecimiento, data la hospitalidad cariñosa que Venecia concede á estas aves. Todas las tardes á las dos se abre una ventana del palacio de la Procuradoría Vieja, y acuden en tropel estos bohemios alados para comerse un saco ó más de maíz, que en otros tiempos pagaba la Señoría y ahora les regala el municipio, para que no se pierda la original costumbre.

Y esto, para ellos, no es mas que el almuerzo, pues además cuentan con los extranjeros, las señoras y los niños, que no pasan nunca por la plaza de San Marcos sin llenarse las manos de maíz y reir como locos al verse cubiertos de cabeza á pies por una nube de plumas, de picos, de rosadas patas que se agarran al traje con la confianza de chicuelos mimados cuyas gracias son siempre bien recibidas.

Contemplaba yo con envidia este tropel de alegres bohemios que tienen por casa Venecia entera y saludan con la caricia de su apetito insaciable á todo el que llega.

¡Qué vida tan hermosa! La pitanza asegurada con exceso; un traje vistoso, fino como la seda y que jamás se rompe; completa seguridad de no ser molestado por nadie; la más hermosa y poética de las vagancias; una alcoba en cada hueco de la crestería del palacio Ducal,

con el sueño arrullado por la brisa del Adriático y el rumor de la laguna; por casa la más hermosa de las ciudades; como manteles, guantes de piel de Rusia ó manos de nácar ensortijadas de brillantes, y bula completa para besar á todas las hermosas inglesitas ó esculturales alemanas que parecen escapadas de un cuadro de Rubens, las cuales echan atrás la rubia cabellera y entornan los ojos con trémulo abandono al sentir en los frescos labios el cosquilleante pico.

¿Qué más puede pedirse? Por esto, desde ahora, por si alguna vez he de retornar á este mundo donde la vida es una interminable serie de crímenes morales por conquistar la peseta, solicito del encargado de arreglar estas cosas que me tenga presente en el escalafón, reservándome una plaza de palomo de San Marcos.

XXXVI

La basílica de San Marcos

Los pueblos conquistadores han adoptado insensiblemente el arte de las naciones á las que llevaron sus armas vencedoras.

Así como en los monumentos de la Roma antigua parece que se ve á través del mármol la graciosa serenidad de la Grecia clásica, en Venecia se distingue en todos los edificios la suntuosidad del Imperio bizantino, amalgamada con las voluptuosas y suaves curvas de la arquitectura árabe.

El pueblo veneciano fué á buscar su estilo y sus monumentos en el Oriente, en aquella Bizancio donde el Imperio, en una tisis asombrosa que duró diez siglos, conservaba almacenados los recuerdos del arte clásico.

La Serenísima República, que con todas sus glorias era en realidad un pueblo de piratas, poseía una mano habilísima para apoderarse de todo lo hermoso que encontraba en los países vencidos. San Marcos y el palacio de los Dogas están construídos con demoliciones de Constantinopla. No hay en ellos una estatua, un capitel, una columna que no sea traída de Bizancio en las vencedoras naves, y los arquitectos venecianos, al querer inventar un estilo utilizando piezas procedentes de an-

tiguos monumentos, forzosamente habían de sentir la influencia del arte saqueado, así como la de aquellos palacios orientales que Marco Polo y otros exploradores del comercio de Venecia describirían al regresar de sus atrevidos viajes por la misteriosa Asia.

Magnífico golpe de vista presenta la basílica de San Marcos cerrando el fondo de la hermosa plaza cuadrada que tiene en torno ciento veintiocho arcos de mármol.

Á un lado, el *campanile,* completamente aislado, gigantesca construcción del siglo X terminada por una puntiaguda caperuza de mármol negro que cubre la galería de las campanas. Desde ésta se contempla á Venecia, con su extensión de rojos tejados que parecen la escamosa concha de una tortuga inmensa flotando sobre las muertas aguas; la laguna por todas partes, con su intenso tono verde; las islas resguardando á la ciudad como un malecón de jardines, y á lo lejos el Adriático, que bate con espumoso oleaje las arenosas riberas del Lido.

Frente á San Marcos, los *pilis,* tres mástiles rojos de prodigiosa altura, en los cuales se izaban las banderas de la República durante las grandes fiestas, sostenidos por pedestales de bronce con relieves alegóricos que recuerdan las conquistas de Venecia.

Y por fin, la basílica, con toda su esplendidez bizantina, con su profusión de mármoles orientales, esculturas antiguas y de la Edad Media, bronces y mosaicos, y el oro que parece chorrear por todas partes.

Vista de lejos, con sus prodigiosos afiligranados, su deslumbrante brillantez, sus incrustaciones de mil colores y las agujas y cúpulas con que remata, tiene el aspecto de un gigantesco relicario de oro cincelado por minuciosos artistas, para ostentarlo en el pecho la esposa de Micromegas.

Sobre haces de esbeltas columnillas de mármoles preciosos tuercen su curva los cinco arcos moriscos de la fachada, ostentando en la honda concha de los semicírculos varios pasajes de la vida de San Marcos, asombrosos mosaicos de menudas piezas, en los cuales, sobre un fondo dorado, se destacan las figuras con la misma vida que si fuesen pintadas por grandes maestros. Una balaustrada de mármol corre por encima de las arcadas. Sobre ella alzan sus panzudas ojivas los cinco frontones dorados con otro mundo de brillantes figuras. Las estatuas de sus remates alternan con las puntiagudas agujas que, entre afiligranadas aristas, cobijan nueve santos, y el monumento termina con las cinco cúpulas dobles, de puro perfil árabe, que tienen en su cima, á guisa de veletas, arbolillos de oro que parecen arder y chisporrotear bajo la luz del sol.

En el atrio vuelven á encontrarse los asombrosos cuadros en mosaico dorado, reproduciendo escenas de la Biblia. Los Dogas de los primeros tiempos de la República, con el cuerpo de mármol roído y amarillento por los siglos, se muestran rígidos y ceñudos sobre sus sarcófagos, y las puertas del templo brillan en la penumbra con la limpidez de un bronce que parece oro.

Dentro, á no ser por los vistosos cuadros de mosaico, por el mundo de figurillas que cubren las pilastras, suben por las paredes y se extienden por las bóvedas, se creería estar en una gran mezquita. No hay ni una sola ventana. La luz entra cernida por la corona de aberturas de las bóvedas, y las columnas de alabastro, de jaspe y de mármol, de transparencia acaramelada, sosteniendo arcos dentados de graciosa curva, hacen creer que San Marcos es una mezquita de Constantinopla.

El origen oriental se revela en todas las esplendideces del templo.

Media basílica de Santa Sofía se trajo el doga Enrique Dándolo después de la conquista de Bizancio, y como el ganar con facilidad las riquezas es el medio más pronto de despreciarlas, aquellos marinos rapaces emplearon en el pavimento de su templo la piedra más preciosa, y aún se anda hoy sobre rosetones de lapislázuli ó de malaquita que parece esmeralda líquida.

No hay mas que ver la célebre *Pala d'oro,* la custodia que regalaron los Dogas, y que se exhibe en las grandes solemnidades, para comprender el desprecio con que aquellos dueños del mar trataban el oro y las piedras preciosas. Cuatro metros tiene de ancha por uno y medio de alta, y es una verdadera casita de oro, dentro de la cual podría dormir cómodamente un hombre. Todas las piedras preciosas conocidas, desde el diamante á la esmeralda y de la perla al rubí, están entre el cincelado de sus columnillas de oro, ó han estado antes que las necesidades de la patria y las invasiones rapaces metieran mano en ella.

La imaginación se confunde al pensar en la riqueza y la suntuosidad de aquella República, llegada al mayor esplendor que puede ambicionar un pueblo.

La coronación de un Doga en este templo oriental debía embriagar la vista con un vértigo de colores. Los patricios venecianos envueltos en sus largas togas de damasco y armiño; la noble juventud con su casquete morisco adornado de tiesa pluma, el escudo de la familia bordado sobre el pecho, la fina camisa de raso saliendo en bullones por la cintura y las aberturas de hombros y codos, con una pierna de cada color rematada por puntiagudo borceguí; las hermosas doncellas vestidas de blanco, coronadas de flores, formando una escolta de ángeles en torno de la Dogaresa, inmóvil como una virgen bizantina bajo su gorro de oro, y el deslumbrante traje cubierto de pesados bordados de grueso relieve; las matronas hermosas, con el pelo teñido del famoso rubio veneciano, mostrando sus pechos de nacarada transparencia en el escote de la negra túnica de terciopelo, recogida á un lado por la escarcela para dejar al descubierto la larga sotafalda de seda roja; los capitanes al servicio de la República, hidalgos españoles huídos de su patria por amores y estocadas, aventureros franceses ó ingleses lanzados fuera de sus castillejos por la miseria y la ambición, irguiendo sobre la cincelada coraza de Milán su rapada cabeza, en la que se destacan los ojos audaces y la curva nariz de ave de rapiña; los del Consejo de los Diez esparciendo en torno el espanto con su fija mirada de inquisidores; los cabezas del Consejo de los Tres husmeando el ambiente con su gesto astuto, como si percibieran en la atmósfera la eterna conspiración; y en el fondo, sobre el trono de oro, inmóvil y sereno como un dios, descansando la barba en el regio manto, como abrumado por la cornuda mitra, el señor de Venecia, el Doga, el que parece dueño absoluto de la República, y sin embargo, ve hasta en sueños al patriciado, que le envidia y prepara contra él puñal y veneno, ó á la inquisición del Estado, que le espía, toma nota de todos sus actos y sondea su pensamiento.

Ya sale la brillante procesión. Frente al palacio Ducal, en torno de las dos históricas columnas, gigantescos monolitos de mármol verde y amarillo traídos de Palestina para sostener en su extremo el alado león de San Marcos y la estatua de San Teodoro, aglomérase el pueblo veneciano, confusión de gentes de todas razas y procedencias. Los hijos de la laguna descalzos, casi desnudos, con el gorro rojo caído sobre la nuca, agitando en alto sus manos encallecidas por el remo; los soldados

de las galeras hablando toda clase de idiomas; los judíos con sus pardas hopalandas y grandes bolsones, encogidos y humildes, sufriendo con forzada sonrisa el desprecio de la muchedumbre; los negociantes turcos con sus túnicas de listada seda y sus turbantes enormes como cúpulas; y los esbirros y espías del Consejo de los Diez, que se deslizan por entre el gentío, cautelosos como sierpes, á caza de una palabra imprudente que sirva para hacer pasar una nueva víctima por el puente de los Suspiros.

En la ribera de los Esclavones se mece el *Bucentauro,* la góndola ducal: un verdadero palacio flotante que refleja en el fondo verde de la laguna sus dos pisos con los costados cubiertos de ramajes de oro y las bordas sostenidas por ninfas y cariátides. Abajo, la chusma encorvada sobre los rojos remos, pronta á arañar con ellos la tranquila agua; arriba, á la sombra del toldo de púrpura, la nobleza sentada en doble fila, mirando al Doga, que ocupa el alto trono de popa. Movíanse las mil garras del dorado monstruo, partía con lento cabeceo la pesada nave, prorrumpía en aclamaciones el pueblo, mezclando sus gritos con el volteo de las campanas y el tronar de bombardas y culebrinas sobre las ancladas galeras; hasta que, en la entrada de las lagunas, el augusto representante de Venecia, puesto de pie, arrojaba con solemnidad su anillo á las olas, casándose con la mar, para que fuese siempre sierva obediente del pueblo veneciano.

Hoy, la basílica de San Marcos está triste y silenciosa y parece acoger con sonrisa de viuda al interminable rosario de viajeros y á los artistas que plantan el caballete sobre el rico pavimento para copiar algún rasgo de su original belleza.

Ya no tiene Dogas guerreros ni almirantes vencedores que la adornen con lámparas de oro arrebatadas de los templos bizantinos y las mezquitas sarracenas. Muchas de sus antiguas riquezas han desaparecido, y únicamente, como recuerdo de aquella rapacidad conquistadora que la embellecía, conserva sobre el gran arco de entrada, en el borde de la balaustrada de mármol, los cuatro famosos caballos de bronce dorado, que son el más correcto y hermoso modelo de estatuaria hípica.

Estos caballos, que hace siglos están levantando sus patas delanteras en unas alturas adonde sólo llegan de un salto los palomos, son la única representación que su raza tiene en Venecia.

Si á alguien se le ocurriera aquí poner coche, tendría que pedir prestados á San Marcos sus dos troncos y que se tomara la molestia de obrar antes un milagro haciendo que relinchasen.

¡Famosos caballos! Parece que no pueden moverse estos animales de bronce, pero han corrido más que una jaca árabe ó un potro de la Pampa, y bien necesitan descansar unos cuantos siglos antes de emprender nuevo galope.

Los hizo Nerón para adornar la cima del arco de triunfo levantado en su honor. Le gustaron á Constantino al trasladar á Oriente la sede imperial, y metiéndoles espuela, los llevó á Bizancio. Allí dormitaban tranquilos al arrullo de las disputas teológicas, viendo cómo frailes y laicos se daban de palos ó se degollaban á propósito de la Santísima Trinidad ó de si Dios es Cristo, hasta que llegaron los venecianos, y agarrándolos de las bridas, los arrastraron á la ribera del Adriático, estableciendo su cuadra á la altura de los palomares. Y cuando una costumbre de siete siglos les había hecho tomar cariño á los capiteles de mármol rosa en que afirman sus doradas patas, se presentó Napoleón, arreándo-

los á culatazos camino de París; hasta que, en 1815, mientras la diplomacia discutía en Viena sobre la suerte del caído César, el escultor Canova les hizo emprender el regreso á Venecia, que se sentía deshonrada sin sus caballos.

Y aquí están, descansando majestuosamente de sus correrías, con el cuello encorvado, la pata en alto y la nariz hinchada por un relincho que nunca sale, contemplando desde sus alturas la peregrinación europea que desfila por la plaza de San Marcos; tranquilos, sí, pero sin la seguridad de no emprender nuevos viajes dentro de un par de siglos, pues tal vez presienten el momento en que la América se tragará á Europa y los conquistadores les harán bajar de su pedestal, para llevárselos al trote á cualquier monumento de Chicago ó de Buenos Aires, convertida en ciudad anglosajona.

XXXVII

El palacio de los Dogas

Así como la basílica de San Marcos con su suntuoso exterior recuerda la grandeza y las conquistas del pueblo veneciano, el palacio de los Dogas, que alza su severa mole junto al templo, ocupando todo un lado de la *Piazzetta,* hace comprender el poderío incontrastable que ejercía sobre la ciudad aquella magistratura republicana, con sus tenebrosos Consejos y sus tribunales de inquisición política, propios de un país que vivía en perpetua conspiración.

El palacio de los Dogas forma en la historia de la arquitectura un capítulo suelto y brillantísimo. No existe en el mundo un monumento que tenga con éste el más ligero aire de familia.

Es hermoso; brillan al sol sus amarillentos mármoles y rojizos mosaicos; la blanca crestería se refleja con tornasoles de nácar en las ondulantes aguas de la ribera de los Esclavones. Entre el cincelado de sus estatuas y los pétreos ramajes parecen vagar aún el eco de las serenatas, los galantes diálogos de las suntuosas fiestas de los Dogas, donde las rubias damas daban cita al doncel, que llegaba bajo sus ventanas en obscura góndola, con el *mandolino* bajo la capa y la escala de seda arrollada al cuerpo. Sin embargo, á pesar de su aspecto

atrayente, tiene el edificio algo de ceñudo y terrorífico, como si delatase que en su interior, junto á los dorados salones, están las sombrías cámaras del Consejo de los Diez; encima, á flor del alero, los asfixiantes calabozos conocidos por los «Plomos»; ya bajo, al nivel del agua, rezumando humedad por todos los poros de la piedra, los lóbregos «Pozos», mazmorras desde las cuales el conspirador desgraciado daba el último adiós á la luz y á la vida.

El palacio parece casi aéreo, sostenido exteriormente por dos galerías de columnas.

Á piso llano se extiende la larga columnata de sólidas y desnudas ojivas, sostenidas por fustes cortos y robustísimos; y sobre ésta corre una segunda *loggia* de columnas más ligeras y esbeltas que sustentan graciosos rosetones, donde la piedra, labrada y vaciada con la misma facilidad que si fuese blanco yeso, semeja una sutil labor de colegiala.

Sobre esta base ligera, que parece la de una mansión fantástica vista en sueños, se asienta el cuerpo del palacio, una severa masa de rojo ladrillo sin otras aberturas que algunas ventanas ojivales sobrias de adornos y un balcón que parece un altar, guarnecido de figuras y follajes, cuyo triple remate descuella muy por encima del tejado.

Pietro Baseggio, Filippo Calendario y demás arquitectos venecianos que intervinieron en la construcción del palacio de los Dogas, tuvieron el genial capricho de invertir los términos. Lo sutil, lo aéreo, las *loggias,* que en todas partes sirven de remate para destacar sus hermosos contornos sobre el límpido espacio, quedaron abajo, montando sobre ellas lo pesado, lo aplastante, lo que debía servir de cimiento, milagro arquitectónico que asombra al primer golpe de vista.

Se entra por la puerta de la Carta, viéndose en el tímpano la figura del doga Foscari arrodillado ante el león de San Marcos, animal fabuloso que extiende sus alas de águila, yergue su cabeza rodeada de celeste nimbo como los santos y oprime con sus garras el abierto Evangelio. Se atraviesa el grandioso patio con sus dos cisternas de bronce y la doble galería de blancas columnas, á cuyas balaustradas se asomaban en otros tiempos los soldados del Doga, los gondoleros del Consejo, los esbirros inquisitoriales, toda la balumba de mercenarios sin alma que tenían en el puño á Venecia, espiando hasta el sueño del último ciudadano, y se llega á la famosa escalera de los Gigantes, con las dos colosales estatuas de Marte y Neptuno, los dioses tutelares de la ciudad marítima y guerrera, y su gran rellano, manchado unas veces de sangre y cubierto otras por las flores y el arrayán de la fiesta de la coronación.

¡Famosa escalera! Cuando la magistratura veneciana abandonaba la sala de escrutinio, á este rellano era conducido el noble dichoso cuyo nombre acababa de salir triunfante de la urna dorada. Resonaba con estrépito la trompetería en el patio; agitábase la muchedumbre, ansiosa por conocer el nombre del nuevo Doga; las patricias agolpábanse en los ventanales de las galerías con curiosa ansiedad, brillando al sol los terciopelos y las sedas, las joyas orientales y los dorados velos; aparecía en el rellano el elegido, despojándose de su toga roja de simple individuo del Senado; la hopalanda de brocado caía sobre sus hombros; sentía en su frente el peso del cornudo bonete de oro con la diadema de piedras preciosas; desplegábase con gran aleteo el invencible gonfalón de San Marcos; gritaban la fórmula de proclamación los heraldos de la Serenísima República, y el nombre del nuevo Doga, Contarini ó Cornaro, Dándolo ó

Morosini, era repetido por la gigantesca aclamación de un pueblo vigoroso y alegre, que después conmemoraba el suceso con quince días de serenatas, regatas y máscaras en el Gran Canal, junto al Rialto.

Pero también la escalera de los Gigantes, con su rellano, que hoy pisa indiferente el gentío, á pesar de que en él está la verdadera historia de Venecia, tiene sus páginas negras, que revelan la ferocidad de una República aristocrática temerosa de que le arrebatasen el más leve de sus derechos, lo mismo en beneficio de una persona que del pueblo entero.

Una mañana fría, la multitud, silenciosa y descubierta, se agolpaba al pie de la escalera, mirando el rellano, sobre el cual se erguía un mocetón vestido de rojo, con los brazos arremangados, apoyándose en un hacha que descansaba sobre enlutado tronco. Un anciano de luenga barba, fornido y de mirada audaz, á quien todos conocían, apareció en las galerías seguido de terrorífica procesión: esbirros, soldados, consejeros de los Diez y capitanes de la República.

Era el Doga, el señor de Venecia, el que días antes disponía de la ciudad entera, con sus temibles escuadras que cerraban la entrada del Adriático, aterrando al turco en Oriente. Ahora avanzaba con decisión, se dejaba despojar sin protesta del floreado manto y de la deslumbrante mitra, y arrodillándose, ponía su cabeza en el tajo, como un conspirador cualquiera, envolviendo en una mirada de odio á los silenciosos consejeros que le habían espiado, adivinando sus revolucionarios pensamientos.

Sorpresas del porvenir, siempre misterioso. Difícilmente hubiese creído Marino Faliero, el día de su coronación, que siete meses después había de morir sobre el mismo rellano. Hoy, subiendo la recta escalera

de los Gigantes, aún parece que se ve rodar, saltando de peldaño en peldaño, la cortada cabeza, con los ojos desmesuradamente abiertos, mientras el cuello, como rojo muñón, va dejando una estela de sangre sobre el mármol.

Visitando el interior del palacio es como se comprende lo artificial y hasta irrisorio del poder de los Dogas. Eran para el resto del mundo los señores de la República. Los cequíes de oro ostentaban su retrato; los centenares de naves y el invencible ejército de moros y aventureros al servicio de Venecia obedecían sus órdenes; pero no había en toda la ciudad un ser tan falto de libertad y de iniciativa como el Doga.

Para él sólo era una pequeña parte de este palacio, ocupado casi completamente por el Senado y los consejeros, que, aparentando ilustrar al jefe del Estado, le hacían sufrir un perpetuo espionaje.

En el salón llamado del *Collegio* recibía el Doga á los embajadores, y no podía quedar ni un momento solo con ellos. Á ambos lados de su trono de oro extendíanse los asientos primorosamente tallados de los que componían con él la Señoría: diez y seis «sabios», seis individuos del Consejo de los Doce y tres «cabezas» de la *Quarantia criminale,* los cuales sondeaban con su astuta mirada el más ligero gesto del representante de la República.

Debía presentar un imponente golpe de vista este salón, donde se discutían los asuntos de Europa con los representantes extranjeros.

Las paredes cubiertas de sombríos tapices venecianos representando las aventuras de Júpiter y de Hércules; el techo adornado de famosas pinturas; el suelo oculto tras oriental alfombra; y en el fondo el Doga, inmóvil y sereno como un dios dentro de las doradas vestiduras, teniendo á sus lados en los góticos sitiales, como

escolta imponente, á sus consejeros, cabezas inclinadas, de frente ceñuda y sutil mirada; unos con togas rojas adornadas de armiño, otros con negras túnicas, y todos poseídos por la soberbia de ser los verdaderos dueños del poder de la República y de la suerte de un hombre que parecía su soberano.

Petrarca compareció una vez en la Señoría como enviado y defensor del duque de Urbino, que estaba en pleito con la República, y al verse ante el inmóvil y augusto Senado, fué tanta la impresión del poeta, que, á pesar de tener preparada su arenga, enmudeció, necesitando nueva audiencia para serenarse y hablar. Como los soldados galos al encontrarse ante el Senado romano, creyó el vate inmortal que se hallaba en presencia de una asamblea de dioses.

Y esta sala del *Collegio* no es de las más grandes y hermosas del palacio.

Por la célebre escalera de Oro, adornada con las estatuas de Hércules y Atlante, se llega á una serie de salones que son verdaderos museos.

La sala del Senado llamada *dei Pregadi,* á causa de que antiguamente había que rogar á los senadores que asistiesen á las sesiones, muestra los muros y el techo cubiertos por famosos cuadros del Tintoretto, Ticiano y Palma el Joven, en los que se conmemora la Liga de Cambray y las hazañas de algunos Dogas, así como su protección á los historiadores y poetas. La *Sala dei Capi,* con santos y mártires pintados por Bellini y Bassano, y la cámara del *Maggiore Consiglio,* salón de sesiones el más grande que existe en el mundo, donde se reunían todos los nobles de Venecia mayores de veinte años en las más supremas circunstancias de la República.

Allí están trazadas por pinceles inmortales todas las gestas gloriosas de Venecia. La querella entre el emperador Barbarroja y el papa Alejandro III, que trajo revuelta á media Europa y sirvió para acrecer el poderío de Venecia; la conferencia del Papa con el doga Sebastián Ziani en el convento de la Caridad; el momento en que parte Ziani y el Pontífice le entrega la espada bendita; la batalla naval de Salvora, con la prisión de Otón; la vuelta del doga Contarini, vencedor en la guerra de Chioggia; el juramento de alianza del doga Enrique Dándolo con los cruzados en la iglesia de San Marcos; el asalto y rendición de Zara; las dos conquistas de Constantinopla; Dándolo coronando á Balduido como emperador de Oriente, y otras mil escenas gloriosas para Venecia, todo pintado por los genios de este país, que tan honda huella dejaron en el arte.

Por la cornisa, como una guirnalda de doradas cabezas, se extienden los retratos de todos los Dogas de Venecia, unos lampiños y de mirada astuta y profunda, como Papas; otros barbudos, con vigoroso ceño, como fieros guerreros; y en este circular rosario de soberanos hay un hueco, una gran mancha negra, que parece un paño fúnebre, sobre el cual se lee en letras de oro: *Hic est locus Marini Falethri, decapitati pro criminibus.*

La aristocrática República, feroz para los que conspiraban contra ella, no ha querido conservar ni el rostro del que intentó con un golpe de Estado anular el poderío de los inquisitoriales Consejos, dando participación en la política al oprimido pueblo. En realidad, todo su crimen consistió en desear que su magistratura fuese verdaderamente republicana; en querer destruir los abusos de unas cuantas familias privilegiadas, apoyándose para ello en el pueblo, que luchaba y moría por la gloria de Venecia, sin tener ninguna participación en los provechos.

Tras la sala del *Maggiore Consiglio* quedan aún la

del *Scrutinio,* la de la *Quarantia civile,* y la del *Scudo,* todas chorreando oro por sus artesonados y cubiertas de obras maestras.

En la biblioteca se admiran los famosos códices del siglo X, con láminas y viñetas de colores frescos y brillantes dorados que parecen de elaboración reciente. Junto á estos prodigios de la paciencia y minuciosidad humana, muestran la hermosa claridad de sus caracteres y la regularidad armoniosa de sus páginas los primeros libros impresos en Venecia, verdadera cuna de la tipografía moderna: volúmenes latinos ó italianos de teología y poesía que revelan el arte de Aldo Manucio y otros famosos impresores venecianos de fines del siglo XV.

Pero lo más interesante está en el salón del *Scudo:* una colección de cartas geográficas que recuerdan los viajes de los exploradores venecianos que, como Marco Polo, Caboto y otros, contribuyeron con empresas comerciales al desarrollo de la ciencia.

Interesan mucho estos mapas de pergamino amarillento, donde se notan grandes errores. El perfil de las costas aparece trazado con rigidez, y para mayor comprensión del que mira, bogan sobre los mares galeras más grandes que los continentes. Las cordilleras están representadas por una línea de piloncillos de azúcar, y en el sitio de las ciudades del interior del Asia, donde reinaba el fabuloso Preste Juan, hay pintados castillos con elefantes y figuras de estrambótica indumentaria.

El ánimo se conmueve al pensar la serie de peligros que arrostraron aquellos audaces mercaderes pasando por entre pueblos salvajes, llegando á países desconocidos en una época en que el mundo civilizado para nada se ocupaba de estas cosas. Se siente agradecimiento por aquellos hombres que, si realizaban sus audaces exploraciones por interés comercial, cuidábanse al regresar de hacer públicos sus descubrimientos, para ayuda de la ciencia naciente.

En el centro del salón, ocupando el sitio de honor, está el famoso mapamundi que fray Mauro Camaldolese trazó en 1457. Este pedazo de papel, con sus continentes mal trazados y su grosero dibujo, ha pesado algo en la suerte del mundo.

La obra del fraile no es mas que el resumen de todo lo visto por los exploradores de Venecia hasta mediados del siglo XV.

El veneciano Alvise da Mosto, que descubrió para Portugal las islas de Cabo Verde, comunicó á fray Mauro su convicción de que existía algo más allá del Océano, y el mapamundi de éste sirvió de base al florentino Toscanelli para trazar sus cartas de navegación, que compraban los mejores marinos de Europa, y que llevó Colón al embarcar en Palos con la proa puesta á lo desconocido.

XXXVIII

La Inquisición veneciana

Decía un compatriota nuestro, escritor famoso, que durante los tres siglos de absolutismo de Austrias y Borbones, al levantarse todo español pensaba en el Santo Oficio, rumiando este espantoso dilema: «Quemar ó ser quemado.»

En caso semejante se encontraron los venecianos durante nueve siglos, gracias á la paternal tutela de los Consejos que funcionaban en el palacio de los Dogas. Había que denunciar ó ser denunciado, y por esto, á más de los innumerables esbirros y espías que pagaba el misterioso Consejo de los Diez, podía contar con el auxilio de todos los venecianos, convertidos en «moscas», los cuales se apresuraban á sondear con mirada astuta el pensamiento del vecino antes que éste los sometiera á idéntico examen.

Nueve siglos no transcurren inútilmente, ni las costumbres se pierden con facilidad. Por esto queda aún hoy en la Venecia libre, en la ciudad de la Italia unida, el hábito instintivo del espionaje por gusto, y basta que un extranjero se pasee dos ó tres días por la plaza de San Marcos, para que interese á los habituales transeuntes y no cejen éstos hasta saber quién es, cómo se llama, de dónde viene y adónde va.

La «boca del león» no estaba nunca vacía en aquellos tiempos de la terrorífica República. El felino de piedra tenía siempre abundante pasto de infamias y monstruosidades, de viles delaciones ó calumnias espantosas, que guardaba en su garganta, hasta que venía la mano misteriosa de los Diez á apoderarse de los pliegos cerrados que decidían la honra y la vida de un ciudadano.

La revolución republicana de 1848 rompió á culatazos la «boca del león», é hizo bien. Era para Venecia un padrón de ignominia, que recordaba el inquisitorial poderío de una soberbia aristocracia.

Cuando un hombre envidioso ó vengativo quería perder á otro, tenía el camino expedito. Entraba en el palacio de los Dogas, subía al segundo piso, y en el último rellano de la gran escalera, junto á la puerta de la *Sala della Bussola,* antecámara del Consejo de los Diez, donde aguardaba el *Missier grande,* ó sea el capitán de los esbirros con los gondoleros del Consejo, encontraba la cabeza pétrea del león con sus fauces abiertas para recibir las denuncias.

Á las once llegaban el representante de los Diez y el del Consejo de los Tres, cada uno con llave diferente, para abrir las dos cerraduras del fatídico buzón. Recogíanse los pliegos, y en la misma noche, cuando las sombras invadían los tortuosos canales, surgía de la obscuridad, como un fantasma, la góndola de la Inquisición. El infeliz denunciado abandonaba casa y familia para sumirse en los «Pozos», y allí quedaba años y más años, ó si salía, era frío é inerte, envuelto en blanco sudario, por la gran puerta que existe bajo el puente de los Suspiros, para ser arrojado en las profundidades vecinas al Lido.

La facilidad y el éxito de las denuncias excitaba á los desequilibrados que sienten el delirio de las persecu-

ciones. Cada día descubríase una nueva conspiración, que sólo existía en el menguado cerebro del denunciante; y al final, los presos por falsas denuncias eran más que los verdaderos autores de delitos. Prueba de ello es que en la agonía de la República veneciana, cuando el Consejo de los Diez era un poder casi irrisorio, que se moría de viejo como nuestra Inquisición, las tropas francesas que entraron en Venecia sólo encontraron en los «Pozos» cuatro presos, y de éstos dos por haber acusado falsamente de conspiración contra los poderes del Estado.

Pero en los buenos tiempos del Consejo de los Diez, las cárceles políticas eran un horrendo mesón que nunca tenía cuartos desalquilados.

Espanta el aparato de las mazmorras donde la Serenísima República encerraba á sus enemigos. Hoy los «Plomos» ya no existen; mas para conocerlos bastan los relatos de Silvio Pellico y del endiablado abate Casanova, aventurero licencioso y audaz, tipo perfecto del veneciano en el pasado siglo, cuyas Memorias verídicas parecen una de esas novelas en las cuales el interés, jadeante, llega de un solo tirón hasta el último capítulo.

Eran desvanes del palacio Ducal, sin otro respiradero que una angosta saetera y por techo las planchas de plomo del tejado. El sol, que cuando luce sobre las lagunas parece hervir el agua, convertía en placas de fuego la armadura del palacio. El infeliz prisionero, desnudo, recocido, con la piel abierta por una atmósfera de horno, intentaba llegar en vano á la saetera en busca de un soplo del cálido siroco del Mediodía, y los parásitos, excitados por el ambiente ardoroso, devoraban sin compasión la epidermis de la víctima.

Como contraste de estos braseros á perpetuidad, están los «Pozos», que dejan en quien los visita una impresión de malestar y angustia.

Por una tortuosa escalera, en cuyas vueltas tropieza á cada paso la cabeza del encorvado visitante, se desciende á los subterráneos del palacio. La luz del conserje oscila con las bocanadas de un viento húmedo y pegajoso. Las paredes de gigantesco espesor rezuman humedad.

¡Adiós, vida! ¡Adiós, alegres ruidos que delatan la existencia de algo! En torno, el silencio más tétrico, la soledad de la tumba, la monotonía interminable del no ser. La gota que tiembla en los poros de la piedra y cae al fin sobre las resbaladizas baldosas; el lento chapchap del remo del gondolero que pasa por debajo del puente de los Suspiros, y separado por el muro parece bogar á muchas leguas de distancia, es lo único que se oye en este antro lóbrego como uno de los círculos del infierno dantesco.

¡Qué horribles agonías presenciarían estas paredes! ¡Qué espantosos gritos de desesperado habrán conmovido estas bóvedas bajas y aplastantes como las de un panteón! Abren en interminable fila sus entradas, bajas y estrechas como ventanas, los calabozos de los reos políticos, mazmorras cuadradas de techo curvo como el interior de un túmulo funeral. Por cama una plataforma de mampostería; como supremo lujo, los reos mejor tratados tenían un farolillo, á cuya luz macilenta podían ver correr las repugnantes sabandijas criadas por la humedad, y en un ángulo las argollas y correas que sujetaban á la víctima en el momento de la declaración, mientras el esbirro le destrozaba los pies con las cuñas de hierro ó hacía crujir sus huesos con atroces torniquetes.

En uno de estos calabozos esperaba Marino Faliero el momento de su suplicio. Él, que días antes tenía por asiento el trono de oro de los Dogas, descansaba su cuerpo sobre el húmedo lecho de piedra, y al ver que

sus jueces tenían que encorvarse para entrar por la angosta garganta de la mazmorra, sonreía con satisfacción, pensando que hasta en su desgracia había de inclinarse ante él el soberbio patriciado de Venecia.

Siéntese emoción profunda al visitar estos antros, donde anidaban el dolor y la desesperación. Unos cuantos minutos bastan para que las carnes tiemblen bajo la humedad, se angustien los pulmones con el pesado ambiente y oscilen los ojos dominados por las tinieblas. ¡Y en estos sitios de horror hubo criaturas humanas que gimieron durante diez ó veinte años!

Encima, el puente de los Suspiros extiende su gracioso arco entre el palacio y las cárceles, reflejando en el tranquilo canal sus estatuas, sus relieves y las celosías de mármol de sus ventanas.

¡Puente de los Suspiros!... ¡Qué nombre tan justo y conmovedor! El infeliz que llevaba algunos años tendido en el fondo de su mortaja de piedra, sin ver otra cosa que la mano del carcelero introduciendo por la estrecha abertura el cántaro de agua y el pan negro, oía un día rumor de pasos y armas conmoviendo el profundo silencio de aquel mundo de criptas. Venían en su busca. El Consejo de los Diez le llamaba por fin. Algo le esperaba arriba, tan misterioso y desconocido, que ahora le parecía un lugar de venturas la lóbrega mazmorra, poblada durante muchos años con el recuerdo de los seres queridos. Las piernas, entumecidas é hinchadas, negábanse á andar. Flaco y horrible como un espectro, cubierto de andrajos, con la barba crecida y blanca en plena juventud, se apoyaba en los esbirros, casi cegado por el rojo llamear de las antorchas.

Subía y subía, y al pisar el pasadizo del cerrado puente, al lanzar una furtiva mirada por entre las celosías de piedra, salíale al encuentro de un solo golpe

toda la vida pasada. Sentía lo que un muerto resucitando en plena fiesta. Veía la Venecia feliz, sonriente y azulada dormitando á la luz de la luna; la laguna poblada de inquietos peces de plata; la ribera de los Esclavones con sus góndolas atracadas meciéndose al compás de risas y canciones; los canales con sus mudos palacios, frente á los cuales sonaba lánguida y trémula la serenata de amor; la vida y la juventud mostrándose de repente como un relámpago á través de las aberturas de la piedra; y el infeliz, sin fuerzas para llorar, lanzaba un suspiro angustioso, febril, que manchaba con la fetidez de la cárcel aquel ambiente de belleza y alegría.

Después de la seductora visión, continuaba el desfile de horrores. Los lóbregos pasadizos, la cámara de los Diez toda pintada de negro, con sus espectros envueltos en togas rojas que preguntaban con voz sepulcral; la vecina cámara del tormento, donde el verdugo, sin cuidarse de interrumpir las declaraciones, engrasa las ruedas y las hace funcionar con espeluznante chirrido; y el abierto portón sobre el canal, donde la fúnebre góndola, á la luz de los hachones, recibe empaquetado en el sudario el cuerpo estrangulado ó deshecho por la rueda que momentos después han de arrojar los gondoleros en un lugar de la laguna marcado con negros postes, y en el cual los pescadores, bajo severas penas de la Señoría, no pueden tender las redes.

Espantoso tribunal aquel, que en su severidad inaudita no vacilaba en castigarse á sí mismo, haciendo públicas sus equivocaciones.

En la pared de San Marcos, junto á la entrada del palacio Ducal, lucen todas las noches dos farolillos, alumbrando un cuadro de la Madonna con una inscripción en la que se piden oraciones por el alma del *povero fornaretto*.

Este altarcillo es una de las tradiciones de Venecia.

Una noche apareció muerto en la *Piazzetta,* junto á San Marcos, un joven de la más alta aristocracia de Venecia. Los esbirros sólo encontraron como prueba del crimen un puñal clavado en el pecho del joven y un aprendiz de hornero que, pasando por aquel punto, se había detenido junto al cadáver.

El hornerillo fué encerrado en los «Pozos»; registrada su casa, se encontró una vaina de puñal en la que ajustaba perfectamente el del cadáver, y aunque el muchacho juró en todos los tonos su inocencia ante el Consejo de los Diez, fué estrangulado, y su cadáver sirvió de pasto á los peces en el fango de la laguna.

Años después murió un patricio veneciano, y en los momentos de agonía hizo llamar á los Diez, confesándose autor del asesinato del joven noble, por creerle amante de su esposa.

La terrible equivocación pudo haber quedado en el misterio; pero el siniestro tribunal quiso ser inexorable hasta consigo mismo, é hizo público su error. Declaró la inocencia del hornero; levantó como eterno remordimiento ese altarcillo interesante que recuerda la humana injusticia, y dió orden á uno de sus secretarios para que en todas las sesiones, antes de juzgar, gritase á los consejeros, como si fuera la voz de la justicia:

—¡Acordaos del *povero fornaretto!*

Contemplando á la luz de la luna en la desierta *Piazzetta* ese retablo sencillo envuelto en el tierno ambiente de la tradición, pensaba yo con amargura que si todos los tribunales fuesen tan francos é inexorables para confesar sus errores como el Consejo de los Diez, las ciudades ostentarían tantos retablos que parecerían iglesias.

XXXIX

La última noche

Un paseo á pie por Venecia equivale á una ascensión por las escalerillas de la torre Eiffel.

Las estrechas callejuelas con grandes aleros, que en pleno día filtran una luz pálida y tenue de bodega, recuerdan las encrucijadas de las ciudades árabes, silenciosas y con tiendecitas, donde los parroquianos quedan en la puerta.

Cada veinte pasos se tropieza con un canal, y hay que subir las empinadas escaleras de audaz arco, cuyos peldaños de mármol, saturados de humedad, ofrecen una interminable perspectiva de resbalones y desnucamientos. Si se hubieran de contar los peldaños que hay que subir y bajar para ir de un extremo á otro de Venecia, se asustaría el viajero, prefiriendo quedarse en casa.

Por esto la góndola, único vehículo que existe en la ciudad, forma parte integrante de la vida de todo veneciano. Las familias acomodadas la tienen elegante, charolada, con su par de remeros que recuerdan las coristas de opereta cuando salen á escena vestidas de marineros. La gente de menos fortuna, el vulgo, encuentra en todas las encrucijadas de los canales góndolas de un solo remo

que por cincuenta céntimos hacen lo que impropiamente puede llamarse una carrera.

Un paseo en góndola, á la luz de la luna, por los desiertos canales, es lo que mejor revela la belleza original de la ciudad de las lagunas.

El que abandonando los alegres cafés de la plaza de San Marcos baja á la ribera de los Esclavones, se siente atraído por la larga fila de góndolas que con el arpón de proa sobre la acera se mecen con dulzura, encerrando en su fondo al gondolero, tendido, que contempla la luna, cantando á media voz sus barcarolas.

Se acomodan los viajeros sobre los negros almohadones de la camareta, yérguese el gondolero sobre la encorvada popa, oprimiendo entre sus manos ese remo que parece animado y sensible como una prolongación de su cuerpo, y la escueta lanzadera comienza á correr sobre el agua, en el augusto silencio de la noche, sin más ruidos que el chap-chap de la movible pala y el *ohé!* que lanza el barquero al doblar cada esquina para evitar choques.

Desfila lentamente la Venecia negra, la Venecia dormida bajo la caricia de la luna: esos canales de fantástico reflejo, desesperación de los artistas que intentan reproducirlos con el pincel.

La interminable fila de palacios del Gran Canal proyecta sus masas de sombra en ambas orillas, y de la obscuridad surgen los haces de cabezudos mástiles pintarrajeados que sirven para indicar los bajos y amarrar las góndolas. De vez en cuando, en el extremo de uno de estos palos, una gótica capillita que parece el fanal de una galera veneciana, y dentro de los emplomados y redondos vidrios la lamparilla, encendida todas las noches por la piedad de las gondoleras, con su rojo reflejo que se desgarra en infinitos estremecimientos

sobre las temblonas aguas, poblando la laguna de peces de fuego.

En el centro del canal la luna marca una calle de luz, por donde pasan las góndolas con su negro conductor, y que recuerda á Caronte y su vieja barca de la Estigia.

Frente á algunos palacios suenan los melancólicos acordes de las serenatas y se balancean las barcas empavesadas de farolillos, con su cargamento de músicos y cantores que pueblan el aire de armonías.

Son los trovadores de Venecia, los que el público llama tradicionalmente «los *pittores*», sin duda porque, en pasados siglos, los jóvenes artistas discípulos del Ticiano ó Tintoretto, cuando abandonaban las fatigas del taller, iban á obsequiar con serenatas á las beldades de Venecia.

Semejantes á los murguistas de Madrid, los *pittores* venecianos, que no son mas que pobres músicos ambulantes, llevan la lista de todos los vecinos de Venecia, y no hay santo ni cumpleaños á quien le falte la correspondiente serenata, así como ningún hotel importante se libra de que en las noches serenas se detenga ante sus ventanas una de estas barcas empavesadas, que son verdaderas cajas de música.

Se cree soñar ó vivir en un mundo fantástico cuando, tendido sobre los cojines de la góndola, se pasea por el Gran Canal. Arriba, la luna, de un suave tinte de miel, amortiguando con su luz el polvo brillante del espacio. El cielo, el agua, la atmósfera, todo azul. Y sobre este fondo de espejo veneciano la ciudad negra, con sus palacios que parecen dibujados con tinta china, moteados aquí y allá por las manchas rojas de las luces. En la masa de sombra, donde se unen los inquietos bordes del agua con los zócalos de mármol musgoso, suena el alegre

parloteo de violines y cítaras, el lamento de las guitarras, y los tenores recorren las complicadas escalas de las canciones marinerescas, seguidos por las voces de las sopranos, llenas, hermosas, robustas, que hacen pensar en la Porcia y la Jésica de Shakespeare, en todas las venecianas idealizadas por la poesía.

Por estos canales angostos y tortuosos, que parecen de tinta, y en los cuales suena el remo con ese eco enorme que sólo se encuentra en los cementerios y los claustros abandonados, pasaba á principios de siglo un inglés cojo, bello y escultural como un Apolo del Partenón, componiendo mentalmente los versos de un poema que había de titularse *Don Juan*; y el mundo sabía con asombro que el desalmado calavera, aquel Lord Byron que trataba brutalmente á las *ladys* de Londres y enamoraba á la mujer con el único objeto de envilecerla y despreciarla, se dejaba dar de cachetes todas las noches por una hornera veneciana, soberbio animal de salvaje hermosura que, no importándole un ardite la gloria del poeta, sólo reconocía el mérito de sus libras esterlinas.

Aquí también, en uno de estos silenciosos palacios, se asomaba á la ventana con la pluma en la mano, buscando inspiración en la augusta calma de la laguna, un alemán feo como las brujas de *Macbeth*, ocultando bajo la boina de terciopelo la encanecida melena, un señor Wágner que vino á Venecia en busca de reposo y aislamiento para escribir cuatro óperas que se llamaron la tetralogía de los Nibelungos.

La góndola, arrastrándose por los canales, llega al angosto callejón que separa el palacio Ducal de las prisiones. En el fondo, el puente de la *Palla* cierra la salida al mar como una barrera de blanco mármol; en el centro luminoso del canal se refleja el puente de los

Suspiros, con su portón á flor de agua, que parece pronto á abrirse para dar paso á un cadáver.

En la fúnebre soledad de este canal que tantos crímenes recuerda se siente el instintivo terror que produce un cementerio á media noche. Parece que del fangoso fondo, envueltos en sudarios, van á surgir á flor de agua, como interminable procesión de espectros, todas las víctimas del Consejo de los Diez, agarrándose con las huesosas manos á los costados de la góndola, clavando en el extranjero la fija mirada de sus ojos amarillos y empañados, y entonando como un rugido, con sus bocas llenas de pestilente barro, el *Dies iræ* contra la Venecia inquisitorial que los asesinó.

Pero la fresca brisa trae, á través de la red de callejuelas, el eco de las serenatas del canal.

¡Ciudad de hermosura inagotable, de contrastes inesperados, de soberbios panoramas, que cambian con la luz en el curso del día!... ¡Y pensar que apenas despunte el alba he de dejarte, cambiando el almohadón de la góndola, que se mece voluptuosamente, por el asiento del ferrocarril!

Espero evolucionando por los canales á que la luna palidezca, cayendo tras las cumbres de tierra firme, y el alba comience á azulear sobre las arenosas riberas del Lido.

Y mientras llega la hora, pienso en los museos é iglesias vistos durante el día anterior. En el archivo de Estado de la antigua Venecia, con sus cuatrocientas salas y sus cuatrocientos mil volúmenes manuscritos, que contienen todos los informes secretos de aquella diplomacia veneciana, que fué la primera del mundo, extendiendo el espionaje á todas las cortes de Europa. Allí, en la interminable serie de armarios de roble, están almacenadas las picardías de ocho siglos; y se recuerdan como

si fuesen escaparates de joyería las vitrinas con sus documentos autógrafos de los Dogas, de Carlos V, Francisco I, Enrique IV, Oliverio Crómwell, Gustavo Adolfo, y un sinnúmero de firmanes del Gran Turco encuadernados en brocado y oro.

Después, Santa María dei Frari, la iglesia rival de San Marcos; el panteón de Venecia, con su coro de gótico puro, sus colosales mausoleos de Dogas y de artistas, donde los cuatro esclavos negros gigantescos y forzudos que sustentan el sarcófago de Francisco Foscari contrastan con los místicos ángeles y las plañideras veladas del sepulcro que guarda el corazón de Canova. En las paredes y bóvedas los cuadros del Ticiano, Tintoretto, Veronés y Tiépolo, genios inmortales que, por afecto á su patria, decoraron todas las iglesias de Venecia.

Ya llega el día. Palidecen las estrellas; comienzan á apagarse las linternas de los grandes buques surtos en el canal de la Giudeca; rueda la diana de los gallos de tejado en tejado por toda Venecia. Baja la marea; las aguas, al retirarse, lanzan sus más acres olores. Llegan resbalando sobre la tersa superficie de la laguna las bocanadas de perfumes con que los jardines del Lido saludan el día, que nace, como Venus, con velos de rosa y corona de perlas, por entre las espumas del Adriático.

Se acerca el momento de partir, y el gondolero, sacudiendo el amodorramiento matinal, vuelve á azotar el agua con el chapoteo del remo. ¡Adiós, Venecia, epílogo en el que se condensan todas las bellezas del gran libro de Italia!

Se aleja la noche. Esta es la hora en que calla el ruiseñor y canta la alondra, agitando sus plumas húmedas de rocío; la hora en que Julieta y Romeo saludaban al día naciente con su último beso. Y yo, abarcando de

una mirada á la dormida Venecia, cuyos remates de oro comienzan á brillar con el resplandor de la aurora, doy mi último abrazo á esta tierra del arte, amante inquebrantable que jamás se agota entre los brazos y parece crecer en hermosura al arrullo de las caricias de sus adoradores.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
I.—Camino de Italia	7
II.—El puerto de Génova	14
III.—La ciudad de mármol	20
IV.—Los Saboyas	26
V.—Apoteosis del mármol	31
VI.—La Lombardía	38
VII.—La catedral por fuera	43
VIII.—La catedral por dentro	49
IX.—La Galería de los artistas	55
X.—El teatro de la Scala	62
XI.—Milán histórico y artístico	69
XII.—La Cartuja de Pavía	76
XIII.—El poeta del socialismo	84
XIV.—La ciudad muerta	92
XV.—Los recuerdos de Pisa	102
XVI.—La ciudad eterna	111
XVII.—El Foro romano	118
XVIII.—El Coliseo	126
XIX.—Rafael y Miguel Ángel	135
XX.—San Pedro	145
XXI.—Bellezas del Vaticano	152
XXII.—Recuerdos de Roma	160
XXIII.—La ciudad cantante	167
XXIV.—El golfo de Nápoles	175
XXV.—La ciudad resucitada. I	183
XXVI.—La ciudad resucitada. II	191
XXVII.—La ciudad resucitada. III	198

Págs.

XXVIII.—La montaña de fuego. I. 204
XXIX.—La montaña de fuego. II. 211
XXX.—Francisco de Asís. 220
XXXI.—La ciudad de las flores.. 229
XXXII.—La plaza de la Señoría. 237
XXXIII.—La Atenas italiana. 243
XXXIV.—La reina de las lagunas. 249
XXXV.—El pueblo veneciano. 256
XXXVI.—La basílica de San Marcos. 265
XXXVII.—El palacio de los Dogas. 273
XXXVIII.—La Inquisición veneciana.. 282
XXXIX.—La última noche. 289

Editorial PROMETEO.—Valencia

Obras de V. Blasco Ibáñez, Director literario de esta Editorial.—*Novelas:* Arroz y tartana.—Flor de Mayo. —La Barraca.—Entre naranjos.—Sónnica la Cortesana.—Cañas y Barro.—La Catedral.—El Intruso.—La Bodega.—La Horda.—La maja desnuda.—Sangre y arena.—Los muertos mandan.—Luna Benamor.—Los argonautas.—Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer.—*Cuentos:* La Condenada.—Cuentos valencianos.—*Viajes:* En el país del arte.—Oriente.—Argentina y sus grandezas (segunda edición).

Historia de la Guerra Europea de 1914, por V. Blasco Ibáñez. Ilustrada con millares de grabados y láminas. Esta obra es á la vez un libro y un panorama. El eminente escritor, que vive en Francia y ve de cerca la guerra y sus efectos, la describe con su pluma de novelista, dándonos la sensación de algo vivido, de algo que el lector creerá haber presenciado por sí mismo. Sólo un evocador colorista como Blasco Ibáñez puede hacer las descripciones del entusiasmo de París, de la vida de campamento, del dolor trágico de los hospitales, de los horrores de la lucha, las grandes batallas, el heroísmo, la guerra en el mar y en los aires, descripciones que figuran en este libro. Sólo un novelista de la realidad puede trazar retratos literarios como los de los principales personajes de esta gran tragedia que figuran en la presente obra. Este libro quedará además, para las futuras generaciones, como el mejor resumen gráfico de la guerra. Volviendo sus hojas y examinando sus ilustraciones, se podrá formar idea de lo que ha sido la guerra. No hay una sola página que no lleve uno ó dos grabados, fotografías, retratos, caricaturas, documentos, planos y mapas. Hermosas láminas de doble hoja reproducen las escenas más principales.—La obra consta de nueve tomos lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 17'50 pesetas.—También se vende por cuadernos á 50 céntimos.

Novísima Historia Universal, dirigida por Lavisse & Rambaud. Traducción de V. Blasco Ibáñez.—Escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por Ernesto Lavisse, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París, y Alfredo Rambaud, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Más de 20.000 retratos, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios, monumentos y reconstrucciones. Historia

gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores. Mapas, planos, etc.—Se han publicado los tomos I al X. En prensa el XI.—Precio de cada tomo, 6 pesetas en rústica.

Historia de la Revolución francesa, por MICHELET. Admirable evocación de la epopeya de Francia. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Tres grandes volúmenes, 30 pesetas.

Historia Social, desde la Revolución francesa hasta el siglo XX, dirigida por JUAN JAURÉS.—Obra de crítica y de amplio examen moderno. Cuatro tomos, ilustrados, 40 pesetas. Por cuadernos, 50 céntimos cada uno.

Novísima Geografía Universal, por ONÉSIMO y ELÍSEO RECLÚS. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.°, con más de 1.000 grabados. Numerosos mapas.—Precio de cada tomo, 5 pesetas en rústica.

Libros célebres españoles y extranjeros. — ILIADA, de HOMERO (2 tomos).—ODISEA, de HOMERO (2 tomos).—TRAGEDIAS, de ESQUILO (1 tomo).—EURIPIDES, OBRAS COMPLETAS (4 tomos).—Traducciones nuevas del griego por el gran poeta francés LECONTE DE LISLE.—COMEDIAS, de ARISTÓFANES (3 tomos).—LA VIDA Y DOCTRINAS DE SOCRATES, por JENOFONTE (1 tomo).—OBRAS COMPLETAS, de SHAKESPEARE (12 tomos).—Todas estas obras están editadas con ilustraciones de arte griego y cubierta en colores.

Tomo I: *William Shakespeare,* por Victor Hugo.—*Hamlet, príncipe de Dinamarca.—Los dos hidalgos de Verona.*—Tomo II: *Otelo, el moro de Venecia.—Medida por medida.—Cuento de invierno.*—Tomo III: *Romeo y Julieta.—Bien está lo que bien acaba.—Comedia de equivocaciones.*—Tomo IV: *El mercader de Venecia.—Penas de amor perdidas.—Cimbelino.*—Tomo V: *Macbeth.—Troilo y Crésida.—Enrique VIII ó Todo es verdad.*—Tomo VI: *El rey Lear.—Coriolano.—Como gustéis.*—Tomo VII: *La fiera domada.—La duodécima noche.—Mucho ruido para nada.*—Tomo VIII: *Sueño de una noche de verano.—La tempestad.—Las alegres comadres de Windsor.*—Tomo IX: *Julio César.—Antonio y Cleopatra.—Timón de Atenas.*—Tomo X: *El rey Juan.—La vida y la muerte del rey Ricardo II.—La tragedia de Ricardo III.*—Tomo XI: *La primera parte de Enrique IV.—La segunda parte de Enrique IV.—El rey Enrique V.*—Tomo XII: *La primera parte del rey Enrique VI.—La segunda parte del rey Enrique VI.—La tercera parte del rey Enrique VI.*

Socialismo y movimiento social, por W. SOMBART.—Es la obra más famosa y más competente en cuestiones de sociología. Un libro que enseña mucho y al que necesariamente tendrán que acudir los que quieran cimentar bien sus estudios sobre estas cuestiones tan importantes. Volumen tamaño grande, esmeradamente impreso, con cubierta en colores, 4 pesetas.

Biblioteca de las mejores obras.—Los libros de los grandes pensadores y de los grandes prestigios literarios forman el núcleo principal de esta Biblioteca. *Filosofía:* Obras de Diderot, Voltaire, Rousseau, Schopenhauer, Nietzsche, Spencer, etc. *Ciencias:* Darwin, Büchner, Reclús, etc. *Literatura:* Víctor Hugo, Zola, Daudet, France, Maupassant, Sudermann, Gorki, etc. *Teatro:* Bjoernson, Ibsen, etc. *Bellas Artes:* Ruskin, Taine, etc. *Política:* Chamfort, Dide, Holbach, etcétera. *Sociología:* Proudhon, Kropotkine, Tolstoi, George, Hamon, Malato, Sorel, Engels, etc.

La ciencia para todos: *Historia de Europa; Agricultura científica; El mundo de los microbios; El Polo Artico y sus misterios; La vida íntima de los griegos y los romanos.* Tomos ilustrados y encuadernados en cartoné.

Biblioteca científica.—HÆCKEL, Historia de la creación. 2 tomos.—LANFREY, Historia política de los Papas.—RENDA, El destino de las dinastías.—STRAUSS, Nueva vida de Jesús. 2 tomos.—FOLA IGÚRBIDE, Revelaciones científicas.—PROUDHON, De la creación del orden en la humanidad.—INGEGNIEROS, Histeria y Sugestión.—Simulación de la locura.—BÜCHNER, La vida psíquica de las bestias.—A. DIDE, El fin de las religiones.—R. ALTAMIRA, España en América.—Volúmenes en 4.° á 4 pesetas.

Biblioteca de la mujer y del hogar.—Abarca los conocimientos más indispensables, más útiles y más prácticos para la mujer en la dirección de la casa, en la vida de sociedad, visitas, viajes, correspondencia, higiene, modas, etcétera.—Consta de los siguientes volúmenes: La mujer en el hogar.—Vademécum femenino.—Las artes de la mujer.—Arte de saber vivir.—Modelos de cartas.—La cocina moderna.—Arte de la elegancia.—Salud y belleza.—El tocador práctico.—El arte de ser amada.—La mujer jardinero.

Aventuras de Sherlock Holmes, por ARTURO CONAN-DOYLE.—Esta serie de novelas, las más interesantes de cuantas se han publicado, consta de los siguientes volúmenes: Un crimen extraño.—La marca de los cuatro.—El perro de Baskeville.—Policía fina.—Triunfos de Sherlock Holmes.—El problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos de Sherlock Holmes.

Lo que cantan los niños.—Canciones de cuna, de corro, coplillas, adivinanzas, relaciones, juegos y otras cosas infantiles, anotadas y recopiladas por FERNANDO LLORCA.—Ilustrado y encuadernado en cartoné con tapa á todo color. Precio, 2 pesetas.

Biblioteca de cultura contemporánea.—El arte de leer, por E. FAGUET.—La risa, por E. BERGSON.—La nueva libertad, por W. WILSON, presidente de los Estados Unidos.—3 pesetas volumen.

Los clásicos del amor.—Estos libros, de un gracioso desenfado, ofrecen un aspecto nuevo de los grandes autores del clasicismo, que siempre artistas supieron decir todas las cosas y decirlas bien, por escabrosas que fuesen.—Van publicados: LONGO, Dáfnis y Cloe.—APULEYO, El asno de oro.—BILITIS, Las canciones eróticas.—MARCIAL, Epigramas eróticos.—VOLTAIRE, La doncella.—CASANOVA, Amores y aventuras.—CUENTISTAS ITALIANOS, Obras galantes.—ARETINO, Vida de las casadas y de las cortesanas.

Novelas en cartoné.—LARRUBIERA, Márgara.—LOPEZ ROBERT, Doña Martirio.—RAMÍREZ ANGEL, La tirana.—A. F. ARIAS, El otro hogar.—SANTERO, Don Juan de Austria.—SÁNCHEZ VERA, In illo tempore.—TÉLLEZ LÓPEZ, De espaldas al sol.—PONSON DU TERRAIL, El diamante del comendador.—RIBAUD, Jerónimo Paturot.—SOLANO POLANCO, Amor de pobre.—BELOT, El crimen de la calle de la Paz.—GUITTON Y ROUGE, La conspiración de los millonarios.—El batallón de los hombres de hierro.—El regimiento de los hipnotizadores.—El desquite del viejo mundo.—DUMAS, La corte de Luis XIV (2 tomos en rústica).

Obras diversas.—CARMEN DE BURGOS, Cuentos de Colombine. 3 ptas.—Los inadaptados. 3 ptas.—Giacomo Leopardi. 2 tomos: 6 ptas.—SESTO, El México de Porfirio Díaz. 5 ptas.—CLORINDA MATTO, Viaje de recreo. 5 ptas.—Los mejores poetas contemporáneos. Completa antología moderna. 2 ptas.—CIGES APARICIO, La romería. 2 ptas.—LA BRUYÈRE, Caracteres. 2 ptas.—BERTHEROY, Ximénez de Cisneros.—MORAYTA, La libertad de la cátedra. 2 ptas.—UGARTE, El porvenir de la América latina. 2 ptas.—ANIBAL LATINO, El concepto de la nacionalidad y de la patria. 2 ptas.—J. FRANCÉS, Teatro de amor. 3 ptas.—La danza del corazón (novela). 3'50 ptas.

Biblioteca de escritores americanos.—Obras de B. Fombona, Bunge, Ingegnieros, Nin Frías, Palacios, Rojas, Soiza Reilly, Ugarte, Vasseur, etc.

Los grandes novelistas.—Obras de Victor Hugo, Dickens, Tolstoi, Dumas, Sué, Conan-Doyle, Mayne-Reid, Fernández y González, Ortega y Frías, etc. Colección Rocambole completa. Clásicos españoles. Poesías de Campoamor. Volúmenes á 35 cénts. Edición de *La Novela Ilustrada*.

El libro de las mil noches y una noche

Traducción directa y literal del árabe por el Doctor J. C. MARDRUS

Versión española de Vicente Blasco Ibáñez

Prólogo de E. Gómez Carrillo

La grande obra imaginativa de los cuentistas árabes ha permanecido ignorada hasta nuestros días. El doctor Mardrus, árabe de nacimiento, francés de nacionalidad y admirable artista de la pluma, ha dedicado gran parte de su vida á la gigantesca empresa de traducir y recopilar la magna obra de Oriente, escribiendo los relatos oídos en las calles del Cairo, los cafés de Damasco y de Bagdad y los aduares del Yemen. Gran parte de su vida la ha dedicado á esta empresa gigantesca. Hasta ahora no se conocía mas que un escaso número de cuentos, tímidamente adaptados, con el título de *Las mil y una noches*. Esta traducción del doctor Mardrus es taxativamente directa y de una literalidad absoluta, conservando toda la frescura del original, toda la ingenuidad de los textos. La imaginación del lector se siente subyugada por el poético ensueño de los novelistas árabes. Muchos de sus pasajes son saludados por una carcajada sana y ruidosa, cual la que provoca el famoso libro de Cervantes. Stendhal, el gran novelista francés, decía que sólo deseaba olvidar dos cosas: *Don Quijote* y los relatos de *Las mil noches y una noche*, para volver á gozar todos los años la voluptuosidad de leerlos por vez primera. No existe relato novelesco que pueda compararse en interés y gracia con esta obra, conjunto de aventuras caballerescas, aventuras de amor, audaces burlas y maravillosas fantasías. Pero no es un libro para niños ni para mujeres. La moral de los árabes es distinta de la nuestra y ven como cosas naturales lo que en otros pueblos es motivo de escándalo. Es un libro antiguo sin los escrúpulos morales que cambian con los tiempos.

La edición española que acabamos de publicar, traducida por un novelista eminente, admirablemente presentada, con viñetas orientales y cubiertas á todo color, sólo cuesta á *1'50 pesetas* el volumen en rústica y *2'25* encuadernado.

EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE consta de veintitrés tomos y se sirven en colección ó por volúmenes sueltos.

COLUMBIA UNIVERSITY
0032149492

86B612 Q3

Blasco Ibáñez, Vicente,
En el país del arte.

86B612 Q3